CARTAS DE DOSTOIEVSKY A SU MUJER

1867-1880

TRADUCCIÓN DE N. S. PALENCIA

PRECEDIDA DE UN ESTUDIO DE

ANA GRIGORIEVNA
SEGUNDA MUJER DE DOSTOIEVSKY

POR

MARIO VERDAGUER



EDITORIAL APOLO
BARCELONA

ANA GRIGORIEVNA
SEGUNDA MUJER DE DOSTOIEVSKY

por

MARIO VERDAGUER

La correspondencia de Fedor Dostoievsky dirigida a su segunda mujer, Ana Grigorievna, fué descubierta en estos últimos años, durante las investigaciones que el gobierno de los Soviets mandó realizar en los archivos nacionales y privados Ana Grigorievna había conservado cuidadosamente estas cartas, comprendiendo la gran importancia que, por su carácter íntimo y espontáneo, tienen para el estudio de la vida del gran escritor. Más que ninguna biografía, más que ninguna otra correspondencia, estas cartas nos permiten penetrar en el alma compleja de Dostoievsky y conocerle en uno de sus aspectos íntimos más intensos y reveladores de su vida de genial escritor, pues en ellas se manifiesta el hombre todo entero, incluso ese hombre vulgar lleno de pequeñas preocupaciones, que, por inexorable ley humana, vive siempre paralelo, como un parásito, de los grandes hombres que han conquistado la inmortalidad por la elevación inconmensurable de su alma. Estas cartas constituyen un documento humano de la más alta importancia, de un interés excepcional, de una fuerza más viva y reveladora que cualquier estudio sabio y meditado sobre la vida y la obra literaria de uno de los genios más grandes de la Rusia moderna.

Existen sobre la vida de Dostoievsky innumerables estu-

dios, algunos de una penetración extraordinaria, como esa "Patética Vida de Dostoievsky" de Andrés Levinson, en donde la obra y el hombre son estudiados con un sentido moderno de penetración freudiana; pero, al lector de estas cartas, ha de interesar tanto como el protagonista, la figura de la mujer a la que van dirigidas y que en las biografías, por la enorme fuerza absorbente del escritor, queda en un plano secundario, como figura que se mueve en el fondo de un cuadro patético y sombrío lleno de tempestades y de misterios que todo lo borran. Conocer la figura precisa, con sus rasgos capitales, de la segunda mujer de Dostoievsky es condición necesaria para la comprensión máxima de estas cartas. Si hemos conocido a Dostoievsky como escritor y como hombre de su tiempo, nos aparece ahora bajo un aspecto nuevo, bajo el aspecto más común a todos los hombres, y por lo tanto como uno de los más emocionales de su vida complicada y llena de misterios: como esposo y como padre de familia.

Ana Grigorievna aparece en la vida del escritor en los últimos años de su existencia, cuando este ya ha vivido toda su vida sentimental, vibrante, apasionada, dolorosa y terrible. Dentro de esa vida, absolutamente falta de sentido práctico, Ana Grigorievna representa el buen sentido, la realidad, el vínculo que une al escritor con la tierra y no con los sueños. Ana Grigorievna no representa, sin embargo, en la vida de ese escritor la fase que en otros grandes hombres podríamos designar con el nombre de "aburguesamiento". La misión de Ana Grigorievna tiene un sentido providencial: si no fué la inspiradora de ninguna de sus novelas, de ninguno de esos tipos de "mujeres de Dostoievsky" tan inquietantes, tan enigmáticas, apasionadas y turbadoras, fué, en cambio, la paciente y sumisa obrera que permitió al literato poder desplegar una actividad extraordinaria y realizar, en pocos años, al final casi de su existencia, una obra considerable que, por imposibilidad material, no hubiera podido llevar a cabo sin el concurso abnegado y trabajador de esa mujer que no ardió y se

consumió en la llama violenta y arrebatadora de la pasión dostoievskiana, sino que vivió al lado de ella, sin comprenderla tal vez, pero adivinando con su instinto práctico que realizaba, dentro de la vida del escritor, una labor tan fructífera y una influencia tan decisiva como las musas ya moribundas que alimentaron las pasiones literarias de este gran hombre.

Cuando Apolinaria Susslova puso fin al período pasional de la vida de Dostoievsky, el escritor tenía cuarenta y tres años; su alma estaba enervada por el amor ariental de esa mujer cruel que en "Humildes y Ofendidos" nos describe el novelista del siguiente modo: "Una belleza maravillosa, ¡qué busto, qué figura, qué presencia! Su mirada de águila era siempre severa y fría. Su porte era majestuoso. Era glacial como el invierno y mantenía a las gentes a distancia con su virtud hostil. Miraba a todo el mundo como una abadesa de la Edad Media, sin pasión. ¡Pues bien! no había mujer más pervertida. Era tan voluptuosa que el marqués de Sade hubiera podido tomar lecciones de ella. Sí, era la encarnación del demonio, pero con un encanto irresistible." Ana Grigorievna aparece en la vida del escritor en ese momento crítico en que Dostoievsky, envuelto todavía en la atmósfera de embrujamientos de Paulina, se siente arrebatado por otra pasión más diabólica y más terrible que la pasión de la mujer: la pasión del juego, y cuando está plasmando esas dos pasiones intensas en una nueva novela, El Jugador, que se ve precisado a escribir a toda prisa para liberarse con la literatura de la encarnizada persecución de sus acreedores, que le tienen despiadadamente acorralado.

Ana Grigorievna comienza entonces su misión: la de ayudar al escritor en la materialidad de su vida, fríamente, sin pasión, con el buen sentido de una empleada metódica y trabajadora.

Dostoievsky había caído en manos de un editor sin escrúpulos: Stellovsky, que, aprovechándose de las angustias materiales en que se hallaba, le compró por una pequeña suma el

derecho de hacer una edición completa de todas sus obras. Stellovsky exigió, además, que añadiese a esa edición una nueva novela, de una cantidad determinada de páginas. La novela debía estar terminada en una fecha fija, y, si en ese día no estaba escrita, Dostoievsky perdía sus derechos de autor y sus obras pasaban a ser propiedad de Stellovsky. Acosado por los acreedores que le amenazaban con la prisión, Dostoievsky, tuvo que aceptar estas bárbaras condiciones. Suspendió la composición de Crimen y Castigo, *para escribir febrilmente* El Jugador. *Escribía día y noche, hasta el punto que se agotaron sus fuerzas, viéndose precisado a consultar un médico, quien le prohibió todo trabajo.*

Los amigos de Dostoievsky, inquietos por su suerte, buscaron un medio de ayudarle. Miliukov tuvo una idea práctica: Era preciso tomar una taquígrafa. Dostoievsky aceptó inmediatamente esta idea salvadora. Esa taquígrafa fué Ana Grigorievna Snitkin.

Ana Grigorievna fué, por primera vez, a casa de Dostoievsky con el corazón turbado. Tenía veinte años, había leído Humildes y Ofendidos, *y se representaba a Dostoievsky como un anciano ilustre de dulce sonrisa bondadosa, llevando en su rostro venerable la marca de sus legendarios y terribles sufrimientos de* La Casa de los Muertos. *La realidad, como acontece casi siempre, fué muy distinta de sus imaginaciones.*

Dostoievsky era un hombre alto, cargado de espaldas, de rostro demacrado, de cuerpo robusto. Bajo los pómulos salientes se enredaban unas copiosas barbas de cobre, sus ojos grises y penetrantes brillaban con una extraña y misteriosa luz. Era toda la fuerza de su espíritu que se consumía en aquellos ojos, que tenían relámpagos apostólicos de ira y dulzuras infinitas y tiernas de inocente muchacho. Dostoievsky había sufrido un ataque de epilepsia la noche anterior, uno de esos ataques que sumían su espíritu en unas "misteriosas tinieblas". Estaba distraído, nervioso, y se mostraba agresivo. No miró siquiera a la joven taquígrafa y la trató con la misma des-

preocupación que si fuese un objeto, una de nuestras modernas máquinas de escribir. Él le dictó el primer capítulo de la novela El Jugador *con una voz brusca, agresiva, se enfadó porque ella escribía demasiado lentamente, le hizo releer lo que acababa de dictarle, y se enfadó de nuevo, diciendo que ella no le había comprendido. Luego despidió, sin cumplidos, a Ana Grigorievna, recomendándole, sin embargo, que volviera al día siguiente por la mañana, a la misma hora.*

Ana Grigorievna, pequeña burguesa metódica, pacífica, fresca, alegre y amable, se sintió profundamente ofendida; comprendió, por la primera vez, que la mujer que trabaja por dinero es tratada de un modo muy distinto que la que se dedica sólo a flirtear con los jóvenes en los salones de la clase media de Petersburgo. A medida que andaba en dirección a su casa aquella amargura se fué convirtiendo en odio; cuando llegó a su casa estaba tan furiosa que escribió inmediatamente una carta a Dostoievsky, manifestando que su débil salud le impedía continuar un trabajo demasiado pesado para sus fuerzas. La carta quedó sobre su tocador, para enviarla al día siguiente. En aquel momento hubiera sentido un espanto terrible si alguien le hubiese predicho que su destino era taquigrafiar las obras de Dostoievsky durante catorce años seguidos.

¿Qué pasó por el espíritu de Ana Grigorievna, en aquella noche de insomnio? ¿Quién puede penetrar en esas oscuras elaboraciones en las que, por debajo de toda lógica, de todo sentimiento, de todo propósito, se estremece el misterioso dominio del subconsciente, sube a la superficie el impulso irresistible y nos hace realizar acciones cuya trascendencia, ni cuya lógica, no podemos comprender? La explicación de esos impulsos continúa siendo un misterio, a pesar de las más hondas investigaciones psicológicas, y no podemos expresar más que la frase que no define nada, pero que intenta explicarlo todo: cada hombre sigue su destino.

Ana Grigorievna creyó aquella noche, con su sentimenta-

lismo brumoso de eslava, que sus estudios se habían dirigido y encaminado a un solo fin que ella ignoraba, pero cuya revelación le acababa de ser hecha. Sintió inquietud y miedo, pero comprendió que su camino estaba definitivamente trazado, lo veía claramente ante ella; y aquel destino que entreveía y la atemorizaba, la llenaba, al mismo tiempo, de orgullo y la embriagaba.

Al día siguiente, cuando, olvidada la carta sobre el tocador, se presentó en casa del escritor a la hora fijada, Dostoievsky era ya para ella otro hombre. Nada de cándidas imaginaciones en las que el literato le aparecía rodeado de su corte de admiradores, formándole una especie de guardia de honor y defendiéndole de todos los peligros que podían amenazar su salud y la creación maravillosa de sus obras. No, ese cuadro no existía. La pequeña taquígrafa tenía ante ella un hombre enfermo, cansado, que se albergaba en un mal rincón, mal alimentado, mal servido, acorralado como una bestia salvaje por sus acreedores despiadados, explotado por los parientes egoístas, abandonado de todo el mundo. A los pies de ese hombre se abría un negro y amenazador abismo que él no sospechaba, pero que ella, con su instinto conservador de mujer de su casa, contemplaba horrorizada; un abismo negro, sin fondo, en el cual se iba a hundir un hombre con su magnífico talento. Ana Grigorievna, no podía enamorarse de ese hombre que tenía veintisiete años más que ella, pero adivinaba en sus ojos el alma, vasta como una estepa solitaria, y se inclinó ante ella. Paulina había podido pasar por esa estepa como un corcel salvaje, en una carrera desenfrenada de pasión, hacia el horizonte infinito de los amores exaltados y desorbitados dentro de las grandes existencia humanas; poblar de gritos vibrantes aquella magnífica soledad del alma de un ser elegido, señalado por el dedo de Dios. Ana Grigorievna, no; era incapaz de elevarse hasta las nubes, de soñar en los momentos heroicos, en las horas patéticas en que podía ofrendar su vida a Dostoievsky y convertirse en la llama inspiradora. Ana Grigo-

rievna no podía despegar los pies del suelo, ni de la realidad. En lugar de perderse en el ensueño y en la literatura arrebatadora de aquel hombre, se puso inmediatamente a trabajar, se sintió poseída de un hondo sentido práctico, suplicó a Dostoievsky que prolongase sus sesiones de taquigrafía, pasó las noches copiando lo que él le había dictado durante el día y luchó tanto y tan bien, que El Jugador *fué terminado en el día fijado por Stellovsky, quien sintió en su alma de usurero vil una gran contrariedad al ver que el escritor se había liberado, por una razón que él ignoraba, de la hábil celada que le había tendido.*

Dostoievsky se dió clara cuenta de que no hubiera podido escribir tan rápidamente su novela sin la ayuda de su joven taquígrafa. Decidió conservarla, y le propuso trabajar juntos para terminar los últimos capítulos de Crimen y Castigo, *que estaban todavía por hacer.*

Ana Grigorievna aceptó sin vacilaciones. Mientras, durante las noches, trabajaba con ardor poniendo en limpio las cuartillas de El Jugador, *había acariciado en secreto sus planes, planes que a ella le parecían de una audacia extraordinaria, pero que, en el fondo, no eran más que la consecuencia lógica de aquel encuentro fortuito entre una muchacha poseída de un esencial sentido práctico y un hombre cansado, acorralado, ahogado por un trabajo cruel, por un tormento que ni siquiera llegó a imaginar el Dante en los círculos de su Infierno, porque Dante Alighieri era, naturalmente, un buen burgués florentino que no hubiera podido concebir jamás que el arte iba a ser considerado, en una nueva época, más refinada que la suya, como un medio para ganar la vida material. Ana Grigorievna, ignorante e incapacitada para comprender este tormento profundo que destrozaba la entraña más viva de Dostoievsky, quizás tampoco hubiera comprendido perfectamente, en aquella época, un arte que no rindiese dinero, y por ese fin luchó, abnegada y segura, al lado del artista.*

Para celebrar la rapidez con que había escrito El Jugador,

Ana Grigorievna invitó a Dostoievsky a ir a su casa a tomar el té. Él se dejó llevar por aquella muchacha amable, llena de alegría, cuya juventud ponía en torno suyo como un áurea atrayente de primavera. Ana le presentó a su madre. Dostoievsky se sintió halagado por aquella mirada de admiración de la madre de su secretaria. Se sentó en un sillón cómodo, bebió el té lentamente, y experimentó un bienestar en aquella casa ordenada, en aquel medio austero, en aquella atmósfera que respiraba tranquilidad y buen sentido. Pero no sintió amor. Dostoievsky era incapaz de sentir el amor; comprendía tan sólo la pasión, la exaltación que va hasta los gritos y las lágrimas, los ardores africanos de una María Dmitrievna, o las coqueterías diabólicas de una Paulina, que acababa de pintar de mano maestra en la novela que había dictado a sus taquígrafas. Ana Grigorievna no podía inspirar nada de eso; su aire tranquilo, su mirada franca, su frialdad inconsciente, eran las de una empleada servicial y trabajadora, a lo más de una madre de familia.

Ana Grigorievna empezó a sentirse desalentada y principió a creer que ella, una mujer práctica y dotada de un sentido innato de la realidad, había imaginado un sueño imposible. Y fué precisamente un sueño lo que convirtió todo aquel imposible en realidad.

En esta misma correspondencia a su mujer, y en numerosos episodios de la vida de Dostoievsky, podemos comprobar la importancia que el alma supersticiosa y llena de temblorosas inquietudes de este gran hombre concedía a los sueños y sus preocupaciones extraordinarias para desentrañar su oculta significación.

Dostoievsky soñó aquella noche que había perdido un objeto muy importante: le buscaba por todas partes, revolvía con impaciencia los armarios, tiraba por el suelo las cosas inútiles que le estorbaban en sus investigaciones. De pronto, en el fondo de un cajón, vió un espléndido diamante, un pequeño diamante que brillaba tan intensamente, tan intensamente, que

toda la habitación estaba iluminada por sus luces. Dostoievsky le miraba con asombro, ¿cómo podía encontrarse aquel diamante en un cajón? ¿Quién le había puesto allí?, y, bruscamente, como ocurre en los sueños, comprendió que aquel diamante que brillaba tanto era su pequeña secretaria.

"He tenido un sueño; a ver si podéis desentrañarme su sentido oculto" — acostumbraba a decir Dostoievsky a sus amigos, lleno de una honda preocupación ante el temor constante que le dominaba de hallarse amenazado por una catástrofe. Esta vez nada dijo ni nada preguntó. Cuando Ana Grigorievna apareció aquella mañana para continuar su trabajo, quedó estupefacta y maravillada; todos sus sueños, más bien sus cálculos mezclados de una ternura inconsciente, se hicieron, de pronto, instantáneamente, realidad.

—Es preciso que pida tu mano hoy mismo — dijo Dostoievsky.

Ana Grigorievna quedó inmóvil, pálida, consternada tal vez, ante el mundo inmenso que se abría ante ella. Su sueño más oculto, su intención más íntima, que sólo podemos adivinar velado y desfigurado en el fondo de sus actos y de sus escritos, se realizaba: ella, de la mano de Dostoievsky, el hombre genial e incomprendido, dejaría de ser una mujer obscura, entraría con él, en lo futuro, en la gloriosa inmortalidad de los elegidos. Y, ya que no la inspiradora, desde aquel momento se dispuso a ser la esposa intachable de un gran escritor.

El anuncio de este matrimonio, de una vulgaridad tan extraordinaria, causó indignación entre los parásitos que rodeaban a Dostoievsky. Su hijastro, Pablo Issaiev, quedó consternado pues soñaba en heredar un día la propiedad de las obras del gran escritor, que, una vez muerto, como sucede siempre, en Rusia y en todas partes, darían dinero. Issaiev fué quien dió la voz de alarma a los demás parásitos. Los sobrinos de Dostoievsky, que vivían a costa de su tío, se sublevaron, la cuñada tuvo con él una violenta explicación, que llegó hasta la burla y el insulto. Incluso el médico de Dostoievsky, movi-

lizado por toda la familia, le puso en guardia "contra las pasiones funestas de los ancianos".

Dostoievsky sólo se sentía preocupado, en aquellos momentos, por la educación de su novia. Adoptó un aire paternal, un poco extraño. (¡Dejará en absoluto de escribir! — clamaban consternados los parientes.) Prohibió a su futura la lectura de ciertos libros, la llevó a los museos: se extasió con ella ante los bellos cuadros, ante las estatuas célebres, intentó despertar en aquel alma juvenil su inmenso amor por la belleza. El mundo de Paulina, el mundo de María de Cornstant había muerto. Era la tranquila amistad, el fuego extinguido, la pasión sustituída por la calma.

A pesar de la oposición general, Dostoievsky se casó con Ana Grigorievna Snitkin el día 14 de abril de 1867, cinco meses después de haberla conocido. Como no tenía dinero, no pudo llevar a su mujer al extranjero, en viaje de novios. Los recién casados se instalaron en un piso que había alquilado la madre de Ana y que había hecho amueblar a su costa. Esta necesidad de pasar la luna de piel en Petersburgo estuvo a punto de ser nefasta para Ana. Los parientes, que no habían conseguido evitar el matrimonio, concibieron el propósito de separar a los esposos. De enemigos se convirtieron en amigos fingidos, comenzaron a intervenir directamente en la vida privada, a entrometerse en todo, a provocar una nerviosidad insostenible. La amistad de los cónyuges, en otras circunstancias, podía convertirse en amor; en aquel infierno de comentarios, delaciones y críticas, podía muy bien convertirse en odio. Ana Grigorievna comenzó a ver que aquel gran hombre, por el cual sentía un invencible respeto, no era un gran hombre, sino un ser débil, ciego y tonto, que, en lugar de defenderla, dejaba que sus parientes mandasen en su casa, criticasen los guisos, se burlasen de sus inexperiencias, la ridiculizasen constantemente ante él. Los sueños de Ana Grigorievna, una vez realizados, volvían a desvanecerse. Los conjurados iban a triunfar.

La vida de Ana Grigorievna iba a ser una gran batalla

contra Dostoievsky, para hacer triunfar a Dostoievsky. Aquello no era más que la primera escaramuza. La jovencita de veinte años supo imponer su voluntad, fría y meditada, al hombre genial de cuarenta y siete. La primera maniobra era alejar a Dostoievsky de su familia. El viaje de bodas al extranjero, la huída, era indispensable. Dostoievsky sintió inmediatamente la influencia de aquella voluntad fría y calculadora. Ante la necesidad del viaje, se puso a buscar el dinero necesario. No podía dirigirse para esto a su tía Kumanin, que le había prestado, hacía poco, diez mil rublos, que fueron rápidamente gastados en la publicación de "La Epoca", periódico que había de terminar en un gran fracaso. Recurrió a Katkov, editor de una revista de Moscou en la que Dostoievsky publicaba sus novelas. Dostoievsky fué a Moscou, le expuso el asunto de una nueva novela que proyectaba, y le pidió un adelanto de algunos miles de rublos. Katkov, que consideraba a Dostoievsky como "la gran atracción de su revista", se apresuró a satisfacerle.

Dostoievsky tuvo entonces el valor de anunciar a su familia que se marchaba al extranjero en compañía de su mujer. Los sobrinos y el hijastro, desorientados, le manifestaron que puesto que tenía la intención de abandonarlos, debía, al menos, dejarles algún dinero para vivir. Comenzó a repartir rublos, y le quedó tan poco que el viaje de novios se hizo imposible.

Ana Grigorievna no se desalentó por esto, ni se declaró vencida. Con ayuda de su madre empeñó todos los muebles flamantes de su domicilio; sacrificó la plata, la ropa blanca, hasta la batería de cocina. Con la suma recogida se llevó a su marido que, ignorante de todo, mostró una gran satisfacción de poderse marchar, de escapar de aquel círculo diabólico formado por los sobrinos, el hijastro y la cuñada. Aquel viaje, tramado para algunos meses, debía convertirse en una ausencia de cuatro años.

Después de visitar Vilna y Berlín, los esposos Dostoievsky

llegaron a Dresde con objeto de permanecer allí algunos meses. Comenzaba la vida feliz para Ana Grigorievna. Era en primavera, los campos estaban llenos de flores, el cielo era azul, había música en el Grosser Garten, los alegres alemanes bebían una cerveza rubia inmejorable, una cerveza que odiaba Dostoievsky, pero había el sol y la paz, y la luna de miel comenzaba a elevarse con esa poesía brumosa de las estampas alemanas, en el horizonte de los paisajes que rodeaban a la ciudad por cuyos senderos Dostoievsky caminaba, sosteniendo por la cintura, con un gesto más de padre que de amante, a su joven esposa tranquila y feliz.

Dostoievsky, hijo de la pasión, condenado por un destino inexorable a bajar en vida hasta los círculos más profundos del infierno, a estremecerse dentro del sentido más ardiente y patético de la existencia, no podía ahogar dentro de su alma la pasión y el sufrimiento que formaban la única atmósfera en la que le era posible respirar y vivir. Sus cartas a Paulina, la inolvidable tortura, la llama cruel, la literatura hecha carne, hicieron experimentar a la tranquila y tenaz Ana Grigorievna la tortura insospechada de los celos. Si esos celos se hubiesen manifestado con gritos, con lágrimas, con desesperaciones, de un modo exaltado y frenético, Dostoievsky se hubiera sentido probablemente en su elemento y la plácida luna de miel se hubiera convertido en un torbellino arrebatador de pasión y amor hacia Ana Grigorievna. Pero no fué así; una mujer sensata, herida en su dignidad, ha de saber tragarse las lágrimas en silencio, no debe perder jamás la mesura, ni en sus reproches, ni en sus manifestaciones de amor. Dostoievsky no pudo ver en ella más que la compañera noble y fiel que se resignaba, pero no una exaltada y terrible alma femenina inspiradora y vivificadora de algún personaje de sus novelas. Aquella atmósfera ponderada y plácida, que ocultaba bajo la cortesía y el respeto, el despecho y el dolor, era, para él, irrespirable. La pasión de Dostoievsky renació viva, irresistible, pero no condensada en una mujer, sino en algo más tremendo y más de-

moniaco que unos ojos apasionados, cuajados de lágrimas y de llamas, en algo más vil y más material: en la ruleta.

Dulcemente, para no herir la sensibilidad de su esposa, poniendo a prueba todos los recursos de su rica imaginación, Dostoievsky consigue dejar a su mujer sola en Dresde y marchar a Homburg, donde funcionaba una ruleta de moda. Era como la válvula de expansión que evitaba las explosiones definitivas. Ana Grigorievna comprendió y cedió. De las torturas de esa muchacha tenaz en su propósito, de las luchas exasperadas del hombre que se siente dominado por una diabólica pasión, dan idea exacta las cartas que Dostoievsky dirigió a su mujer en su primera separación para entregarse a los imperativos de su temperamento. Ninguna de las magníficas páginas de El Jugador *que había copiado su trabajadora estenógrafa, pueden igualarse a esas cartas incisivas, terribles, llenas de un virus insospechado, que ponen al desnudo el alma del escritor y nos revelan, con toda intensidad, la tragedia íntima, la fuerza de voluntad, la abnegación y el sacrificio de Ana Grigorievna. De la colección de cartas a Ana Grigorievna son seguramente estas las más apasionantes, las más aterradoras, las que revelan de un modo más definitivo y desconsolador la grandeza y servidumbre de los hombres.*

Ana Grigorievna consiguió arrancar a su marido de la ruleta y llevársele a Ginebra. Ya no podían volver a Petersburgo. Ana Grigorievna estaba grávida y el emburazo penoso le impedía realizar un viaje tan largo. Se alojaron en casa de dos solteronas bondadosas. Su vida fué tranquila; la vida de un matrimonio un poco aburrido, pero feliz. Dostoievsky se pasaba la vida en el café, leyendo periódicos: ¡su diario favorito era en esa época "L'Indépendence Belge"!

Sofía, la primera hija de Dostoievsky, nació en el mes de octubre. El escritor se sintió inmensamente feliz; parecía que había descubierto el secreto que guardaba Ana Grigorievna y que no había podido comprender hasta aquel momento. "Es la alegría más grande que un hombre puede experimentar en esta

tierra" —escribía a uno de sus amigos. Como todas las alegrías de Dostoievsky, ésta también fué muy corta.

Ana Grigorievna, la pequeña taquígrafa que hasta aquellos momentos no se había preocupado más que de trasladar en unos limpios pliegos de papel (con escritura bastante desigual y desgarbada, muy distinta de la de su marido, que tenía una elegante letra gótica, resabios de la caligrafía de la Escuela de Ingenieros), las novelas de Dostoievsky, comprendió de pronto que en el mundo no todos los personajes son imaginarios y fantásticos, ni viven dentro de la literatura. La pequeña Sofía, burujón de carne rosa y estremecida, gritaba, pateaba, y reclamaba sus derechos de existencia. Ana Grigorievna debió sostener entonces una de las luchas más grandes de su vida: incapaz para criarla, desconociendo en absoluto los cuidados que deben rodear a un infante, se negó rotundamente, sin embargo, a separarse de su tesoro, y con el biberón y ayudada por las dos solteronas, mucho más ignorantes que ella, se consagró por entero a cuidar a la chiquilla. La leche que se agriaba en la botella, abandonada largas horas en la cuna, las corrientes de aire que circulaban por la casa, una multitud de inexperiencias y descuidos hicieron que la pequeña Sofía vegetase raquítica, casi abandonada a sí misma, y que se decidiese, por fin, a abandonar este valle de lágrimas.

La sorpresa y la desesperación de Ana Grigorievna fueron inmensas. Los personajes que creaba su marido, que vivían en aquellas novelas que ella copiaba y volvía a copiar con un tesón incansable hasta que habían adquirido una forma perfecta, llevaban todos una enorme potencia de vida, un empuje irresistible, una marca imborrable de inmortalidad. La pequeña Sofía, hija también de aquel hombre extraordinario, no era la hija de su espíritu, sino de su carne, había heredado todas sus taras y su debilidad física, y una pequeña corriente de aire la había hecho desaparecer, había apagado aquella llamita de amor humano.

En esos días amargos, Dostoievsky, cuya hiperestesia le hacía experimentar hasta el fondo el sentido de las catástrofes, pudo contemplar a su lado a una de las mujeres exaltadas, vibrantes, gimientes, que se retorcían desesperadamente y a las que tanto amaba en el mundo de su literatura. Ana Grigorievna llegó a los más altos grados de la exaltación. Pasaba las horas en el cementerio, tendida sobre la tumba de su hija, lanzando gritos, derramando torrentes de lágrimas, retorciéndose como un gusano, presa de terribles remordimientos fantásticos. Dostoievsky la sacó de allí y se la llevó a Vevey. Allí pasaron el más triste de los veranos. El escritor, hijo de las vastas llanuras, sentía que las montañas de Suiza aplastaban y empequeñecían su espíritu, y que, en aquel ambiente, le era completamente imposible trabajar.

Una de sus amarguras más ocultas fué el desorden de su mujer, fué comprobar que Ana Grigorievna era absolutamente incapaz para dirigir una casa. Era una insustituíble secretaria, copiaba y recopiaba con afán, durante todo el día; velaba astutamente para sacar el mejor partido de los contratos editoriales, solventaba con tino y habilidad las cuestiones de dinero, hasta llegó a convertirse en la editora de las obras de su marido y a trabajar con tesón para la popularidad del escritor, pero su descuido y desarreglo en la casa eran extraordinarios, todo andaba revuelto, y, en aquella revolución, medraban los hijos entregados al cuidado mercenario de las niñeras. Dostoievsky, que por una neurosis que le producía la epilepsia, tenía siempre el temor de una horrible catástrofe, vivió obsesionado por los peligros que, a causa del descuido de la madre, podían correr los hijos. Ese temor se manifiesta, de un modo tímido y suplicante, en la mayoría de las cartas que dirigió a su mujer. En ellas encontramos a cada momento frases como estas: "Serías una mujer perfecta y no te encontraría ningún defecto si no fuera porque erès tan desarreglada." "¡Cúidate de los niños, en nombre de Cristo!", "Vigila a Luba, cúidate, te lo pido por amor de Dios", "¡Mientras no

ocurra alguna desgracia a los niños!", "Pon un telegrama inmediatamente si los niños se ponen enfermos". Y Ana Grigorievna luchaba, lo mejor que podía, para poner orden, pero tenía que cumplir su misión, una misión que la apartaba del todo: copiar y recopiar las novelas de su marido, apresuradamente, para poder cobrar el dinero en la fecha señalada.

De Vevey, los esposos Dostoievsky se trasladaron a Florencia. Allí fué terminado El Idiota, *que había sido comenzado en Ginebra. Dostoievsky se sintió de nuevo feliz. A los dos meses se marcharon a Dresde. Al llegar a esta ciudad ocurrió un incidente que causó una gran amargura a Ana Grigorievna y que nos revela una faceta característica del gran escritor. Un olvido de palabra, un "mot manqué" de cuyo estudio psicoanalítico sacaría el doctor Freud, seguramente, con su sabia técnica, deducciones nada agradables para la esposa del gran escritor.*

Dostoievsky fué al registro civil para registrar el nacimiento de su hija. Declaró, ingenuamente, que era un feliz padre de familia que iba a registrar el nacimiento de su hija que se llamaba Luba. Los sajones no se contentaron, naturalmente, con estos informes y preguntaron a Dostoievsky cuáles eran su nombre, apellidos, edad, profesión, fecha de nacimiento. Después de manifestar todos estos datos fué interrogado acerca de la madre. Su nombre: Ana. Su apellido... ¡Dostoievsky lo había olvidado! Fué en vano que buscara en su memoria, a la cual tan sólo acudían los clásicos "nombres de substitución", pero el apellido de su mujer estaba completamente olvidado. Dostoievsky se vió obligado a explicar el raro caso a los oficinistas y pedirles permiso para ir a consultar a su mujer sobre este extremo. Los oficinistas le miraron estupefactos, y concedieron, riendo, a Dostoievsky, el permiso.

—¿Cómo te llamas? — preguntó severamente a su mujer, irritado por aquel olvido incomprensible.

—¿Yo? Me llamo Ana.

—¡Ya sé que te llamas Ana! Lo que quiero saber es tu

apellido. Me lo preguntaron unos curiosos alemanes y yo lo he olvidado completamente.

En Dresde, Ana Grigorievna quedó encinta por tercera vez. Entonces obligó a su marido a ir a Petersburgo. Llegaron allí algunos dias antes del nacimiento de Fedor.

Ana Grigorievna se mostró heroica en Petersburgo. Los acreedores se enteraron de que Dostoievsky había vuelto del extranjero y le amenazaron de nuevo con meterle en la cárcel. Ana se había preparado ya para la lucha, en Dresde. Hizo reflexiones, prodigó discursos, encontró otros usureros que le prestaron dinero para pagar a los más impacientes. Dostoievsky se maravillaba de ver a su mujer sumando enormes cifras y manejando con soltura la complicada lengua de los notarios. Cuando los editores iban a verle para proponerle alguna nueva publicación, Dostoievsky los escuchaba en silencio y luego decía: "No puedo contestarles nada. Antes es preciso consultar a mi mujer." Todos comprendieron pronto que quien se ocupaba de negocios era la mujer; dejaron tranquilo al escritor y trataron directamente con ella. De esta manera Dostoievsky se encontró liberado de todos aquellos detalles enojosos que destrozaban sus nervios.

Ana Grigorievna no se contentó solamente con representar el papel de intermediaria. Emprendió un negocio por su cuenta: el de editar las novelas de su marido que habían aparecido ya en las revistas. Poco a poco llegó a ser una mujer experimentada en negocios editoriales; se hizo, con el tiempo, una gran editora y, después de la muerte de su marido, hizo numerosas ediciones de las obras completas. Fué la primera mujer rusa que se ocupó de grandes negocios editoriales. Su ejemplo fué seguido por la condesa Tolstoi, que fué a Petersburgo para conocer a Ana Grigorievna y pedirle consejo. Ana le dió las instrucciones necesarias y, desde esa época, todas las obras de Tolstoi fueron editadas por su mujer. La condesa Tolstoi imitó también a Ana Grigorievna en la cuestión del museo que ésta había organizado en memoria de Dos-

toievsky, en una de las torres del Museo Histórico de Moscou. La idea gustó tanto a la condesa Tolstoi que pidió a la administración otra de las torres, para establecer en ella el museo Tolstoi.

Muchas de las cartas de Dostoievsky a su mujer están fechadas en Staraia-Roussa, residencia de la familia y donde se quedaba el marido cuando Ana iba a Moscou o a Petersburgo por asuntos editoriales. En Staraia-Roussa los esposos Dostoievsky alquilaron la casa del coronel Gribbe. Con las economías reunidas por el coronel durante su larga vida militar al servicio de Rusia (el coronel era de origen extranjero) construyó una casita de estilo alemán báltico. Esa casita habitada por el novelista y su familia estaba llena de sorpresas: armarios escondidos en las paredes, trampas que se levantaban para mostrar escaleras de caracol obscuras y polvorientas, corredores secretos. Casa fantástica, pequeña, sorprendente como una caja de prestidigitador. Los cuartos, bajos y angostos, estaban amueblados al estilo del Imperio, los empapelados eran sorprendentes: paisajes extraños, osos polares, chinos, kioskos, cosacos. Había una galería de cristales de colores y, detrás de la casa, un pequeño jardín. Más abajo del jardín pasaba el riachuelo Pereritza. Más tarde, después de la muerte del viejo coronel, la familia Dostoievsky, que había conseguido al fin liberarse de las garras de los acreedores, compró esta casita. Dostoievsky pasó en ella todos los veranos hasta su muerte, a excepción del verano de 1877 que pasó en Kursk.

La pequeña casita de Staraia-Roussa ya no existe; construída a base de vigas de madera no pudo resistir las anuales inundaciones del Pereritza y un día se hundió a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para salvarla. En esta casita escribió Dostoievsky Los Hermanos Karamazov, *al menos en su mayor parte. A ella iban numerosos visitantes para contemplar la mesa y los sillones de la habitación donde había sido creada una de las obras más altas del ingenio humano. Ana Grigorievna, después de la muerte de Dostoievsky, reinó*

en ella como soberana; recibía a los visitantes, hablaba con volubilidad, se dejaba admirar también. Había sido la mujer y ahora era la viuda de un hombre célebre.

En Staraia-Roussa nació otro hijo, Alexis. El pequeño tenía la cabeza en forma de huevo y un aire estupefacto. Fué el favorito de Dostoievsky. Bruscamente, a la edad de dos años y medio, cayó un día al suelo, presa de horribles convulsiones. Era en Petersburgo, la víspera de la salida para Staraia-Roussa. Las maletas estaban ya preparadas en medio de la habitación. Alex reaccionó, pasó una noche tranquila, se despertó por la mañana alegre, se hizo traer los juguetes a la cama, jugó un momento y, bruscamente, comenzaron de nuevo las convulsiones. Al cabo de una hora murió. Había heredado la enfermedad de su padre. Dostoievsky y Ana Grigorievna cayeron en una profunda desesperación que mutuamente se exaltaban y de la que no salieron hasta mucho tiempo después.

Dostoievsky, una vez pagadas las deudas merced a su enorme trabajo y a los esfuerzos constantes de su mujer, pudo comenzar una vida tranquila. Todo su pasado había desaparecido para él. Se había vuelto un hombre ordenado y metódico. La compenetración de los esposos se había hecho más profunda. Al dictar las obras a Ana Grigorievna, Dostoievsky comprendía que ya le hubiera sido imposible trabajar de otro modo. Algunas veces se detenía en su dictado e inquiría la opinión de su mujer. Ésta se guardaba mucho de formular crítica alguna, sabiendo por experiencia el dolor que causaban a su marido las críticas malevolentes de los periódicos. Ella era la encargada de vestir a las heroínas, de disponer los muebles de la escena. Prefería, para vestir a las protagonistas, el color rosa o azul, estudiaba si los personajes debían llevar o no barba. Dostoievsky se apresuraba a hacer todas las correcciones, en este sentido, que ella le indicaba.

Era una vida monótona, un día se parecía exactamente al otro. Ana Grigorievna era una mujer feliz. Esta vida, como puede verse en las cartas a su esposa, se veía solamente turba-

da por los viajes anuales de Dostoievsky a Ems para someterse al tratamiento de las aguas medicinales. Aquella separación era una tortura tremenda, se contaban los días de separación.

Luego vino la apoteosis de Dostoievsky con motivo de las fiestas de Puchkin, la gloria, el reconocimiento del hombre grande que se alzaba sobre Rusia como un símbolo. Después... la muerte.

Ana Grigorievna, anonadada por la desgracia, estupefacta ante el espectáculo de toda la Rusia intelectual congregada y conmovida en torno de ella, no se dió cuenta, al principio, de lo que le acababa de suceder. Cuando, estando sentada en un sofá, en una habitación apartada, se aproximó a ella un dignatario de la Corte para anunciarle que el emperador Alejandro II le había concedido una pensión y se encargaba de la educación de sus hijos, salió corriendo, para anunciar esta buena noticia a Dostoievsky. De pronto, se detuvo en el pasillo. Hasta aquel momento no había logrado comprender que su marido estaba muerto, que iba a vivir sola, que, inclinada sobre el papel, no taquigrafiaría ya, jamás, obras inmortales. Entonces toda la preocupación de Ana Grigorievna fué la gloria póstuma de su marido, comprendió que era ella quien debía dirigirlo todo, y estar en guardia para defender su memoria que, en aquel momento, todo un pueblo glorificaba.

Entonces recordó Ana Grigorievna que, algunos años antes, el día de la muerte del poeta Nekrassov, ante cuya tumba, todavía abierta, Dostoievsky había pronunciado un discurso, su marido había llegado abatido y le había dicho:

—Pronto seguiré a Nekrassov. Te lo ruego; entiérrame en el mismo cementerio que él. No quiero dormir mi último sueño en Volkovo, al lado de los otros escritores rusos. Me han detestado, me han perseguido con su odio durante toda su vida y me la han hecho muy amarga. Quiero descansar al lado de Nekrassov, que fué siempre bueno para mí, que fué el primero en reconocer mi talento y no me olvidó nunca cuando me hallaba en Siberia.

Ana Grigorievna, no pensó en la tumba de Nekrassov. Su esposo debía dormir en el convento de Alejandro Newsky, que guarda las reliquias del patrón de Petersburgo, y los cadáveres de los más altos personajes de la aristocracia. Pero comprendió que esto era un deseo vano, que la gloria de su marido no sería reconocida para conseguir tal honor. Entonces pensó en la tumba de Nekrassov, en el convento de Novodevoitchie. Las gestiones fracasaron. La superiora del convento, mujer altiva, fría y vestida de negro escuchó en silencio la demanda: Se pedía una tumba para el célebre escritor Dostoievsky, al lado del poeta Nekrassov y, conociendo los precios tan elevados del cementerio, se suplicaba adquirir la tumba lo más barata posible. La superiora hizo un gesto de desdén. "Nosotras, las religiosas, dijo, ya no pertenecemos al mundo y sus celebridades no tienen ningún valor a nuestros ojos. Tenemos un precio fijo para las tumbas y no podemos hacer ninguna excepción." Y pidió un precio exorbitante, que rebasaba en mucho de la pequeña suma de que podía disponer Ana Grigorievna.

Ana Grigorievna lloró amargamente. Dostoievsky no podría tener una tumba digna de un gran escritor, habría que enterrarle en Otcha, al lado de su pequeño hijo Alexis.

Pero por la noche anunciaron a Ana Grigorievna la llegada de un monje que deseaba hablarle. Venía de parte de la comunidad del convento de Alejandro Newsky que deseaba que el cuerpo del célebre escritor reposase en el recinto del convento. Tomaban también a su cargo todos los gastos de los solemnes servicios fúnebres. Ana Grigorievna veía así realizado su sueño de una tumba apoteósica para su marido.

Sobrado conocidos son los detalles de los grandiosos funerales nacionales que Rusia tributó a su hijo Fedor Dostoievsky. Ana Grigorievna pudo comprender en toda su magnitud aquella gloria por la cual ella había trabajado con tesón durante catorce años. A través del pueblo, a través de la muchedumbre, de la masa humana que seguía tras el cadáver del

gran escritor, Ana Grigorievna se dirigió a la iglesia. Al llegar a la puerta principal un oficial le cerró el paso. "¡No se puede pasar!" — exclamó severamente. "Soy la viuda de Dostoievsky" — exclamó Ana Grigorievna. "La viuda de Dostoievsky", volvió a repetir. El oficial se inclinó profundamente y este pequeño incidente pareció animarla, darle un sentido profundo de toda su obscura y trabajadora existencia. Era algo de la gloria de su marido que, más allá de la muerte, la envolvía como una atmósfera de resplandor; que los hombres grandes podrán ser débiles, pequeños, desgraciados y miserables en su vida vulgar, diaria de padres de familia, de obreros agarrotados por la necesidad material, pero, por encima de ellos está el espíritu, la llama divina, que tiene la virtud de inmortalizar todo lo que toca, todo lo que se acercó a ellos durante su fugitiva y humana existencia.

Entre la copiosa correspondencia de Fedor Dostoievsky a su mujer Ana Grigorievna han sido elegidas, para formar este volumen, las cartas que, a nuestro entender, presentan un mayor interés por sus alusiones literarias o por su carácter íntimo, ante la imposibilidad de reunir en un solo tomo la correspondencia completa.

La correspondencia se inicia entre los esposos, un mes después de su matrimonio, celebrado el día 14 de abril de 1867.

Los esposos marcharon al extranjero y se instalaron en Dresde con la intención de pasar allí unos meses.

Desde allí, Dostoievsky, poseído por la pasión del juego, fué a Homburg, donde funcionaba una ruleta. Su mujer se quedó en Dresde.

1867

Homburg, 17 de mayo de 1867, a las once y media de la mañana.

Buenos días, mi querido ángel, te abrazo estrechamente, estrechamente. Durante todo el trayecto he pensado en ti. Acabo de llegar; son ahora las once y media. Estoy un poco fatigado y me he instalado para escribirte. Me han traído té y agua para lavarme. En el intervalo te escribiré algunas líneas. En Leipzig tuve que esperar desde las cinco y media hasta las once de la noche ¡eso es el tren rápido! Me senté en la sala de espera, comí algo y bebí café. Todo el resto del tiempo anduve de un lado para otro por la sala inmensa llena de humo y de tufo de cerveza. Tuve dolor de cabeza y mis nervios se descompusieron. Todo ese tiempo pensaba en ti y me decía: ¿por qué he dejado a mi Anita? Lo recordaba todo, hasta el menor repliegue de tu alma y de tu corazón. En todo este tiempo — desde octubre — he comprendido que no soy digno de un ángel tan dulce, tan bello, tan puro como tú, y que tiene fe en mí. ¿Cómo he podido dejarte? ¿A dónde voy? ¿Por qué? Dios te ha confiado a mí para que no se pierda nada de las riquezas de tu alma y de tu corazón, para que, al contrario, todo se desarrolle y florezca ricamente, espléndidamente. Dios te ha dado a mí para que, por ti, pueda redimir mis enormes pecados, presentándote a Él desarrollada, conservada, salvada de todo lo que es bajo y mata el espíritu. Y yo (a pesar de que este pensamiento me venía sin cesar anteriormente, sobre todo cuando rezaba) yo me atrevo a turbarte con cosas tan estúpidas, tan insensatas como mi viaje aquí. Ayer me sentí espantosamente triste. Durante todo el tiempo deseaba abrazarte. Cuando me acuerdo de todos esos Vrangel, Latkin, Reissler y de otros todavía peores, me siento completamente perdido. He hecho una cosa estúpida, he cometido una mala acción. He sido débil. Pero aquí, al menos, hay una pequeña probabilidad y... Pero basta de esto.

Finalmente, nos instalamos y el tren partió. El vagón se hallaba lleno. Los alemanes son muy corteses aunque tengan aspecto de

brutos. Imagínate que la noche era fría como en nuestra tierra, en octubre, cuando hace mal tiempo; los vidrios estaban cubiertos de escarcha y yo llevaba un sobretodo ligero y pantalón de verano. Cogí un fuerte resfriado. Conseguí dormir durante tres horas, pero el frío me despertó. A las tres, completamente aterido, bebí, en una estación, una taza de café y me calenté diez minutos. Después, de nuevo, al vagón. Al comenzar la mañana la temperatura se hizo más suave. Hay aquí hermosísimos paisajes, pero todo está cubierto de nubes húmedas, frías, mucho más frías que en Dresde. Se cree que llegará pronto el buen tiempo. En Francfort permanecí apenas diez minutos, pues tenía miedo de que se me escapase el tren directo de Homburg, y ahora estoy aquí, en el hotel Victoria. La habitación cuesta cinco francos diarios ¡qué bandidos! Pero permaneceré aquí solamente dos días, tres a lo más... Sería imposible otra cosa, aunque tuviese éxito.

¿Y por qué llorabas, mi Anita querida, cuando me acompañaste? Escribe, querida mía, escríbeme detalladamente, pero no cartas demasiado largas (no te fatigues) y no pongas la firma completa (para el caso en que me marchara y tu carta ya no me encontrase aquí). Anita, mi sol, mi luz, te amo. Mira, es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama. Sí, tú y yo comenzamos a desenvolvernos juntos. Calma, pues, mi impaciencia. Espero tener carta tuya mañana y tú podrás recibir la mía mañana también. No me escribas antes de haber recibido mi próxima carta.

Adiós, mi alegría, mi luz. Mis nervios están un poco descompuestos, pero me encuentro bien y no muy cansado. Y tú ¿cómo estás? Soy tuyo. Abrazos sin fin,

D..., que te ama.

Homburg, 18 de mayo de 1867. Sábado, a las diez de la mañana.

Buenos días, Anita, ángel mío. He aquí algunas líneas para ti con las noticias del momento. Te escribiré así cada mañana. Para mí es una necesidad, pues a cada momento pienso en ti. Toda la noche he soñado contigo y con mi sobrina María, la hermana de Fedia. He soñado que nos habíamos reconciliado

y que yo estaba muy satisfecho de ello. Pero pasemos a los asuntos importantes. El día de ayer fué frío y, además, lluvioso. Durante todo el día me sentí débil, con los nervios excitados, de modo que apenas podía sostenerme sobre las piernas. Menos mal que había podido dormir dos horas en el vagón. Durante todo el día de ayer tuve sueño y, además, al llegar aquí, el juego, del que no me he podido separar. Ya puedes imaginar en qué estado de agitación me hallaba. Imagínate, comencé a jugar por la mañana y a la hora de comer ya había perdido dieciséis imperiales. No me quedaron más que doce y algunos thalers. Procuré ser lo más cuerdo posible, y, gracias a Dios, pude recuperar los dieciséis imperiales perdidos y ganar, además, cien guldens. Hubiera podido ganar trescientos. Estaban ya en mis manos, pero volví a jugar y perdí. Y ahora, Anita, he aquí mi conclusión definitiva: si se es razonable, es decir, frío como el mármol y prudente de un modo inhumano, entonces, necesariamente, sin ninguna duda, se puede ganar todo lo que se quiera, pero es preciso jugar durante muchos días, contentándose con poco si no se tiene suerte, y sin intentar forzar la suerte a toda costa. Hay aquí un judío que juega desde hace algunos días con una sangre fría y un cálculo extraordinarios (me le han señalado) y la banca comienza a tenerle miedo. Gana sumas fantásticas y se embolsa cada día por lo menos mil guldens. En una palabra, intentaré desplegar fuerzas sobrehumanas para ser lo más cuerdo posible. Pero, por otra parte, no tengo valor de permanecer aquí más que algunos días. Sin exageración, Anita, todo esto me repugna hasta tal punto que desearía escapar. Y cuando pienso en ti, todo mi ser se lanza hacia ti. ¡Ah, Anita, me eres necesaria, lo comprendo ahora! Cuando recuerdo tu sonrisa clara, ese calor alegre que en tu presencia nace en el corazón, deseo irresistiblemente correr hacia ti. Ordinariamente, Anita, me ves sombrío, caprichoso, pero esto no es más que el exterior. He sido siempre así, desagradable por naturaleza. Pero interiormente es otra cosa completamente distinta, créeme.

Sin embargo, ese dinero ganado aquí por nada (no por nada precisamente, pues se sufre) tiene algo que irrita, que aturde, y cuando se piensa por qué se tiene necesidad de dinero, cuando se piensa en las deudas y en los que tienen necesidad de él, se experimenta la sensación de que es imposible separarse de aquí.

Pero me imagino mi sufrimiento si pierdo, si no hago nada. ¡Tantas villanías para nada y marcharse todavía más miserable de lo que se ha venido! Anita, dame tu palabra de que no enseñarás esta carta a nadie. Yo no quiero que semejante cobardía, debida a mi situación, sea objeto de comentarios.

Te abrazo, Anita, luz mía. Espero, mi única amiga, recibir carta tuya. Hasta mañana. Mañana sin falta te escribiré. En todo caso nada podrá hacer que me quede aquí por mucho tiempo. Ayer por la noche, hice encender fuego en la chimenea, que humeaba hasta causarme asfixia. He dormido toda la noche como un muerto, a pesar del dolor de cabeza. Hoy me encuentro completamente bien, el sol brilla, el día es magnífico.

Hasta la vista, alegría mía. Siempre tuyo,

F. D.

Homburg, 19 de mayo de 1867. Domingo, a las diez de la mañana.

Buenos días, ángel mío querido. Te escribo algunas líneas de notas diarias. Ante todo los negocios.

Ayer la jornada fué muy mala para mí. He perdido (relativamente) demasiado. ¿Qué hacer? No es con los nervios, ángel mío, con lo que hay que jugar. Jugué durante diez horas y acabé por perder. Durante la jornada la cosa iba a veces muy mal; otras veces, cuando la suerte se volvía, tenía ganancias. Te lo contaré todo cuando regrese. Ahora, con el dinero que me queda (muy poco), quiero hacer hoy la última prueba. La jornada de hoy lo decidirá todo, es decir, decidirá si me voy mañana o si me quedo. En todo caso te informaré mañana. Desearía no tener que empeñar mi reloj. Ahora la cosa va muy mal y pasará lo que tenga que pasar... Haré el último esfuerzo. Mira, cada vez mis esfuerzos tienen éxito mientras conservo la sangre fría y calculo según mi sistema. Pero, desde el momento en que comienzo a ganar, me lanzo a hacer posturas arriesgadas, no puedo dominarme. Pues bien, vamos a ver cómo resultará el último ensayo de hoy. ¡Que sea rápido!

Ayer, ángel mío, fuí a mediodía a Correos a echar mi segunda carta para ti, y allí me entregaron tu carta. Gracias, que-

rida mía. La leí en la misma oficina de Correos. Me resultó agradable verla escrita con lápiz (¡mi pequeña taquígrafa!). Recordé todo el pasado. No te molestes, querida mía; no te molestes, ángel mío. He estado a punto de llorar al leer la descripción de cómo habías pasado el día. ¡Qué situación más absurda la nuestra! ¡Nunca podría ocurrírseles a los nuestros, en San Petersburgo, que en este momento nos hallamos separados para semejante cosa! ¡Es completamente absurdo! Que esto se acabe pronto, sea como sea. Cree, ángel mío, que todo esto me fastidia ya de un modo formidable, es decir, el juego mismo me fastidia, o más bien me hallo terriblemente fatigado de los nervios. Me he convertido en un impaciente. Me apresuro para alcanzar un resultado lo más pronto posible, me arriesgo y esto hace que pierda.

A pesar de ello mi salud es buena. Tengo los nervios descompuestos y estoy cansado. Sin embargo, me hallo en perfecto estado: excitado, turbado, pero mi naturaleza, algunas veces, pide esto. ¡Qué bello día el de ayer! Paseé un poco por el parque. Hay que confesar que el lugar es encantador; el parque es magnífico, la estación también, la música es muy bella, mucho mejor que en Dresde. Sería muy agradable vivir aquí sin la maldita ruleta.

Adiós, angel mío, mi dulce, mi buen ángel. Amame. Desearía ahora verte, aunque no fuese más que un momento. ¡Cuántas cosas tendríamos que decirnos, cuántas impresiones se han acumulado! No se puede decir todo en una carta y ya te dije una vez que yo no sé escribir cartas, no soy capaz de ello, pero ahora, cuando te escribo algunas palabras, la cosa me parece más fácil.

En nombre de Cristo cúidate bien, procura distraerte. No te olvides de mi ruego: si te ocurre algo manda a buscar al médico y comunícamelo en seguida.

¡Bueno! Hasta la vista, hermosa mía. Te abrazo mil veces. No me olvides. Deséame buena suerte. El día de hoy lo decidirá todo. ¡Que sea lo más rápidamente posible! Pero no te inquietes demasiado. Te abrazo. Siempre tuyo.

Tu marido,

F. Dostoievsky.

P. S. — No te escribo detalles sobre lo que he ganado y per-

dido. Te lo contaré todo cuando nos veamos. Entre tanto una sola palabra: esto va mal.

Homburg, 20 de mayo de 1867. Lunes, a las once de la mañana.

Buenos días, mi querida, mi única, mi tesoro, mi alegría.

Mi querida amiga, la jornada de ayer no pudo todavía decidir nada. Continúo aún en la misma situación. No he conseguido ningún resultado, de manera que no me marcho. ¿Qué pasará en el día de hoy? Tal vez se produzca algo decisivo. De todas maneras, mañana recibirás la noticia precisa, es decir, si me marcho o no.

Angel mío, no puedes imaginar cuánto me alegraron y con cuanta felicidad leí, en la misma oficina de Correos, las dos hojas de tus dos cartitas. Las besé y me sentí feliz con tu amor. Se respira a cada línea, a cada palabra ¡y qué bien sabes escribir cartas! Yo no podría escribir así y expresar de ese modo los sentimientos de mi corazón, mis sensaciones. Incluso en la realidad, cuando nos hallamos juntos, no soy muy comunicativo; soy hosco y no poseo el dón de saber expresarme. No tengo ni la expresión ni el gesto preciso. Mi difunto hermano Miguel me lo reprochaba amargamente, con frecuencia.

Querida mía, no sé si podrás perdonarme nunca el que te atormente de este modo, el que te haya dejado y que no regrese. Con referencia a esto, tu carta, ayer, me hizo sufrir, aunque tú no me reproches nada ni con una palabra, ni con un pensamiento, antes al contrario, me animes y me consueles. Pero yo me doy cuenta de todo. Primeramene, yo mismo no me di cuenta antes, al decidirme a venir aquí, de todas las dificultades ni de todo lo que tendría que sufrir. Estaba firmemente convencido de que no me marchaba más que para cuatro días y no comprendí lo que nos ocurriría a los dos si circunstancias que no dependiesen de mí me retenían. Cerca de ti no me daba cuenta entonces de lo mucho que te amo y de lo penosísima que resulta para los dos la separación. Comenzamos a fundirnos uno en otro, me parece que ya nos hemos confundido intensamente; sí, Anita, tan fuertemente que no nos hemos dado cuenta, yo al menos. No puedes

imaginar cómo hubiese yo deseado, ayer por ejemplo, hallarme contigo: con lágrimas en los ojos, rogué por ti toda la noche, sin cesar. Y el día de ayer fué absolutamente malo, ruin; todo me aparecía desordenado, estúpido, bajo. Sin embargo, no puedo desprenderme de mi idea de abandonarlo todo e ir a encontrarte. Sí, ahora es casi imposible, por lo menos hacerlo inmediatamente. ¿Qué ocurrirá mañana? Has de saber que ayer lo habia perdido todo, hasta el último kopeck, hasta el último gulden, y había resuelto escribirte inmediatamente para que me enviases el dinero para el regreso. Pero me acordé de mi reloj y fuí a casa de un joyero para venderlo o empeñarlo. Aquí, en esta ciudad de juego, todo esto es terriblemente corriente; hay almacenes de oro y de plata que no se dedican más que a este comercio. Imagínate la vileza de estos alemanes: me compraron el reloj y la cadena, que lo menos me habían costado 125 rublos, por 65 guldens, esto es, 43 thalers, cerca de dos veces y media menos que su valor. Pero los he vendido a condición de tener, durante una semana, derecho a poderlos rescatar; me los devolverán, sin duda, reteniendo un interés cualquiera. ¡Pues bien! Con ese dinero he conseguido ganar y voy a ir ahora mismo a rescatar el reloj. Después de esto me quedarán 16 federicos de oro. He ganado porque ayer conseguí dominarme y no perdí la cabeza. Esto me da alguna esperanza. ¿Qué traerá la jornada de hoy? En fin, mañana te diré algo más seguro.

¿Me perdonas por todo esto, Anita? Suframos ahora y luego todo irá mejor. No te atormentes demasiado por mi causa, no te apenes, sobre todo no te apenes y procura cuidarte. De todos modos volveré pronto. Y después, allá abajo, eternamente estaremos juntos. Esta separación momentánea es incluso útil para nuestra felicidad, pues ha contribuído a darnos, en gran medida, la conciencia de nosotros mismos. Escríbeme acerca de ti más detalladamente. Si no te encuentras bien no lo ocultes, escríbeme. Aquí me encuentro completamente bien. Ayer el tiempo era admirable; hoy, tampoco es malo. Ayer era domingo, y todos estos alemanes homburgueses han aparecido con sus mujeres, después de comer, en el Vauxhall. Ordinariamente, los días laborables, son los extranjeros los que juegan y no hay aglomeración, mientras que con ellos hay empujones y uno se asfixia. Todo era grosero. ¡Ah, qué repugnantes son estos alemanes!

Hasta la vista, Anita, hasta la vista, alegría mia. Está contenta y sé feliz. Amame. Hasta mañana. Te abrazo estrechamente, te amo infinitamente.

Todo tuyo hasta la última gota.

Mañana te escribiré sin falta.

F. Dostoievsky.

P. S. — Por amor de Dios, Anita, no me reexpidas aquí ninguna carta; no puede haber nada particularmente importante, sobre todo de Moscú; se puede esperar; a lo mejor me marcharé de aqui de un día a otro y las cartas se perderían.

Homburg, martes 21 de mayo de 1867, a las once de la mañana.

Mi querido ángel, ayer experimenté un sufrimiento terrible. Inmediatamente después de haber terminado mi carta para ti, fuí a Correos y allí me dijeron que no había carta tuya. Mis piernas vacilaron, no lo podía creer. Sólo Dios sabe lo que se me ocurrió; te juro que no he sentido jamás un sufrimiento más cruel. Pensé que estabas enferma, moribunda. Durante cosa de una hora marché tembloroso por el jardín. Luego fuí a la ruleta y lo perdí todo. Mis manos temblaban, mis pensamientos se confundían e incluso casi estaba contento de perder. Me decía: bien, bien. Cuando finalmente lo hube perdido todo, ni siquiera me sentí impresionado. Anduve dos horas por el parque, fuí Dios sabe a dónde y comprendí toda mi impotencia. Resolví entonces que si mañana no recibo carta tuya — es decir, hoy — regresaré inmediatamente a tu lado. Pero, ¿cómo?

Al regreso fuí de nuevo a empeñar mi reloj (que había rescatado al ir a Correos). Lo he empeñado a la misma persona que anteayer y de pronto se me ocurrió una idea: que tú no podías escribir, es decir, enviarme una carta, para el lunes. Recibiste mi primera carta el sábado, me contestaste aquí, a Correos. Por esta razón el domingo no me enviaste carta, y el domingo, al recibir una segunda carta, aunque me contestases el mismo día, no pudiste enviar tu carta hasta el lunes. No podía, pues, recibirla

antes del martes (es decir, hasta hoy). Todo esto lo he visto claramente y, puedes creerme, fué como si resucitase de entre los muertos. Ahora te escribo, pero estoy temblando: ¿Y si me equivoco y no recibo hoy carta tuya? ¿Qué ocurrirá entonces? ¡Dios no lo quiera! Ahora me doy prisa para ir a Correos. Anita, querida mía, ¿comprendes al fin lo que eres para mí, al ver como me atormento de este modo? No, nunca, nunca he sufrido tanto ni he sentido temor semejante al que sentí durante esa hora. Anita mía, es preciso amar fuertemente para experimentar esto. ¡Dios mío si no recibiese nada hoy! Me doy prisa para terminar esta carta y correr a la oficina de Correos. ¿Y si de nuevo no hay carta tuya, qué haré? Necesitaría marcharme y no tengo dinero. He perdido casi todo lo que recibí por mi reloj y ahora no poseo en total más que veinticinco florines y es preciso pagar el hotel, el ferrocarril. ¡Dios mío! Ahora mis temores de ayer casi han reapareido.

Si no estás enferma, si todo va bien, entonces, amor mío, al recibir esta carta ocúpate lo más pronto posible de mi situación. Escucha: el juego ha terminado; voy a regresar lo más deprisa posible; envíame, pues, inmediatamente, en seguida que hayas recibido esta carta, veinte imperiales; inmediatamente, el mismo día, en el mismo momento si es posible. No pierdas un segundo. Esto es lo que te pido con más interés. Primeramente es preciso desempeñar el reloj (no hay necesidad de perderlo por sesenta y cinco guldens), luego pagar el hotel, después el ferrocarril y te devolveré el resto, no te inquietes, ahora ya no jugaré más. Sobre todo date prisa a enviármelo. Mañana o pasado mañana me darán la nota en el hotel y si no recibo dinero de ti me será preciso ir a excusarme ante el dueño y tal vez éste me denunciará a la policía. Líbrame de este sufrimiento, es decir, hazme un envío lo más pronto posible. Y hazlo tú misma. No digas nada, no te aconsejes con la patrona, que no tiene necesidad de enterarse de nuestros asuntos. Es muy fácil, ve a ver a un banquero cualquiera, de preferencia a su despacho (puedes informarte del nombre de un banquero en Correos; pregúntalo al empleado que te entrega las cartas) llévale veinticinco imperiales y pregunta si puede enviar el dinero inmediatamente a Homburg, a Fulano de Tal — es decir, a mí —, Lista de Correos. Sin duda se puede hacer eso. En seguida tomará tu dinero reteniendo seguramente

una comisión y te dará una letra de cambio sobre un banquero de Homburg (no te inquietes, ellos saben a quién; tienen en todas partes corresponsales). Meterás esa letra de cambio en un sobre para mí; séllalo, llévalo a Correos y certifícalo declarando el valor. Eso es todo. Cuando yo haya recibido tu carta y el dinero iré a casa del banquero y me descontará la letra de cambio. En nombre de Dios, da al banquero la dirección exacta, escríbela en un papel: Homburg y no Hamburg. Esperaré con impaciencia. Inmediatamente que reciba el dinero, regresaré.

Mi querida amiga, nos queda muy poco dinero, pero no te entristezcas y no me lo reproches. En lo que se refiere a mí estoy completamente tranquilo por nuestros asuntos de dinero. Nos quedarán veinte imperiales y enviarán aún veinte más. Al regresar a Dresde escribiré inmediatamente a Katkov y le pediré que me envíe todavía 500 rublos. Sin duda esto le contrariará mucho, pero los enviará. Como ya ha dado tanto (tres mil) no va a negarme eso. No puede negarse. ¿Cómo podría yo terminar el trabajo sin dinero? Sin duda eso está mal hecho, pero no es más que el precio de veintitrés pliegos y se lo compensaré. La contestación no podrá llegar antes de un mes. Angel mío, sufro por ti, que te debes fastidiar mucho en Dresde. Yo, mientras espero la contestación de Katkov, escribiré un artículo sobre Belinski; después nos iremos a Suiza y trabajaré lo más deprisa posible. Angel mío quizás es conveniente todo lo que pasa. Ahora esta maldita idea del juego me abandonará. Ahora de nuevo, como hace dos años (antes de *Crimen y Castigo*) lo restableceré todo con mi trabajo. Ocurra lo que ocurra. Pero lo que más me contraría es que tú debes de fastidiarte. No te preocupes más que de ti. ¡Oh, querida mía, que al menos nos podamos ver lo más pronto posible! No te enfades por esta carta estúpida. Me apresuro todo lo que puedo para enterarme lo más deprisa posible de mi suerte en Correos, es decir, de si hay o no carta tuya. Incluso estoy ahora temblando. Recibiré carta tuya y seré feliz. Te beso, amiga mía. No te entristezcas ni te inquietes por mí. Sólo deseo recibir hoy carta tuya y seré feliz. Hasta la vista. Hasta pronto. Te abrazo. No estés triste. Todo esto, en el fondo, no tiene mucha importancia. Todos, incluso los hombres más dichosos, experimentan aun peores amarguras en la vida. Y yo, por medio de ese dinero, me compro la liberación de una idea loca

y, tal vez, ¡la pago todavía a bajo precio! ¡Sea lo que Dios quiera!

Te abrazo estrechamente, sin fin. Todo tuyo. Tu marido que te adora.

Fed. Dostoievsky.

P. S. — En nombre de Dios, date prisa por lo que se refiere al dinero, para que me pueda marchar de aquí lo más pronto posible. Envía el dinero a Lista de Correos.

Te he atormentado mucho, querida mía.

Homburg, miércoles 22 de mayo de 1867, a las diez de la mañana.

¡Buenos días, querido ángel mío! ¡Ayer recibí tu carta y me sentí loco de alegría y al mismo tiempo horrorizado! ¿Qué es lo que ocurre, mi querida Anita, en qué estado te pones? ¡Lloras, no puedes dormir, te atormentas! ¿Cómo pude leer eso? ¡No hace más que cinco días que me marché y ya te hallas en ese estado! Querida mía, ángel mío, tesoro mío, no te reprocho nada, al contrario, me eres todavía más querida por semejantes sentimientos. Comprendo que no hay nada que hacer si tú no puedes soportar mi ausencia y tienes tanto miedo por mí. (Te repito que no te hago reproche alguno, que te amo por esta causa dos veces más si ello es posible y que sé apreciarlo). Pero al mismo tiempo, reconócelo, querida mía, fué tal mi locura que no me di cuenta de tus sentimientos, al venir aquí. Razona, querida mía:

1.º Mi propio disgusto por nuestra separación me ha impedido en gran parte jugar bien a este maldito juego.

2.º ¿Cómo, conociendo tu situación, podía permanecer aquí? Perdóname, ángel mío, pero te expondré algunos detalles de mi empresa, es decir, de este juego, para que veas claramente de qué se trata. Ya, más de veinte veces, al acercarme a una mesa de juego, he comprobado por la experiencia que si se juega con calma y sangre fría y calculando, *no hay posibilidad alguna de perder*. Te juro que no es posible. En los otros es ciego azar, en mí cálculo; por lo tanto tengo una probabilidad. Pero, ¿qué

ocurre generalmente? De ordinario comenzaba con cuarenta guldens. Los sacaba de mi bolsillo y ponía uno, dos guldens. En general (siempre) en un cuarto de hora había ganado el doble. Entonces debería haberme detenido y marcharme, al menos hasta la noche, para calmar mis nervios excitados. (He hecho esta observación absoluta: que no puedo permanecer tranquilo y con sangre fría en el juego durante más de media hora.) Pero no me alejaba más que para fumar un cigarrillo e inmediatamente corría a jugar de nuevo. ¿Por qué hacía eso estando seguro de que no podría contenerme, es decir, de que perdería? Es porque cada día, por la mañana, al levantarme, decidía que sería el último día de Homburg, que al día siguiente me marcharía, y entonces me era preciso esperar cerca de la ruleta. Me apresuraba con todas mis fuerzas para ganar lo más posible, de una vez, en ese solo día (puesto que al día siguiente era preciso marchar). Perdía mi sangre fría, mis nervios se irritaban, comenzaba a arriesgarme, hacía posturas sin ningún cálculo y perdía (porque aquel que juega al azar, sin cálculo, es un loco). Todo el error consiste en que estemos separados, en no haberte traído conmigo. Sí, sí, es eso. Aquí yo sufro por ti y tú has estado a punto de morir sin mí. Angel mío, te repito que no te reprocho nada y que todavía te quiero más porque sufres por mi causa. Pero juzga por ti misma, querida mía, lo que, por ejemplo, me pasó ayer. Después de haberte enviado la carta en que te pedía me enviases el dinero, fuí a la sala de juego. No me quedaban, para todo, más que veinte guldens y arriesgué diez. Hice un esfuerzo casi sobrehumano para permanecer tranquilo y calcular durante una hora, y, como resultado, gané treinta federicos de oro, es decir, trescientos guldens. Me sentía tan feliz, experimentaba un deseo tan loco de terminar lo más pronto posible, hoy mismo, y marcharme inmediatamente de aquí, que, sin descansar ni tomar aliento, comencé a tirar el oro y lo perdí todo, todo, hasta el último céntimo: no me quedaron más que dos guldens para tabaco.

Anita, querida mía, mi alegría, comprende que tengo deudas que debo pagar y que se me tratará de moroso, comprende que es necesario escribir a Katkov y permanecer algún tiempo en Dresde. Me era preciso ganar. Era indispensable. No fué para divertirme por lo que jugué. Era la única salida y, mira, todo

se ha perdido por haber calculado mal. No te censuro nada, es a mí a quien maldigo, por no haber hecho que me acompañaras. Jugando un poco cada día es imposible no ganar. Es absolutamente seguro. He hecho este experimento veinte veces y, a pesar de saber esto con toda certeza, me marcho de Homburg habiéndolo perdido todo. Sé también que si pudiese concederme un plazo de cuatro días, entonces, en esos cuatro días, lo rescataría todo con seguridad. Pero esto se ha acabado, ya no jugaré más. Querida Anita, comprende, te lo suplico, que yo no te reprocho nada; por el contrario, es a mí a quien censuro por no haberte traído conmigo.

N. B.—Para el caso en que mi carta de ayer se hubiese perdido te repito aquí en algunas palabras, lo que te decía en ella. Te pedía que me enviases *inmediatamente* veinte imperiales, por letra de cambio contra un banquero. Es decir que tú debes ir a casa de un banquero y decirle que te es preciso enviar a tal dirección, a Homburg (lo más seguro a Lista de Correos), veinte monedas de oro, y el banquero sabrá lo que es necesario hacer. Te rogaba que te dieses la mayor prisa posible para que tu carta saliese el mismo día. (Deberás incluir en tu carta la letra de cambio que el banquero te entregará y enviarlo todo certificado.)

Para todo eso, si se va deprisa, no es necesaria más de una hora, de manera que la carta puede salir el mismo día.

Si consigues enviarlo el mismo día, es decir, hoy miércoles, lo tendré en mi poder mañana jueves. Si tu carta sale el jueves la recibiré el viernes. Si la recibo el jueves, el sábado estaré en Dresde; si el viernes, estaré en Dresde el domingo. Esto es seguro, seguro. Si consigo arreglar todos los asuntos, entonces llegaré, tal vez, no el tercer día, sino al día siguiente. Es dudoso, sin embargo, que pueda hacer el mismo día todo lo necesario para poderme marchar (recibir el dinero, hacer las maletas, llegar a Francfort sin retraso para coger el rápido), sin duda podré hacerlo, pero lo más probable es que no pueda llegar hasta dos días después.

Hasta la vista, Anita, hasta la vista, ángel mío. Estoy terriblemente inquieto por ti, pero tú no te inquietes por mí, mi salud es admirable. Este desarreglo nervioso que sufro y que te causa miedo por mí no es más que físico, mecánico, no es una sacudida

moral y mi naturaleza lo exige. ¡Soy tan complicado! Soy nervioso y jamás he podido estar tranquilo. Además el aire de aquí es admirable. Me encuentro muy bien, pero sufro por ti. Te amo, por eso me atormento. Abrazos sin fin. Tu

F. D.

Homburg, 23 de mayo de 1867, a las once de la mañana.

Yo no soy un alma santa, mi querido ángel, eres tú quien tiene un alma santa. ¡Qué encantadora carta me enviaste ayer; cuántas veces la he besado! En mi situación, una carta semejante es como el maná celeste. Sé al menos que hay un ser que me ama para toda la vida, una bella y buena alma clara. Toda mi vida te amaré infinitamente. No te escribo más que algunas líneas a toda prisa. Desearía ir lo más pronto posible a correos, tal vez has conseguido ya enviar el dinero y lo recibiré hoy.

¡Qué necesario me es! No tengo un céntimo y hoy seguramente el hotel me presentará la nota, porque hoy hace una semana que estoy aquí y es la costumbre presentar la nota cada semana. ¡Pues bien! si hoy no consigo nada, nada se puede hacer; esperaré todavía un día más, no te inquietes, querida mía. ¡Ah! todavía otra cosa: ayer hizo mucho frío, un frío incluso extraordinario; viento y lluvia durante todo el día. Hoy no llueve, pero hace viento y mucho frío. No sé cómo pasó, pero ayer me enfrié los oídos y por la noche tuve dolor de muelas. Durante cinco minutos fué insoportable: toda la velada, permanecí en casa, abrigándome con todo lo que encontraba a mano. Hoy, aunque el dolor de muelas me haya pasado durante la noche, siento alguna molestia en el oído. Por esta causa si me enfrío otra vez volveré a tener dolor de muelas. Por lo tanto, querida mía, aunque reciba hoy el dinero, quizás no me marcharé. Tengo miedo, querida mía. Cuando vine aquí pasé una noche espantosa a causa del frío que sufrí en el vagón, envuelto en mi abrigo de verano; y ahora hace todavía más frío. Permíteme que espere un día, angel mío; si no lo hago así cogeré dolor de muelas para algunos años.

Permíteme que espere, querida mía, y no me guardes rencor. Te amo infinitamente, pero piensa lo que pasaría si llegase a casa lanzando gemidos y gritos.

Por otra parte, espero que el dolor de muelas se habrá calmado ya definitivamente y que no se despertará. ¡Dios lo quiera! Entonces no esperaré un momento. En todo caso haré todo lo que pueda para no tardar. Créeme, cree que deseo tanto como tú abrazarte, tal vez más. Angel mío, perdóname también por mi carta de ayer. No veas en ella el menor reproche. Hasta la vista, lo más pronto posible. Abrazos sin fin, con toda mi alma. Tu marido que te adora,

F. D.

P. S. — A las once y media. He recibido tu carta, pero no está la letra del banquero. El empleado de Correos me ha dicho que pasara por la oficina a las cinco, que tal vez habrá algo pero que es dudoso. Entonces, mañana lo recibiré seguramente. En todo caso hoy me es imposible partir. No te inquietes, ángel mío, haré todo lo que pueda para ir lo más deprisa posible. Te doy las gracias con todo mi corazón y te abrazo.

P. S. — Querida mía, lee atentamente esta carta. El frío es terrible y tengo dolor de muelas. ¿Y si cayese enfermo? Pero espera un poco, te juro que haré todos los esfuerzos para regresar lo más pronto posible.

Homburg, 24 de mayo de 1867.

¡Ana, querida mía, amiga mía, perdóname, no me trates de cobarde! He cometido un crimen; he perdido todo lo que me enviaste aquí; todo, hasta el último pfennig. Ayer recibí el dinero y ayer lo perdí todo, Anita, mi querida, ¡cómo podré atreverme a mirarte ahora!, ¡qué me dirás! Esto es lo único que me espanta: lo que tú me dirás, lo que pensarás de mí. Tu juicio es únicamente lo que me da miedo. ¿Podrás tú tener la fuerza de estimarme ahora? ¿Y qué es el amor sin la estima? ¡Oh, amiga mía, no me acuses irrevocablemente!

Odio el juego y no desde ahora; ayer, anteayer ya lo maldecía. Habiendo recibido el dinero, ayer lo cambié y fui allá con la idea de ganar algo, aunque no fuese más que una suma mínima

para aumentar nuestros recursos. Estaba convencido de que podría ganar algo. Al principio gané un poco, pero cuando comencé a perder quise entonces rescatar lo perdido y perdí todavía más. Entonces, a pesar mío, continué jugando a fin de recuperar al menos el dinero necesario para el regreso y lo perdí todo. Anita, no te suplico que tengas piedad de mí, vale más que conserves tu independencia de juicio. En lo que se refiere a mí no tengo miedo. Por el contrario, ahora, después de semejante lección, me siento súbitamente en absoluto tranquilo para el porvenir.

Ahora sólo tendré el trabajo y el trabajo. ¡Demostraré lo que soy todavía capaz de hacer! No sé como se arreglarán las cosas, pero ahora Katkov no se negará a hacer adelantos y todo lo demás dependerá, lo creo así, de la calidad de mi trabajo. Si el trabajo es bueno habrá dinero. ¡Oh, si todo esto me afectase únicamente a mí me habría reído y me habría marchado! Pero tú, tú no puedes dejar de juzgar mi acto y esto es lo que me turba y me atormenta. Anita, ¡que al menos no pierda tu amor! Además de lo mal que marchan nuestros asuntos he gastado y he perdido en este viaje a Homburg más de mil francos, trescientos cincuenta rublos. ¡Es un crimen!

¡Pero no los he gastado por ligereza ni avidez; no por mí, oh, no!

¡Tenía otros propósitos! Pero no es el momento de justificarme. Ahora, ¡que pueda volver lo más pronto a tu lado! Envíame a escape, inmediatamente, el dinero para que me marche, aunque sea el último. Ya no puedo permanecer aquí; no quiero permanecer aquí. Quiero estar a tu lado, cerca de ti, lo más pronto posible, abrazarte. ¿Me abrazarás, di? ¡Oh, sin este mal tiempo, sin este frío, yo habría podido ir ayer a Francfort y no habría ocurrido nada; no habría jugado. Pero el tiempo era tan malo que, con mi dolor de muelas y mi tos, no había para mí posibilidad de viajar pasando toda la noche con mi abrigo de verano. Era imposible, completamente imposible. Corría el peligro de atrapar una enferemdad. Pero ahora ni eso podrá detenerme. En seguida que recibas esta carta envía diez imperiales (es decir, como la última vez, una letra de cambio contra Robert Rhoul), diez imperiales, esto es, noventa guldens para liquidar mis deudas y marcharme. Hoy es viernes; el domingo los recibiré; el mismo día me marcharé a Francfort, allí tomaré el rápido y el lunes

estaré a tu lado. Angel mío, no se te ocurra que pueda también perder ese dinero. No me ofendas hasta tal punto. No tengas tan mala opinión de mí. Soy al fin y al cabo un hombre, hay algo en mí de humano.

No se te ocurra, por desconfianza hacia mi, venir a buscarme tú misma. Esa desconfianza de que yo tal vez no me marche me mataría. Te doy mi palabra de honor de que me marcharé inmediatamente, a pesar de todo, incluso de la lluvia y el frío.

Te abrazo. ¿Qué piensas tú de mí ahora? ¡Oh, cómo desearía verte mientras leas esta carta!

Tuyo

F. D.

P. S. — Angel mío, no te inquietes por mí. Te repito que, si estuviese solo, no haría más que reírme de todo esto. Eres tú, tu juicio, lo que me hace sufrir. Es la única cosa que me atormenta.

Hasta la vista. ¡Oh, que pueda estar lo más pronto posible a tu lado! ¡Lo más pronto posible! Los dos juntos hubiéramos encontrado alguna solución.

Homburg, 25 de mayo de 1867, a las diez de la mañana.

Anita, ángel mío, mi único bien, mi alegría, ¿me perdonarás todo el tormento y la emoción que te hago sentir? ¡Oh, qué necesaria me eres! Ayer permanecí solo toda la velada; intenté leer mis tres libros, que ya he leído y releído, pero en mi cabeza vibraba un solo pensamiento: ¿qué hacer? ¿Qué será de nosotros ahora? No hablo del porvenir, el porvenir es desconocido; pero Dios nos salvará. En mi vida he contado nunca más allá de seis meses, como todo hombre que vive únicamente de su trabajo diario. Ahora cuento sólo con mi trabajo. Compréndeme, Anita, mi próxima obra debe ser admirable, mejor todavía que "Crimen y Castigo"; entonces la Rusia que lee será mía y los editores también. Creo en nuestro porvenir. Bastará que Dios nos conceda la salud. (Aquí no hay crisis.) Lo que no se puede adivinar es nuestro porvenir más próximo, el momento en que será preciso

volver a Rusia, pagar las deudas, etc. No sé lo que ocurrirá. Ahora, seria y resueltamente, creo en la ayuda de Katkov. (Habiéndome ayudado una vez y viendo que he terminado el trabajo para el invierno, prestará su ayuda una segunda vez y nos ayudará también en el invierno cuando llegüe. La desgracia está en que todo esto no será suficiente.) Pero, mira, es preciso que podamos esperar; sería necesario estar ahora a cubierto hasta el envío de Katkov. ¿Y con qué? Probablemente no tendremos reunidos más de treinta thalers. La única esperanza es que tu madre envíe algo. Es sorprendente lo que pasa allá abajo y por qué no nos envían nada. Lo único que me da esperanza es que si no pudiesen enviar algo habrían seguramente escrito. Y ninguno de ellos ha escrito. Es extraño. ¿Tal vez no saben cómo mandar dinero?

Es a ti, Anita, a quien se dirigen ahora todos mis pensamientos, para acudir lo más pronto a tu lado. Cuando estemos juntos hablaremos de todo. Espero a mañana con una impaciencia enfermiza. Haga el tiempo que haga me marcharé y esta misma noche comenzaré a hacer mis maletas. La lástima es que seguramente no recibiré tu carta hasta mediodía, si llega con el dinero, y tal vez no la reciba hasta las cuatro de la tarde. Pero en todo caso me marcharé y no permaneceré aquí por nada del mundo. Todavía una cosa que me inquieta: ayer la patrona me entregó la nota de la semana, una cuenta terrible. Alegué que, debiéndome marchar el domingo, lo pagaría todo a la vez. No están satisfechos, pero se callan. La desgracia está en que temo que el domingo la nota habrá aumentado aún más y que el dinero enviado no sea suficiente para el viaje y el hotel. Me marcharé en tercera clase. ¿Encontraré el rápido en Francfort (aquí no se puede hacer nada) o me será preciso dormir en alguna parte? El tiempo es repulsivo, frío y lluvioso; las noches son como las de nuestro país en octubre. Pero todo eso no importa. Me marcharé sin remisión. Me pondré doble ropa interior: dos camisas, etc. Aunque tal vez todo vaya bien. Anita, ángel mío, que lo más pronto posible pueda estar a tu lado y ahí todo se arreglará. En seguida que llegue escribiré a Katkov. La contestación puede llegar dentro de dos semanas, pero es preciso contar un mes. He decidido pedir mil rublos, aunque tenga que ser en varias entregas. Entonces nos instalaremos en Suiza lo más pronto po-

sible. El viaje costará quinientos thalers, pero eso no importa. ¡Después, a trabajar!

Hasta la vista, Anita, corazón mío. Pasado mañana estaré a tu lado! Menos de cuarenta y ocho horas. Cuento las horas. Dios haga que todo se arregle.

Perdóname, ángel mío. Perdóname, corazón mío.

Tu

F. D.

Homburg, 26 de mayo de 1867, a las diez de la mañana

Mi querido ángel, te escribo en un pedazo de papel pedido a la patrona, pues he terminado mi paquete de papel de cartas. Si recibo hoy tu dinero haré entonces todos los esfuerzos posibles para marcharme hoy mismo. El tren sale de aquí a las tres y veinte. ¿Pero encontraré la correspondencia en Francfort? Lo ignoro. Me han dicho que no hay tercera clase en el rápido y que si se toma tercera (no en el rápido) es preciso pasar la noche por el camino. Pero el rápido es caro. La nota de la patrona ascenderá lo menos a setenta guldens; no me quedarán más que veinte y solamente el billete del rápido cuesta lo menos veinte guldens. Y no voy a marcharme sin un kopeck. Pero como estoy absolutamente decidido a marcharme, ya me arreglaré de una manera o de otra. Lo que más me inquieta es el frío. Si me enfrío, será peor. Según los diarios reina el cólera en Berlín y París. Anteayer, 24 de mayo, heló durante la noche; las manzanas y las cerezas se han perdido: nadie recuerda nada semejante. ¡Todo estaba cubierto de escarcha y el 24 de mayo granizó y nevó! Ayer, aquí, en Homburg, durante el día, el aliento se condensaba en vaho. Intentaré ponerme doble ropa interior y que sea lo que Dios quiera.

En todo caso, ángel mío, no te inquietes. Con todas mis fuerzas deseo marcharme. Si no llego mañana y en vez de recibirme a mí recibes esta carta, deduce entonces que no he podido arreglar algo, alguna cosa insignificante y que, a pesar de todo, estoy a punto de partir. Te abrazo sin fin, tesoro mío. Amame. Perdona.

No te acuerdes de lo malo, nos es preciso vivir juntos toda la vida.
Tu eterno y fiel

Fed. Dostoievsky.

Hoy es domingo y es poco probable que la oficina esté abierta para cambiar el dinero. Es posible que si no recibo nada por la mañana, lo reciba a las cinco de la tarde. ¡Oh, no desearía que fuese así!

Angel mío, amiga mía, perdóname.

Saxon-les-Bains, 5 de octubre de 1867, a las seis de la tarde.

Mi querida amiga, mi ángel bien amado, Anita (y Sonitchka) (1), desde los primeros momentos me ocurrió una aventura desagradable y cómica. Imagínate, querida amiga, que a pesar de toda mi atención dejé pasar Saxon-les-Bains. No me di cuenta de ello hasta tres estaciones después, en la pequeña ciudad de Sión, y tuve que pagar, además, a esos bandidos, un franco cincuenta y cinco de suplemento. No puedo comprender cómo me ocurrió eso. Miraba en cada estación. El tiempo era malo, frío, lluvia y granizo; precisamente al llegar a Saxon-les-Bains el cielo se aclaró y... pasé de largo. Pasé el camino leyendo y gasté en comer noventa céntimos. Los paisajes son notables, verdaderamente hay que reconocer que Ginebra está situada en el lugar más feo de toda Suiza. Vevey, Vernex, Montreux, Chillon y Villeneuve son admirables. ¡Si esto es así bajo la lluvia y el granizo, qué será a la luz del sol!

En Sión esperé una hora, comí. En el restaurante, cerca de la estación, vendían salchichas y sopa. ¡Horror de los horrores!

A las cinco tomé el billete, pagué de nuevo un franco cuarenta y cinco y acabo de llegar ahora mismo, a las seis, a Saxon-les-Bains. Todavía no he visto nada, es el pleno crepúsculo.

(1) Diminutivo de Sonia. Dostoievsky habla aquí del hijo que su mujer esperaba. Fué una hija, a la que dieron el nombre de Sofía. Nació en Ginebra el 28 de febrero de 1868.

En algunas de sus cartas Dostoievsky habla de sus hijos futuros como si ya hubiesen nacido.

Saxon es una aldea miserable, pero hay muchos hoteles bien montados. Me han anunciado inmediatamente (sin que yo haya hablado de nada) que hay una ruleta, y me han preguntado si quería ir. Yo he preguntado si había alguna carta para mí. Me han contestado que el mozo del hotel iría a las diez y que no es posible recibir nada antes. Me he puesto a escribir después de haber encargado un rosbif y café, pues tenía mucha hambre.

Esto es todo, Anita. De lo que pasará después no sé nada.

Anita, ángel mío, cuida de Sonia, de ti; no dejes de estar alegre. ¡Cuántas cosas desearía contarte! Te he visto durante todo el trayecto. En Sión, en un pequeño cuadro, he visto tu retrato. La hotelera tiene una hija de nueve meses; ríe y ha tendido hacia mí sus bracitos. Inmediatamente he pensado en ti. ¿Te encuentras bien, querida mía? ¡Cuánto sufriré, sobre todo por las noches! Creo que regresaré mañana, seguramente mañana. Tres trenes salen de aquí: a las cinco de la mañana, a las once y a las cinco cuarenta y cinco de la tarde.

Hasta la vista, querido ángel. Te abrazo a ti y a Sonia. Beso tus pies y tus manos.

Tu fiel marido que te ama,

F. Dostoievsky.

Saxon-les-Bains, domingo 6 de octubre, a las siete y media de la noche.

Anita, querida mía, soy algo peor que una bestia. Ayer, a las diez de la noche, tenía una ganancia líquida de 1.300 francos. Hoy no tengo un kopeck...

¡Todo lo he perdido, todo! Y todo por causa de ese canalla de mozo del hotel de Bains que no me despertó como le había ordenado, para que pudiera marcharme a las once a Ginebra. Dormí hasta las once y media. No había nada que hacer, no podía marcharme hasta las cinco. A las dos fuí a la ruleta y lo perdí todo, todo. No me quedaban más que 14 francos, lo justo para el viaje. A las cinco fuí a la estación y me enteraron de que no se llega directamente a Ginebra, sino que es preciso pasar la noche en Lausana. Esto era una sorpresa para mí que no tenía

más que 14 francos justos. Cogí mi sortija y busqué donde empeñarla. Me prometieron dinero para las ocho diciéndome que serían 10 francos. Ahora me he ido a hospedar a casa de otra patrona, la señora Orsa. Quiero marcharme mañana por la mañana a las cinco. Estaré en Ginebra a las once. Si no llego será que algo me ha retenido. Envío esta carta por lo que pueda ser, pero probablemente llegaré antes que ella. Sigo bien. Anita, la mala suerte me persigue. He recibido tu encantadora carta. Mi pequeña alma, mi alegría, no te preocupes por mí; no te inquietes. Insúltame como a una bestia, pero ámame. Te amo locamente. Comprendo ahora todo lo que te quiero. Hasta la vista, pronto. Todo tuyo,

F. Dostoievsky.

Saxon-les-Bains, domingo 17 de noviembre de 1867.

Querida mía, Anita, mi alegría (con Sonia y Micha) (1), os abrazo a los tres estrechamente y a ti, Anita, cincuenta veces. ¿Qué haces, querida mía? ¿Cómo has pasado el tiempo? ¿Te encuentras bien? No he dejado de pensar en ti durante todo el día. He llegado a las tres y cuarto. ¡Qué día! ¡Qué vista durante el trayecto! Ha sido dos veces mejor que la última vez. ¡Qué encanto, por ejemplo, Vevey, y no digo nada de Montreux! He contemplado detenidamente Vevey. Es una encantadora ciudad en donde hay probablemente bellos alojamientos, médicos y hoteles. Hay para todo. Anita, hay para todo.

¡Ah, querida mía, no debías haberme dejado ir a donde hay una ruleta! He llegado aquí a las cuatro menos cuarto y me he entrado de que la ruleta se abre a las cinco (yo había creído que se abría a las cuatro). Por lo tanto disponía de una hora. He corrido allá. Al primer golpe he perdido 50 francos. Luego, de pronto, me he desquitado. No sé cuanto, no lo he contado. Después, he perdido terriblemente, casi hasta el último kopeck, y, de golpe, con la última postura, me he desquitado de mis 125 fran-

(1) Dostoievsky creía firmemente en esta época que su esposa daría a luz unos gemelos.

cos y además he ganado 110. De manera que, en total, tengo ahora 235 francos. Anita, querida mía, me he preguntado seriamente si sería conveniente enviarte 100 francos. ¡Pero es muy poco; si al menos fuesen 200! En desquite, me he prometido que por la noche, de las ocho a las once, me convertiría en un verdadero judío: jugaré de la manera más razonable. ¡Te lo juro! Si añado algo más a mi ganancia, mañana te lo enviaré y yo regresaré pasado mañana, esto es, el martes.

No sé cuándo saldrá esta carta, en este momento me han interrumpido: me han traído la comida, pero han olvidado el pan. He bajado para pedirlo y, de pronto, habiéndome visto el propietario del hotel (y pensando que era ruso) me ha preguntado: "¿Es para usted este telegrama?" Me sentí desfallecer. Miré: "Al señor Stablensky." "No, respondí, no es para mí." Me he ido a comer, pero mi corazón latía fuertemente. Pensaba que quizás ha ocurido algo, que la patrona o el doctor podían haber enviado un telegrama, a petición tuya, que se desfiguran siempre los nombres rusos y que se ha podido deformar el mío ¡que tal vez el telègrama podía ser para mí! Bajé de nuevo. Pregunté si se podía saber de donde venía el telegrama. (Hubiera deseado abrirle y leerle.) Me han dicho que de Prusia. Ah, bien. ¡Dios sea alabado! ¡Ah, qué miedo tuve!

Anita, mi querida, mi alegría, en todo este tiempo no he pensado más que en ti. Cuídate, te lo suplico. Te abrazo. ¡Querida mía, cómo me arrepiento! ¡El otro día estaba tan nervioso, grité tanto! Angel mío, ya sabes como te amo, como te adoro. ¡Amame! Hasta la vista, querida mía. Hasta el martes, seguramente. Te abrazo un millón de veces y siempre te adoro. Tu fiel y afectuoso

Fedor Dostoievsky.

Mi salud es muy buena. Ciertamente me encuentro muy bien. El buen viaje me ha ayudado. He rogado por ti y por ellos.

Anita, querida mía, no esperes una importante ganancia, no sueñes. Tal vez perderé, pero te juro que seré prudente como un judío.

Saxon-les-Bains, 18 de noviembre de 1867. Lunes.

Anita, querida mía, ¡lo he perdido todo! ¡Oh, ángel mío, no te entristezcas, no te inquietes! Ten la seguridad de que ahora vendrá el tiempo en que por fin seré digno de ti y en que ya no te robaré como un miserable e indigno ladrón. Ahora la novela, únicamente la novela nos salvará. ¡Si supieras cómo cuento con ello! Ten la seguridad de que conseguiré mi propósito y mereceré tu estima. Jamás, jamás volveré a jugar.

Lo mismo me ocurrió en 1865 (1). Era difícil hallarse más próximo a la perdición, pero el trabajo me salvó.

Con amor, con esperanza me pondré a trabajar y tú verás lo que pasará dentro de dos años. Y ahora, ángel mío, no te inquietes. Hago todos los esfuerzos posibles para volver a tu lado, pero no me puedo mover antes del jueves, por la siguiente razón: Quiero que lo sepas todo. Empeñé mi sortija y mi abrigo de invierno y lo perdí todo. Por la sortija y el abrigo será preciso pagar cincuenta francos. Pero lo desempeñaré, ya verás cómo. Ahora no se trata de eso. Son las tres de la tarde, dentro de media hora echaré esta carta en Correos e iré a buscar la tuya, si la hay (he pasado por Correos esta mañana, pero no había nada). Así, mi carta saldrá mañana, a las cinco o a las once de la mañana, no lo sé: en todo caso la recibirás mañana. Pero durante todo este tiempo deberé el hotel y no me podré marchar. Por esto te suplico, Anita, ángel mío, que me salves; envíame con que pagar los cincuenta francos del hotel. Si puedes enviar el dinero el miércoles por la mañana temprano — o el martes por la noche — entonces lo recibiré el miércoles por la noche, y el jueves por la mañana, o a las seis de la tarde ya estaré contigo. Amiga mía, no te pongas triste porque te he arruinado, no sufras por el porvenir; yo lo repararé todo, todo.

Querida mía, pediré prestados a Ogarev (2) trescientos francos hasta el 15 de diciembre. En primer lugar él no es Herzen y en segundo, aunque esto me sea penoso hasta el sufrimiento, a pe-

(1) Dostoievsky escribió en esta época "Crimen y Castigo" que, publicado en el mismo año, le permitió desligarse de sus grandes dificultades de dinero.

(2) Poeta, y amigo de Herzen, que sentía mucha simpatía hacia el matrimonio Dostoievsky. Este préstamo de 300 francos no llegó a realizarse, pues la madre de la esposa de Dostoievsky envió desde Petersburgo una pequeña cantidad de dinero.

sar de todo no quedaré moralmente ligado por nada. Ya se lo manifestaré así al pedirle; se lo diré con toda nobleza. En fin, es un poeta, un literato, tiene corazón y además busca mi compañía y, por lo tanto, me estima. No me negará ese dinero por tres semanas. Al mismo tiempo escribiré a Katkov (este tampoco se negará) que, por excepción, me envíe a Dresde 200 rublos en lugar de 100 (y los otros 200 por mes, como está convenido). El 15 de diciembre devolveremos a Ogarev los 300 francos y nos quedarán todavía 380.

Del dinero tomado a cuenta a Ogarev pagaremos: por el abrigo y la sortija 50 francos; por tus vestidos 80 francos y por las alhajas 150 francos. En total: 280. No quedará casi nada, pero siquiera tendremos los objetos. Si no se paga el alquiler de la pensión entonces con el dinero de los diamantes y de las sortijas se podrá ir viviendo en espera de recibir el dinero. El 15 de diciembre se puede de nuevo desempeñar y volver a empeñar y esto durará así tres meses y en tres meses enviaré a Katkov la novela por tres mil rublos y él entonces me enviará seguramente, atendiendo a mi demanda, por lo menos 300 rublos que servirán para atender a tu parto, y dos meses después enviará otros 500 (1).

En cuanto a los gastos para nuestro futuro huésped y ángel, ya inventaré para entonces algo y encontraré dinero.

Anita, querida mía, te lo suplico, no te inquietes. Por el momento me encuentro bien, pero ¿cómo podré esperar hasta el jueves el momento de verte? Anita, soy indigno de ti, pero perdóname por esta vez. Me marcho con una gran esperanza y te juro, te prometo la felicidad en el porvenir. Unicamente ámame como te amo, infinitamente, eternamente. No veas en todo esto la ligereza, la debilidad de mi amor. Sólo Dios sabe cómo yo mismo me siento castigado y cómo sufro principalmente por ti. Tengo miedo de que hayas de permanecer todavía sola hasta el jueves: llorarás, te atormentarás, no te cuidarás. Angel mío, querida Anita, comprende que hablo seriamente, que ahora comienza una nueva vida. Me verás, finalmente, tal como soy. Lo salvaré y lo recuperaré todo. La otra vez llegué aniquilado, pero

(1) El día 22 de febrero de 1868 la esposa de Dostoievsky dió a luz una niña, a quien dieron el nombre de Sofía. Esta niña murió en Ginebra el día 12 de mayo del mismo año.

ahora la esperanza está dentro de mi corazón. Lo único que me atormenta es la manera de poder vivir hasta el jueves. Hasta la vista.

Fedor Dostoievsky.

P. S. — Por amor de Dios, no te entristezcas. Cuando pienso que estos días puedes estar enferma mi corazón sangra. ¡Y he podido dejarte! No sé cómo viviré hasta el jueves. No pienses, por el amor de Dios, que vuelva a jugar con tus 50 francos. No lo pienses. Inmediatamente iré a tu lado. Llegaré a las cinco (y no por la mañana) porque aquí en este maldito hotel, no se puede conseguir que a uno le llamen a las cuatro de la madrugada.

1868

Saxon-les-Bains, sábado 4 de abril de 1868.

Mi querido ángel, Anita, ¡lo he perdido todo! Apenas llegué, en media hora, ¡lo he perdido todo! ¡Pues bien!, ¿qué puedo decirte ahora, ángel mío, a quien atormento tanto? Perdón, Anita, he envenenado tu existencia ¡y esto después del nacimiento de Sonia.

He llevado mi sortija a una prestamista. Me la ha tomado de mala gana y no ha dado dinero, bajo pretexto de que no tenía, diciéndome que volviese a buscar la contestación a las siete. Ahora son las seis y cuarto. Me ha dicho que en todo caso no me dará más de 10 francos. Sencillamente se ve que tiene miedo a causa de las autoridades que prohiben la usura; ella misma me lo ha dado a entender. Le suplicaré que me dé, no 10 francos, sino 15. Pero con 15, incluso con 20 (que seguramente no me dará), no me podré marchar. Hay que contar para el hotel lo menos 17 francos: el viaje 9; en total 25 y yo no tengo nada, absolutamente nada, ni un céntimo. Sin embargo, Anita, me es imposible permanecer aquí. Sácame de aquí, ángel mío. (¡Ah, ángel mío, te amo infinitamente, pero mi destino es atormentar a los que amo!) Mándame todo lo más que puedas. No para jugar (te lo juraría, pero habiéndote ya mentido millares de veces, no me atrevo). He aquí las cuentas, suponiendo lo peor (considero la peor situación, es más seguro). Si tu dinero llega pasado mañana, será preciso contar para el hotel por lo menos cuatro días. Así:

Hotel (lo mínimo)	60 francos
Desempeño de la sortija	20 "
Ferrocarril	10 "
Total	90 francos

Angel mío, envíame 100 francos, no me quedarán más que

20 ó un poco menos. Empeña algo. Que pueda estar lo más pronto posible a tu lado.

No jugaré. Antes recibía tus cartas (con el dinero) por la mañana (la última vez a las nueve), de modo que tenía tiempo para marcharme inmediatamente. Si ahora lo recibo también por la mañana, tendré al menos tiempo de reflexionar y no iré a jugar (el juego comienza a las dos).

He considerado la situación bajo el peor aspecto. Por esto no gastaré probablemente 90 francos. Pero si del dinero que me mandes me quedan, una vez pagados los gastos, 40 francos, entonces no iré a jugar y te los llevaré íntegros.

Escucha aún. A las siete esa víbora me dará de 10 a 15 francos. Puesto que de todos modos con esta suma yo no puedo hacer nada y el vivir aquí me es odioso, los iré a jugar y si solamente gano 10 francos, entonces mañana por la mañana, con o sin carta, acudiré a tu lado y para la carta dejaré en Correos mi dirección de Ginebra, a fin de que cuando tu carta certificada llegue — con los 100 francos — me la envíen inmediatamente a mi dirección de Ginebra. Esta es la única probabilidad de que pueda regresar mañana. ¡Pero Dios mío; qué frágil es esta probabilidad! Perdóname, Anita, perdóname, querida mía. Por cobarde que sea, os amo a las dos, a ti y a Sonia, más que a nada en el mundo. Sin vosotras dos no puedo vivir. Te lo suplico, no te preocupes por mí. Te juro que tengo mucho mejor aspecto de lo que te figuras, pero tú me amas tanto que seguramente te contraría mi ausencia. No sufras por esos cien francos, Anita. Con el envío de Maikov (1) tendremos, al fin y al cabo, 200 rublos y en seguida que vuelva realizaré un proyecto. Tú sabes que debo escribir a Katkov. ¡Pues bien!, ya sé lo que le debo escribir ahora y ten la seguridad que tengo esperanza. Perdóname, Anita. Beso tus pies. Perdona a tu loco. ¡Y Sonia, Sonia, ese querido ángel!

No te atormentes por mí. Pero por ti, por ti, ¡oh, cómo sufro! Os abrazo sin fin a las dos. Cuida a Sonia todo lo que te sea posible. Di a la patrona y a todos que has recibido carta mía y que probablemente no regresaré antes de dos días. ¿Cómo podría vivir sin vosotras? Yo tendré ocupaciones, compondré o

(1) Maikov había prometido a Dostoievsky enviarle 200 rublos a Ginebra.

escribiré cartas a Rusia, pero tú, ¡tu llorarás todo este tiempo! ¡Oh, Anita! ¿a qué me he arriesgado? Todo puede arreglarse. No lamentes esos cien francos, los devolveré. ¡Que pueda acudir lo más pronto posible a tu lado! Mi amor para siempre a ti y a Sonia.

F. Dostoievsky.

P. S. — Anita, no consideres como una locura mi demanda de 100 francos. No estoy loco. No la consideres como una cobardía. No te engañaré, no iré a jugar. Trabajaré ahora día y noche. Cuando llegamos a Ginebra, en septiembre pasado, nos hallábamos todavía en una situación peor.

Saxon-les-Bains, 4 de abril de 1868, a las nueve y media de la noche.

Anita, ángel mío: en vez de mi persona te llegará esta carta mañana a las cinco, si se te ocurre la idea de ir a Correos por la tarde. (Es posible que no pienses en ello a causa de tus cuidados a Sonia, de la que yo no soy digno. ¡Qué mal padre soy!) Sin embargo, como tú recibirás por la mañana mi carta, sería conveniente que pudieses leer también ésta mañana.

De esa canalla señora Dubuc, he recibido hoy a las siete, 20 francos, pero como yo no tenía más que cincuenta céntimos en el bolsillo y 20 francos no eran suficientes para pagar el hotel y tomar el tren, me fuí a jugar a las ocho y lo perdí todo. Ahora me he vuelto a quedar con los cincuenta céntimos. Amor mío, que ésta sea una última y definitiva lección. Sí, la lección es terrible. Escucha, querida mía: una vez, es decir, la última vez, me enviaste el dinero muy rápidamente, tan bien que me pude marchar en el tren de la mañana. Lo más tarde podría regresar el martes. Pero si Dios permitiese que el dinero llegase temprano el lunes, podría regresar el lunes. ¡Oh, si esto fuese posible!

N. B. — (Para el caso de que la carta que te he enviado hoy a las seis no llegase a tu poder — es decir, si se pierde, lo que, según creo, no es posible — te repetiré lo que ya te he escrito: que lo he perdido todo, empeñado mi sortija, y que tengo urgente

necesidad de 100 francos. Además de esto te suplicaba que no te entristecieses pensando que 100 francos son una suma enorme — casi todo — y te daba mi última palabra de honor de no volver a jugar y de regresar a tu lado en seguida que reciba esos cien francos.)

Ahora, mi ángel eterno y encantador, escucha lo esencial de lo que tengo la intención de decirte: has de saber primeramente, ángel mío, que sin esa fea aventura de ahora, sin este gasto inútil de 220 francos, tal vez no hubiese tenido la admirable idea que se me ha ocurrido y que contribuirá a nuestra salvación total y definitiva. Sí, amada mía, creo que Dios, en su misericordia infinita, ha hecho tal vez esto por mí, miserable jugadorzuelo, para inspirarme y salvarme del juego y salvarte a ti, a Sonia, a todos nosotros y todo nuestro porvenir. Escucha, pues:

Esta idea se me había ocurrido antes de emprender el viaje, pero no era más que un sueño, que no hubiera realizado en manera alguna, si no hubiese recibido este choque, esta pérdida estúpida de nuestros últimos céntimos. Pero ahora lo realizaré. Te confieso que, con toda intención, he aplazado escribir a Katkov, lo que hubiera debido hacer hace ya una semana (para excusarme por mi retraso). Esperaba el resultado de mi viaje aquí. Y ahora, habiéndolo perdido todo, trabajaré en esa carta — es decir, la redactaré definitivamente — durante todo el día de mañana. En seguida que llegue a Ginebra, el mismo día, la expediré a Moscou. En esa carta, de un tono completamente sincero y franco, le expondré mi situación. Será una carta tan sincera y tan franca que creo no tendré ninguna dificultad en escribirla. Comenzaré explicándole la razón de mi retraso, razón accidental, tu parto. Eso ya no se repetirá más (es decir, el retraso), él lo comprenderá. Luego le diré que como mi salud y la tuya se han alterado en Ginebra, el médico me aconseja — y principalmente a ti — el ir a vivir en un clima mejor y que solamente eso puede restablecerme. Pero como yo no puedo ahora, de ningún modo, contar con grandes recursos y no tengo tiempo suficiente para cuidarme, tengo la intención (es decir, lo deseo intensamente) de instalarme no lejos de Ginebra, en Vevey, a la orilla derecha del lago en donde no sopla el viento del Norte ni hay bruscos cambios de temperatura. En esa pequeña ciudad, en donde el clima es mucho más sano, pero que se parece mucho a

una aldea, viviré en aislamiento completo hasta que esté terminada mi novela (1), pues el aislamiento y la tranquilidad me son necesarios para ello. En otoño la novela estará terminada y la iré enviando por fragmentos, sin interrupción. En ese tiempo la salud de mi mujer estará restablecida y criaremos a nuestra hija sin temor a que se enfríe exponiéndola al brusco y frío viento que reina aquí. Luego le escribiré que me resulta ya penoso vivir en el extranjero, pero que mis deudas se elevan a 3,000 rublos en pagarés. Toda mi esperanza está en la novela y en el éxito que pueda tener. Quiero poner en ella mi alma y tal vez tenga éxito. Entonces mi porvenir estará salvado. La novela estará terminada en otoño y, si es buena, me comprarán la segunda edición (es decir, si toda la deuda a Katkov queda pagada). Entonces, al regresar, propondré directamente a los acreedores la segunda edición.

Y yo le diré: "De usted, Mikhail Nikiforovitch, depende todo mi porvenir. Ayúdeme ahora a terminar bien mi novela (y me parece que será bondadoso), apóyeme, deme la posibilidad de vivir en un buen clima, aisladamente hasta el otoño. Esto es lo que deseo. Yo he recibido de usted Mikhail Nikiforovitch, en total, hasta ahora, 6,050 rublos. Pero como ya he entregado cerca de doce pliegos de novela, se puede, pues, decir, aproximadamente, que ya no debo más que 3,300 rublos. Le pido que me adelante ahora 300 rublos y de este modo mi deuda será de 3,600 rublos. Pero antes de dos meses habré enviado de diez a doce pliegos más y entonces no quedarán más que 2.000 rublos de deuda. Hasta el envío de esos diez o doce pliegos — es decir, toda la segunda parte — le prometo no pedirle más dinero. Pero dentro de dos meses, después del envío, pediré más. En compensación, dentro de dos meses llegará la tercera parte, y entonces mi deuda ya no será más que de 1,000 rublos o tal vez menos. Luego enviaré la cuarta parte y quedará extinguida completamente mi deuda."

N. B. — No recuerdo lo que se decidió en mi última entrevista con Katkov, si son 150 rublos el pliego ó 125 (2). Le escribiré que si la novela es buena, es decir, tiene éxito, serán 150; si no está muy bien, si es sencillamente buena, entonces, a causa

(1) "El Idiota".
(2) El precio convenido era 150 rublos.

de su longitud — cuarenta pliegos — serán 125 rublos. En cuanto a los 300 rublos lo importante es que tengo necesidad de ellos inmediatamente porque hemos hecho toda clase de cálculos mi mujer y yo y nos es imposible vivir dos meses, instalarnos y pagar las pequeñas deudas con menos de 1,000 francos.

"Así, Mikhail Nikiforovitch — le diré — casi toda mi suerte está en manos de usted. En todo caso la segunda edición de "El Idiota" le pertenece mientras yo no lo haya reembolsado todo, es decir, no haya terminado la novela. Y después me dirigiré también a usted con la demanda de que me dé la posibilidad de regresar este otoño a Rusia."

Tal es el asunto de mi carta. Añadiré que a causa de tu salud y de la mía y teniendo en cuenta todas esas circunstancias, le ruego que me conteste sin tardanza. De esta contestación depende para mí todo y "usted — le diré — usted es un hombre demasiado noble para ofenderse por el ruego de que me conteste lo más pronto posible. Durante todo este tiempo — le diré — ha sido usted casi mi Providencia y gracias a usted soy feliz puesto que hace un año me ayudó usted para mi matrimonio. Vea, pues, cómo le considero."

Así, mi querido ángel, Anita mía, tal es la carta que me propongo enviar a Katkov (1) el día mismo de mi llegada. Te juro, amiga mía, que espero una contestación favorable. Ahora escucha todavía, Anita: la contestación de Katkov y los 1.000 francos llegarán (lo espero firmemente) el primero de mayo, nuevo cómputo. Estoy cierto, como estoy cierto de que hay Dios. Toda la cuestión, a decir verdad, depende de nosotros, es decir, de ti y de mí, del modo cómo sabremos arreglar los asuntos. ¿Conseguiremos, para el primero de mayo, nuevo cómputo (cuando Katkov haya enviado la contestación), arreglarnos de modo que, después de haber pagado todos los gastos y el traslado a Vevey, nos queden 400 francos, o al menos 350? Escucha. Hago la siguiente cuenta: para los desempeños, 200 francos; para la señora Rolland y otros, unos 100 francos; Josselin, 200 francos (lo más) y finalmente 100 francos para tus vestidos de verano, esto es necesario. En total son, pues, 600 francos. Por lo tanto, nos quedarán 400 francos. (Cuando regrese lo contaremos todo detalladamente. Tal vez la señora Josselin pida más, pero eso no im-

(1) Esta carta no ha sido encontrada.

porta: lo principal es marcharse lo más pronto posible de Ginebra). He de hablar también mucho contigo de Vevey. Creo que por nuestro alojamiento no pagaremos allí más de 50 francos en lugar de 100 francos que pagamos ahora; la alimentación es también mucho más barata. Atravesaremos el lago y nos llevaremos a Josefina (1). Aunque no nos queden más que 300 francos netos, una vez pagado todo y realizado el viaje a Vevey, no es poco, porque en Vevey todo es seguramente mucho más económico que en Ginebra.

Ahora, ángel mío, mi alegría, mi cielo infinito, mi querida mujer, no tengo más que una preocupación, escucha: Es el saber lo que te puede ocurrir. Vevey es una ciudad mucho más pequeña que Ginebra. Es verdad que el lugar es un verdadero panorama y el clima excelente, pero no hay nada, a excepción tal vez de la biblioteca. Es verdad que a seis kilómetros, no más, está Vernex-Montreux en donde hay música, reuniones, fiestas, etc. A pesar de todo es otra vez el aislamiento hasta el otoño. Angel mío, tú te aburrirás, esto es lo que temo. ¿Es para eso para lo que te separé de tu madre, para que te aburras?

Querida mía, piensa en lo que ahora es para nosotros lo principal. Lo principal es el éxito de mi novela (lejos ahora el juego maldito, el maldito espejismo; nunca más volverá a ocurrir nada semejante). Y si la novela tiene éxito todo está salvado. Además, es preciso terminarla lo más pronto posible, para el otoño; es absolutamente preciso. Por lo tanto, en todo caso, ya no se puede viajar durante este tiempo; hay que permanecer en el mismo sitio. Ginebra no me gusta y en Vevey nos encontraremos como en el campo. Escribiré día y noche y el cambio de lugar me calmará para algún tiempo. Con ese agradable clima las crisis se calmarán, el aburrimiento de Ginebra se disipara tal vez. Me diré que si termino la novela con éxito, me veré libre más pronto. Dentro de dos meses pediré aun tres o cuatrocientos rublos. Entonces tendremos para vivir. Allí, a ti también te fortalecerá la salud el buen clima y cuando la novela esté terminada cuidaremos y fortaleceremos a Sonia. ¡Ah, si viniese tu madre, cómo nos ayudaría en todo! Luego, para el otoño, cuando la novela quede terminada y pagada la deuda a Katkov (o casi pagada)

(1) La niñera de Sonia.

pediré 1.000 rublos y a mediados o a fines de septiembre abandonaremos Vevey y marcharemos a Italia, que deseo enseñarte — Florencia, Nápoles, Venecia, Viena —; luego iremos a Rusia. (Si tu madre está con nosotros podremos visitar antes dos o tres lugares de Suiza). A Rusia llegaremos sin duda sin dinero, pero si la novela tiene éxito (cosa que ya sabré) entonces recibiré proposiciones y podré vender "El Idiota". Diré claramente a los acreedores: si queréis meterme en la cárcel ahora (1), es decir, si exigís que venda inmediatamente la novela, la venderé por un pedazo de pan. Esperad, concededme confianza durante cuatro meses y os pagaré.

¿Con qué contaremos para vivir en Rusia? En Rusia encontraré recursos, hallaré nuevo trabajo, nuevos encargos. Así, todo depende de la novela, de su éxito y de nuestra instalación en Vevey. Quizás, en el porvenir, cuanto más avancemos todo nos será más fácil. Tal vez dentro de tres años nos hallaremos en una posición completamente segura.

Anita, querida mía, no sé lo que te parece esta idea, pero a mí me gusta mucho. Katkov nos ayudará de fijo; estoy convencido, estoy seguro. Te leeré la carta que le habré escrito aquí, mañana, en seguida que regrese y os haya abrazado a ti y a Sonia. ¡Oh, queridas mías! Pero reconoce, querida mía, que si esta innoble pérdida en el juego no hubiese ocurrido ahora, no me habría decidido en modo alguno a dar este paso que nos desembarazará de todo y que considero como completamente seguro. ¡Santo Dios!, tal vez es preciso darle las gracias por esto, puesto que ha fijado ahora, definitivamente, mi única esperanza en mi trabajo.

No creas, no creas ángel mío, que de esos 100 francos que vas a mandarme pierda ahora un solo franco. Aunque estuviese seguro de ganar algo arriesgándome todavía una vez, sentiría demasiada vergüenza ante ti y ante mí mismo por esa ganancia, después de mi resolución definitiva y de mis nuevas esperanzas. ¡Oh, si supieses cómo todo esto me ha calmado de pronto y con qué fe, con qué esperanza escribiré mañana a Katkov! Ya no será una carta como las de otro tiempo. ¡Ahora soy tan valeroso, tan enérgico! Una sola cosa me atormenta, es el pensar en el

(1) En esta época existía todavía en Rusia la prisión por deudas.

tiempo que he de tardar todavía en veros, a ti y a Sonia. Tal vez incluso hasta el martes. No haré más que pensar en vosotras noche y día. Pero lo que sobre todo me atormenta es que tú estarás desesperada, llorarás, te pondrás enferma y tal vez la leche te produzca algún trastorno. ¿Y por qué, por qué no te he escrito todo esto, en lugar de esta carta desesperada? Es que entonces, aunque ya lo entreveía, no había madurado aún definitivamente esa excelente idea que se me ha ocurrido esta mañana. Se me ha ocurrido, sobre poco más o menos, a las nueve, cuando hube perdido y me encaminaba a pasear por las avenidas. (Lo mismo que en Wiesbaden, cuando, después de haber perdido en el juego, imaginé "Crimen y Castigo" y resolví ponerme en relación con Katkov. Es el destino o Dios.)

¡Anita, cree en Dios; cree, querida mía, en su misericordia, y entiende que yo jamás he tenido tanto valor y tanta esperanza! Sólo el pensar en vosotras dos hace que me disguste terriblemente. ¿Qué os ocurrirá a ti y a Sonia? Tal vez te disgustes, te agotes, ¿y Sonia, Sonia? ¡Oh, que lo más pronto posible esté a vuestro lado! Querida mía, hasta el primero de mayo viviremos a crédito, empeñando objetos y con el dinero de Katkov. Ahora voy a ponerme inmediatamente a trabajar y ¡hurra! Pero vosotras dos, ¡ah, Dios mío! Viviremos todavía por el amor y el corazón. Ahora me siento valeroso y seguro de que nos instalaremos en Vevey. Te juro que es mucho mejor que la ganancia en el juego (sobre todo si tu madre viniese; habría dinero para vivir, de eso ni siquiera hay que hablar.) Te abrazo, abrazo a Sonia. Estad alegres, ser felices, esperadme. Tiemblo por vosotras. No te atormentes. Duerme mucho, come más. A propósito, di a los de casa que llegaré el lunes, con un día de retraso.

¡Oh, queridas mías, os bendigo! ¡Que nos veamos lo más pronto posible, y lo más felizmente!

Me encuentro completamente bien. Temo una cosa: que no vayas por la tarde a Correos y no recibas esta carta hoy. Tal vez la dirigiré directamente a tu casa.

Hasta la vista, ángel mío. Os abrazo a las dos.

Vuestro,

F. Dostoievsky.

Iremos seguramente a Vevey.

¡Cree, espera!

1870

Homburg, 29/17 de abril de 1870, a las 11 de la mañana.

Mi muy querida Anita. Acabo de llegar, no he comido todavía nada ni me he lavado. Mi mano tiembla. Estoy cansado, he sufrido terriblemente, durante la noche no he podido dormir. El frío es aquí tan intenso (a pesar de que el sol brilla) que no puedo salir de mi extrañeza. Por la noche, en el vagón (a partir de Leipzig nos hallábamos en el vagón como dentro de un barril de arenques) todos estaban transidos de frío y no sabían qué hacer. Imagínate que por la mañana los prados verdes estaban cubiertos de escarcha; los campos, los caminos, los bosques, las casas aparecían recubiertos de una espesa capa de nieve, y esto hasta las siete. Aquí he ordenado en seguida que enciendan fuego. Sin embargo, me parece que no me he resfriado. El sol es más vivo y en la calle la temperatura es de 2 grados Réaumur. Me acaban de decir que la semana pasada la temperatura fué de 20 grados. El hotel en que me he instalado se llama Hotel del Parque y se halla cerca de la estación. Me parece que es malo. El mozo del hotel es quien me ha traído aquí. Desorden, un cuarto miserable, y, sin embargo, piden un florín y medio. Ocupo el cuarto número 10. Hasta ahora, en lo que a mí se refiere, esto es todo, amiga mía. Tengo la cabeza un poco débil y estoy triste. Voy a lavarme, a comer, a cambiarme de ropa y me iré al "Vauxhall". Al pasar por allí oí la música, me parece que hay música.

Hablemos ahora de ti, mi paloma querida. Escríbeme sin ocultarme nada, detalladamente, sobre todo lo que te afecta; sobre todo si te encuentras bien, si no te has constipado, pues supongo que ahí también hace frío. ¿No hay noticias? Escríbeme detalladamente acerca de Luba (1), abrázala en mi nombre y exprésale mi profundo respeto. Cuando la abraces, abrázala dos veces: una vez por ti y una por mí. ¿Cómo os habéis arreglado para las

(1) La segunda hija de Dostoievsky.

habitaciones? ¿Es que tu madre duerme en tu cuarto? Con este frío es preciso encender fuego. Olvidé decirte que fueses a buscar mis cartas a Correos más tarde, al anochecer, pues puedo enviar la carta por la noche y llegará tarde. Ve a Correos entre las cuatro y las cinco.

No me guardes rencor, ángel mío, porque te escriba brevemente. Te aseguro que estoy tan cansado que apenas puedo sostener la pluma. Es probabls que me marche de este hotel, es demasiado malo. ¿Qué podré escribirte mañana, querida mía, sobre mis éxitos? No es conveniente venir aquí con los nervios estropeados. Por otra parte pasará lo que ha de pasar. He decidido estar tranquilo. Te abrazo mil veces, lo mismo que a Luba. No sé si tú querrás saludar de mi parte a mamá y a I. G. (1). Si te parece bien, hazlo. Pero no dejes a la vista mi carta ni el sobre, a fin de que no se sepa de donde viene. Te escribiría más largo si no estuviese tan cansado. Durante el camino no ha habido más que frío; han ocurrido también cosas muy ridículas, A partir de Eisenach la vista es extraordinaria. ¡Cuánto verdor! No me escribas al hotel, Anita, escribe a Lista de Correos, es mejor.

Te abrazo estrechamente. Te amo con todo el corazón.

Tu.

F. Dostoievsky.

(1) Ivan Grigorievitch Snitkin, hermano de la esposa de Dostoievsky.

1871

Wiesbaden, 28 de abril de 1871. Viernes.

Anita, por el amor de Cristo, por Luba, por todo nuestro porvenir, no te inquietes, no te agites y lee atentamente esta carta hasta el final. Verás que, en realidad, esta desgracia no vale una tal desesperación. Por el contrario, se adquiere así algo que vale mucho más de lo que cuesta. Así, angel mío, cálmate, escucha y lee. En nombre de Cristo, no te turbes.

Amiga mía, querida mía, ángel mío, ya lo has comprendido sin duda. Lo he perdido todo: los 30 thalers que tú me has enviado. Acuérdate de que tú eres mi única salvación y que nadie en el mundo me hubiera amado. Acuérdate también, Anita, que hay faltas que llevan en sí mismas el castigo. Te escribo y pienso lo que vas a experimentar, la impresión que esto va a hacerte. ¡Mientras no te ocurra nada! ¡Ah, si tú me compadeces en este momento, no me compadezcas, no es bastante! No me he atrevido a enviarte en telegrama después de tu carta en la que me decias que estarías inquieta. Imaginar solamente que, al día siguiente, llega un telegrama... ¿qué te iba a ocurrir? ¡Ay, Anita!, ¿Por qué me marché?

He aquí cómo ha ocurrido. Primeramente recibi tu carta a las doce y media, pero no había todavia el dinero. Luego regresé y te respondí (carta cobarde, innoble, en la que casi te hacia reproches). Tú recibirás esta carta probablemente mañana sábado, si no vas a Correos antes de la cuatro... Volví con mi carta y me dijeron de nuevo que el dinero no había llegado; eran ya las dos y media. Cuando volví por tercera vez, a las cuatro y media, me entregaron el dinero. Pregunté entonces cuando había llegado y me contestaron tranquilamente: "Hace cerca de dos horas". ¿Por qué no me lo dieron, pues, a las dos y media? Entonces, viendo que debia esperar hasta las seis y media para marcharme de aquí, me fuí al Vauxhall. Ahora, Anita, puedes creerme o no, pero te juro que no tenia intención de jugar. Para que me creas,

te lo confesaré todo. Cuando te pedí por telegrama 30 thalers y no 25, quería arriesgar todavía 5 thalers, pero aun no estaba decidido. Tenía el propósito de traer el dinero que me quedase. Pero cuando, hoy recibí los 30 thalers, no quería jugar por dos razones; 1.ª tu carta me había impresionado demasiado al imaginar tu situación (me la imagino ahora) y 2.ª esta noche he visto en sueños a mi padre, bajo un aspecto horrible, tal como no le he visto más que dos veces en mi vida y cada vez me ha vaticinado una desgracia espantosa y cada vez el sueño se ha realizado. (Ahora cuando recuerdo mi sueño — en tres días tus cabellos se habían vuelto blancos — mi corazón se rompe. ¡Dios mío, qué ocurrirá cuando recibas esta carta!) Pero, al llegar al Vauxhall, me coloqué cerca de la mesa y, mentalmente, comencé a jugar. ¿Adivinaré o no? ¡Pues bien, Anita!, diez veces seguidas adiviné, incluso el cero. Me impresionó tanto esto que me puse a jugar y, en cinco minutos, gané 18 thalers. Entonces, Anita, lo olvidé todo. Pensaba: me marcharé en el último tren, pasaré la noche en Francfort, pero al menos llevaré algún dinero a casa. ¡Estaba tan avergonzado por esos 30 thalers que te he robado! Si supieras, ángel mío, que durante todo el año he soñado en comprarte unos pendientes, que hasta ahora no te he devuelto. Por mí has empeñado todo lo que poseías y durante estos cuatro años te has arrastrado a mi lado, sufriendo, fuera de nuestra patria. Anita, Anita, recuerda también que yo no soy un vil, que no soy un jugador desenfrenado.

Pero ten en cuenta también, Anita, que esta fantasía ha pasado ahora para siempre. Otra vez también te escribí esto, pero jamás había experimentado el sentimiento con que te lo escribo ahora. ¡Oh, ahora ha terminado ese sueño, y bendeciría a Dios de que todo se haya arreglado así, incluso con una desgracia semejante, si no fuese por el temor que siento por ti! En este momento, Anita, Anita, estás enfadada conmigo; ten en cuenta lo que yo sufro ahora y lo que sufriré todavía esos tres o cuatro días. Si jamás, en el curso de nuestra existencia, me encuentras ingrato o injusto contigo, entonces puedes enseñarme esta carta.

Lo perdí todo a eso de las nueve y media, y salí hoscamente. Sufría tanto que corrí inmediatamente a casa del cura. (No te inquietes, no fuí ni iré a su casa). Por el camino, mientras corría en la obscuridad a través de calles desconocidas, pensaba: es un

Pastor de Dios, le hablaré, no como a un hombre, sino como a un confesor. Pero me extravié por la ciudad y cuando, finalmente, llegué a la iglesia, que había tomado por la iglesia rusa, me dijeron en una tienda que no era la iglesia rusa, sino la sinagoga judía. Fué para mí como una ducha de agua fría. Corrí a mi hotel. Ahora es media noche y te escribo. No iré, no iré, te lo juro, no iré a casa del cura (1). Me queda un thaler y medio en moneda pequeña, lo suficiente para enviar un telegrama, pero tengo miedo de lo que podría ocurrirte. Por eso he decidido escribir esta carta, te la enviaré mañana a las ocho de la mañana. Para que la tengas sin tardanza el domingo te la enviaré a tu dirección y no a Lista de Correos (pues, como me esperas, tal vez no vayas al Correo). Pero mañana te enviaré tal vez otra carta a Lista de Correos, la llevaré más tarde, y pasado mañana, domingo, te escribiré seguramente de nuevo. Anita, sálvame por la última vez. Envíame 30 thalers. Me arreglaré para que esto baste, economizaré. Si consigues enviármelo el domingo, aunque sea tarde, podré llegar el martes o, en todo caso, el miércoles.

Anita, me hallo a tus pies y los beso. Sé que tienes el derecho absoluto de despreciarme y de pensar: "Jugará de nuevo". ¿Cómo puedo jurarte que ya no volveré a jugar más? Ya te he engañado otras veces. Pero, ángel mío, comprende: sé que morirías si volviese a jugar. No estoy loco. Ya sé que, en este caso, yo mismo estoy perdido. Pero no jugaré y regresaré inmediatamente. Créeme por la última vez y no te arrepentirás. Ahora trabajaré para ti y para la pequeña Luba, sin consideraciones a mi salud, ya lo verás, ya lo verás, toda mi vida, y llegaré al fin: os pondré al abrigo de la necesidad. Si no tienes tiempo de enviarlo el domingo, envíalo el lunes, lo más pronto posible; entonces el martes, a mediodía, estaré en vuestra casa. No te inquietes si el domingo no se pueden hacer envíos y no te preocupes por mí, no soy digno de ello.

Pero qué ha de importarme eso (me hallo sumido en la grosería. Es poco: soy moralmente un recién nacido; os lo digo a ti y a Dios), hasta sería feliz sino fuese por mi tormento por ti durante estos tres días y el pensamiento constante de lo que puede ser de ti. No creas que esté loco, Anita, mi ángel de la

(1) La mujer de Dostoievsky, temiendo que su marido pidiese dinero prestado al cura, le había suplicado en una de sus cartas que no le fuese a ver.

guarda. Una gran obra se realiza en mí: una fantasía estúpida, despreciable, que me atormentaba desde hace diez años se ha desvanecido (1). Durante diez años (o más bien desde la muerte de mi hermano, cuando me hallaba agobiado de deudas), soñé siempre en ganar. Lo soñé seriamente, apasionadamente. Ahora, todo ha terminado. Ha sido ahora la última vez. ¡Puedes creer, Anita, que ahora mis manos están libres! Estaba encadenado por el juego. Ahora ya no pensaré más que en mi trabajo y no soñaré más en el juego, noches enteras, como me ocurría. Así mi obra se realizará mejor y más de prisa y Dios me bendecirá. Anita, consérvame tu corazón: no me odies, no dejes de amarme. Ahora que estoy regenerado marcharemos juntos y haré que tú seas feliz.

Y Luba ¡Luba! ¡Oh, qué cobarde he sido! No pienso más que en ti. Unicamente me imagino lo que vas a experimentar al leer esta carta. E incluso, antes de esta carta, cómo te atormentarás al ver que no llego, ¿qué vas a pensar? ¿Te será entregada a tiempo? ¡Y si se perdiese! ¿Pero cómo puede perderse si el telegrama enviado a la misma dirección ha llegado? Por lo que pudiera ser, mañana te escribiré algunas líneas a Lista de Correos. Mañana, durante el día, las llevaré al Correo. Me pregunto, ¿y si recibiese carta tuya mañana? Seguramente no. Me esperas mañana, por lo tanto no me escribirás. Si el domingo no consigues enviarme el dinero, escríbeme. ¡Seré tan feliz, aunque me maldigas, al tener algunas líneas de tu mano! Si no puedes escribir el domingo, envía la carta el lunes, lo más pronto posible, con el dinero. La carta llegará, en todo caso, antes que el dinero. ¡Y yo seré tan feliz con tu carta! Anita, cuando pienso lo que experimentarás al recibir esta carta, me siento casi desfallecer. Ese será mi castigo. Y lo demás, la angustia, la incertidumbre, todo eso lo soportaré. Es poco. Procuraré estar ocupado: durante estos tres días escribiré cartas de negocios a Katkov y a Maikov. Anita, cree que ha llegado nuestra resurrección: cree que, ahora, conseguiré el fin y te daré la felicidad. Os abrazo a las dos. Perdona, Anita.

Fedor Dostoievsky.

P. S. — No iré a casa del cura en ningún caso. El es uno de

(1) En efecto, a partir de este día, y a pesar de que Dostoievsky estuvo varias veces en el extranjero, jamás volvió a jugar a la ruleta.

los testigos del pasado desaparecido; me sería penoso volverle á encontrar.

P. S. Anita, mi eterna alegría, mi felicidad, no te inquietes, no te atormentes. No te inquietes a causa de esos malditos miserables 180 thalers. Es verdad que ahora, de nuevo, nos hallamos sin dinero, pero no es por mucho tiempo y quizás Stellovsky nos sacará del apuro (1). Es verdad que ahora será preciso empeñar algo, cosa que tanto detestas, pero es la última vez y después encontraré dinero. Sé que encontraré dinero. Hay que volver a Rusia lo más pronto posible. Escribiré a Katkov, le suplicaré que se dé prisa y estoy seguro de que tomará en consideración mi demanda. Escribiré de tal modo que lo hará.

Por el amor de Dios, sobre todo, no te inquietes por mí. (Tú, mi ángel, me maldices y me compadeces al mismo tiempo). Pero no te inquietes. Me transformaré durante estos tres días. Comenzaré una nueva vida. ¡Ah, que lo más pronto posible esté a tu lado, que estemos juntos! La única cosa terrible: ¿qué va a ser de ti cuando recibas esta carta? Piensa únicamente en mi amor infinito por ti, y ahora ya no te hablaré nunca jamás de tormentos por nada.

P. S.—Lo recordaré toda mi vida y cada vez te bendeciré, ángel mío. No; ahora tuyo, tuyo inseparablemente, todo tuyo. Pues hasta hoy había pertenecido a medias a esta maldita pasión.

Wiesbaden, 29 de abril de 1871. Sábado.

Mi querida amiga Anita. Te he enviado esta mañana, a las nueve, una carta fechada ayer, escrita durante la noche y que he expedido con dirección de Moritz-Strasse.

Ahora te envío ésta para el caso de que la otra no llegase o se retrasara, y la envío, como siempre, a Lista de Correos. Así estaré

(1) Stellovsky, durante la permanencia de Dostoievsky en el extranjero, había editado el cuarto volumen de sus obras: "Crimen y Castigo" por el que debía pagar a Dostoievsky mil rublos. Pero Dostoievsky no recibió este dinero hasta algunos años más tarde, después de un pleito contra Stellovsky.

seguro de que, en todo caso, mañana domingo tendrás noticias mías.

Te lo cuento todo en esa carta. He perdido tus últimos 30 rublos y te ruego que me vuelvas a salvar, por la última vez, y me envíes otros 30 rublos. Amiga mía, me he despertado hoy a las ocho de la mañana después de haberme dormido a las cuatro. He tenido que ir corriendo a Correos para llevar mi carta de la noche. Durante el día he sentido todavía más miedo por ti. ¡Dios! ¿qué vas a pensar? ¿Qué he hecho? (No me he atrevido a enviarte un telegrama para no asustarte. He pensado que era mejor enviar una carta a Moritz-Strasse, pues la tendrás más pronto. Todo esto te lo explicaba en mi carta de ayer). Tengo ante mí todavía tres días de sufrimiento insoportable. Me parece que físicamente me encuentro bien. Pero tú, ¿estás bien de salud? Esto me inquieta.

No iré a ver al cura. Olvidé escribirte en mi carta anterior algo que puede ser muy importante. Si recibes una carta en tu casa, es decir, a la dirección Moritz-Strasse, puesto que en lugar de la carta es a mí a quien esperabas, puedes decir a tu madre (que sabe sin duda que tú me aguardabas), que he sufrido una crisis y que en este estado no he podido decidirme a partir, permanecer diecisiete horas en el tren y pasar una noche en vela, y que por eso he decidido quedarme dos o tres días para descansar, a fin de que la crisis no se repita. Así puedes explicarle mi retraso. Y si ella se ha enterado o ha adivinado que tú has ido a empeñar algún objeto para mandarme dinero, en este caso también se puede encontrar una explicación: que, como de ordinario en mis ataques, he estropeado el colchón, que me han pedido por ello 15 thalers y que para que no armen escándalo he consentido en pagar, pero que ahora me hace falta dinero para regresar a Dresde y que, teniendo que esperar este dinero tres días, tendré también gastos suplementarios, de modo que es preciso enviarme, no 15 thalers, sino algo más.

Anita, pienso continuamente en ti y esto me atormenta. Pienso en nuestro regreso a Rusia. Lo he calculado todo. Con el dinero de Katkov y de Maikov podremos salir del apuro y Katkov llegará antes de junio (le escribiré y se lo pediré). Pero escribiré también de un modo apremiante a Maikov. He calculado que con este dinero se podrá hacer todo, incluso comprar vestidos, ropa

blanca y pagar el viaje. Y en Petersburgo encontraré dinero, estoy seguro. Además estoy convencido de que Ivan Grigorievitch (1) no se negará a prestarme 4.000 rublos. Pasará todo el verano en Tsarskoie-Selo. No puedes imaginarte Anita, la firme esperanza que tengo de que resucitaremos y estaremos completamente tranquilos este invierno. Dios nos ayudará, lo creo.

He llegado a la convicción de que, en nuestra situación, con nuestros gastos extraordinarios, por más dinero que recibamos no será suficiente: tendremos siempre el aspecto de gentes sumidas en la miseria y, para salir de eso, sería preciso recibir de golpe una importante suma, además de nuestros recursos ordinarios, es decir, cuatro o cinco mil. Entonces, bien restablecidos, podríamos salir adelante. Ya me arreglaré para ello. Lo he reflexionado bien, es imposible que Ivan Grigorievitch rehuse. Es imposible, pero lo principal ahora es el regreso a Rusia. Esto es lo que es preciso realizar ante todo. Hoy mismo voy a escribir a Katkov. Anita, no sufras por el dinero. Comprendo lo penoso que te es empeñar algo, pero pronto, pronto, estará todo terminado para siempre. Resucitaremos. ¡Créelo! ¡Ah, Anita, cúidate por nuestro futuro hijo, por Luba y por mí! No te inquietes. No te enfades porque te escriba así. Yo mismo comprendo a lo que me atrevo al decirte que te cuides, cuando yo mismo no lo hago, Anita, sufro tanto ahora que ya estoy quizás demasiado castigado, está segura. Recordaré esto mucho tiempo. Pero ahora, que Dios te conserve. ¿Qué será de mí? ¡Mi corazón deja de latir cuando pienso en ello!

Hoy no hay más que lluvia, humedad, todo está mojado, todo es triste, pero yo pienso en el porvenir con valor. La idea del porvenir me resucita. Si pudiese siquiera disponer de tiempo, de tranquilidad, mi novela sería admirable (2). Entonces con una segunda edición en la revista, tendríamos crédito y de nuevo estaríamos en buena situación. ¡Oh, que al menos podamos regresar lo más pronto posible a Rusia! Que termine el maldito vagar por el ex-

(1) Hermano de la esposa de Dostoievsky. Había heredado ese dinero de su padre y varias veces había propuesto a Dostoievsky prestárselo, pero no podía disponer de él antes de su mayor edad.

Este mismo año, en otoño, Ivan Grigorievitch acompañó, desde Dresde a Viena, a su futura mujer, Olga, con la que se casó en secreto. Este acontecimiento le acarreó grandes gastos, de modo que no pudo prestar a su cuñado más que una pequeña cantidad.

(2) "Los Poseídos" (Los demonios).

tranjero! Unicamente perdóname y no dejes de amarme. Hasta la vista, amiga mía. Os abrazo a ti y a Luba. Mañana escribiré de nuevo.

Tuyo

F. Dostoievsky.

P. S. — Comprendo perfectamente que el domingo no podrás encontrar ni enviar el dinero. Esperaré hasta el martes, pero el lunes, por lo que pudiera ser, pasaré por Correos. ¡Voy a Correos al menos dos veces al día! Quizás os veré ya el miércoles, es decir, casi seguramente, si Dios me ayuda y si recibo el dinero no más tarde de las tres del martes. He pedido la cuenta del hotel: precios de bandidos: 18 florines. Por lo tanto, hasta el martes serán 30 florines o un poco más. Con el resto viajaré en tercera clase. Hasta la vista, ángel mío, hasta la vista. Te abrazo.

Wiesbaden, 1.° de mayo de 1871. Lunes.

Mi querida amiga Anita: No te escribo más que algunas líneas en espera de tu carta. Inmediatamente voy a ir a Correos y si no recibo carta tuya, siquiera algunas líneas, me sentiré muy desgraciado. Sin duda no espero recibir el dinero hoy. No pienso más que en regresar lo más pronto posible. Vivo en una especie de fiebre y esto es muy penoso. Ayer la jornada fué dura para mí y, además, llovía, el tiempo no se aclaró hasta la tarde y entonces salí de paseo. Pero por la noche me siento siempre más triste. Pienso en ti sin cesar y me imagino la influencia que debe de tener sobre ti todo esto. Duermo mal, tengo pesadillas.

¿Qué hace Luba? Abrázala y dile que papá la abraza. Háblale de mí de cuando en cuando para que no me olvide. Temo mucho que cuando saque las cuentas no haya dinero para todo. Pero ya me arreglaré. (Ten la seguridad de que no iré allá. Por otra parte, es incluso inútil describirlo.) Hace ya una semana que no nos hemos visto.

¡Pues bien! Hasta la vista, querida mía. Me siento como febril. ¿Qué encontraré en Correos? Acaso el maldito empleado no me dé la carta o la extravíe. No puedes imaginar lo negli-

gentes que son los empleados de aquí y qué arrogantes son. Si hay que añadir algo más regresaré al hotel, abriré mi carta y escribiré. Hasta la vista, mi eterna amiga. Os abrazo a los tres.
Tuyo

F. Dostoievsky.

A la una y media.

Hace un momento (justamente una hora) he recibido tu querida carta y añado algunas palabras a la mía. Lo que más me ha entristecido (sin bromear) es que Luba confunda al patrón conmigo. Entonces, ¿será que ya me ha olvidado? Pero ella, antes, ya llamaba a todos los hombres papá. ¡Qué ser más ligero, qué corazón más frívolo! Todas las mujeres son así, menos tú. Gracias, Anita, me has salvado, te lo tendré en cuenta. Ahora hablaré de lo más necesario. He recibido la carta, pero aun no he recibido el dinero. Se lo he explicado todo al director del Correo y me ha dicho, del modo más absoluto, que antes de las siete de la tarde no recibiré el dinero. Sin embargo, iré a Correos a las tres. ¿Qué hacer ahora, Anita? Si no tengo el dinero antes de las cuatro no me puedo marchar hoy de Francfort, no hay tren. Así me será preciso pasar la noche en Francfort. (Aquí todo es muy caro, la cuenta es espantosa, dudo que me baste el dinero.) Si he de pasar la noche en Francfort, ¿dónde la pasaré? ¿En el hotel? ¿Y si no me despiertan por la mañana? La estación está cerrada durante la noche. En fin, ya decidiré algo. Con toda seguridad espérame mañana hasta medianoche. El tren llega a las once. Por el amor de Dios no hagas la locura de ir a la estación a esa hora. Por el amor de Dios, escúchame, te lo suplico.

Nota muy importante. — Si no llego mañana (es decir, el martes, a medianoche), por el amor de Cristo no te desesperes y no pienses que he perdido de nuevo. Esto no ocurrirá y no puede ocurrir más. Si tardo es que me habré visto retenido por el camino. ¿Sabemos lo que puede ocurrir?

Ultima nota. — Probablemente llegaré hambriento, pues me parece que no tendré dinero para comer durante el camino. Por eso te ruego que prepares algo para mi llegada y, si eres una

buena cristiana, querida Anita, no te olvides de prepararme además un paquete de cigarrillos, porque seguramente no habré podido comprar.

Estoy completamente mojado, la lluvia cae sin cesar y no tengo paraguas. Irá mal si no puedo secarme antes de la partida.

Hasta la vista, hasta pronto. Te abrazo. Tuyo

F. Dostoievsky.

1872

Moscou, 2 de enero de 1872.

Mi querida, mi preciosa Anita: Tu carta de ayer, con las palabras de Luba, me produjo una alegría muy grande. ¡Mi pequeño ángel! Ya me imagino cómo escribió esa carta. Abrázala fuerte y se indulgente con ella si es caprichosa. Me ha causado gran satisfacción que el pequeño Fedia (1) ya esté bien. ¿Estáis todos bien ahora? Abraza también a mi rapazuelo. Estoy seguro de que me reconocerá cuando vuelva y me sonreirá. Escucha, Anita, vuestros 13 grados me inquietan (aquí la temperatura es muy semejante, pero hoy no hemos llegado más que a 8 grados). Tu abrigo no es apropiado para 13 grados: no te constipes, por el amor de Dios, cuídate, y, si ocurre algo, envíame un telegrama. Me inquieto mucho por vosotros y, sobre todo, tengo un gran deseo de veros. Sin embargo, aquí (a causa de las fiestas) me he dado cuenta de la cantidad de tiempo inútil que pierdo; es enojoso y perjudicial. Hasta ayer no conseguí más que presentar mi tarjeta de visita para Katkov y señora, pero hoy, a pesar de que Katkov está terriblemente ocupado y de que, a excepción mía, una multitud de gentes le asedian en todo momento, he ido a su casa, a la una, para hablarle *del asunto*. Apenas he podido llegar hasta él. En la antecámara otras tres personas esperaban audiencia. Finalmente fuí introducido y expuse con toda claridad mi demanda de dinero y del arreglo de las cuentas antiguas. Me ha prometido una contestación definitiva para pasado mañana, día 4. Así no tendré la contestación hasta el día 4 y para cobrar el dinero y demás será preciso todavía algún tiempo. Estaré satisfecho si consigo marcharme el 5, ¿pero, y si es el 6 ó el 7? Lo principal es que aquí gasto dinero. Averkiev me ha invitado a comer mañana. En cuanto a Vera no paso en su casa más que las veladas. Me es violento comer allí porque me parece que disponen

(1) Hijo de Dostoievsky, nacido en Petersburgo el día 16 de julio de 1871 y fallecido en Moscou en 1922.

de pocos medios, eso se ve, de modo que como a mi costa. Así, pasado mañana te escribiré definitivamente el resultado, y si ocurre algo te escribiré mañana también. Katkov dará seguramente algún dinero. Lo he comprendido en su tono y además no me habría retenido aquí para nada. De casa de Katkov fuí a casa de Aksakov, quien me recibió admirablemente bien; permanecí en su casa tres horas. Me ha invitado para el jueves por la noche, pero sólo alguna circunstancia imprevista podrá retenerme en Moscou hasta el jueves. Me continúo preguntando, querida mía, si Poliakov te ha atemorizado (1). Por el amor de Dios no te turbes. No podrá tomar ninguna medida molesta antes de mi regreso, aunque tuviera la intención de perjudicarnos. Es con Hinterlakh (2) con quien ha estado á punto de entenderse. Esto me inquieta mucho más.

Plescheev no está aquí. Me propongo ir a ver a Tchaev. Me parece que no iré a la redacción de Besseda (3). No he tenido todavía tiempo de ver a Helena Paulovna y, además, tienen la escarlatina. Cuida a los niños, por el amor de Dios. Cúidalos.

El ojo me duele un poco, pero menos que en Petersburgo.

Hasta la vista, ángel mío. Creo que después del día 4 ya no me tendrás que escribir, pues nuestras cartas se cruzarían. Pero el 4 escribiré y si ocurre algo escribe o telegrafía. Dios quiera que no sea necesario.

Te abrazo de todo corazón. Te amo mucho. Abrazo y bendigo a los niños. Agradezco mucho a Luba su carta. Bésale la mano, cómprale bombones y dile que es papá quien se los da. Al pequeño Fedia, con su boca abierta, le mando un beso en esa boca.

Tuyo

F. Dostoievsky.

Moscou, 4 de enero de 1872.

Mi querido pichoncito, mi Anita. He ido a casa de Katkov y, de nuevo, una dificultad. Se ha excusado y me ha pedido espere

(1) Uno de los acreedores de Dostoievsky.
(2) La señora Hinterlakh, otro acreedor.
(3) Revista que había pedido una novela a Dostoievsky.

estén hechas las cuentas; no han tenido todavía tiempo de hacerlas. Creo que todo quedará decidido mañana. Pero, aunque la contestación sea favorable, con la lentitud y la negligencia de aquí, es dudoso que todo quede terminado en un día. Creo, sin embargo, que el 6 lo más tarde, o, en el caso peor, el 7, me podré marchar, tanto más cuanto que gasto una cantidad extraordinaria de dinero y me podría ver falto de él. Lo peor sería una contestación desfavorable y temo que sea así a pesar de que Katkov desea vivamente complacerme. De casa de Katkov fuí a casa de Voskoboinikov (en la misma casa). Es un antiguo amigo; trabaja ahora en casa de Katkox, en la redacción de *Moskovskia Viedomosti*. Me he enterado por él de que mis cuentas, en su oficina, se hallan en un gran desorden, pero que él mismo, a petición de Averkiev, las comprobó anteayer y que en definitiva, debo yo 1,300 rublos. Ten en cuenta que los dos últimos pliegos de la novela, que ellos suprimieron (1) no han entrado en la cuenta. Me dijo, además, que, desde el año pasado, los pagos no se hacen más que con el asentimiento de Leontiev, al que Katkov mismo ha concedido benévolamente un poder despótico. Así, todo depende de Leontiev y no estoy muy seguro de las buenas disposiciones de ese hombre hacia mi. Voskoboinikov cree incluso que Katkov no me ha contestado hoy únicamente porque no ha tenido tiempo de hablar con Leontiev, que está muy ocupado en el liceo. De manera que, de nuevo, no estoy seguro de nada y, principalmente, si la contestación es negativa, me veré obligado sencillamente a romper con ellos, lo que será muy desagradable. ¡Cómo lamento haberte dicho que ya no me escribas a partir del 4! Podríamos escribir el 5 sin temor de que se crucen las cartas. Tus cartas, mi querido ángel, me causan una gran satisfacción. Pero realmente, ¿todo va bien en casa? Estoy contento por ti y por Luba de que las dos hayáis tenido un alegre árbol de Navidad. Abrázala. Temo que me olvide. ¿Cómo está Fedia? ¿Está bien? ¿Hace buen tiempo ahí? Querida mía, no dejes de encender calefacción, aunque no tengáis más que un poco de frio. Hoy aqui tenemos 20 grados. Ayer por la mañana Averkiev me trajo un billete para el teatro y vi su drama; después comi en su casa y por la noche fuí a casa de Vera. Una casa muy triste; se hallan faltos total-

(1) El capitulo de "Los Poseidos" que tenia por asunto la confesión de Stavrogin. Este capitulo suprimido fué encontrado en 1921 y publicado.

mente de dinero. Ofrecí prestarles algo, fraternalmente, pero ella no aceptó. Hoy Sonia debía recibir del *Rousski Viestnik*, 140 rublos.

En general, aquí me aburro mucho, principalmente a causa de esa incertidumbre. Mañana, de todos modos, te escribiré.

Hasta la vista, mi alegría, mi querida Anita. Te abrazo de todo corazón. Te confieso que a pesar de todo tengo todavía mucha esperanza. Por ejemplo, he expuesto a Katkov, a solas, el asunto de mi futura novela y me enteré por Averkiev que ya lo ha contado a dos personas. Si es así no puede dar largas, negligentemente, a mi demanda. (Pero está por en medio Leontiev.)

Abrazo a nuestros hijos Luba y Fedia. Cuídalos lo mejor posible. Anita, no ahorres en la comida. Temo que los acreedores te importunen. Tengo un miedo horrible de Poliakov.

Hasta la vista, ángel mío. Abrazo a Luba y Fedia. Te abrazo. Todo tuyo. Tu afectísimo

Fedor Dostoievsky.

Staraia-Roussa, sábado 27 de mayo de 1872.

Mi querida Anita, hoy, a la una de la tarde, he visto a Fedia. Según mi impresión está completamente bien y muy alegre. Inmediatamente me ha reconocido y se ha encaramado para quitarme el sombrero. Temo que su idea fija sean los sombreros. El cura le ha dado ya, en plena propiedad, su sombrero viejo, pero lo principal no es el sombrero, es el hecho de quitarlo de la cabeza. En este momento le mecen para dormirle (son las tres), pero durante esas dos horas ha venido a buscarme y no ha cesado de charlar. Le gusta también mucho arrastrarse por el suelo. No ha enflaquecido nada, pero su rostro está sembrado de pequeñas manchas del tamaño de una lenteja, bastantes obscuras. Me han dicho que estas manchas eran antes mucho más numerosas y más rojas y que ahora, ya se borran. Su vientrecito rige perfectamente y sus deposiciones son buenas y regulares. Parece muy alegre. Me dicen que los primeros días estaba triste, iba de un cuarto a otro y buscaba continuamente. La niñera dice que la primera noche no durmió nada, pero comía con apetito; ahora duerme bien. En ge-

neral, en lo que a él se refiere, todo va bien. Ayer abrieron aquí el Vauxhall. Esperaré todavía un día y si las manchas no desaparecen veré a Rokel o a Shenk. El cura manifestó ayer alegría al verme, me hizo infinitas preguntas y se lo conté todo. La niñera está muy contenta del éxito de la operación, pero parece contrariada de que no vengas.

En este momento la cabeza me da vueltas a causa de que no he dormido casi nada. En Novgorod no encontramos el barco porque, con motivo de la apertura del Vauxhall, hizo un viaje especial llevando a bordo al gobernador. El barco llegó a las seis de la mañana, pero no se permitió embarcar hasta después de haber tomado los billetes, a las siete y cuarto. De las dos a las seis permanecí en el hotel de Soloviev, en donde dormí únicamente una hora y media. Aquí el tiempo es claro, pero cada día llueve. No hace tanto calor como en Petersburgo y, por otra parte, el clima es maravilloso.

Ahora lo principal es Luba. Estoy muy inquieto por ella. ¿Y si salieras con ella a la calle y te desmayases? En fin, puedes ponerte enferma. Además, ¿quedará bien el brazo cuando dentro de tres semanas se quite el aparato? Hemos causado bastante daño con nuestra negligencia y nuestra confianza. Es preciso que los huesos queden bien soldados. El calor es tal vez malo para ella y puede ponerse enferma. ¡Tu situación con Lili es mucho peor y más desagradable que la de Olga Kirilovna, que estará rodeada de todas las comodidades y refinamientos de la ciencia! Y ellos mismos, estoy convencido, no permitirán a la mamá ni que lave a su bebé. Me pregunto también cómo podrás venir aquí con todos estos trajines. Me preocupa Lili, ¡la he dejado en un momento tan crítico! Sin duda no podré serle muy útil, pero, sin embargo, la veré y no estaré tan triste. Sé prudente cuando salgas con ella a la calle: ¡en Petersburgo hay tantos empujones y tantos borrachos! Por el amor de Dios no vayas a las fiestas, ni a la del 30 de mayo. Seguramente su bracito se rompería de nuevo entre la multitud. Pienso en todo esto y en mil otras cosas y me siento apenado.

Tu billete me ha embrollado: 1.º No tenemos aquí lavandera y no sé a quien podré dar a lavar la ropa. Había creído que teníamos desde hace tiempo una lavandera. María ha traído una mujer desconocida y yo le he dado algunas piezas a lavar, como prueba (naturalmente tomando nota de la ropa entregada). 2.º En tu billete,

que tengo ante mí, se dice neta y claramente que toda la ropa, limpia y sucia, y la ropa de cama, la encontraré en la maleta grande. Fatigado, extenuado por el viaje, pudiendo apenas mantenerme en pie, me he puesto a buscar en la maleta grande y allí no he encontrado nada, absolutamente nada, ni una pieza. Hay dos o tres camisas tuyas, lavadas según creo en Dresde, y nada más, salvo algunos trapos. A decir verdad, hay también una servilleta que envolvía los trapos, pero esto es todo, sin rastro alguno de la ropa blanca. Hay un poco de ropa blanca en el armario pequeño, luego mi ropa sucia en el armario de los vestidos y algunos objetos sin importancia sobre las sillas, dos o tres toallas en el segundo cajón de la cómoda y más trapos sucios. En una palabra, todo está disperso y en un completo desorden. La lavandera volverá el lunes; entonces reuniré los otros trapos y se los daré y apuntaré. Ahora mis piernas flaquean; he buscado en la maleta durante una hora y media. No he arrugado nada. Ya volveré a buscar. De todos modos no teniendo una lista de la ropa blanca, me será difícil restablecer el orden.

Aquí para que una carta salga el mismo día es preciso echarla al correo antes de las nueve de la mañana. Así, esta carta ya no podrá salir hoy y no partirá sin duda hasta mañana. Ahora no pienso en los demás asuntos, estoy demasiado fatigado y me caigo de sueño. Unicamente sufro al pensar que podría ocurriros algo y presiento que en estas tres semanas no estaré tranquilo. Aquí cuando los niños empiezan a tomar baños salados, en las dos primeras semanas aparecen erupciones que desaparecen dentro de los tres meses. ¿Será, tal vez, escrofuloso Fedia? Incluso antes del baño, simplemente por la acción del aire de aquí, le ha comenzado la erupción. ¿No le serán convenientes los baños? Por otra parte, si la erupción no pasa por sí sola, consultaré a Shenk o a Rokel. Excepto esas manchas (que disminuyen) repito que está completamente alegre y está bien. Abrazo largamente a Lili. Háblale de mí. ¿Me ha recordado al menos alguna vez? Bueno, hasta la vista. Te ruego con insistencia que me escribas siquiera cinco líneas, pero más a menudo y sobre todo con plena franqueza. Te abrazo estrechamente.

Tuyo. Tu muy cansado

Fedor Dostoievsky.

P. S. — Las manchas del rostro de Fedia son más pequeñas que una lenteja, me he equivocado; son de un moreno pálido; al principio eran rojas. Se rasca mucho los brazos y las piernas. Acaba de despertarse. Está muy contento. Imagínate que el cura no ha recibido todavía mis dos cartas.

Staraia-Roussa, 28 de mayo de 1872, domingo.

Mi querida Anita: Quiero escribirte una vez más y después te escribiré, según lo convenido, cada dos días. Espero con impaciencia tu carta, son ya las siete, probablemente no recibiré nada hoy. ¿Cómo está Luba? Me inquieta terriblemente nuestra futura instalación en Petersburgo. Ayer por la tarde Fedia tomó un baño, pero por la noche se despertó a menudo. Por otra parte está completamente bien y las deposiciones son normales. Está muy alegre, arranca los sombreros y se ríe siempre. Sospecho que le comienzan a salir los dientes, porque muerde mucho, pero no tiene fiebre. Me parece que a la niñera/le gusta demasiado mecerle para hacerle dormir. Según mi opinión esto espesa la sangre; creo también que tiene más necesidad de pasear. La familia del cura y sobre todo él, quieren mucho a Fedia, según parece. Continúan las manchas, muy pequeñas, completamente del mismo color que sus cabellos. Hoy tiene tres nuevas manchas, rojas. Pero estoy convencido de que no se trata en modo alguno de una enfermedad, sino simplemente de una erupción. Ha experimentado tres grandes cambios: el aire, el agua y la alimentación. El cura me acaba de contar que ha encontrado un médico y le ha preguntado qué síntoma constituyen las manchas en la cara, como las de Fedia. Ha contestado que esto ocurre siempre a los bebés sometidos a semejantes cambios, que uno solo de estos cambios, por ejemplo el de aire, basta para provocar durante algunos días, no solamente una eflorescencia, sino también una erupción. Ha preguntado, además, si el niño estaba delgado o gordo. Si está gordo durará seguramente algunos días. Al informarse de que estaba alegre, come bien, anda bien y no tiene temperatura, ha dicho que no hay motivo para inquietarse y que se trata de una cosa normal. Por otra parte, si mañana o pasado mañana las manchas

no desaparecen, a pesar de su buena salud llamaré a Shenk. Te confieso que tengo miedo de consultar a un médico antes de tu llegada: puedo encontrar un imbécil que exclame inmediatamente que es preciso cuidar la escrófula, aun cuando Fedia no tenga nada de escrofuloso. Con los médicos ocurre esto con mucha frecuencia.

Cuida bien a Luba y, en lo que se refiere a ti, pon más atención en tu salud. Duerme más, por ejemplo. No se puede dejar de salir, pero tengo un miedo terrible de que os ocurra algo en la calle.

Aquí me aburro mucho. El tiempo es hermoso, no hace mucho calor, pero durante todo el día cae una fina lluvia. Con Rumiantzev (1), he ido esta mañana a casa de Ivan Smelkov, el arcipreste, para visitarle. Su mujer ha manifestado deseos de conocerte. El arcipreste me ha parecido muy contento de mi visita, pero me parece que es diez veces inferior a nuestro Rumiantzev.

He ido a la estación, a la administración de las aguas, y he llegado a la conclusión de que no hay nada más difícil que obtener informes. Es preciso buscarlo todo por cuenta de uno. En los jardines no hay muchos paseantes, pero sí bastantes oficiales forasteros y muchos niños escrofulosos. Por otra parte continúan llegando los bañistas, que recorren la ciudad en busca de alojamiento. Estoy convencido de que me aburriré mucho hasta que vengáis. Mañana comenzaré; lo principal es que tú puedas ayudarme taquigrafiando: hubiera deseado enviar lo más pronto posible la continuación (2) a la *Rousski Viestnik.* Hoy el cura me ha devuelto el dinero. He tomado, finalmente, sin objeción alguna, 21 rublos; ya se han gastado cuatro. En total tengo 72 rublos. ¡Ah, Anita!, es preciso trabajar, terminar la tarea y el dinero vendrá. Pero me atormento por vosotros hasta el sufrimiento. ¿Y si te pones enferma; qué será de Luba? ¡Si al menos escribieses! ¿Qué hace mamá? ¿Ha parido ya Olga Kirilovna? (Fedia se ha despertado y no cesa de charlar con la niñera. Le gusta mucho charlar, pero no dice otra cosa que *da da, li li lii* o se echa a reír y no pronuncia nada más. Hoy nos ha quitado el sombrero a mí y al cura, quizás diez veces.)

(1) El Padre Juan Rumiantzev, propietario de la villa alquilada por Dostoievsky.

(2) La continuación de "Los Poseídos".

Aquí la gente es terriblemente ceremoniosa y se esfuerza en parecerse al gran mundo, hablando un francés atroz. Las damas intentan brillar por sus toaletas, aunque deben de ser de una espantosa cursilería. Hoy se inaugura el teatro en el jardín: se representará una comedia de Ostrovski. Las localidades son caras. Sin embargo, hubiera deseado ir para conocer esa pieza. Hay muy pocos cafés y pastelerías. En esta ciudad de balnearios abundan de un modo terrible los insectos. El parque no me gusta y toda esta Staraia-Roussa no vale nada. Sin embargo, el aire de aquí os hará bien a ti y a Luba. La abrazo. Bendigo a Luba y ruego por ella. ¡Haz que me recuerde! ¡Oh, si pudieseis estar aquí más pronto! Entonces podríamos pensar en el porvenir. Por el amor de Dios, escribe, sobre todo, francamente. Como ves, yo te lo escribo todo. Tuyo

F. Dostoievsky.

Abraza a Luba. Te abrazo. Te lo ruego, procura no adelgazar.

Staraia-Roussa, 30 de mayo de 1872.

Me entero por ti, amiga mía, de la muerte de María Grigorievna (1). Me ha impresionado mucho y compadezco enormemente a la pobre mujer. ¿Pero cómo ha podido morir el primero de mayo, cuando hace tres meses nada más que supimos su enfermedad? Es una desgracia para los hijos. Apruebo completamente tus intenciones respecto a tu madre. Ella es contraria a todas las enseñanzas de la experiencia y del conocimiento del corazón humano. Si la traes a Staraia-Roussa y no le anuncias la noticia hasta llegar aquí, entonces se impresionará mucho más: es decir, se impresionará de modo más intenso; debes elegir el procedimiento más fulminante. Escucha. Si Pavel Grigorievitch está desesperado, si los niños lloran, entonces, al informarla ahora, la mitad de su dolor se gastará en compadecerlos: pensará que, a pesar de todo, ellos no han perdido menos que ella e incluso que los niños han perdido todavía más. Su dolor, a pesar de ella,

(1) Hermana de la esposa de Dostoievsky, fallecida en Roma.

se atenuará ante el dolor de ellos y será más fácil para tu madre llorar por los hijos y con los hijos. Por el contrario, si se lo ocultáis ahora, luego, después del primer momento de dolor, se marchará inmediatamente a Petersburgo, cerca de los niños, a fin de llorar por ellos (y estará convencida de serles útil). Y además te guardará rencor al recordar que desde hace tiempo no ha visto a los niños y hasta pensará tal vez que había juzgado mal a María. En una palabra, es necesario comunicarle la desgracia inmediatamente, y, para consolarla, ponerla inmediatamente en relación con Pavel Grigorievitch y los niños, sobre todo con los que lloran. De otro modo, tú tal vez tendrías la culpa de que se pusiese enferma.

Pero yo sé que, con vosotros, los Snitkin, se diga lo que se diga, no se puede obtener nada; por esto estoy seguro de que no me escucharás. Pero yo te aconsejo que traigas a mamá a Staraia-Roussa cuando haya sido informada (cuando tú misma vengas). Aquí uno está aislado, hay muchas habitaciones, estará en su casa, como en Sajonia, y podrá descansar. Por lo tanto, invítala e insiste. Pero, para ello, es preciso decírselo todo ahora.

Sufro por Lili e imagino el calor o el frío de Petersburgo. No escribes nada sobre el tiempo. ¿Quedará bien el bracito? He leído en los periódicos que hay viruela en Petersburgo. Ve con cuidado por los barrios de Basile y Petersburgo; es allí donde reina la viruela. Escríbeme acerca de Lili. Te lo ruego.

Fedia está bien y alegre. Ayer hice venir a Shenk. Le examinó atentamente y dijo que no era absolutamente nada, que esto les pasa a todos los niños. No hay necesidad alguna de baños salinos, pero sería oportuno lavarle de tiempo en tiempo en una artesa con jabón. Como Fedia no cesaba de reir ante él, no tuvo más remedio que admirarse y ha dicho que, para tener diez meses, es una bella criatura.

Nuestra niñera es buena y ama a Fedia, pero es algo rara y es preciso también vigilarla. No quiere decir como el niño hace sus necesidades, etc. Aquí las veladas, después de las siete, son húmedas y ella pasea a Fedia siempre con la misma blusa, sin gorro y le pone en el suelo. El cura y yo vigilamos eso, no te inquietes.

¿Dónde estás ahora? ¿No te has instalado en otra habitación? Mira, temo que esa muerte de una mujer joven y robusta

impresione de un modo perjudicial a Olga Kirilovna en la víspera de su parto. Ayer recibí tu primera carta. Escribe usted muy poco, señora. Finalmente he econtrado en la maleta dos sábanas y algunas toallas, pero nada más. Mi ropa blanca no estaba allí, pero la encontré en otra parte.

Abraza a Lili. Sería conveniente que escribieses ahora un poco más a menudo. Te abrazo.

Tu

F. Dostoievsky.

P. S. — Siento profunda piedad hacia María. ¡Ahora que podía vivir tranquila! Temo que la desgracia no caiga ahora sobre nosotros. Sería conveniente que nos reuniésemos lo más pronto posible. Tengo constantes pesadillas. Las manchas de Felia disminuyen, pero se ha rascado espantosamente las piernas, los granitos antiguos causados por los mosquitos de Volkeof y las chinches de aquí. Shenk ha visto todo eso y dice que no existe ninguna enfermedad, que las picaduras de mosquito pasarán por sí mismas; que las manchas no tienen importancia y que si hay comezón es mejor, pues, en toda erupción infantil, cuanta más picazón hay, hay menos peligro. Esas son sus palabras y Fedia no tiene siquiera erupción.

Staraia-Roussa, 5 de junio de 1872.

Mi querida amiga Anita: Acabo de recibir ahora mismo tu carta del sábado. Todas esas noticias me matan, sencillamente. Ante todo tú, tu situación: sin duda no la soportarás; no se puede vivir así. No dormir y sufrir con Luba, está por encima de tus fuerzas físicas. Es absolutamente necesario tomar una decisión. Oye mi opinión: es preciso venir aquí cueste lo que cueste, inmediatamente. Es preciso pedir a Bartch (1) una indicación detallada sobre los cuidados que requiere el brazo de Luba, traerla con el brazo vendado y aquí, cuando el plazo de un mes haya expirado, Shenk podrá quitar el aparato. No creo que pueda ocu-

(1) Médico cirujano.

rrir nada desagradable. Habla a Bartch y a Glama, pide detalles y pregunta si puede ocurrir algo malo. Yo creo que no. Explícales que tú no puedes permanecer ahí más tiempo. Tengo mucho miedo por ti. Ten en cuenta que será mucho peor para todos y que todos nuestros asuntos se desbaratarán, si te pones enferma. En lo que se refiere a tu madre, pienso lo siguiente: si le es posible, que venga contigo aquí; sino, ¿es que desea perder también una segunda hija? Tú tienes hijos, obligaciones, tú no puedes obligarte a cuidar siempre a los demás. Ellos no pueden retenerte en Petersburgo. Toma el dinero que te sea necesario para venir y después que Ivan Grigorievitch nos envíe más. Piensa que si te quedas en Petersburgo será preciso esperar que haya transcurrido un mes después de la operación, pues el aparato no puede quitarse hasta después de tres semanas, aunque los médicos estuviesen de acuerdo. Recuerdo muy bien que Bartch y Glama hicieron un gesto desaprobativo cuando les hablé de tres semanas y me aconsejaron que lo llevase un mes. Pero tú no podrás soportar durante un mes esa vida en Petersburgo, ¿no es mejor, entonces, que vengas aquí y encargar a Shenk de los cuidados, tanto más cuanto que no tendrá mucho que hacer? Tú deseas instalarte mañana (es decir, el martes) en casa de Ivan Grigorievitch. Me imagino que allí estarás muy bien. Pero me parece que Olga Kirilovna se ha equivocado en un mes. Vivirás en una casa llena de confusión y ruido, en donde todos están enfermos, en donde Ivan Grigorievitch perderá seguramente la cabeza, en donde te verás cohibida y en donde Luba fastidiará a todo el mundo, principalmente a Olga Kirilovna. No, Anita, ven aquí, a Staraia-Roussa, pero en seguida, inmediatamente.

Piensa que la indecisión es muy perjudicial para todos nosotros. En efecto, ¿qué es lo que te puede retener? Cuando leas esta carta hará exactamente dos semanas que el brazo de Luba se halla en el aparato; es ya un plazo bastante tranquilizador: está bien, tranquila, tiene apetito, no sufre más que de aburrimiento o importuna a todo el mundo. Pues bien, si dentro de dos semanas, aquí, Shenk encuentra algo cuando quite el aparato, entonces, suponiendo lo peor, te marcharás. Pero esto no puede ocurrir. Por lo tanto, ven. ¿Tal vez te resulta penoso dejar a mamá y a la familia de Pavel Grigorievitch? Pero piensa, en cambio, que serás una carga en casa de Ivan Grigorievitch. En

cuanto a mamá, suplícale que venga a Roussa. Si no puede ahora, que espere entonces a que su pierna esté curada. Te aseguro, Anita, que yo mismo iré a buscarte. Veo que tu situación no puede ser peor y si te pones enferma entonces será demasiado tarde. Y ya no podré escribir nada en todo el verano. ¿Qué podríamos hacer entonces? ¿Ahorcarnos?

Yo no puedo permanecer en este desorden. Todas tus razones para permanecer en Petersburgo son especiosas. ¿Con qué objeto vives ahí, en realidad? Todo lo que presentaba de inquietante el bracito de Lili ha desaparecido. ¿El dinero? Pídele un poco a Ivan Grigorievitch, lo necesario para venir, y eso es todo. Así, cuando recibas esta carta, te ruego reinteradamente que comiences a hacer las maletas. Ve a ver a Bartch o a Glama y parte el mismo día. Además, como yo sufro más allá de lo posible ante todas las dudas, contéstame en el mismo momento en que recibas esta carta (y en general deseo que escribas cada día, de otro modo es intolerable). La disimulación o la falsa noticia de que te encuentras bien, de que todo va bien, será una cobardía ante mi o ante Lili (y no hablo ya del pobre Fedia). Lili se aburre porque necesita el campo, no puede expresar esto, pero es posible que se ponga enferma a causa del aire sofocante de Petersburgo. ¿Ganaremos algo si, dentro de tres o cuatro días, voy yo mismo a buscarte, perdiendo tiempo? Sin eso, ya hemos perdido mucho tiempo y dinero, sin provecho alguno para nosotros. En ningún caso quiero que antes de un mes se quite el vendaje a Lili. Tu madre no puede decir que tú seas una hija ingrata. Fedia está bien, pero yo desearía que estuvieses aquí. Le falta, evidentemente, algo, y algunas veces se aburre mucho. Te ruego, sobre todo, que me informes inmediatamente, al minuto, sin tardanza, y en todo caso, escribe todos los días, aunque no sean más que tres líneas.

Desde ayer hace buen tiempo. Esto es siempre más sano que Petersburgo. He de añadirte que, cuando tú estés aquí, gastaremos menos dinero. Yo tengo ahora en todo y para todo, 57 rublos, con los 21 que me ha devuelto el cura. Por otra parte, los conservo escrupulosamente.

Ayer fuí a misa a la catedral. El arcipreste ha venido ya dos veces a casa: he ido a su casa una vez. Volveré. Me fastidio mucho. Sin Fedia me habría, tal vez, vuelto loco. ¡Trabajo muy

mal! ¿Cuándo podremos tener, finalmente, un mes de tranquilidad, sin preocupaciones, para pasarlo entregado enteramente al trabajo? Si no es así, no me veo capaz de ganar dinero. Y también, sin que esto sea lamentarme, ¡qué vida bohemia, qué sombría vida, sin la menor alegría; no hacer más que sufrir y sufrir! No te enfades, esto no tiene ninguna relación contigo. Pero comprende que sería mucho mejor vivir de un modo sensato que no así, tan estúpidamente.

Así, piensa en mi proposición y ven inmediatamente. No admito que ninguna razón pueda detenerte, salvo la de que estés enferma. ¡Que Dios nos lo evite! Si no es así todo está perdido y no tendremos ni un céntimo para realizar nada. Por el amor de Dios, contesta en seguida.

Tu muy afectuoso,

Fedor Dostoievsky.

P. S. — He releído esta carta. Por el amor de Cristo, no me guardes rencor. No es a ti a quien hago reproches, pero todo es tan penoso que ya no se puede soportar. Preveo la posibilidad de algo espantoso: que llegarás a no poder resistir más y caerás enferma; por eso, por adelantado, siento desesperación. Si por desgracia tu madre se pone enferma y te ves obligada a permanecer cerca de ella, quédate, pero házmelo saber inmediatamente y escribe todos los días. Si sientes el más pequeño malestar, escribe inmediatamente o haz que me escriban, sin disimular nada.

P. S. — Está tranquila. Espero tu contestación, envíala inmediatamente y escribe cada día. No hay necesidad de estilo: tres líneas. Abrazo mil veces a la pobre Lili, mártir por ella y por los otros. ¡Oh, qué penoso es vivir! ¡Penoso hasta la locura!

Staraia-Roussa, 8 de junio de 1872.

Acabo de recibir en este momento tu carta del 6 de junio, querida amiga Anita. Creo que me reparten las cartas más tarde que a todo el mundo de la ciudad. El correo llega a la una y yo

recibo la correspondencia a las seis. He hecho esta observación al cartero y, encima, se ha enfadado conmigo. El pueblo, aquí, es terriblemente insolente. Escribes que Bartch quiere quitar el aparato el 12. Estoy satisfecho, si ello es posible, pero temo: ¿y si el brazo no está completamente curado y sufre una desviación? ¿Quiere hacer esto Bartch porque comprende que tú no puedes esperar? ¡Ah, Anita! nos apresuramos ¿y qué ocurrirá después? Esa es mi última petición: hazlo únicamente si Bartch da la seguridad de que no hay el menor peligro. Ten en cuenta que, después que se haya quitado el aparato, será preciso tener instrucciones precisas; no es posible que todo quede terminado con eso. Durante cierto tiempo será preciso cuidar el brazo, tal vez vigilarle. No te olvides de preguntar si el brazo quedará dolorido después que se haya quitado el aparato; si, por ejemplo, la piel no se irritará después de haber estado tanto tiempo substraída a la influencia del aire; en fin, si no es peligroso, una vez quitado el aparato, dejar que el niño se sirva de su brazo como si estuviese ya completamente curado. ¿Sería prudente que golpease sobre algo, que el brazo o la muñeca reciban algún choque; el hueso tan recientemente soldado no se rompería de nuevo? Me parece bien que te hayas instalado en casa de Snitkin, el médico (1), y no en casa de Ivan Grigorievitch. Estaba desolado a causa de tu anterior intención. ¿Cómo se puede vivir en una habitación sofocante en donde hay una recién parida con su bebé; cómo vivir allí con Lili que llora y que tiene caprichos? Hubiera sido una locura. En casa de los Snitkin, del médico, dudo también que la cosa vaya muy bien. ¡Ah, Anita! hubiera sido mucho mejor permanecer en el hotel hasta el miércoles, si Bartch cree posible quitar el aparato. Al fin, ¿qué son 35 rublos?, ¡al menos, estarías en tu casa! Y allí estarán descontentos de Luba, allí hay también un niño; Luba resultará molesta, enojosa.

Por lo tanto, os espero dentro de poco. Aquí me aburro mucho y el trabajo — que es malo — no es una distracción. Sin Fedia me habría muerto de fastidio. Fedia está alegre, pero tal vez demasiado tranquilo. Es encantador. Los picotazos de los mosquitos en sus brazos y en sus piernas no se borran, todas las noches se rasca de una manera espantosa; no sé qué hacer.

(1) Un primo de la esposa de Dostoievsky.

Y aquí le han picado de nuevo otros insectos, cuya punzada produce una comezón terrible; se hincha y tarda en pasar. Son tal vez mosquitos. No te olvides de comprarme paquetes de papel, ya no tengo; tal vez podrás encontrar paquetes grandes. No te olvides de comprar el *Rousski Viestnik* y la *Besseda*. No tengo tiempo para hacer visitas y, sin embargo, tengo que ir a ver al arcipreste. No tengo tampoco tiempo para pasearme. Entro solamente unos instantes en la Biblioteca a fin de leer los periódicos. El dinero se va aquí muy rápidamente. Te abrazo. Abrazo, sin fin, a Lili. ¡Si la pudiese ver, al menos, un instante! Todo tuyo,

F. Dostoievsky.

Staraia-Roussa, 9 de junio de 1872.

Anita querida, he recibido tu carta del 7 en la que procuras tranquilizarme. Estoy tranquilo, pero Bartch ha sido un estúpido al no decir desde el principio de qué se trataba. Esos señores se imaginan que todos nosotros vivimos como seres abstractos que no tienen ninguna preocupación y disponen de todo su tiempo. Y ahora resulta que cambiar el vendaje es una cosa bastante importante. ¿Por qué no lo dijo en seguida? Esto hubiera evitado bastantes errores. El hecho de que se quite el apósito el 14 en lugar del 12 me parece bien, pero me atormento por adelantado con la idea de que tal vez se verá que la cosa no está terminada y que es preciso otro vendaje. Sin duda, si te ordenan que te quedes, es preciso quedarse, pero, ¡cómo hubiera deseado que vinieseis más pronto! Esto es aburrido hasta morir. Pero aunque el aburrimiento continúe cuando te halles aquí, me parece que, a pesar de todo, estarás mejor aquí que en Petersburgo y, en lo que se refiere a Lili, es seguro. Escribes que enviaste la carta del otro día en un momento de nerviosidad, pero el hecho solo de que haya momentos semejantes es muy elocuente. Pienso también en Lili. Petersburgo ahora es peor para ella que en el invierno, mientras que aquí el aire es puro, la arena es buena y

los baños serán tal vez eficaces. En lo que se refiere a los baños, pide consejo a Miguel Nicolaievitch.

N. B. — Aquí, para que te permitan tomar baños, es preciso tener un certificado de un médico que, indicando la enfermedad, diga que tal enfermo debe tomar para comenzar tantos baños, diez por ejemplo, y que luego verá. Esos diez baños se pagan a la administración, que entrega las entradas para los baños. Se puede pedir este certificado a un médico de Petersburgo, a Miguel Nicolaievitch, por ejemplo, si le parece conveniente. Por otra parte es inútil, porque, de todos modos, nos veremos aquí obligados a dirigirnos a Shenk. En lo que se refiere al Vauxhall, el salón de música y la biblioteca, son necesarios billetes individuales o de familia y pagar aparte de 4 a 6 rublos, según creo.

Si Bartch insiste en querer quitar personalmente el aparato, me parece bien; al menos esto habrá terminado de una vez. Pero el hecho de que él insista me inquieta un poco.

Tengo gran necesidad de copiar lo que he logrado escribir; el trabajo durará mucho tiempo; esa pequeña Lili me cuesta muy cara. El arcipreste me ha ofrecido la cuna que los Vladislavlev dejaron en su casa cuando se marcharon; ya me la ha enviado. Es una inmensa cuna en la que cabría una persona mayor, muy profunda y que no se balancea. De este modo tenemos cama para los niños.

Me dices que vas a ver pisos por alquilar cuando tienes tiempo. Me pides mi impresión, pero ¿qué puedo decirte sin verlos? Te diré únicamente una cosa: por nada del mundo debes alquilar un piso en la calle de Chestilavotchnaia. Ya conoces mi principio referente a la casa: pagar más caro, pero que sea cómoda y en sitio tranquilo, pues en una habitación así se puede trabajar mucho más. Del otro modo se realiza una economía de 200 rublos y se pierden mil en el trabajo. Según tus descripciones, el piso de la calle Saperny es el que me gustaría más, pero como la diferencia con el de la Troitzkaia es muy pequeña, haz lo que te parezca. Sí, da la preferencia a los techos altos, cuanto más altos mejor; aunque las habitaciones sean pequeñas, que los techos sean altos. Seis o setecientos rublos no es una cifra muy enorme si Dios nos conserva la vida. ¿Pero a partir de qué fecha se va a contar: desde el mes de septiembre o desde el día en que se

alquile? Por otra parte, ¿qué hacer?, hay que conformarse. Una sola cosa: que se pueda trabajar. Estaría bien que lo alquilases ahora y dieras una garantía.

Fedia está bien y alegre, pero estaría mucho mejor si vinieses pronto; un poco de distracción le sería útil. No hace mal tiempo. Abrazo a Lili. ¿Se acuerda de mí? ¿No me ha olvidado?

Tu

Fedor Dostoievsky.

Staraia-Roussa, 12 de junio de 1872.

Ahora mismo, a las siete de la tarde, acabo de recibir tu carta del 10 de junio. No hay qué decir que me traen el correo cada vez más tarde y me parece que los carteros se ponen de acuerdo para servirme el último en toda la ciudad. No te pondré más que algunas líneas. Apruebo completamente tus intenciones, como sabes, pero me contrariará espantosamente que Bartch te retenga todavía una cuarta semana (aunque no haya más remedio que obedecer). Escribes que nuestra separación te apena, probablemente, más que a mí. Yo te contestaré que no sé quién de los dos está más contrariado, pero yo sufro tanto que, puedes creerlo, lamento que no se presente una crisis. Si me hiciese daño durante el ataque esto sería, al menos, una distracción. No, no puede haber nada más repulsivo que esta existencia y esta Staraia-Roussa.

Fedia está bien, pero ayer, varias veces, lloró mucho y esta noche casi no ha dormido. Tiene una explicación: se trata de los dientes. Durante la noche ha llorado extraordinariamente, de un modo increíble. Cuando regreso se pone alegre y, en mis brazos, comienza a imitar el mugido de las vacas y el gorjeo de los pájaros. Hoy está mucho más alegre. Ha tenido una pequeña diarrea (no tan pequeña). Ha comido bien. Se durmió hace poco y se ha despertado alegre. ¿Qué pasará esta noche?

¡Cómo debe de aburrirse mi Lili querida! Así vosotras vivís en la callejuela de Fonarny, casi solas; la familia está en el campo. Está bien. Si te vienes pronto, ten presente, por el amor de Dios, lo que te he escrito respecto al viaje; no te canses y no

fatigues a Lili. Ayer recibí tu carta; estaba muy inquieto por mi hermano Nicolás (1) y me olvidé de decírtelo. ¿No sería conveniente, querida mía, que te informases detalladamente, antes de tu partida, y que le dieses un poco de dinero? Si muriese me causaría pena.

Hasta la vista, amiga mía, te doy las gracias porque sufres un poco por mí. Trabajo todo el tiempo, pero penosamente. Son ya las siete y no he salido en todo el día. El tiempo no es malo. pero hace mucho viento.

Te abrazo mil veces, beso tus manos y a Lili.

Tu

F. Dostoievsky.

Moscou, lunes 9 de octubre de 1872.

Mi querida amiga Anita: ayer por la noche recibí tu bondadosa carta por la que te doy las gracias de todo corazón y te abrazo estrechamente. ¿Así Lili y Fedia se figuran que yo duermo en mi cuarto? Compadezco a esos ángeles; que me olviden un poco. Diles que aquí les compraré regalos y que se los llevaré. ¿Cómo estás? Yo estoy instalado, desde el sábado (después de un día pasado en el hotel Europa) en casa de Helena Pavlovna (2) y me alojo en el anejo, una casa más alta. Estoy tranquilo. Todo se ha arreglado con Lubimov: publicaré en noviembre o diciembre, pero han mostrado extrañeza de que no haya terminado y ponen mala cara. Además temen (pues Katkov no está aquí) a la censura. Por otra parte, Katkov regresará pronto: está en Crimea y se hallará de regreso a fines de mes. Desean que aparezca el número de noviembre el día 10 de noviembre, y el de diciembre el primero de diciembre. Es decir, que me veo obligado a terminarlo todo casi en tres semanas. Será espantoso lo que tendré que trabajar en Petersburgo. Les he pedido el manuscrito para

(1) Nicolás Michailovitch Dostoievsky se hallaba muy enfermo y sufría de alcoholismo hereditario. En sus *Recuerdos* la hija de Dostoievsky dice: "Mi tío Miguel, a pesar de que bebía mucho podía, sin embargo, trabajar; pero el desgraciado tío Nicolás, que había terminado brillantemente sus estudios, no pudo jamás hacer nada y durante toda su vida fue una carga para sus hermanos."

(2) Parienta de Dostoievsky, que alquilaba habitaciones amuebladas en Moscou.

revisarle, cosa que Lubimov deseaba también. Será preciso corregir mucho y es un trabajo muy lento. Y, sin embargo, tengo un gran deseo de marcharme el miércoles y por esto me quedo en mi cuarto, y trabajo. Sin embargo, ahora me veo obligado a ir a casa de Vasselovsky (1), al que seguramente no encontraré en casa y me será preciso volver dos o tres veces. Ayer fui a casa de Perov (2). He conocido a su mujer (persona taciturna y sonriente). Perov vive en una habitación del Estado, que costaría en Petersburgo 2,000 rublos o más. Tiene aspecto de ser hombre muy rico. Tretiakov no está en Moscou, pero iré hoy con Perov a visitar su galería; luego comeré con Perov. No he ido todavía a ningún sitio. He buscado a Averkiev, pero no he podido encontrar su dirección. Si la encuentro iré a verle. No sé si iré a la redacción de la *Besseda;* la corrección del manuscrito es muy larga, no tendré tiempo, y, según mi opinión, con la *Besseda* no hay que darse prisa. Estas son todas mis aventuras. Aquí hace un tiempo de verano, pero los atardeceres son húmedos. Por el amor de Dios, cómprate un sombrero. De todos modos, esperaré carta tuya. Mañana, martes, volveré, tal vez, a escribir. Hubiera deseado recibir todavía, al menos, una carta tuya. Te ruego reiteradamente que me envíes un telegrama si ocurriese algo a los niños. Pero esto en caso de desgracia. (¡Que Dios nos guarde!)

Tú puedes dejar de escribirme a partir del martes, si esto te molesta, porque me quiero marchar, a toda costa, el miércoles. Si algo me retiene un día más será la corrección del manuscrito, pero no lo creo. Si me retardo, aunque sea por un día, te avisaré.

Hasta la vista, mi querida amiga. Te abrazo estrechamente. Te he visto en sueños.

Tuyo

F. Dostoievsky.

(1) Abogado de Moscou.
(2) Pintor célebre.

1873

Moscou, 20 de mayo de 1873.

Mi querida amiga Anita: Hoy, a mediodía, pues el tren ha sufrido una hora de retraso, he llegado a la casa de huéspedes de Helena Pavlovna. No he encontrado a nadie. Sonia está en el campo con los niños y Helena Pavlovna ha ido a verla. Me enteré de que Helena regresaría por la noche y he tomado posesión de un cuarto; luego me he vestido y he ido a casa de Poliakov (1) que había dejado a Helena Pavlovna la dirección de su hotel. Felizmente le he encontrado en su casa. Ha estado muy contento de verme y ha dicho que no puede hacer nada sin mí. Me ha dicho que se ha informado cerca del tribunal, pero que no hay ningún asunto fijado para el día 21 de mayo. Más, según él, los Scherr (2) han hecho algo. Se ha procurado copia del testamento y de toda la documentación, por lo que ha pagado 25 rublos (no deja de gastar bastante dinero). Dice que era necesario. Me contó que fué a casa de Varvara Mikhailovna, que le recibió con desconfianza y le dijo entre otras cosas: "¿Es posible que mi hermano Fedia quiera privarme de todo?" En seguida he ido a casa de Varvara. Además ella está muy afligida por la muerte de su yerno (fué enterrado anteayer) que ha dejado a su hija viuda con cinco pequeños. La pobre Varvara llora, pero me ha recibido de un modo muy afectuoso. Está incluso contenta (y yo la creo sincera) de que hayamos entablado el asunto. Está convencida de que los Scherr han comenzado ya y han presentado una demanda al tribunal. Ha rogado que no se la olvide en el reparto, en la catorceava parte que le corresponde (3). Pero aquí todos están persuadidos de que los Scherr ganarán; en un asunto

(1) Abogado de Petersburgo. Durante este año Dostoievsky tuvo un proceso por la herencia dejada por su tía, la señora Kumanina, hermana de su madre. En este proceso se sirvió de tres abogados: Vesselovsky, Poliakov y Jeromsky.

(2) Los adversarios de Dostoievsky en el asunto de la herencia.

(3) Según la antigua ley rusa las hermanas recibían la catorceava parte de los bienes inmuebles dejados en herencia.

análogo hay una decisión del Tribunal de Casación, de diciembre, que les es favorable. Varia está convencida, además, por el hecho de que hace dos semanas nuestro hermano Andrés llegó y se instaló en su casa, y no habiendo encontrado a Vasselovsky en Moscou le mandó un telegrama. Andrés ha venido porque se enteró de la historia de los Scherr; pero, como nosotros, estaba seguro de la posibilidad de recibirlo todo. Todos están convencidos de que nuestros recibos de 10,000 rublos tomados prestados por mí y mi hermano Miguel, y las palabras con que la tía nos alude en el testamento, nos privan ahora del derecho de poder reivindicar nada. Pero Poliakov se ríe de esto. Y Andrés, probablemente, contaba con eso, puesto que nada me ha escrito. Vasselovsky llegó al día siguiente (es Varvara quien lo dice) y nuestro hermano se volvió a su casa completamente desalentado. Vasselovsky le dijo, según parece, que no se puede hacer nada y que los Scherr tienen razón. Y Andrés se marchó al oír esto.

(*N. B.* — ¿Pero en dónde habrá podido conocer Andrés la noticia? No se sabe...)

Varvara me ha entregado importantes documentos; los originales de las partidas de nacimiento. Es una prueba de que está a nuestro lado y de que adopta una actitud muy amistosa. He permanecido en su casa bastante tiempo y he ido a ver a Poliakov por la noche. Después de habérselo contado todo y entregado los documentos, le he rogado que fuese a casa de Vasselovsky, quien viene a la ciudad dos veces por semana, y recibe de diez a doce, y que tomase una decisión definitiva. No hay duda de que los Scherr han entablado algo, ¿pero qué, y cuándo? No se sabe, y es lo que Poliakov quiere descubrir. Dice que permanecerá aquí hasta el miércoles y que, al marcharse, pedirá a uno de sus amigos que siga el asunto en el tribunal y que, en seguida que los Scherr hayan entablado el asunto, se le avise a Petersburgo. Poliakov se muestra más activo que nunca y tiene esperanza. Dice que la propiedad está valuada, según la estimación del tribunal, en 52,000 rublos. Si es así, vale seguramente mucho más. He dicho claramente a Poliakov que no seguiré adelante el asunto más que en el caso de que los Scherr comiencen, pues no desearía perjudicar a mi hermana. Le he dicho que fuese antes a casa de Varvara, pero ahora se ve claramente que ya han comenzado, y

tal vez incluso en secreto. Te escribiré lo que haremos en estos tres días. Jeromsky ha ido a casa de Varvara; ella opina que es más hábil que Poliakov. En dos días, Jeromsky ha encontrado, en diferentes parroquias, todas las partidas de nacimiento. Se ha enterado también de que no habrá nada en el tribunal el día 21, pero se queda para obrar e informarse. Ha dicho a Varvara que obra por cuenta de Nicolás y simplemente por amistad. Jeromsky y Poliakov se burlan de las esperanzas de los Scherr y no creen en la sentencia del Tribunal de Casación de diciembre.

Eso es todo en lo que se refiere al asunto. Mañana sabremos más. Temo únicamente que Poliakov gaste demasiado dinero. Luego, por la noche, volví a mi habitación y vi a Helena Pavlovna. Sonia regresa mañana. Helena Pavlovna dice que está muy preocupada por ella, que se mata trabajando. Te escribo muy tarde, mañana será preciso levantarse temprano; dormí mal la noche pasada y ahora apenas me puedo sostener. Escríbeme cómo estás y, te lo ruego, detalladamente. Por lo que se refiere a mí, esta jornada, después de todas esas inquietudes y gestiones, ha sido muy dura. Antes no venía de este modo a Moscou. Escríbeme acerca de los niños lo más detalladamente posible. Son ya las diez y media, pero la criada espera mi carta para echarla hoy mismo al buzón. María está muy enferma. Vitia (1) ha llegado hoy y ha ido directamente a Darovoie (2).

Por el amor de Dios, escribe acerca de los niños.

Hasta la vista. Te abrazo.

Tuyo

F. Dostoievsky.

Petersburgo, martes 12 de julio de 1873.

Querida Anita: Acabo de recibir tu carta a las ocho de la noche y ya estaba pensando en enviarte un telegrama dirigido al cura (3), pues estaba muy inquieto por vosotros. Estoy con-

(1) Uno de los hijos de Varvara Mikhailovna.
(2) Propiedad comprada por el padre de Dostoievsky en 1831.
(3) El amigo del cura Rumiantzev, en Staraia Roussa.
Dostoievsky, que dirigía entonces el *Grajdanin* (El Ciudadano) del príncipe Meschtcherski, se había quedado en Petersburgo, mientras que su familia veraneaba en Staraia Roussa.

tento de que todo vaya bien en vuestra casa. Temo que te fatigues demasiado. Abrazo a mis pequeños ángeles Fedia y Lili. Me aburro mucho. Alquila una villa lo más pronto posible, que tenga jardín. Ayer por la mañana tuvo lugar la vista de mi proceso y fuí condenado a 25 rublos de multa y dos días de prisión. Pero la sentencia definitiva no será pronunciada hasta el 25. Tengo, pues, todavía tiempo de esperar (1). Te escribo apresuradamente. Contéstame lo más pronto posible. Tengo mucho que hacer. Hace un momento el regente de la imprenta ha estado muy grosero conmigo: Mestcherski le hace esperar en la antecámara; yo le recibo siempre y le ruego que se siente; será probablemente por eso. Pero yo creo que el motivo es más importante y estoy inquieto: es que Mestcherski no ha pagado a Tranchel (2) y continúa pidiéndole crédito. Por eso todos trabajan ahora con negligencia y son muy groseros. Yo no puedo trabajar en estas condiciones. Hace un instante, al llegar a casa, he encontrado a Poliakov y a Fedia. Hemos llegado a un acuerdo: Poliakov me ha pedido 25 rublos por su viaje a Moscou. Fedia me encarga te salude. Un montón de asuntos. No veo casi a nadie, pero ayer fuí a casa de los Kachpirev (3). Entro en el cuarto de los niños y miro sus camitas vacías. Abrázalos largamente. Hasta la vista, te abrazo. Todo tuyo,

F. Dostoievsky.

Haz a los niños muchos regalos, cuídalos. Duerme bien, es lo principal, y procura no aburrirte.

Petersburgo, 22 de junio de 1873. Viernes.

Querida amiga Anita: Ayer estaba tan cansado y tenia tantos asuntos urgentes (pruebas, lectura de articulos), que me fué imposible informarte de mi llegada. Tuve un buen viaje y lo he en-

(1) Dostoievsky había sido juzgado como redactor jefe del *Grajdanin* por el artículo "Los delegados Kirghiz en San Petersburgo", publicado en el número 529 de enero de 1873.

(2) Impresor del *Grajdanin*.

(3) Kachpirev, literato, editor de la conocida obra "Los Monumentos de la nueva historia rusa". Conservador ardiente, tenia una gran amistad con Dostoievsky

contrado todo en orden en la casa, pero en la revista muchas pequeñas preocupaciones. No me acosté hasta las tres de la madrugada; sin embargo, dormí bien y hoy estoy bien dispuesto, a pesar del tiempo, que cambió repentinamente durante la noche. En lugar del calor insoportable, hoy hace frío, como en octubre; todo el cielo está cubierto de feas nubes color de plomo muy bajas, pero no llueve. Ayer por la mañana, al salir de la imprenta, encontré a Ivan Grigorievitch (que venía de mi casa). Me dijo que Ana Nicolaievna se hallaba en la ciudad y que probablemente vendría a mi casa. Pero no ha venido. Ivan vino conmigo a casa y tomó el té. Me ha hecho muchas preguntas acerca de ti y yo le he contado muchas cosas. Me ha dicho, entre otras cosas, que él les ha enviado ya tu carta. Le he hablado del dinero, pero sin insistir mucho. Me ha dicho que Varlamov le ha prometido que mañana pagará su deuda (si cuenta con eso, quiere decir que él mismo ya no tiene nada). Le he rogado que no se inquiete, explicándole que tengo bastante hasta el lunes y que para la semana próxima procuraré arreglarme (gracias a los 20 rublos que te cogí). He encontrado en casa dos cartas: la tuya, que había llegado el lunes, y la de Fedia, de Moscou. Fedia escribe que en casa de Varvara Mikhailovna leyó, él mismo, en el *Sovremennya Isvestia*, del 12 de junio, en la crónica judicial, que el día 12 de junio se vió el asunto de la homologación de la herencia Scherr-Kasansky. Varvara le dijo que ella oyó decir que los Scherr han perdido, pero que cree que la persona que se lo dijo mintió. Según Varvara se han hecho ya las publicaciones legales. Fedia está muy inquieto y me pregunta qué hace Poliakov. Escribí en seguida a Poliakov, pero le encontré ayer en el Puente de la Policía. No había recibido aún mi carta y le he contado lo que Fedia me había escrito. Se ha reído bastante y ha contestado quitándole importancia. Le dije que yo mismo había encontrado el número del periódico (en la redacción) y que lo había leído: — "¡Embustes!" — "¡Pero si lo he leído con mis propios ojos!" — "¡Embustes!" "Yo, en Moscou, me he informado en el tribunal y me han dicho que el asunto se vería en Tula." "¡Embustes!" — "¡Pero tome el diario y lea usted mismo!" — "¡Ya leeré, pero esto no cambiará nada, embustes!" ¿Qué hacer con un imbécil semejante? Sin embargo, es evidente que en Moscou ha pasado algo y es muy posible que hayan engañado a Poliakov en el tri-

bunal, gracias a las intrigas de Vesselovsky. En una palabra, él ha viajado, ha tomado dinero, y no ha sabido siquiera informarse cerca del tribunal. Fedia dice que ahora los Scherr hacen más gestiones que nunca. Me ruega que le conteste, pero, como escribe en su carta que el día 22 sale de Moscou, no le he contestado. No sé lo que pasará con todo esto.

Ayer, vino de nuevo a verme Strakhov. Una cosa me inquieta mucho: el sábado próximo, es decir, dentro de una semana, el 30, tal vez no pueda ir a veros. Según la orden del príncipe, no recibiré hasta el 1.º de julio el dinero del mes de julio (de un tal Dmitorvsky). ¿Querrán pagarme el 30 de junio? Si me marcho el 30 de junio, entonces yo mismo no tendré dinero y no habrá con qué pagar a los colaboradores, el lunes 2 de julio: esto se hace ahora por medio del secretario al que, la otra vez, dejé el dinero. Todo esto se decidirá la semana próxima y, en tanto, estoy muy triste.

Fuí ayer a casa de Philippov (1) para un asunto literario y me enteré por él, entre otras cosas, de que Klotz (2) vendrá a Petersburgo a mediados de julio y permanecerá aquí tres días.

La semana próxima debo ser detenido (3). Durante todo el día he estado muy triste sin vosotros. Pienso en ti y en los niños. Temo a causa del frío de hoy, pues probablemente hay mucha más humedad en vuestra ciudad que en la nuestra: de nuevo mi ángel Lili tendrá dolor de muelas. Cúidala, Anita, Dios te recompensará. He pensado en ellos todo el día, incluso los he visto en sueños. Fedia me abrazó tan estrechamente el miércoles por la mañana y Lili también; no podía consolarse. Lloró en el barco; sin embargo, antes estaba alegre y quería demostrar que soporta valerosamente la separación. Te amo, Anita. Escribe más acerca de ti y de los niños; dame detalles. Si están enfermos llama inmediatamente a Shenk. En el caso de que gastes más de la mitad del dinero, infórmame inmediatamente, pues lo encontraré aunque sea bajo tierra. Os abrazo.

F. Dostoievsky.

(1) Hombre político, amigo del círculo eslavófilo de Moscou. Tenía una gran amistad con Ostrovsky, Apolo Grigoriev, Pisemsky y Dostoievsky.
(2) No se ha podido saber quien era este Klotz.
(3) La detención no se efectuó; Dostoievsky sufrió mucho a causa del temor que le causaba el ser detenido.

Petersburgo, 26 de junio de 1873.

Querida Anita: Ayer recibí tu carta y la de Lili y os doy las gracias a las dos. Pero escribe con más frecuencia, si no me inquieto. Yo tengo tantas ocupaciones (pequeñas preocupaciones, diligencias) que no he tenido un momento libre para hablar con vosotros. En tanto, estoy muy satisfecho de saber que todos estáis bien, pero temo por el porvenir. Siempre me parece que estáis ahí muy solos y que alguien puede causaros molestias. Los 25 rublos provienen del empeño de tus efectos, lo que comuniqué ayer a Ana Nicolaievna, que vino a mi casa a las cinco, cuando me hallaba a punto de salir. En el mismo momento me trajeron también tu carta. Se ve, por muchos detalles, que hay una gran escasez en casa de Ivan Grigorievitch. En cuanto a mí he tenido dinero bastante para todo. Ayer me levanté a las ocho de la mañana para ir al tribunal, a escuchar la sentencia definitiva. Pero el presidente me dijo que no era obligatorio oír la sentencia. A mi pregunta de cuánto se hará ejecutiva, me contestó que había todavía un plazo de dos semanas para el recurso de casación. Así, todavía soy libre durante dos semanas, y a la tercera semana me detendrán. Pero como la sentencia que se leyó ayer es definitiva, me pregunto si por lo tanto no pueden obligarme a contraer el compromiso de no abandonar la ciudad. En este caso, durante todo un mes, no podría ir a veros. Por otra parte, aunque no se exija semejante compromiso, si no recibo dinero el sábado, como ya te he escrito, no me marcharé, y al sábado siguiente tampoco me podré marchar puesto que será el momento de la detención. Por eso insistiré, cueste lo que cueste, en recibir el dinero el sábado, pero no sé si lo conseguiré. Además de mil pequeñas preocupaciones es preciso trabajar sin descanso toda la semana y escribir, a fin de tenerlo todo listo el viernes. Por ello, a partir de este momento, tengo ante mí tres días de verdadero trabajo forzado.

Has hecho bien en ir al teatro. ¿Tienes bastante dinero? A mí la redacción me absorbe y, personalmente, no gasto mucho. Hace tres días fuí a casa de los Kachpirev: su pierna está peor y Sofía Serguecievna, que había conseguido obtener dinero prestado de alguien ese mismo día, 200 rublos, los perdió en Gostiny

Dvor (1), y esto es la estricta verdad. Ese dinero estaba destinado a pagar los intereses de una deuda de 2,000 rublos a un usurero al que, desde hace tres años, no han podido pagar. Sofía Sergueievna ha llorado delante de mí la pérdida de ese dinero. En efecto, la situación es penosa y, aunque me reciben muy amistosamente, ya puedes imaginar mi violencia: hallarme allí, ver esas lágrimas y saber que les debemos 400 rublos.

Os abrazo, a ti y a los niños. Tal vez nos veremos pronto. No te cuento todas mis pequeñas preocupaciones. Hay que hacer una cantidad extraordinaria de cosas para tener la posibilidad de ir a veros. Así, por ejemplo, debo componer por adelantado las dos terceras partes del número de la revista para atreverme a ausentarme cuatro días. Ayer, Soloviov (2) estuvo en casa, de regreso del extranjero. Estas visitas me estorban mucho, lo mismo que ciertas cartas de la redacción que es absolutamente preciso escribir. Llegó también Poliakov, a principios de julio; quiere ir a Moscou y a Tula. Aquí nos asfixiamos, hace un calor horrible. Te abrazo estrechamente y lo mismo a los niños. Háblales de mí. Hasta la vista. Todo tuyo.

F. Dostoievsky.

Petersburgo, 5 de julio de 1873, jueves.

Querida Anita: Te escribo en un estado de fatiga increíble. No he dormido absolutamente nada. Llegué esta mañana. Ha llovido durante todo el camino. He encontrado cinco cartas, referentes a la redacción de la revista, a las que era preciso contestar inmediatamente. Hoy debo corregir las pruebas de tres artículos. He recibido una carta bastante amable de Mestchersky, quien se excusa de que me vea detenido por causa suya (es seguramente Philippov quien le ha hablado; le dije que Mestchersky es demasiado negligente para conmigo y que ni siquiera me había expresado su sentimiento de que fuese encarcelado por culpa suya). Escribe respecto al dinero como de un asunto completamente resuelto;

(1) Aglomeración de tiendas en la Perspectiva Newky. En Petersburgo.
(2) Vsevilov Soloviov, hermano del célebre filósofo Vladimir Soloviov.

sin embargo, Dmitrovsky no ha venido hasta hoy y me ha enviado él mismo 700 rublos. Ahora, Anita querida, he hecho cálculos y estoy horrorizado: 100 rublos para ti, 100 para Petchatkin, 50 del sueldo de Putzykovitch: 100 a Glatkov (que le debe la revista): unos 20 rublos de pequeños gastos (a Trichin, a los criados, etc.): 50 rublos al propietario, y cuenta lo que quedará. Sin embargo, tal vez será preciso, además, compartir el resto con Ivan Grigorievitch, a quien ya he escrito informándole de mi regreso. El lunes es preciso hacer todas las cuentas para el número, que cuesta caro (los artículos gratuitos de Philippov han cesado; yo no escribo nada por falta de tiempo): tengo un déficit enorme. En fin, es igual; de momento tenemos algo; en cuanto al porvenir no quiero ni pensar: la cabeza me da vueltas y temo una crisis.

Ahora hablemos de nuestros asuntos: mañana te enviaré a nombre de Rumiantzev 100 rublos (procuraré ir puntual al Correo). En el sobre no escribiré: "Para entregar a la señora Dostoievsky", pero dentro del sobre habrá un billete para que te entregue el dinero: no habrá ninguna carta para ti. En cuanto a ti, cuando recibas esta carta (llegará antes que el dinero) avísale en seguida que recibirá una carta conteniendo 100 rublos, porque tu pasaporte no está completamente en regla, y le presentarás excusas. ¿No podrías dar algo de ese dinero a nuestro propietario?

No te molestes porque te escriba únicamente una carta de negocios: te juro que apenas me puedo mover, tengo miedo de caerme. Al menos que pueda irme hoy a dormir a las tres de la madrugada, pero no he querido aplazar el envío de la carta y del dinero para ti. De este modo lo tendrás lo más pronto posible. ¿Qué hacen los niños? Dame más detalles acerca de ellos, los más posibles, no seas perezosa, por el amor de Dios. Piensa que estoy solo aquí con un trabajo de todos los diablos. ¡Ah, nuestros asuntos, nuestros asuntos! Bueno, hasta la vista. Tuyo,

F. Dostoievsky.

El viaje fué insoportable: sin un hablador que estaba a mi lado me habría muerto de fastidio. He recibido una carta muy amable de Soloviov; se ha marchado a Moscou. ¿Tiene dolor de

muelas Lili? ¿Me busca Fedia? ¡Mientras no se enfríe! Veo que también llueve allí. Hasta la vista. Tu

Dostoievsky.

Petersburgo, 10 de julio de 1873.

Mi Anita querida: Veo por tu carta, recibida ayer por la tarde, que no has recibido todavía la mía a pesar de haberla enviado el primer día de mi llegada aquí, es decir, el jueves por la tarde, y en esa carta va la contestación a algunas de tus preguntas. Te envié el dinero, que seguramente ya estará en tu poder cuando recibas esta carta. En tu bondadosa y encantadora carta, me ha sido sobre todo penoso leer lo que dices de tus crisis (pérdida de la vista). Así, los baños ¿no te han aliviado todavía? ¡Ay, Anita!, ¿cómo acabará todo esto? Me asusto cuando pienso en tu estado enfermizo: pero yo puedo morirme ¿y qué sería entonces de ti y de los niños? ¿Es que no puede curarse eso? Está bien, al menos, que me lo hayas dicho. Por el amor de Dios no temas inquietarme, escríbeme detalladamente sobre tu salud; si no escribes nada estaré todavía más inquieto, creeré que me ocultas algo; ya lo sabes.

Lo que dices de que los niños me echan de menos, me ha impresionado mucho. No puedes imaginar lo mal que me encuentro aquí sin vosotros. ¡Querida Luba! ¡que no sea profetisa, que no diga que no volveré jamás! ¡Y Fedia, mi Fedia querido! Sin embargo, en efecto, la perspectiva del porvenir es muy dura y es muy posible que no regrese el 15; los asuntos pueden impedírmelo. De los 700 rublos que recibí, he remitido 100 a Petchatkin, 100 a ti, 100 a la caja del *Grajdanin*, 50 al propietario, 75 a Ivan Grigorievitch, 50 al secretario de la redacción. La colaboración para el número de hoy del *Grajdanin* se eleva a 150 rublos. Finalmente he dado a Trichin el sueldo del criado, he comprado un paraguas y tengo actualmente en caja, en total y para todo, 64 rublos. Ahora escucha: para el número siguiente, que aparecerá el lunes, me será preciso pagar lo menos 125 rublos. Supongamos que consigo arreglarlo, ¿pero con qué regresaré a casa? ¿con qué dinero me marcharé? Sin embargo,

Ivan Grigorievitch ha venido a casa hoy; no he tenido noticia alguna de Obrastzov y es muy posible que en julio tampoco reciba nada. Supongamos que Obrastzov llega y que tiene dinero; pero será preciso que cumpla mi condena. Si el juez da orden a la policía de que me detengan, será precisamente el viernes o el sábado. Presumo que será así. Pero si no puede ser este sábado, la semana próxima, el viernes 20, Mastcherski y Pobiendonotzev deben venir. ¿Y si es preciso esperarles una semana más, es decir, hasta el 27? He informado ya a Mestcherski de que me marcharé el 14 de julio y no regresaré hasta el 19; por lo tanto él vendrá y yo estaré ahí.

Como ves, Anita, si no consigo ir hacia el 15, tal vez no iré ya antes de agosto. Estoy literalmente desesperado. Sin embargo, me es absolutamente indispensable escribir un artículo; juzga mi situación. ¡Y ahora he recibido tu carta y tengo tantos deseos de ir a veros, querido míos! No puedo vivir sin vosotros, y, sin embargo, es preciso. ¡Que el diablo se lleve mi situación! El domingo, Ana Nicolaievna vino a mi casa. Me hizo muchas preguntas acerca de ti, estuvo cosa de una hora. En su casa hay mucho trajín: muy poco dinero, todo ha sido empeñado, y el usurero da poco; el bebé grita continuamente, los criados son insolentes y no hacen caso de nada. Ivan Grigorievitch está desesperado, especialmente a causa de que su viaje en busca de una propiedad tiene que aplazarse. Cree firmemente qu pronto recibirá dinero, pero sus esperanzas pueden no realizarse. Si se realizan es probable que entonces se marche en seguida, de manera que no se le podrá hablar seriamente de un empréstito. Además es probable que le den un talón a la orden y muy poco dinero.

Ya no voy a comer al restaurante; como en casa. Alejandra no guisa del todo mal: me parece que resulta más barato. Ya veré. Los Trichin vinieron a verme y tomaron café conmigo. Se quejan de Pablo. Han estado muy correctos, muy amables, les entregué los intereses y se marcharon. El domingo fui al Jardín de Verano para ver las iluminaciones, pero me sentí tan mal y tan triste que apenas llegué hasta el centro del jardín y volví a casa a pie. Debo decirte que he perdido un rublo a la lotería, pero nada más, y Ana Nicolaievna ha ganado de nuevo algo. Fuera de esto no he ido a ningún sitio y no he visto a nadie, a excepción de los redactores y de Putsikovitch. En lugar de escri-

bir, esta es la segunda velada que paso leyendo artículos que se han acumulado en la redacción del *Grajdanin*. No se tiene en cuenta este trabajo para nada; sin embargo, me roba mucho tiempo y es embrutecedor. Verdaderamente me estoy volviendo malo.

Mi querida pequeña, si pagas 50 rublos al propietario ¿te quedará bastante? En general infórmame por adelantado de las necesidades de dinero, para que pueda moverme y encontrarlo en alguna parte. Por lo demás, ahora, toda la esperanza está en lo que reciba Ivan Grigorievitch y, si sale burlado, entonces nosotros también estamos perdidos. ¿Pero qué haré yo sin ti, si tenemos que permanecer tres o cuatro semanas sin vernos? Amiga mía, tú no sabes cómo te amo. Pero basta de esto. Te beso muy fuerte, aunque estos besos por carta no valgan nada. Repito que no puedo vivir sin vosotros. Beso, sin fin, a los niños. Habla de mí con Luba, dile que volveré muy pronto y que le llevaré regalos, dile que escribo que la quiero mucho y que la echo de menos. Temo que Fedia me olvide completamente, haz que me recuerde. Me parece que si tardo un mes en volver ya no me reconocerá. Bésale y ámale. Sí, escucha, Anita, si te encuentras indispuesta escríbeme inmediatamente, pues me inquieto y me atormento. Escribe más a menudo. El viernes me disponía a ir a Correos para enviar 100 rublos al padre Juan cuando vino Ivan Grigorievitch y le pedí que se los remitiese.

Os beso a todos y a ti particularmente.

Tu marido,

F.

P. S. — Temo, sobre todo, el retraso a causa de mi detención. Estamos ya a martes y no tengo noticia alguna. Quizás me dejen todavía una semana. Si no me detienen hasta el sábado y tengo dinero iré a veros, con toda seguridad.

Petersburgo, 12 de julio de 1873.

Mi querida amiguita Anita: Te contesto en seguida, pues por la noche estaré tan ocupado que no tendré un minuto libre. Es-

cribo mi maldito artículo; debe estar listo para mañana por la mañana, a las ocho: cuatrocientas cincuenta líneas y todavía no he escrito más que ciento cincuenta. Me parece que cada vez me vuelvo más estúpido y he comenzado a escribir con gran dificultad: mi cabeza no está jamás despejada. Mi palomita querida, esto es muy grave para nuestro porvenir. Hace ya un mes que compruebo una diferencia entre la facilidad que tenia para escribir en Dresde y la dificultad que experimento aquí. Atribuyo este hecho a que las funciones de redactor jefe de una revista, con las pequeñas preocupaciones continuas y la actividad febril que exigen, no me convienen: me siento deprimido de tal modo que, después de este maldito año, me será preciso descansar largo tiempo. ¿Pero lo podré hacer?

Estoy contento de tu carta. Tus cartas me alegran siempre. ¿Por qué te excusas diciendo que no tienes nada que escribir? Escribe lo que sea y todo estará bien. Ahora, hablemos de negocios. Anita, estoy muy triste: no veo la posibilidad de ir a veros pasado mañana, ni siquiera el domingo, y tal vez Dios sabe cuándo. Tengo, en total y para todo, 50 rublos y el *Grajdanin* comienza a costar muy caro. El lunes próximo será preciso pagar lo menos 130 rublos. ¿De dónde los sacaré? Y es imposible no pagar. Hay colaboradores nuevos, no se puede desacreditar la revista no pagando. Y en general no se puede dejar a deber nada a nadie; inmediatamente correría el rumor de que el *Grajdanin* no paga. Hasta mañana, es decir, hasta que esté terminado mi artículo, no pensaré en eso, pero, a partir de mañana, intentaré empeñar mi reloj en casa de un judío que conoce Ivan Grigorievitch (que le ha prestado también dinero), por 80 rublos, pero no sé si lo conseguiré. En lo que se refiere a Ivan Grigorievitch le veo con frecuencia, lo mismo que a Ana Nicolaievna. Ayer hubiera deseado ir a su casa, al campo; era el santo de Olga Kirilovna y me había invitado calurosamente, pero el tiempo era lluvioso y no fui. Me ha pedido prestados, en total, 75 rublos; está terriblemente agitado e inquieto, pues se halla sin noticias de Obrastzov. Uno de estos últimos días envió allá un telegrama de 40 líneas, amenazando con llevar el asunto a los tribunales. Yo, por otra parte, según ciertas noticias, estoy convencido de que Obrastzov va a venir uno de estos días y procuro animar a Ivan Grigorievitch todo lo que puedo. Ayer había fiesta en su casa y hoy ha

venido a verme Ana Nicolaievna; acababa de empeñar algunos vestidos (Ivan Grigorievitch lo ha empeñado todo y lleva un vestido muy viejo), su frac, su chaleco, dos corsés de Olga Kirilovna y por todo eso Ana Nicolaievna ha recibido 15 rublos. Ya puedes comprender, por todo esto, lo mal que les va. Mira, pues, en qué situación me hallo en este momento. Lo que me mata es que no puedo ir a veros y solo Dios sabe si podré ir el sábado próximo. En mi última carta ya te dije la razón. Para mí es una necesidad urgente el veros a todos. Aquí hay para volverse loco con todas las villanias y el asco que se siente hacia todo. Os beso a todos. Dices que me has visto en sueños (si no mientes); yo te he visto dos veces. Besa a Fedia y a Luba, y si Luba llora el sábado porque no voy dile que me hallo retenido aquí y que iré dentro de dos días. Vela por ellos, querida mía, pon más atención, ocúpate de ellos más. Tengo un gran deseo de ver a Fedia; felicítale por su cumpleaños, organiza para los niños alguna fiesta. En lo que se refiere al dinero que te he enviado, estoy seguro de que lo emplearás admirablemente: pero, en todo caso, considera el estado de nuestros asuntos y sé más económica. Me has escrito algo sobre los objetos que tienes en casa de Ana Nicolaievna, para empeñarlos. Pero allí no hay ningún objeto. Por lo tanto lo han empeñado todo por mí y han recibido en total 25 rublos; han pagado 9 rublos de intereses y tienen que pagar todavia algo, 22, según me ha dicho hoy Ana Nicolaievna. Hasta la vista, os abrazo a todos. Haz votos para que no reviente esta noche a causa de ese maldito articulo. Os abrazo. Di a Luba que le envío mil besos y a Fedia también.

Dostoievsky.

P. S. — Por cierto, querida mía, que siento una gran necesidad de ti en este momento, ¿comprendes? ¿Es verdad que me has visto en sueños? ¿Tal vez no sería yo? Beso tus pies y todo.

Tu

Dostoievsky.

P. S. — No me detienen ni me piden la multa. Dios sabe por qué. Seguramente no vendrán en un momento portuno. Dan largas al asunto y ello me mantiene en un constante estado de irritación.

Petersburgo, 20 de julio de 1873.

Anita, mi querido ángel: Desde que llegué, ayer, me hallo absorto por completo en los asuntos. Son ahora las diez de la noche y apenas puedo disponer de un minuto para escribirte. Llegué sin novedad y el tiempo fué siempre bueno. En Novgorod permanecimos cuatro horas: fuí a pasearme, visité la catedral. En la estación, cuando regresé, a las diez de la noche, una mujer se acercó a mí y me preguntó quién era yo, cuántos criados tenía, etcétera. "Entonces es a usted a quien buscaba; tengo una carta de su esposa para usted." Era una parienta de Natalia, por mediación de quien tú me has enviado 30 rublos y las fotografías. Me lo entregó todo. No había ido a Petersburgo; sino que llegó solamente hasta Novgorod, desde donde se volvió a Staraia-Roussa (el lunes, en el mismo barco que yo había tomado al ir a veros, pero entonces no me vió). Ahora venía de Roussa (de nuevo conmigo) e iba directamente a Petersburgo. Creo que Natalia sabía que venía para pasar algunos días en Roussa. Resulta, por lo tanto, que he recibido el dinero y las fotografías. Como siempre. a mi llegada lo encontré todo en desorden. Esta mañana he recibido, al mismo tiempo, un telegrama y dos cartas del príncipe, respecto a su artículo. Su carta me ha parecido muy grosera: dice que el número de la revista cuesta demasiado caro, que no puede pagar más de 130 rublos, etc. ¡Que el diablo se le lleve! No le he escrito nunca que sean necesarios más de 130 rublos ni que esté falto de dinero. Hoy mismo le contestaré de tal manera que perderá las ganas de echar sermones (a pesar de que, en su carta, hay también frases muy amistosas).

Ayer pasé toda la noche sin dormir, corrigiendo pruebas, y hoy y mañana haré lo mismo. Ahora los Kachpirev acaban de enviarme una invitación para que vaya a su casa y me he excusado. Hace un momento estaba aquí Miguel; no tiene un céntimo; le he enviado a casa de Klein (1) y le he dicho que me informase. En espera, le he dado 10 rublos, que me devolverá, seguramente. Ivan Grigorievitch ha venido hoy, le he entregado el chal y el paquete con las fotografías, pero me he olvidado de darle tu carta (que estaba dentro de la carta de la tía Natalia). Le he ofrecido dinero, pero no ha aceptado, y se ha preocupado de saber

(1) Librero.

si podría pasar sin su ayuda hasta el lunes. Arkhangelsky le ha dicho que Obrastzov le ha telegrafiado que el 25 estará en Petersburgo. Ivan Grigorievitch dice que no espera recibir toda la suma.

Aguardo tu carta con impaciencia, Anita mía, mi alegría. Eres un poco mala en una cuestión, pero, a pesar de todo, eres mi única alegría y, sin ti, me es imposible permanecer aquí. Tú no podrás comprender jamás mi soledad aquí. Es la soledad completa, y hay, además, cosas desagradables.

Escríbeme más detalladamente acerca de los niños; lo que hacen Lili y Fedia; más detalles sobre sus conversaciones y sus gestos. Te beso, querida mía. Escribe. Procuraré ir hacia el 4 de agosto. ¡Qué largo y qué lejos está! Mestcherski escribe que vendrá probablemente en septiembre. Besa a los niños. Di a Luba que pienso en ella a cada momento, y también en Fedia. Que Fedia, mi querido rapazuelo, no me olvide. No puedes comprender lo penosa que me es la existencia sin ellos. Hasta la vista, te abrazo, te amo. Tuyo para siempre,

F. Dostoievsky.

P. S. — Escribo apresuradamente y escribiré mucho. Mujer celosa y mala. ¡Ah, Anita! ¿Qué sospechas?

Petersburgo, lunes 23 de julio de 1873.

Mi querida amiga Anita: Acabo de recibir tu carta fechada el viernes. ¡Es espantoso lo lentamente que se reciben! ¡Y lo que he pensado y sufrido por vuestra causa! Dime, pequeña Anita querida, ¿se puede escribir como lo haces: "Me ha ocurrido una desgracia, me hallo sumida en un gran dolor" sin explicar lo que pasa? Por el amor de Dios, escribe inmediatamente, si no me enfadaré y me pelearé contigo, y no iré a veros mientras no me hayas escrito. Y no vuelvas a hacer jamás eso, por el amor de Dios; ya tengo bastantes tormentos. Escribe, pues, inmediatamente, ya lo sabes. Tus relatos sobre los niños me han causado mucho placer; escribe siempre así; me parece vivir con ellos. Además de los pensamientos penosos y de la tristeza que

me invade, casi hasta ponerme enfermo, ante la sola idea de que por seis meses lo menos estaré todavía encadenado a este trabajo de forzado del *Grajdanin,* tengo miedo de caer enfermo de verdad. Ayer mismo, por la noche, tuve un acceso de fiebre, la espalda me dolía y me sentía las piernas pesadas. Sin embargo, hoy me siento mucho mejor, pero duermo mal, tengo pesadillas, malos sueños y tengo el estómago estropeado. Contéstame inmediatamente, apenas recibas esta carta, sin aplazarlo para el día siguiente, y yo también te contestaré en seguida.

He contestado muy bien a la carta grosera de Mestcherski, sin enfadarme, pero severamente, directamente. No se atreverá ya a mostrarse más tal como es. Ana Nicolaievna vino el sábado por la mañana: cogió de tu cómoda algunos objetos (seis piezas diferentes, una manteleta roja a cuadros, según creo, cortinas etcétera) y, además, me pidió prestados 10 rublos, de manera que, con mis gastos de casa, de pronto no me quedan más que 53 rublos (la víspera había dado 10 rublos a Miguel). El sábado, a petición mía, Miguel fué a casa de Klein. Le dijeron que se han vendido cincuenta ejemplares, pero Klein no está en Petersburgo; se halla en Moscou y no regresará hasta principios de agosto y no ha dejado dinero (declaran cincuenta ejemplares únicamente pero deben haber vendido más). Sin embargo, el lunes será preciso pagar a los colaboradores. Hoy me he levantado a las diez y he ido a casa del prestamista. En todas partes dan 60 y nada más. En un solo punto, cerca del puente Annitchkovmen, en casa de Lopatin, ante mi insistencia, han dado 70 rublos. Pero, a pesar de todo, estoy inquieto porque me han dado un recibo en el que consta que he vendido mi reloj y he recibido al contado 70 rublos. Me han asegurado que se trata de una fórmula general, como en todos los bancos privados. Tal vez no me engañen. Así tendré bastante dinero. Pagaré 106 rublos y me quedarán para vivir 15 rublos y moneda pequeña, pero, en cambio, me encuentro sin reloj.

Ahora estoy completamente solo, ni siquiera Strakhov está aquí. Uno de mis nuevos colaboradores, un tal Beloff, comienza a gustarme mucho; escribe artículos de crítica, pero vive muy lejos de casa. Me parece que podríamos trabar amistad. Ayer no vi más que a Pablo y al pobre Miguel. Su mujer, que se hallaba a las puertas de la muerte, se ha curado: además, ayer domingo

era su santo y no pudo encontrar ningún dinero, a excepción de 10 rublos. En mis sueños de la noche del sábado al domingo vi a Fedia que se había encaramado al alféizar de la ventana y caía de un cuarto piso. Inmediatamente me tapé los ojos con la mano y grité desesperadamente: "¡Adiós, Fedia!" Entonces me desperté. Escríbeme lo más pronto posible si ha ocurrido algo a Fedia en la noche del sábado al domingo. Creo en la doble vista, tanto más cuando que es un hecho, y no estaré tranquilo hasta que reciba tu carta. Me despierto diez veces cada noche, aproximadamente cada hora, y con frecuencia sudando. Esta noche, del domingo al lunes, he visto en sueños a Lili, que se había quedado huérfana, había caído en manos de una arpía que la flagelaba hasta matarla, con unas largas vergas, de modo que la encontré casi expirante y llamando continuamente: "¡Mamá, mamá!" A causa de este sueño, durante todo el día estoy casi como loco.

En general, creo que este verano y mis ocupaciones no acabarán del todo bien. En lo que se refiere a mi viaje para veros, no creo que pueda ser antes del 5 de agosto: no será posible antes. Para el número 31, del 30 de julio, en general estoy tranquilo, es decir, creo que Iván Grigorievitch recibirá, finalmente, el dinero y me sacará del compromiso. Pero para la composición del número no estoy tranquilo y debo, además, escribir un largo artículo. Estoy muy molesto. Hoy ha venido Nastia (en mi ausencia). Ha recibido, al fin, carta de Alejandro (N. B. Alejandro pasó a verla, pero no la encontró en su casa). Nastia ha leído la carta y, a la proposición de Alejandro de escribir a su madre, ha contestado: "No hay nada que escribir. Estoy viva, bien de salud y no he recibido carta ni de mi padre ni de mi hermano". Sin embargo, prometió escribir. Di eso a Proghorovna transmitiéndole mi saludo.

Te abrazo sinceramente con todo el calor de mi alma. Escribe con más frecuencia. Escribe acerca de los niños y cuál es la desgracia que te ha ocurrido. Ya lo sabes. No me turbes, no me irrites todavía más. Te abrazo mil veces. A Lili y a Fedia también. Pienso con frecuencia en ellos y me atormento: Si ocurriese algo, ¿qué sería de ellos?

Tuyo.

Fedor Dostoievsky.

En general no te inquietes por mi salud (suponiendo que te

inquietes): la caja es sólida. Hace mal tiempo; llueve unas veinte veces por día, truenos, relámpagos, también durante la noche. Esto dura hace tres días, por esta causa duermo mal.

Petersburgo, jueves 26 de julio de 1873.

Mi querida amiga Anita: Acabo de recir tu cartita. Escribes muy poco. Te doy muchas gracias por todo lo que me cuentas de los niños y estoy satisfecho de que tú y ellos estéis bien. Esto me reconforta. En lo que a mí se refiere he estado a punto de caer seriamente enfermo: estado febril (pero sin fuerte crisis) y un terrible desarreglo de estómago (que dura ya hace más de una semana). He tomado aceite de ricino, que no me lo ha aliviado absolutamente nada. El estado febril parece mejorar, pero el estómago continúa desarreglado y me siento la cabeza pesada. Esperaré un poco y llamaré a Bretzel (1) si está en Petersburgo. Pero me parece que esto pasará. Ten en cuenta que salgo cada día para mis asuntos, a pesar de que ya no doy paseos.

Anteayer Iván Grigorievitch vino muy alegre: Obrastzov llegó el 23 de julio y ha tenido ya una entrevista con él: además, ha recibido dinero de Varlamoff y todo esto al mismo tiempo. Obrastzov se muestra frío y altivo y la vieja misma envió una carta (en la que me trata de usted) y de nuevo ropa blanca como regalo. En su carta, escribe que no solamente conserva el capital, sino que lo ha aumentado, pues sabe cuál es su deber. Obrastzov ha declarado que dará 16.000 rublos en dinero y 80.000 en billetes a la orden, pagaderos en un plazo de doce meses, y ha fijado el 25 de este mes para la firma. A juzgar por el borrador del recibo que debe dar Ivan Grigorievitch (es una verdadera acta) y por la manera cómo el dinero debe ser entregado, tengo alguna desconfianza y le he aconsejado que sea más prudente. Lamenta mucho no tener abogados para aconsejarse y no tener tiempo de ir al tribunal para verificar la cuenta de la tutela. En todo caso ha decidido aplazar hasta hoy, día 26, la recepción del dinero y se lo ha comunicado a Obrastzov por telegrama.

Ayer, a las tres, me encontré en la Newsky con Olga, sólo un

(1) El médico que cuidó a Dostoievsky hasta su muerte.

momento, pues la lluvia comenzaba a caer. Pudo decirme que él había ido al tribunal y había decidido aceptar todo lo que le proponía Obrastzov. Además, ha prometido venir a casa mañana (es decir, hoy 26). Ahora son las seis pasadas y todavía no ha venido. Sin duda han recibido el dinero, pero o bien Olga Kirilovna ha sufrido unos de sus accesos nerviosos, o sus asuntos les han retenido (les costará trabajo desempeñar todo lo que han empeñado) y él vendrá tarde por la noche (pero no me va a encontrar) o mañana por la mañana.

Mi querida pequeña Anita, me parece que no podrá ayudarme como habíamos esperado; hay que contar con Olga y con otras muchas cosas. Sin embargo, mañana vence el billete a la orden de Petchakin, sale el número 30 del *Grajdanin* y el 1.º vencen todas nuestras deudas.

Ayer llegó Pobiedonostzev: pasó por la redacción, me esperó, pero yo no fuí. Me dejó unas líneas para decirme que fuese a las nueve de la noche a su casa. Fuí y permanecí allí hasta media noche. Habló mucho y me pidió con insistencia que volviese hoy o que le hiciese saber si me encontraba mal; si era así vendría él a mi casa. Me envolvió en una manta de viaje y, como en la habitación vacía no había nadie, a excepción de una criada, a pesar de ésta, que acudió al recibidor, él mismo me acompañó por la escalera obscura, los tres pisos, con una bujía en la mano, hasta el portal. ¡Si Vladislavlev le hubiese visto! En la isla de Wight leyó mi "Crimen y Castigo" por primera vez, por recomendación de un personaje a quien tú conoces mucho, admirador mío, que le acompañaba en su viaje a Inglaterra. Por lo tanto, los asuntos no van del todo mal. Te lo suplico, Anita querida, no hagas comentarios.

A causa de mi indisposición y del artículo sobre Tutchev (que se ha muerto) enviado por Mestcherski, he abandonado el artículo que había comenzado. Pero, necesariamente, tendré que redactar el número siguiente yo mismo. Por eso no me podré marchar el sábado, por nada del mundo, y toda la semana trabajaré en el artículo político: he dado mi palabra a Mestcherski, aunque jamás, en mi vida, he escrito artículos políticos. Es preciso leer docenas de periódicos y tengo miedo de ponerme enfermo. En compensación, el sábado siguiente (9 de agosto) iré sin faltar y llevaré mi abrigo grueso. ¿Sabes cuándo me constipé, Anita? Fué en la esta-

ción de Novgorod, a las tres de la noche, cuando hay que cambiar de tren y tomar la línea Nicolás (1). Me fué preciso esperar una hora y media y permanecí en el andén con un frío terrible y niebla. Pensé entonces: "¿Y si me enfrío?" Todos estaban envueltos o en mantas de viaje o en abrigos gruesos, únicamente yo llevaba abrigo de verano.

Cúidate, querida mía. Si recibo algo te enviaré dinero. Abraza mil veces a los niños. Háblales de mí. Di a Luba que no esté triste y que me espere, pues iré para quedarme largo tiempo. Abraza a mi querido Fedia y no le permitas que me olvide.

Hasta la vista, mi querido ángel. Tengo un montón de cosas que hacer. Esta vez, como redactor, me es preciso corregir todo el número y es un trabajo loco. Te escribiré probablemente, aunque no sean más que dos líneas, el sábado o el domingo, si sé algo de Ivan Grigorievitch.

Os abrazo a todos. Amame.

Tu

F. Dostoievsky.

Petersburgo, 29 de julio de 1873.

Mi querida amiga Anita: Recibí ayer tu encantadora carta en la que me dices que me esperas hoy (domingo). No, querida mía; es absolutamente imposible, pues tengo una cantidad enorme de asuntos y todos desagradables. Ahora estoy encargado de la correspondencia con los diversos autores y de nuevo con Mestcherki, para publicar el artículo que había enviado con motivo de la muerte de Tutchev. El artículo estaba hasta tal punto mal escrito que no podía entender nada y contenía tales errores que hubiese sido blanco de los periodistas durante diez años. Pasé veinticuatro horas sin levantar cabeza, corrigiéndolo. No he dejado una sola palabra. Le he escrito claramente que me pone en una situación imposible. Sin embargo, debo comenzar, para el número siguiente, un artículo político y no he escrito nunca artículos semejantes.

(1) Nombre del ferrocarril de Petersburgo a Moscou.

No solamente no puedo ir a veros hoy, sino que temo no poder ir tampoco el sábado próximo, puesto que ahora, en nuestra imprenta, el número no queda listo antes de la una de la noche. ¡Por otra parte me tiene sin cuidado el número! Acabarán por hacerme enfadar. Te doy mi palabra de que iré el lunes, si no puedo el domingo. Además, el tiempo es demasiado variable: la lluvia es frecuente. ¡Qué Dios envíe en este tiempo bellos días!

Os abrazo, querida mía, a ti y a los niños. Lamento mucho no estar con vosotros. ¡Cómo echo de menos a los niños y cómo desearía abrazarles! Mi salud es mejor, el estado febril ha desaparecido completamente, pero el estómago está cansado; esto no se arregla.

Por fin, ayer 28, vino a casa Ivan Grigorievitch. No había venido desde que cobró el dinero. Ese canalla de Obrastzov les ha engañado de un modo terrible: les ha exigido intereses: en una palabra, han recibido en total 80.000 rublos en billetes a la orden para al mes de marzo y 13.000 rublos en dinero, y aun a plazos. Ivan Grigorievitch me preguntó cuánto necesitaba. Yo le repetí lo más exactamente posible el cálculo que hicimos, si lo recuerdas, en el banco del parque, pero dije que ahora tenía necesidad de 2.000 rublos. Me dijo que lo pensaría. No insistí. Pero hoy ha venido Ana Nicolaievna y me ha dicho que el dinero se les va de un modo terrible, que ha pagado ya 7.000 rublos, que Olga ignora la mayoría de esas deudas, que el dinero se funde, y ha añadido, incidentalmente, que Ivan Grigorievitch podrá, tal vez, darnos 1.600 rublos. Ayer Ivan Grigorievitch, al marcharse, me dijo que pediría consejo a mamá. Ayer me devolvió los 60 rublos que le había prestado; me dió, además, 200 rublos y dará lo demás después del primero de agosto. Con esos 260 rublos y lo que me quedaba, pagaré mañana el número: ayer desempeñé el reloj: di un adelanto de 25 rublos a Strakhov (que ha regresado) por un artículo, y, finalmente, no me quedan más que 70 rublos. Tal es la situación. Comprendo que el dinero se les escape, pero yo he de llevar a cuestas a los Vargunin, los Zamylovsky, los Trostchin y Petchskin. El dinero para la casa, para ti, es algo que no puede aplazarse; por lo tanto no se podrá pagar a nadie. Y hasta el mes de mayo no cobrarán un kopeck. Será duro para nosotros, Anita. Aun será más duro mi trabajo, que produce tan poco y me mata,

de manera que durante mucho tiempo me será imposible hacer algo para ganar mucho dinero. Y, por lo tanto, aumentarán nuestras deudas. Ya comprendía yo que la esperanza en Ivan Grigorievitch era frágil. Busca piso y se propone pasar este invierno en Petersburgo, pues que, aunque quisiera, no podría ahora comprar una propiedad en el campo e instalarse definitivamente en otoño, puesto que no tienen dinero y no poseen más que billetes a la orden que no pueden ser negociados sin una gran pérdida. Ana Nicolaievna se halla muy ocupada buscando casa. Olga, desde hace algún tiempo, padece una extraña enfermedad: está cubierta de urticaria con enormes placas por todo el cuerpo, pero nada en la cara. Esta es la reseña sobre el estado de nuestros asuntos. No puedo imaginarme siquiera lo que dirán Vargunin y Zamylovsky cuando se vayan a su casa con la mitad solamente de lo que se les debe.

Ha llegado Strakhov; ha permanecido conmigo hasta las once y media y yo tengo que terminar lo más pronto posible para echar la carta al buzón. Imagina que acabo de escribir todo eso y me acuerdo ahora de que no tengo sello: me olvidé de comprarlo; ahora es de noche y, por lo tanto, mi carta no saldrá hasta mañana. ¡Cuánto lo siento! Creerás Dios sabe qué cuando no recibas contestación. ¿Por qué no escribí ayer o esta mañana? No puedes imaginarte cómo me atormenta esto. ¡Qué contrariedad que Strakhov me haya estorbado!

Te abrazo sin fin, ángel mío. No puedes imaginar mi aburrimiento. Creo que este verano se dejará sentir sobre mi salud durante el invierno. Abrazo a los niños, pobrecitos. No puedo verlos y oírlos y se me aparecen en sueños. Abrázales. Así, no recibirás esta carta tal vez hasta el jueves: ahí las cartas llegan al cuarto día, como a Odessa. Si la envían mañana, llegará a Moscou el miércoles por la mañana, a Staraia-Roussa el miércoles por la tarde y la repartirán el jueves. ¡Oh, qué insoportable es vivir así! Hay una serie de cosas de pequeña importancia de la revista que tengo que recordar continuamente y por esto me olvidé de los sellos.

Hasta la vista, querida mía. ¡Que este año del diablo se termine lo más pronto posible!

Abraza a los niños, ámalos, trátalos con ternura y yo te amaré por ello eternamente.

Hasta la vista. Te beso. Espérame el domingo con toda seguridad. Tal vez escribiré antes.

Tuyo

F. Dostoievsky.

Petersburgo, 10 de agosto de 1873.

Querida Anita: Llegué ayer a Petersburgo después de haber tenido que soportar muchas fatigas por el camino; todavía hoy me siento indispuesto y ayer estaba verdaderamente enfermo. Te lo explicaré todo ordenadamente. El cochero se portó admirablemente, hicimos el camino en menos de una hora y media; la carretera era hermosa y agradable; a cada momento pasábamos por aldeas. Zvad se halla a pleno sol, no hay sombras, los edificios son ricos, todo revela bienestar, pero de todas las casas (que están, sin embargo, muy limpias) se exhala un hedor espantoso: huele a pescado, pues en los tejados de todas las casas está puesto a secar el pescado salado. En el descanso no comimos nada y por un vaso de muy buen té nos pidieron 10 kopecks: por un vasito de aguardiente 5 kopecks. Luego, desde las once de la mañana hasta las cinco, fué preciso esperar el barco. En lo alto el sol, y el viento soplando en dirección del lago. El barco fué primeramente a buscar la galeota y luego, al volver, nos embarcamos. Los que embarcaron en la galeota contaron luego horrores: de las nueve de la mañana a las cuatro fueron remolcados bajo un cielo asfixiante y el viento del lago, y era imposible moverse: no había ni un pedazo de pan e incluso el agua tenía que ser tomada del lago. Todos, absolutamente todos, maldecían la galeota. Luego, a las once y medio, zarpamos de Novgorod. Una amable dama, muñeca del diablo, charló toda la noche con sus galanes, con una voz aguda, de manera que no pude dormir un solo minuto. A propósito, Anita, ten en cuenta que cuando traigas a los niños será necesario abrigarlos bien: cuando se espera el tren en Tchudovo, por más de una hora, hace un frío horrible y húmedo. Con mi abrigo de invierno tenía frío. En el vagón se ahogan de calor y, de pronto, abren la ventanilla con ese frío. Nuestro tren sufrió una hora y media de retraso porque había ocurrido algo al tren anterior. Lle-

gamos a Petersburgo pasadas las diez. En casa, Alejandra había hecho una gran limpieza. El propietario está loco: ayer se marcharon todavía más inquilinos y otros se disponen a partir. Los porteros son horriblemente groseros, no permiten que se lave en las habitaciones ni aun las pequeñas piezas, y por cada servicio exigen una propina especial. Cuando se les pide que apilen leña o que la suban, contestan: "Eso no es cosa nuestra".

He encontrado aquí a Mestcherski; ha estado muy amable, se marchó ayer. No se ha decidido todavía nada respecto al local de la redacción. Pustzikovitch busca un local en donde haya, al mismo tiempo, una habitación para él. Será preciso revisar una multitud de artículos y, sin embargo, no hay nada todavía dispuesto. Ayer, después de comer, pude dormir dos horas, pero me levanté con una intensa fiebre: calofríos y calor. Me puse a trabajar y cuando hube terminado, a las tres de la madrugada, al levantarme del sillón temblaba tanto que volví a caer en él. Jamás la sangre me había latido con tal intensidad en la cabeza. Por la noche dormí largo tiempo; ahora estoy en un estado febril y además toso mucho. Los días son hermosos; por la noche llovió.

Ayer, vino a verme Ana Nicolaievna a la redacción; estuvo sólo un minuto para devolverme el dinero. Me preguntó por ti. Ayer, mientras dormía, vinieron de casa Wolff (1) para pedirme veinticinco ejemplares de *Los Poseídos;* me dejaron una nota. Alejandro dijo que volviesen mañana (es decir, hoy), entre doce y dos. Ahora son más de las dos y todavía no ha venido nadie. Así, *Los Poseídos* marchan de nuevo sin la menor publicidad; toma nota de ello. Ivan Grigorievitch vino esta mañana, yo dormía y no le he visto.

Anita, querida mía, ten presente que el tiempo puede cambiar, que las comunicaciones pueden cambiar también, etc.; por eso, si hacia el 20 hace buen tiempo, será el momento oportuno para regresar; tres o cuatro días más no mejorarán la salud de los niños.

A propósito, toma provisiones para el camino, pues las cosas están organizadas de tal modo que en Novgorod, por ejemplo, si no se va al hotel Soloviev no se encuentra absolutamente nada, a excepción de té, y, durante el camino, incluso en Luban, no hay nada, a excepción de café y té. Cuida también, por el amor de

(1) Importante editor y librero de Petersburgo, que más tarde se estableció también en Moscou.

Dios, de que los niños no se constipen, y procura traer una criada, como tenías intención.

Abraza a los niños. Los recuerdo continuamente y durante todo el camino pensé en ellos.

Hasta la vista. Te abrazo. Ya ha regresado mucha gente a Petersburgo, las calles ya no tienen el mismo aspecto. Te escribo de un modo fragmentario, no te enojes. La cabeza me da vueltas, estoy sudando. He comprado pastillas de Ems, pero eso no me alivia.

Abraza a mis ángeles y ámalos. Tuyo,

F. Dostoievsky.

Dime si tendrás bastante dinero. Te abrazo.

Petersburgo, 13 de agosto de 1873, lunes.

Mi pequeña Anita querida: He recibido tu encantadora carta y he leído con tristeza que los niños lloraron después de mi partida. ¡Queriditos míos! Diles en seguida que papá se acuerda de ellos, les abraza y les espera en Petersburgo. Les abrazo sin cesar y los bendigo. Yo, Anita, continúo indispuesto, mis nervios están muy alterados y siento como una especie de niebla en la cabeza, todo me da vueltas. Nunca, hasta ahora, incluso después de las crisis más fuertes, me había hallado en estado semejante. Es muy penoso, temo mucho perder la cabeza. Yo mismo no puedo comprender lo que me está pasando. Es como una especie de sueño y no llego a despertarme. Me hubiera sido necesario descansar lo menos dos semanas de todo trabajo y preocupación, y la causa más inmediata es, según creo, que no estoy todavía restablecido de la crisis, pues no he conseguido dormir bien una sola vez: el ferrocarril, un exceso de trabajo y de nuevo el ferrocarril, múltiples ocupaciones, la falta de sueño... Temo mucho sufrir una nueva crisis. Tú, Anita, crees seguramente que mis crisis son como las de otro tiempo, pero yo estoy seguro de que si sufro ahora otra crisis estoy perdido: y la crisis vendrá, la siento, la oigo. Sin embargo, hay un trabajo enorme y sobre mí caen todas las preocupaciones. Esta semana, sobre todo, será muy penosa para

mi: todos los colaboradores están ausentes y yo solo debo responder por todos.

He recibido de Wolff, por veinticinco ejemplares de *Los Poseídos,* 61 rublos 25, y de Klein, ayer, 75 rublos únicamente; lo demás vendrá más tarde. Además de eso ha sido de una grosería intolerable: le he contestado de un modo muy violento, se calmó en seguida y ahora sabrá, probablemente, con quién tiene que tratar. Ha aplazado el resto para el 20 de agosto. Le dije que iría el 1.° de septiembre, pero a condición de que me diese la cuenta completa de los ejemplares, a fin de saber, exactamente, cuantos ha vendido en total. A causa de esto ha surgido una discusión entre nosotros. Ivan Grigorievitch ha querido hacer un poder a nombre mío: el asunto se ha arreglado de otra manera, pero mi pasaporte, que había tomado, se ha quedado en su casa. Me parece que sale de Petersburgo mañana y estoy muy inquieto a causa de mi pasaporte, pues temo que se lo haya dejado olvidado en mi casa, en la redacción, sobre mi mesa, y crea que me lo ha devuelto. Pero en la redacción no está el pasaporte: temo mucho que se haya perdido. Anteayer Jeromsky vino a verme. El asunto ha tomado exactamente el aspecto que predecía Poliakov, muy malo, hasta ahora, para los Scherr. Korsch, el abogado de los Scherr, ha hecho ya una proposición a Jeromsky y le ha comprado. Entonces Jeromsky vino a preguntarme si quería admitir a Scherr como coheredero y terminarlo todo amigablemente. Me he negado y he dicho que esperaba a Poliakov (del cual no se tiene ninguna noticia). Recientemente oí decir que Nicolás está muy enfermo. He preguntado a Jeromsky, ya casi en la puerta, al acompañarle, sobre la salud de Nicolás.

—"¡Oh, no hay ninguna esperanza!" — "¿Qué dice usted?, ¿qué tiene?" — "Un cáncer en el recto (el último grado hemorroidal, antes de la muerte). Bartch, que le examinó recientemente, ha dicho que no pasaría de septiembre." Puedes imaginar lo que esto me impresionó. Ayer, domingo, fui a ver a Nicolás. Está mejor que nunca. Es verdad que, recientemente, estuvo enfermo. Sacha dice que tuvieron miedo de que se muriese, pero ahora está mejor, no ha tenido jamás cáncer, ni Bartch le ha examinado. Ya ves hasta qué punto ese innoble Jeromsky es capaz de mentir.

Nicolás y yo hablamos muy amistosamente. He comido en casa

de Sacha (se mostró muy altiva) y sólo hasta después de la comida preguntó por ti y los niños. (Y tú vas siempre la primera a visitarla.) Todas esas gentes son innobles, todas, salvo Nicolás. Hubiera deseado, a propósito, ir a ver a Pablo (¡al fin!), pero precisamente se ha cambiado de piso sin decir nada a nadie, por miedo a los Trichin. Se ha instalado en la calle Nicolaievskaia, al lado de la antigua habitación de Ivan Grigorievitch. Sin embargo, terminé por encontrarle y pasé en su casa una hora. Pablo había comido demasiado y, cuando llegué, vomitaba. En general es un poco ridículo en el seno de su familia. Sus escapatorias de Trichin constituyen un verdadero sainete. Su hija pequeña es delgaducha, gentil, me ha dado pena. Regresé a casa a las nueve, cansado. Permaneci hasta las cinco de la mañana leyendo artículos.

Hasta la vista, ángel mío. Beso tus manos y tus pies, y desearía que sintieses por mí la décima parte del amor que te tengo, y no solamente de palabra.

Una carta tan corta y ya estoy horriblemente fatigado. Abraza a mis ángeles, a mis dos niños.

Tuyo y de ellos,

F. Dostoievsky.

1874

Petersburgo, 6 de junio de 1874.

Mi querida amiga Anita: Me he separado de todos vosotros y me aburro mortalmente. Es ya el segundo día que me hallo en el peor de los hoteles (según veo), hotel Dagmar, y, en mi feo cuarto, sueño con los niños y contigo. A causa del viaje tengo los nervios estropeados. Bueno, ahora hé aquí una reseña ordenada:

Ayer llegué a Petersburgo dormido, con agujetas a causa del viaje y de haber dormitado sentado. Paré en Dagmar porque, en la estación, el primer coche era el de Dagmar. Inmediatamente después de haber bebido un horrible té fuí a hacer algunas diligencias. Me enteré en la redacción de que el príncipe se halla todavía en Petersburgo y recibí 6 rublos por dos ejemplares del *Idiota* (no han vendido más). Luego fuí a la Sociedad de Crédito mutuo en donde Miguel me esperaba ya, y en seguida me devolvió, sin que se lo pidiese, dos imperiales; pero no era posible pignorar la obligación en el Crédito mutuo; es preciso, para ello, ser miembro de la sociedad. A propósito, Cheviakov (1) me miró y ni siquiera me hizo un gesto con la cabeza, y yo hice, por lo tanto, lo mismo. Miguel me propuso ir con él inmediatamente, a la Banca Volga-Khama y hacer allí la operación. En este banco el asunto se arregló en seguida, en parte gracias al librero Nadeine, que se encontraba allí para sus negocios y me recomendó a un empleado "admirador de mis obras", según Nadeine. He pignorado a mi nombre. La copia del recibo que me han dado se la he entregado a Miguel para que la guarde mientras esté en el extranjero. Creo que no hay peligro y que tú no te disgustarás por esto. Está pignorada en mi nombre, ante testigos, y al regresar del extranjero, tendré tiempo para recoger la copia en casa de Miguel. El plazo es hasta el 5 de septiembre, es decir, por tres

(1) Marido de la hermana menor de Dostoievsky, Alejandra.

meses. Con los intereses deducidos he recibido en total 117 rublos 50 kopecks. Por otra parte, si tú lo deseas, escribiré a Miguel que te envíe la copia del contrato a Staraia-Roussa. Pero, en mi opinión, no es necesario.

Miguel me ha contado que en el *Boletín de San Petersburgo* viene un anuncio de Korsch y de Poliakov, sin sus nombres, sobre la venta de la propiedad de Riazan. Hoy, jueves, se ha publicado igualmente en el *Goloss*. Procúratelo y léelo. El anuncio es corto, pero pomposo. Se invita a los compradores a informarse de los detalles, bien en la calle Liteinaia (probablemente en casa de Korsch) o bien en Pavlovsky, casa Tomatchov. Miguel ha oído no sé dónde una noticia extraordinaria: que Gubonin (que tiene una participación en ese ferrocarril), desea comprar la propiedad y que los nuestros se la ofrecen a 80 rublos la hectárea, las 5.000 hectáreas, y que él está casi de acuerdo. Son probablemente habladurías, porque sería demasiado bello.

Nadeine me ha hecho la corte de un modo extraordinario, casi me ha incensado e incluso, por extraño que esto parezca, me ha propuesto seriamente editar mis obras completas, encargándose de todos los gastos, mediante un 5 por 100, y, en seguida que haya amortiguado todos los gastos, la edición me pertenecerá. No he prometido nada; he dicho solamente que le daré una contestación a mi regreso del extranjero. Me ha parecido que quedaba muy contento al ver que no me negaba de un modo formal. Verdaderamente es cosa de pensarlo. Por otra parte será lo que tú decidas (1). Me parece (según ciertas noticias), que todos los libreros se han impresionado un poco por los tres artículos con tantas alabanzas que me ha consagrado Oreste Miller (2) en *Niedielu*. Pero de esto ya te hablaré luego. Después fuí a casa del banquero Viliken, en donde me dieron una letra de cambio sobre Berlin (y no Ems), pues en Ems no hay banquero. Cambié 400 rublos contra 417 thalers y algunos pfennings. Cambié el resto del dinero por dos napoleones de oro (quince monedas) y he conservado una parte de dinero ruso para mis gastos de viaje. Después fuí a casa de Bountingue (3). Ha cambiado el resorte. De allí fuí a casa de Gubin, no le encontré, pero me enteré de que volvería por la

(1) Este proyecto no se llegó a realizar.
(2) Artículos titulados: *La literatura rusa después de Gogol.*
(3) Dentista.

noche. Después pasé por casa de Strakhov: Maikov, que se halla en la ciudad a causa del comité, se encontraba allí. Maikov ha estado un poco frío. Me enteré por Strakhov de que Turguenev desea permanecer todo el año en Rusia para escribir una novela (1) y ha alardeado de que presentará en ella a todos los "reaccionarios" (yo entre ellos). Que Dios le guíe, pero, ante todo, es preciso devolverle 50 rublos. Después comí en casa de Wolff y volví a casa de Gubin, a quien, esta vez, encontré. Gubin habló todo el tiempo de Poliakov de una manera hostil.

El mismo Poliakov fué a comunicarle el sumario de la sentencia, pero Zaientchkovsky (según Gubin), por consejo de su abogado, desea apelar. Mas, sin duda, todo eso no son más que habladurías. Gubin añadió que el billete a la orden garantizado por Zaientchkovsky tampoco es seguro que exista. Sokovin, según dice, continúa queriendo hacerse cargo de la deuda dando billetes a la orden garantizados por su mujer, pero él desea ver el sumario del juicio. El viernes, es decir, mañana, según Gubin, deberá fijarse el arreglo de todo este asunto en casa del notario: pero Gubin tiene miedo de que el alguacil Matusevitch no quiera entregar en casa del notario el resumen del juicio bajo pretexto de que, según la ley, si el alguacil entrega el sumario del juicio, toda acción es, entonces, imposible. Gubin quiere arreglarlo todo, sea como sea, y espera mucho de ese viernes. He comprendido muy poco de todo eso: creo únicamente que las negociaciones con Zaientchkovsky no le son gratas. (Matusevitch ha facilitado ya a los dos tutores de Stellovsky el sumario y Gubin dice que Zaientchkovsky comprenderá con esto que, a pesar de todas las apelaciones, la ejecución de la sentencia no será suspendida.) He rogado que, en el caso de que ocurra algo decisivo, te informen, a tu dirección.

De casa de Gubin fuí a casa de Poliakov: eran las siete y no le encontré, ni nadie contestó a mi llamada; la casa estaba vacía. Un pequeño cartelito informaba de que Poliakov se hallaba en Pavlovsk. Entonces decidí permanecer un día más en Petersburgo, esto es, hasta el jueves, y fuí a pasar la velada a casa del príncipe, en donde estaban, además de algunos invitados, Maikov y Strakhov. Maikov ha tenido una pierna enferma y se irá a

(1) *Las Tierras Vírgenes*, que Turguenev escribía en esta época.

cuidarse a Soden (a media hora de Ems). Los dos han estado muy satisfechos de verme. El príncipe ha estado encantador. Todos me han dicho que me encontraban muy restablecido y que incluso he engordado (sin embargo, yo tenía gran necesidad de dormir y estaba completamente derrengado). El príncipe me dijo aparte que no sabe qué hacer con el *Grajdanin;* no tiene dinero para editar y nadie le quiere conceder crédito. Tengo mucho miedo, si la revista deja de aparecer, de tener disgustos con los suscriptores (es decir, no temo que el príncipe no pague, temo que al principio se promueva algún escándalo y que mi nombre se vea manchado por la prensa), pero se ve que desea enormemente continuar la publicación. Putsykevitch está convencido de que será así, es decir que el *Grajdanin* aparecerá todo este año (1). Me he quedado muy perplejo por lo que me han dicho el príncipe y uno de sus parientes (uno de mis grandes admiradores) de que Soden me convendría mucho más que Ems, pues Ems se halla en un valle profundo, encajonado, muy húmedo y lluvioso, y, para mí, el tiempo lluvioso es lo peor de todo. Todos me han instado para que vaya a ver, en Berlín, al célebre doctor Freulich y consulte su opinión. No sé si lo haré. Pero he aquí lo que dejé de escribirte: Antes de ver a Poliakov fuí a casa de Bretzel, quien me dió unas líneas para el doctor Orth, de Ems, y, espontáneamente, Bretzel me dijo que si veía que Ems no me daba resultado debía ir a instalarme a Soden, en donde es casi lo mismo. Ese Soden que aparece por todas partes me turba ahora y pienso, seriamente, en ir a ver a Freulich. Por otra parte, el enérgico consejo que me ha dado Kochlakov de seguir un tratamiento en Ems hace que, a pesar de todo lo que me dicen, vaya ahora a Ems. Una vez allí ya veré lo que es conveniente hacer, pero sólo después de dos o tres semanas de tratamiento. Bretzel me interrogó acerca de tu salud y me dijo con insistencia que harías bien, en Staraia-Roussa, en beber el agua ferruginosa de Schvalbach-Wienbrunn (hay también la de Schvalbach-Schakbrunn, pero es demasiado fuerte para ti). Me parece que no me he equivocado de nombre. Según Bretzel, esa agua no puede perjudicarte de ninguna manera y puede hacerte un bien indiscutible. Le he rogado que te escriba, inmediatamente, enviándote instrucciones sobre el modo de beberla.

(1) El *Grajdanin* se publicó hasta el año 1878.

Y ahora un consejo, Anita, que te ruego mucho tengas en cuenta: consulta a Schenk en seguida y si te dice que Schvalbach es bueno para ti, envia entonces en seguida 10 rublos a Bretzel que te hará enviar (lo hemos convenido entre los dos) por Stol y Schmidt, veinte medias botellas de agua. (El agua está marcada a 7 rublos en el catálogo y contamos 3 rublos para el transporte.) Si comenzases a beber antes del 20 de junio podrías restablecerte muy bien. En veinte días (media botella por día) ya verás si es preciso continuar y, después de haber bebido quince medias botellas, por ejemplo, podrías enviar otros 10 rublos y te enviarán otras veinte medias botellas; después de cuarenta medias botellas se puede cesar. Bretzel jura que eso te será útil. No ahorres, pues, querida mía, los 20 rublos; te pondrás bien. Si Schenk no te lo aconseja (que es lo que creo) entonces escribe sencillamente a Bretzel que tú has pedido el agua a la farmacia de Staraia-Roussa (Bretzel cree que la hay) y que seguirás su consejo. Pero mira lo que te pido: si sigues este consejo, no compres el agua en la farmacia, aunque la haya, para no cometer un error y beber la Schvalbach que no te conviene. Vale más que Bretzel mismo te la envie. Te lo ruego, te lo suplico, ángel mío, no lo eches en olvido y consulta a Schenk. (Además, es tiempo ya de llamarle para Fedia.) No economices los 20 rublos, la salud lo vale todo.

Hoy he ido a casa de Kachpirev: su pierna se halla de nuevo enyesada. El doctor Cadet le asegura que este invierno podrá andar, aunque cojeando. Dentro de una semana se instalará en el campo, cerca de Gatchina: dice que los médicos se lo exigen. No he visto a Sofía Sergueievna; no estaba en su casa. El agradeció mucho mi visita; es de compadecer. He comido en casa de Holff con Strakhov, luego he ido a casa de Bauzunov, que también se marcha el domingo al extranjero. Le he rogado con insistencia que te envie *Rouski Viestnik* de junio y julio (yo he recogido el número de mayo). Luego, a las seis dadas, he ido a casa de Poliakov. Todavía no ha podido comunicarme ninguna contestación. Tal vez no ha recibido aún tu carta. Me resultó molesto, pues sin esta entrevista (entre seis y ocho) tal vez hubiera ido yo mismo a Pavlovsk. Pero he dormido hasta las once y luego he pensado que si iba a Pavlovsk y me enteraba allí de que se había marchado ya a Petersburgo, no tendría tiempo de verle antes de mi marcha. Te escribirá, tal vez. En ese caso dile que pasé por su

casa el 5 y el 6. No dejes de escribírselo. Mañana me levantaré a las ocho para tener tiempo de hacerlo todo, y ahora estoy muy cansado por haber escrito esta carta. Son ya más de las diez: me acostaré dentro de una hora. Me siento inquieto, pienso en vosotros, en el gentil Fedia que me persignaba, en mi angelito Luba, y sobre todo en ti, mi Anita querida. En nombre de Dios, pon atención en ellos. Ya sé que los amas. Sé amable con la niñera, pues se podría encontrar alguna otra más lista, pero dudo que se pudiera encontrar otra que quisiera a los niños como ella los quiere. Es una vieja mujer débil, pero, por la noche, se pone en pie de un salto si Fedia hace un movimiento. No te molestes por este ruego, ya sabes cómo os amo a todos, y ahora me siento muy triste, solo.

Te abrazo muy fuerte y espero tu carta en Ems. Abraza a Luba y Fedia. Los bendigo. Saluda a Alejandro Karlovitch, Ana Gavrilovna, al padre Juan, a la niñera, a Prascovia y a todos.

¡Oh, ángel mío, estoy muy inquieto por vosotros! Escribe, pues.

En Petersburgo, a pesar de ser el tiempo claro (hoy había algunas nubes), hace un frío que no es propio de la estación. Temo verme forzado a permanecer en Berlín un día más porque llegaré el domingo y los bancos estarán cerrados.

Bueno, hasta la vista. Os abrazo a todos, mil veces y os bendigo una vez más.

Tuyo para siempre.

F. Dostoievsky.

Temo mucho estar cansado para el viaje. Pero tal vez pueda disponer de todo el asiento y dormir en el vagón. No olvides el agua de Schvalbach. Di a los niños que les llevaré juguetes y regalos.

Ems, 13/25 de junio de 1784, miércoles.

Ya estoy en Ems, mi querida Anita. Llegué ayer, viernes, pero estaba tan cansado del viaje y de las diligencias de Ems, que me fué absolutamente imposible escribirte ayer por la noche, como tenía intención de hacer. La cabeza me da vueltas y los oídos me zumban.

Salí de Petersburgo el viernes por la mañana, con un día lluvioso y frío; llegué perfectamente a Eidkunen e incluso durante la noche conseguí dormir cuatro horas echado. El frío en Eidkunen era todavía más vivo que en Petersburgo y esto duró hasta Berlín, en donde el primer día hizo tanto frío que hubiera deseado tener mi abrigo acolchado. La segunda noche no pude apenas dormir en el vagón. Durante el viaje ocurrieron muchos incidentes interesantes y hasta ridículos, que te contaré de viva voz. Llegué a Berlín el domingo: la banca Mendelssohn, contra la cual Vilikin me había hecho un giro, estaba cerrada. Los médicos no visitan tampoco en domingo y me aburrí terriblemente durante todo el día. Además, no me acosté para dormir (llegamos a las siete de la mañana): fuí al Museo Real a ver el cuadro de Kaulbach, en el que no he encontrado más que una fría alegoría y nada más. Pero allí hay cuadros de diferentes escuelas que no son malos, y no estuvimos acertados al no ir al Museo la primera vez que pasamos por Berlín. ¡Dios mío, qué ciudad más fastidiosa! ¡Os echo de menos hasta lo increíble! Durante mucho tiempo he contemplado la fotografía de Luba y me acordaba de todos vosotros. Los alemanes, el domingo, salen todos a la calle con vestidos de fiesta. Es un pueblo grosero y mal educado. En una pastelería un joven me aconsejó que fuese al teatro Kroll, en el Tiergarten, en donde hay un jardín de verano y cantan ópera. En efecto, se representaba *Fidelio* y me hubiera gustado ir, pero al llegar al hotel me sentí tan cansado que me quedé adormecido. A la mañana siguiente fuí a casa de Mendelssohn y de Freulich. Esta lumbrera de la ciencia alemana habita, literalmente, en un palacio. Mientras esperaba mi turno pregunté a un enfermo cuánto cobraba Freulich. Me contestó que no tenía precio fijo y que él, por ejemplo, daba cinco thalers. Decidí darle tres. La visita dura tres minutos, cinco lo más. A mí me ha reconocido exactamente dos minutos: apenas puso el estetoscopio sobre mi pecho, lanzó una sola palabra: "Ems". Luego se sentó ante su mesa y escribió dos líneas en un trozo de papel: "Aquí tiene la dirección de un médico de Ems, dígale que Freulich le envía." Entregué tres thalers y me marché. No valía la pena de verle. Las tiendas estaban esta vez abiertas y fuí a comprar un chal para Ana Gravilovna, lo que me causó bastantes molestias. Busqué, busqué... Hay en Berlín una multitud de tiendas, montones de mercancías,

pero durante mucho tiempo no pude encontrar nada: o bien no me entendían, o me enseñaban lo que no les pedía. Finalmente en una tienda me dieron la dirección de otra en donde no había chales, pero los mandaron a buscar y, por fin, pude comprar uno. Creo que está muy bien: el tejido es, tal vez, mejor que el del tuyo, porque es de un negro muy bello mientras que el tuyo es un poco rojizo. Me han afirmado que la calidad del teñido es muy apreciada aquí. Es grande como el tuyo, pero sin bordados y con una franja ligera (no había otros). Me pidieron 22 thalers, regateé y, ya me iba a ir, cuando me lo dejaron por 19. (Había otro que lo daban por 18, pero el negro no era tan bello.) Desesperando de encontrar algo mejor, me decidí a comprarlo. Cuando les afirmé que tu chal, que está bordado, costó menos, me preguntaron si se había comprado hacía mucho tiempo. Les dije que hacía cinco años. Entonces se rieron; desde esa fecha, me dijeron, los géneros han aumentado en un 25 por 100. Puesto que Ana Gravilovna dió 14 rublos, lo que, con el cambio, hace 16 thalers, yo he tenido que añadir tres o cuatro rublos y medio. Anita, querida mía, regalaremos este exceso a Ana Gravilovna. Ellos os aman tanto, a ti y a los niños, que seguramente no te enfadarás contra mí por eso.

Ahora me llevaré ese chal conmigo, en la maleta, porque no hay ninguna posibilidad de enviarlo a Rusia por correo: costaría muy caro. Por lo tanto lo llevaré yo mismo. Luego compré muchos cigarrillos y, como me quedaba tiempo, fuí al jardín de Kroll. El tiempo estaba despejado. Ese jardín es una porquería espantosa, pero hay mucha gente y los alemanes se pasean allí tan a gusto. Por 10 pfennings de entrada se tiene derecho a ir al teatro sin localidad, en la galería. El teatro es una inmensa sala sombría que puede contener mil personas, el escenario tiene diez pasos de ancho, hay una orquesta de diez músicos (no del todo malos) e imagínate que cantaban *Roberto el Diablo*. Escuché la mitad del primer acto y me escapé de esos horribles cantantes alemanes. Además, era hora de marcharse. Finalmente, a las diez de la noche, tomé el tren para Ems. Aquí las noches son obscuras como en invierno. Esa noche no pude dormir absolutamente nada: estábamos estrechos como arenques en barril. Pero cuando amaneció, Anita, querida mía, en toda mi vida no había visto nada semejante. ¿Qué es la Suiza, qué es el Wartbourg en compara-

ción a esta última parte del trayecto hasta Ems? Todo lo que se puede imaginar de exquisito, de tierno, de fantástico forma aquí el paisaje más seductor del mundo. Valles, montañas, castillos, ciudades como Marbourg, Limbourg, con torres admirables y combinaciones sorprendentes de montañas y valles. Yo no había visto todavía nada semejante. Viajamos así hasta Ems. Incluso en una mañana de calor y bajo un sol brillante, Ems es también como te digo y el día de ayer fué espléndido. Ems es una pequeña ciudad situada en una depresión profunda entre colinas de 200 metros o más, cubiertas de bosque. A las rocas más pintorescas del mundo se halla adosada la pequeña ciudad, que consiste, a decir verdad, en los dos muelles de un estrecho río: y no es posible construir en otra parte, a causa de las montañas. Hay paseos y jardines y todo es encantador. Estoy entusiasmado de lo pintoresco del paisaje, pero, según dicen, en los días de lluvia o cuando el cielo está encapotado, esta pintoresca vista se convierte en tristeza angustiosa hasta tal punto que puede engendrar la melancolía en una persona sana. Pero, en cambio, no estoy en modo alguno encantado de las comodidades y de los precios ¡los precios son espantosos! Todo lo que calculamos tú y yo, contando la habitación amueblada en una casa particular, es imposible, pues no hay ninguna casa particular en Ems.

Hace cinco años Ems no tenía ninguna importancia, pero, de pronto, cuando su fama estalló y comenzó a acudir gente de toda Europa, todos los propietarios comprendieron lo que debían hacer: todas las casas han sido transformadas en hoteles. Por eso hay dos clases de hoteles; unos diez son verdaderos hoteles, los demás son casas transformadas que se titulan *Private hotel*, con las mismas habitaciones numeradas, los mismos criados y, también, en casi todas, restaurante. En la casa más pequeña hay hasta veinte cuartos, casi todos pequeños.

Me he hospedado en el Hotel de Flandes, cerca de la estacion, y por 25 pfennings me han dado un cuartito en el cual uno no puede moverse, sin muebles, ni aun los más necesarios (sin armario para la ropa y sin cómoda) y me han indicado en la pared tres clavos en los que podré colgar mis vestidos. El servicio es innoble. Inmediatamente me fuí a buscar otra habitación y visité unas quince casas. Los precios son en todas partes los mismos. No ya por 25 pfennings (es el precio más bajo de una habitación)

sino por un thaler me enseñaron habitaciones mejores y más capaces que la mía y más cómodas, pero también pequeñas. Y, sobre todo, se halla uno rodeado de huéspedes que unos cantan, otros golpean las puertas, y yo deseo escribir una novela (1).

En todos los hoteles y restaurantes la mesa redonda es servida a la una de la tarde, pues todos se levantan a las seis de la mañana para estar a las siete en la fuente y beber el agua, que no es ya facilitada después de las ocho y media.

A las cuatro, sin haber comido siquiera, fuí a casa del doctor para saber exactamente a cuantas semanas de permanencia en Ems me condenará. He ido a casa del doctor Orth, recomendado por Bretzel y no a casa de Gutentag, recomendado por Freulich. Entregué a Orth la carta de Bretzel. Orth habita también en una magnífica casa y tiene una multitud de clientes. Leyó la carta de Bretzel, me examinó muy atentamente y me dijo que padezco un catarro agudo y nada más, pero se trata de una enfermedad bastante importante que si no se cuida impide cada vez más respirar. Aparte el desarreglo general del estómago, ha comprobado que la parte posterior del pecho es la más afectada. Le dije que no sentía nada de particular; sin embargo, insistió en su diagnóstico. Me dijo que el viaje me había seguramente destemplado un poco, pero que, dentro de algunos días, todo iría mejor. Me ha asegurado que la cura tendrá, de fijo, un buen resultado y me ha prescrito beber agua de la fuente Kasselbrunen — en lugar de la de Krenken, recomendada por Koshlakov — bajo pretexto de que estoy propenso a la disentería, según le escribe Bretzel. Estoy ahora muy contrariado por haberme olvidado de decirle que soy más bien propenso al estreñimiento que a la disentería y que temo que esta prescripción de tomar Kasselbrunen no sea una equivocación. Dentro de cinco días volveré a su casa y se lo explicaré. Me ha prescrito un régimen: no comer nada ácido (ensalada con vinagre, por ejemplo), carnes grasas, vino tinto, tanto vino de Francia como el de aquí, de Ems. A partir de mañana comenzaré a levantarme a las seis y a tomar las aguas (dos vasos diarios). Ese vino de Ems es vinagre de primera calidad y cuesta 20 pfennings la botella; en cuanto al vino francés es intolerable: un thaler la botella de Medoc que, en Rusia, en casa de Feik, cuesta 50 kopecks.

(1) *El Adolescente.*

Inmediatamente me lancé en busca de la comida y encontré que en los grandes hoteles (Russicher-Hoff English Hotel) hay, además de la mesa redonda a la una, comidas aparte, pero que cuestan un thaler y 10 pfennings, o sea 40 pfennings. Pedí una, comida de este precio. Me sirvieron unos diez platos bien preparados, de ellos cinco de carne, de manera que no podía más y dejé la mitad del último plato. Pero, en la mesa redonda, por 25 pfennings, dan menos. No hay otra clase de comidas en todo Ems. Se pueden encontrar en todos los sitios raciones aparte, pero piden 15 pfennings por ración.

En fin, me decidí a alquilar una habitación. La propietaria de la casa es una vieja señora con lentes, casada, muy fina, pero astuta. El servicio está a cargo de mujeres. Hay veintiséis habitaciones. Me dieron a elegir dos habitaciones: una grande y bella, cómodamente amueblada, con un balcón, a 14 thalers por semana; la otra comprende dos cuartos, pero mucho más pequeños, igualmente muy bien amueblados, pero solamente uno de los cuartos es muy claro; el otro, el dormitorio, es sombrío, a pesar de tener dos ventanas, pero hay ante ellas, a muy poca distancia, un elevado muro.

El precio es igualmente de 14 thalers por semana. Ha regateado como un diablo y he conseguido pagar 12 thalers por semana. Además, se encargan de prepararme el café, la comida, por la noche té y alguna cosa para la cena, todo eso por un thaler y medio diario. Tendré que pagar, pues, en total por semana, 22 thalers y medio.

He olvidado decirte (y es lo principal) que Orth ha fijado mi cura en cuatro semanas en lugar de seis. De este modo, aunque el dinero se escape de un modo terrible, habrá bastante. Por la noche me trasladé del hotel a casa de mi patrona. En todo caso aquí tienes, para ti, la dirección: "Hause Blucher, cuarto núm. 7." Pero escríbeme a Lista de Correos, pues, acaso, podría cambiar de alojamiento.

Para terminar, algunas palabras sobre Ems. Aquí hay una baraúnda, el público de todo el universo, brillantes toaletas; sin embargo, una tercera parte de las habitaciones no están alquiladas. Las tiendas son muy feas. Quería comprar un sombrero, y no encontré más que una única miserable tienda en donde las mercancías son como las de nuestra patria en el mercado, y todo ello

exhibido orgullosamente; los precios son exorbitantes y los tenderos insolentes.

Angel mío, Anita, escribe a este desgraciado con más frecuencia. Tu carta no puede llegar hasta pasado mañana y no puedes imaginar hasta qué punto estoy intranquilo por los niños. Mis nervios están descompuestos y, por la noche, cuando me vi solo, tenía ganas de llorar. Pienso en mis pequeños ángeles Luba y Fedia y temo por ellos. Cuídalos bien, querida mía, y cuéntamelo todo con franqueza. ¡Mientras no te pongas enferma! La noche pasada temblé de un modo espantoso (hace tres noches seguidas que te veo en sueños).

Hasta la vista. Te abrazo estrechamente y bendigo a mis ángeles. Mañana me levantaré a las seis e iré a beber agua. Por lo tanto es necesario acostarse a las diez de la noche. ¿Cuándo podré, pues, escribir la novela? ¿Durante el día con esta animación y este sol, cuando todo invita a pasear y la calle está llena de ruido? Que Dios me permita solamente comenzar la novela y encontrar algo. Comenzar es ya la mitad del asunto. Por lo tanto, regresaré a casa mucho antes. En mi próxima carta te escribiré más largo sobre eso. Te escribiré dentro de tres o cuatro días, después de haber recibido tu carta. Saludo a todos y a la niñera.

Te abrazo mil veces y te amo infinitamente.

Imagínate que anteayer, en Berlín, te vi en sueños: acabábamos de casarnos, yo te llevaba al extranjero, te amaba enormemente y Luba y Fedia existían ya, sólo que no estaban con nosotros; estaban en alguna otra parte y nosotros hablábamos de ellos.

Hasta la vista.

Tu

Dostoievsky.

Ems, 28/16 de junio de 1874, domingo.

No comprendo, mi querida Anita, esa confusión en las fechas. Aquí, hoy, es domingo 28 de junio, nuevo estilo (lo he comprobado con los periódicos) y tú me escribes el domingo pasado y pones la fecha 12. En mi última carta (de Ems, el miércoles), yo también cometí un error y puse 27 nuevo estilo, mientras que

era el 23. Pero he aquí otra cosa que es ya más importante: tu primera carta, del viernes, está fechada el 7 antiguo estilo, y en el sobre, el sello de Staraia-Roussa es del 10 y del 11 de Petersburgo. Es extraño. Si tú echaste la carta el viernes o incluso el sábado, ¿cómo es posible que Correos no la haya enviado hasta el 10? Habla de eso al director de Correos; es posible que yo te envíe el sobre. Imagínate que tu primera carta del 7 (a propósito, al fechar tus cartas, indica también el día, no lo olvides) no la recibí hasta ayer sábado, cuando la habría tenido que recibir el viernes; eso a causa de que un imbécil empleado de la Lista de Correos, a pesar de que yo fui a preguntar cinco veces, se imaginó que yo no era Dostoievsky, sino Tostoievsky y miraba las cartas de la sección T; de manera que durante todo un día tu carta permaneció inútilmente en su oficina. Pronuncia de un modo espantoso y escucha estúpidamente. Un alemán, en el tren, me decía continuamente *upa, upa*. ¿Qué es *upa?*, le pregunté finalmente. Y resultó que quería decir ópera (hablábamos de música). Hoy el director de Correos se ha excusado, y, en desquite, he recibido tu segunda carta. Mi querida pequeña Anita, te agradezco mucho que me escribas regularmente. Escribe, te lo ruego, más de una vez por semana; escribe cada cinco días y yo haré lo mismo. Admiro tus cartas; las leo con placer y me digo a mí mismo cada vez: ¡Qué inteligente es! Yo, por ejemplo, te escribo ocho páginas y no digo casi nada; mientras que tú, en tres o cuatro páginas, lo expones todo bien, hay todo lo que hace falta y está claro, limpio; nada sobra y se adivina la comprensión de lo que es necesario decir y la delicadeza del sentimiento. Has adivinado precisamente que me sería muy agradable leer las conversaciones de los niños. Además, tú me escribes palabras encantadoras y dices que me amas (si no mientes). Yo también te amo, ángel mío, sobre todo ahora, querida mía.

¡Qué satisfecho estoy de que los niños estén bien sanos! Es verdad que tu carta data de una semana. Cúidalos con todas tus fuerzas, por el amor de Cristo.

Harás bien en beber Schvalbach y estoy contento de la opinión de Schenk sobre tu salud. Pero estaré sobre todo satisfecho cuando os vea a todos, porque comienzo a echaros de menos de un modo terrible.

Al día siguiente de escribirte (es decir, el jueves), fui por

primera vez a la fuente. Se halla a dos pasos de mi casa. El tiempo era espantoso, la lluvia caía a torrentes, de manera que tuve que pedir prestado un paraguas a mi patrona para poder ir. Todo el mundo estaba ya allí. Todo Ems se levanta a las seis de la mañana (yo también) y los dos mil bebedores se sitúan, desde las seis y media, junto a las dos fuentes: Krenken y Kasselbrunnen.

En el jardín toca la música: comienza ordinariamente con un himno luterano de los más aburridos: no conozco nada tan amanerado ni más falso.

Todo enfermo debe comprar aquí, para toda la estación, un vaso en donde están marcados con trazos los números de las onzas. Bebo seis onzas en dos veces y paseo una hora entre los dos vasos. Regreso a las ocho a casa y tomo el café. El agua tiene un gusto agrio y salado y huele a huevos podridos: es tibia como el té después de diez minutos de servido.

Durante dos días, incluyo ayer, el tiempo era variable: la lluvia alternaba con el sol y esto aparecía horriblemente triste. A causa de la humedad, probablemente, mi estado ha empeorado: la fatiga es más fuerte, la tos es más seca e incluso ayer y anteayer me dolía el pecho, lo que me ocurre raramente en Petersburgo. Iré a ver al doctor dentro de dos días y le explicaré que me encuentro peor. Es verdad que la acción de las aguas no puede manifestarse tan de prisa; además, creo que a causa de la humedad me he enfriado.

Hoy el tiempo es admirable, el sol brilla, hace mucho calor y me siento mucho mejor. Continúo temiendo que el doctor se haya equivocado al ordenarme beber Kasselbrunnen y no Krenken. Bretzel le escribió que soy propenso a disentería — a pesar de que no había tal disentería, sino desarreglo de estómago — mientras que mi estado ordinario es todo lo contrario. No sé lo que saldrá de todo eso.

Cuando hace buen tiempo voy a pasear y, por la noche, voy a oír la música. En el Vauxhall no hay más diarios rusos que el *Moskovskia Viedomosti*, si bien hay muchos diarios franceses.

Todo aquí es miserable y mezquino: las tiendas son todas malas. Una sola cosa es exquisita y es el paisaje, pero se le puede contemplar en un minuto, puesto que Ems se halla dentro de un estrecho valle entre dos cadenas de montañas. Conozco ya todos los rincones del jardín y del parque, y después uno no sabe a donde

ir. Además hay siempre una multitud de gente; muchas conversaciones en ruso, pero sobre todo alemanes.

Después del café, por las mañanas, trabajo. Hasta ahora no he hecho más que leer a Puchkin y me entusiasmo descubriendo cada día algo nuevo. Pero no he podido todavía componer nada de la novela. Tengo miedo de que la epilepsia me haya quitado, no solamente la memoria, sino también la imaginación. Se me ocurre un pensamiento penoso: ¿Y si ya no fuera capaz de escribir? En fin, ya lo veremos.

A mediodía voy a pasear una hora antes de comer (aqui se come a la una en punto). Me mezclo con la gente, voy al casino a leer los periódicos. No tengo aquí más relación que la de un alemán que viajó en el mismo vagón que yo desde Berlín a Ems (ha venido aquí para cuidarse, está enfermo del pecho) y que se despidió muy tiernamente de su mujer (los dos son jóvenes) ante mis ojos, en la estación de Berlín, antes de la última señal. Nos encontramos algunas veces y hablamos en alemán. También encontré, es decir, se acercó a mí en el jardín (pues yo no conozco a nadie), a Slutchevski (1) que, con alegría, renovó nuestro conocimiento: le encontré, al pasar, el invierno último, en Petersburgo. Me pidió permiso para visitarme, pero no sé si vendrá. Es un tipo petersburgués, hombre de mundo como todos los censores, con la pretensión de pertenecer a la alta sociedad. Es un hombre que, en general, comprende pocas cosas; es bastante bonachón, ambicioso y tiene buenos modales. En el paseo me señaló a todos los rusos que se hallan aquí. No pasea jamás con su mujer, no sé por qué, pero parece que ama a sus hijos. Anteayer por la noche, con un tiempo bastante húmedo, después de haber calmado la lluvia, le encontré con una familia rusa y me rogó fuese con ellos. Me aburría tanto que acepté. La señora es directora del Instituto de Novo-Tcherkask; tiene unos cuarenta años, pero no aparenta más de veinticinco. Está con su hija, de unos quince años, muy tímida y muy bonita. Un pariente, o un amigo, hombre bastante original, un poco ridículo, las acompaña. Dimos un paseo por caminos húmedos pero no fuimos lejos; por la montaña, hasta el primer restaurante, en donde descansamos. Bebimos *Maytrank* y regresamos. Esa señora ha producido sobre mí una impresión tan

(1) K. K. Slutchevski, poeta muy conocido, funcionario de la censura, que fué en los últimos años de su vida director del Diario Oficial ruso.

desagradable que desde ahora me escaparé de todos los rusos. Es una imbécil como no había visto jamás: cosmopolita y atea, adora al emperador y desprecia a la patria. Hacía educar a sus hijos en Dresde y, hace dos meses, dos de ellos, los pequeños, murieron en Rusia: no le queda más que esta hija. Probablemente a causa de su dolor, fué a París (es lo que ellos llaman, en su lenguaje, servir: cuatro meses de permiso en el extranjero a cargo del tesoro). En París, sin ton ni son, se hizo arrancar un diente sano, que no le dolía, pero que la molestaba (sus dientes son como perlas y ella misma no es fea). El dentista la operó cloroformizándola y le rompió la mandíbula. Otro dentista célebre de París le dijo que se le pueden caer todos los dientes y morirse: ahora tiene que volver a París para la cura de la mandíbula rota. Se halla actualmente en Ems no se sabe por qué. Es charlatana y discute siempre. Yo le dije claramente que era insoportable, pero no comprende nada: se lo dije riendo y cortésmente, pero con toda seriedad. Nos separamos amablemente, pero yo no volveré jamás a ir con ellos. Por la noche hasta tuve una pesadilla.

Por lo tanto, me aburro enormemente. No comprendo cómo podré vivir aquí un mes. Tal vez compondré algo y me pondré a trabajar. En espera, vivo, bajo el aspecto material, bastante bien: los patronos son educados y no me alimentan mal. La casa, toda de piedra, es muy bonita y representa ahora un gran valor: pertenece a mi patrona y es ella misma quien hace la cocina. Su hija, de diecisiete años, muy bonita, que ha recibido una cierta instrucción, modesta e ingenua, me trae algunas veces a mi cuarto la comida, el té e incluso hace la limpieza. Para los doce o quince huéspedes no hay más que una criada. Mina, una muchacha cenceña, de treinta y cinco años, que trabaja como un buey, y recibe como sueldo, de marzo a octubre, en total siete thalers, es decir, un thaler por mes. Es verdad que todo su cálculo descansa en las propinas de los huéspedes. En general, la casa está bien. Yo estaba solo en el segundo piso, pero ayer llegaron de Viena dos ricachones, marido y mujer, que han alquilado todo el piso, de modo que, ahora, tengo vecinos que hacen bastante ruido y me molestan un poco.

Bueno, esto es todo, en lo que se refiere a mi estado exterior. En cuanto al estado moral, como ya te he escrito, es del mayor fastidio y, además, pienso a cada momento en ti, mi pequeña Ani-

ta, y me aburro terriblemente. Durante el día repaso en mi espíritu todas tus buenas cualidades y te amo enormemente y pienso que tú serías en todo la perfección, sin un pequeño defecto: la distracción, la negligencia doméstica (no negligencia para con los niños, ya sé qué buena madre eres, sino sencillamente un poco de desorden. En compensación, todo lo demás, en mi Anita, es la perfección y se encuentra raras veces. Querida mía, no conozco una sola mujer que te iguale. Esa imbécil de anteayer, por ejemplo, ¿cómo compararla contigo? Y ahora casi todas son de esta ralea. En desquite, por la noche, al acostarme (esto entre nosotros), pienso en ti con sufrimiento. Te abrazo con el pensamiento y la imaginación por todas partes (tú comprendes). Sí, Anita, a la angustia de mi soledad no le faltaba más que este sufrimiento. Debo vivir sin ti y atormentarme. ¡Te veo en sueños tan seductora! ¿Me ves tú también en sueños? Anita, te hablo seriamente en mi situación y si fuese una broma no te lo escribiría. Tú me decías que tal vez en el extranjero cortejaría a otras mujeres. Amiga mía, te conozco ahora por la experiencia y no puedo ni siquiera imaginar otra cosa que no seas tú. No tengo ninguna necesidad de las otras, tú me eres necesaria. Eso es lo que me digo cada día. Estoy demasiado acostumbrado a ti y me he convertido demasiado en un hombre de su casa. Lo antiguo ha pasado todo y ya no hay nadie mejor que mi Anita. No hagas la mojigata al leer esto; ya debías saberlo. Espero que no enseñarás esta carta a nadie.

Escribe todo lo que dicen y hacen los niños. Abrazo a Luba y a Fedia. Diles que no pienso más que en ellos. Enviaré y traeré regalos.

Salud a todo el mundo. Te abrazo una vez más.

Tu eterno marido,

Dostoievsky.

Te amo verdaderamente y ruego cada día por vosotros con ardor. Os bendigo.

Ayer por la noche en el paseo, encontré por primera vez al emperador. Es un anciano de alta estatura, de aspecto imponente. Aquí todos se ponen en pie (incluso las señoras), se descubren y saludan, pero él no saluda a nadie; sin embargo, algunas veces

hace un gesto con la mano. Por el contrario nuestro emperador, aquí, saludaba a todo el mundo, y los alemanes apreciaban esto mucho. Me han contado que los alemanes y los rusos (sobre todo las damas de nuestra alta sociedad) buscaban siempre encontrarse con el emperador y hacer la reverencia ante él. Entonces había en Ems todavía muchos más rusos, pues ahora la sociedad distinguida rusa se ha marchado casi toda. Guillermo iba hablando con una muchacha; el padre y la madre de ella, les seguían dos pasos detrás. La muchacha tiene el aspecto de una camarera, con facciones muy pronunciadas, pero no está mal. Es una alemana de la alta sociedad. La madre y la hija van admirablemente vestidas. Al llegar a un determinado lugar el emperador se despidió de ellos, las dos hicieron una reverencia de corte y, orgullosas y felices, se marcharon en su soberbio coche. Detrás, a diez pasos, mientras Guillermo se paseaba con la jovencita, una multitud de damas les seguían; algunas iban escotadas, como en el baile. ¡Cuánta envidia debían sentir!

Mi especial saludo al padre Juan y a nuestros propietarios. Abrazo a los niños. Háblales a menudo de mí para que no me olviden. Escríbeme exactamente la fecha del día en que nació Fedia, en julio, para que le pueda felicitar, sin error.

¿Cuándo recibiré ahora carta tuya? ¡Dios sabe! Yo escribiré dentro de cinco días. Entretanto iré a ver al doctor. Sobre todo procura conservarte bien y cuida a los niños.

D.

Ems, viernes 10 de julio/28 de junio de 1874.

Ayer 9/27 recibí tu preciosa carta, mi querido ángel, Anita, y me ha consolado enormemente. La recibí a las ocho de la mañana, al volver de la fuente, y precisamente esta noche, a las doce, he tenido un ataque (1) que me ha trastornado momentáneamente

(1) En la cubierta de uno de los cuadernos que tenía Dostoievsky en Ems, en donde trabajaba en el plan de *El Adolescente*, anotó la descripción de sus crisis. En este cuaderno se lee:

"Las crisis — después de un intervalo de cinco meses y medio, en 1873: 20 de abril, 4 de junio, 1 de agosto, 3 de noviembre, 19 de diciembre, 27 de diciembre.

hasta tal punto que no pude contestarte ayer, e incluso ahora, aunque puedo andar y hablar, me es difícil escribir, pues mi cabeza está turbia y estoy muy triste. Tú ya lo sabes. He tenido una crisis en la cama y sin consecuencias, y nadie ha oído nada. Creo que no ha sido de las más fuertes, pero, en cambio, creo ahora que me hallo liberado por algún tiempo. En Petersburgo, ordinariamente, después de los ataques esputaba mucho y la tos aumentaba durante tres días. Aquí me pasa lo mismo. Pero me parece que Krenken comienza a producir efecto; a pesar de todo los esputos y la tos son menos intensos, respiro más fácilmente y por la noche no me duele el pecho. Ahora estoy seguro de que la cura tendrá un cierto resultado provechoso. Pero no creo que sea muy grande. No sé como podrá arreglarse todo: hace ya dos semanas que bebo Krenken y la primera semana no bebí más que dos vasos sin leche. Dentro de once días hará justamente un mes que tomo las aguas de aquí y durante una semana he bebido Kesselbrunnen, una fuente completamente distinta que, según mi opinión, no debe ser tenida en cuenta. Pero Cochlakov me ha ordenado que beba Krenken con leche durante seis semanas. Por lo tanto creo que si la cura marcha bien el doctor me hará quedar al menos una semana más para beber Krenken. ¿Y si fueran dos semanas? Será preciso quedarse, aunque esto sea terriblemente penoso para mí. Se me come la tristeza en este agujero maldito. ¡Qué gentes; qué tragones, qué sucios alemanes! La mitad de las gentes de aquí son rusos y no hay que decir que siempre da tristeza ver a los rusos paseándose en el extranjereo: el vacío,

"En 1874: 28 de enero, 16 de abril, 13 de mayo, 27 de junio, 9 de julio, 15/27 de julio, 8 de octubre, 18 de octubre, 28 de diciembre. Por la mañana, a las ocho, en la cama uno de los más fuertes ataques. La cabeza es la que ha sufrido más, la frente estaba ensangrentada."

Luego se describen las crisis de 1875: "4 de enero, 11 de enero, 8 de abril. Ataque a las doce y media de la noche, le sentía venir desde la tarde. Acababa de preparar cigarrillos y me disponía a escribir al menos dos páginas de la novela y me acuerdo cómo me caí en medio de la habitación, al andar. Permanecí tendido durante cuarenta minutos. Recobré el conocimiento sentado, teniendo los cigarrillos en la mano, pero sin prepararlos. No recuerdo cómo pudo ser que tuviese también una pluma en la mano; con esta pluma había rascado mi petaca. Hubiera podido herirme. Durante toda la semana ha hecho humedad. Esta noche es de luna llena, la cabeza me hace menos daño, no mucho ahora, casi una hora después de la crisis. Escribo esto, pero se me confunden todavía las palabras. El miedo a la muerte comienza a pasar, pero todavía es muy grande. No me atrevo a acostarme. Me duelen los costados y las piernas. Cuarenta minutos después he ido a despertar a Anita y me ha causado extrañeza oír decir a Lukeria que la señora había salido."

la ociosidad, la insignificancia y la satisfacción de sí mismos bajo todos los aspectos. Es respugnante de ver.

Aquí no hay donde poderse pasear: o es preciso andar a empujones en un espacio demasiado estrecho para una semejante afluencia de gentes, o ir a la montaña, pero muy lejos, porque los senderos cercanos están siempre llenos. Y no se puede ir más lejos: me han dicho que, a causa del estado de mis pulmones, es muy malo ir lejos, por la montaña, pues es preciso hacer un esfuerzo demasiado grande para ascender. Desde hace cinco días, estamos a 26 y 27 grados Réaumur a la sombra, como en Florencia: cambio tres veces de camisa por día. Pero en Florencia al menos se puede salir por la noche, mientras que aquí a las siete y media todos los enfermos se meten en sus casas; no quedan fuera más que las gentes que gozan de buena salud, que son numerosas y el diablo sabe para qué han venido aquí.

En seguida que el sol desaparece detrás de la montaña (aquí el sol se pone pronto) comienza inmediatamente la humedad. Incluso durante el día, cuando hace tanto calor como dentro de un horno, de pronto se siente un viento fresco, desagradable, en modo alguno curativo, sino más bien pernicioso como una corriente de aire. Todos esos miles de gentes se pasean con vestidos de verano; yo solo, aunque llevo un chaleco de verano, me paseo con vestido de invierno y sudo enormemente, pero no me decido a hacerme un vestido de hilo: 1.º, porque es horriblemente caro; 2.º, en seguida que llegué aquí encargué un chaleco blanco a un sastre que me indicaron como el mejor, ¡pues bien! hasta anteayer (es decir, más de dos semanas después), no me lo entregó, a pesar de que iba todos los días a reclamárselo. Además, el chaleco es corto, hace pliegues y el tejido, de piqué, es innoble. Me ha costado tres thalers, pero es dudoso que me lo ponga. ¡Pues bien!, ¿se puede encargar algo aquí? En Ems no hay más que dos sastres, ¿qué hacer entonces? Tenía necesidad de comprar pomada para después del baño; la tendera, una francesa, me pidió dos thalers. Regateé, se lo reproché y me la cedió por un thaler. Un país de cerdos, innoble, no hay nada más innoble en el mundo.

He saludado aquí a algunos rusos que, al verme, se acercaron para presentarse. Uno de ellos (se presenta como un *gentleman*); afirma haberme visto en casa de Polonsky. Todos los lunes viene aquí el pope de Wiesbaden, Tatchalov, un animal insolente; pero

le paré los pies y desapareció inmediatamente. Es un intrigante y un crápula: vendería a Cristo y todo lo demás. Ernik, el pope de Dresde, clamaba por todas partes que era él quien había hecho construir la iglesia de Praga, y Tatchalov quiere insinuar que se ocupa en convertir a los viejos creyentes. Y esto le sale bien a ese canalla, que es estúpido como un zoquete y que, por su ignorancia, cubre de vergüenza a nuestra Iglesia ante los extranjeros. Por otra parte, en cuestión de ignorancia todos valen lo mismo.

Tu cartita y los relatos sobre los niños me han reanimado: me hallaba en un estado muy triste después de la crisis y en ese momento llegó tu carta. Escríbeme con más frecuencia, ángel mío: aquí lo paso muy mal. He leído tu carta cuatro veces. Gracias por haberme dicho que me amas; te creo y esto es lo único que me anima aquí. Hablé ayer de los niños a la princesa Shalikoff. Ayer se marchó a Reikhenhal, en el Tyrol bávaro. Es una encantadora anciana, un poco cómica, demasiado sentimental, demasiado entusiasta, pero verdaderamente buena. Me manifestó con insistencia deseos de conocerte si va este invierno a Petersburgo. Será agradable, porque no es, en modo alguno, fastidiosa. He abandonado completamente mi trabajo desde la crisis. No puedo. No tengo deseo alguno de conocer a nadie más, por esto permanezco lo más posible en casa: además, las piernas me duelen y la cabeza también. La patrona añade cada vez alguna cosa a su nota y comienza a alimentarme mucho peor. A causa del calor tengo menos apetito y más bilis, y aquí el apetito es un asunto importante: es el primer signo de la eficacia de las aguas.

Mi querida pequeña Anita, ¿y si de pronto el doctor, viendo el buen efecto de las aguas, me ordenase que permaneciera aquí dos semanas más? (Y si en efecto las aguas son provechosas, no puede uno abandonarlo todo y marcharse.) Entonces, aunque no lo creo, te verás, tal vez, obligada a hacer sola el traslado de Roussa a Petersburgo. Por otra parte, te lo repito, no creo que sea así: creo que tendré tiempo de reunirme con vosotros. Te escribiré dentro de cinco días. Escríbeme también. Aquí casi no hay diarios rusos: *Moskovskia Viedomosti* únicamente, y ahora hace más de una semana que no llega.

Te abrazo mil veces. Eres la única en mi corazón, en mi alma, en mis sueños. Te bendigo y abrazo a mis queridos hijos. Todos los días, muchas veces, recuerdo sus rostros. Diles que les

abrazo y háblales de mi con más frecuencia. Bebe el agua y procura restablecerte, consulta al doctor cuando sea necesario, no seas avara. Si os ocurre algo o si ¡Dios no lo quiera! te pones enferma, házmelo saber inmediatamente.

Hasta la vista. Me es imposible escribir más: la cabeza me da vueltas y todo me duele (después de la crisis). Estamos en casa, a la sombra, y a pesar de eso se suda. Esta noche me he cambiado cinco veces de camisa.

Te abrazo mil veces.

Todo tuyo, para ti sola, a quien amo de corazón para siempre.

Tu marido

F. Dostoievsky.

Saluda a todos. Un beso más a los niños de mi parte. Te abrazo quince mil veces y no es basante, al contrario.

Staraia-Roussa, 20 de diciembre de 1874. (10).

Mi querida Anita: He recibido tu cartita de unas diez líneas y me he puesto muy contento al saber que has llegado bien. Lo principal es la salud. ¿Cómo pasa el tiempo? Te espero, no solamente con impaciencia, sino también con curiosidad: probablemente nos tendrás que contar algo.

Los niños, gracias a Dios, están bien (toquemos madera). No me molestan nada; duermo casi toda la mañana. Hoy no hace frío, no hace viento, pero sí humedad y hay un poco de escarcha: a pesar de eso los he dejado ir a casa del cura y les he dado dinero para el coche. Lili está encantadora. Fedia también, pero no obedece a la niñera y hace demasiado ruido. Por la noche duerme muy bien, lo mismo que Lili. Esperan tu regreso y ayer dijeron que te quieren mucho. Ayer, durante la comida vino el padre Georgevski: permaneció conmigo una hora y fuimos juntos a Correos. ¡Ay! ninguno de los libreros contesta. Evidentemente *La Casa de los Muertos* será un fracaso. Tal vez se venda lentamente, poco a poco: las bibliotecas y algunos aficionados lo comprarán. No nos aprecian mucho, Anita. Ayer leí en el *Grajdanin*, tal vez tú ahí lo has oído ya decir, que León Tolstoi ha vendido

su novela (1) al *Rousski Viestnik,* cuarenta pliegos: la publicación comenzará en enero, 500 rublos pliego, es decir, 20.000 rublos. A mí no han podido decidirse a darme de una vez 250 rublos, pero a Tolstoi le pagan con gusto 500. Sí, me consideran muy poco, porque yo vivo de mi trabajo. Ahora Nekrassov me podrá explotar, si hay en el espíritu de mis obras algo que no gusta; sabe que ahora no me aceptarán en el *Rousski Viestnik* (es decir, para el año próximo) puesto que se hallan inundados de novelas. Pero aunque este año tuviésemos que pedir limosna, no cederé un solo punto en mis ideas. ¿Sabe algo Poliakov de nuestro asunto? Que al menos recibamos algún dinero; no podemos permanecer así, como pescados sobre la paja. No he recibido ninguna contestación de Nekrassov.

Hasta la vista, Anita. Te abrazo. No recibirás esta carta antes del 22 y tal vez ya no te encuentres ahí. Por lo tanto es mi última carta: escribir mañana sería correr el riesgo de que ya no la recibieras. Date por enterada y no te inquietes. No te preocupes tampoco por los niños: los vigilo y no me resulta muy pesado. Te lo suplico, no remitas mis cartas desde Petersburgo, en donde te alojas, para que no caigan en otras manos.

Saluda de mi parte a Miguel, a Nicolás y a tu hermano, si mi carta te encuentra todavía ahí. ¿Qué hace Ana Nicolaievna? ¿Se ha marchado con Ivan Grigorievitch? Salúdala también.

Hasta la vista; cuida tu salud en Petersburgo. Todos los diarios dicen que ahí se han presentado casos de tifus. Ve con cuidado, por el amor de Cristo.

Tuyo.

Yo, Lili y Fedia.

F. Dostoievsky.

Ahora he ido a Correos y no hay carta tuya. ¿Qué pasa? Sufriré toda la noche.

(1) *Ana Karenine.*

1875

Petersburgo, 6 de febrero de 1875.

Querida Anita: Ayer, ante todo, fuí a ver a Nekrassov; me esperaba con impaciencia, pues el asunto es urgente. No te lo contaré todo por escrito, pero me recibió muy amigablemente y con mucha bondad. Está muy contento de la novela, aunque no haya leído todavía la segunda parte, pero me ha comunicado la opinión de Saltykov (1), que la ha leído y hace grandes elogios. Nekrassov no lee, ordinariamente, más que las últimas pruebas. Saltykov está muy enfermo; Nekrassov dice que está a las puertas de la muerte. En casa de Nekrassov vi una parte de las pruebas y me llevé el resto. En las pruebas, la novela no acaba de gustarme. Nekrassov me ha prometido gustoso un adelanto y, a petición mía, me ha entregado, en espera, 200 rublos. Desearía enviarte al menos 75: lo haré mañana o pasado, pues hoy veo que no tendré tiempo. He ido a casa de Simonov y he tomado tikets para una semana: las sesiones son de tres a cinco, una hora muy mala para mí: son las horas en que hay más trabajo y en lugar de ocuparme de él debo permanecer inactivo. Luego pasé por la redacción de la *Grajdanin*. Allí me enteré, con gran tristeza, de que la víspera, 4 de febrero, el príncipe se había marchado súbitamente a París, por haber recibido un telegrama anunciándole el fallecimiento, en esa ciudad, de su hermano, ayudante de campo del emperador. Así, en Petersburgo, no hay ahora apenas conocidos. Me he enterado por Putzykovitch de que el escritor que firma "Sine Ira", en los *Boletines de San Petersburgo*, es, imagínate tú, Vsevolod Soloviov. Luego fuí a casa de Buzunov, no le encontré y recogí el número de *Roussky Viestnik*. Después de comer, a las siete, fuí a casa de Maikov. Ana Ivanovna había ido al teatro; él me recibió amistosamente; sin embargo, comprendí en seguida que pasaba algo. Strakov vino también. No me dijeron una

(1) Notable escritor, colaborador del *Sovremennik*, director de la revista *Otietchestvennya Zapiski*.

sola palabra de mi novela, evidentemente para no entristecerme. De la novela de Tolstoi (1) tampoco hablaron mucho, pero lo que dijeron era entusiasta hasta el ridículo. Yo dije que si Tolstoi publica en el *Otetchestvennya Zapiski* ¿por qué, entonces, es a mí a quien se acusa? Maikov hizo una mueca y cambió de conversación: yo no insistí. En una palabra, veo que aquí pasa algo y precisamente lo que dijimos, esto es, que Maikov hace circular esa idea acerca de mí. Cuando me marchaba, Strakhov dijo que, sin duda, nos veríamos de nuevo en casa de Maikov, pero éste, que estaba presente, no dijo una sola palabra acerca de que le fuera agradable recibirme.

Cuando dije a Strakhov que viniese a casa, al hotel, el viernes por la noche, para tomar el té, me contestó: "Está bien, iré con Apolo Nikolaievitch", pero Maikov ha rehusado inmediatamente, pretextando que no estaba libre el viernes, pero que podríamos vernos el sábado en casa de Kornilov (2). En una palabra, se ve que está muy mal dispuesto.

Avseenko, en el *Russki Mir,* ha denigrado *El Adolescente,* pero Maikov dice que su artículo es muy estúpido. No he leído el artículo del *Russki Mir.*

Recibí muchas pruebas; me acosté tarde, pero he dormido bien. Ahora son ya las dos, y es preciso no llegar con retraso a casa de Simonov. Sin embargo, debo pasar por la *Grajdanin* para recoger tu carta. Acaban de traerme ahora mismo todavía más pruebas: los dos últimos capítulos. Saltykov no las ha leído; es preciso, pues, que las relea con atención, de manera que hoy, a excepción del baño, no iré a ningún sitio.

Hasta la vista, querida mía. Os abrazo, a ti y a los nios. No te enojes por el estilo difuso de esta carta; me falta tiempo y no sé cuando podré disponer de él.

Hasta la vista. Tuyo.

F. Dostoievsky.

Imagínate que Porfiri Lemansky (3) se ha suicidado dándose una puñalada en el corazón. No se le ha enterrado según los ritos cristianos.

(1) *Ana Karenina.*
(2) J. P. Kornilov, funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, conocido coleccionista de manuscritos eslavos.
(3) Un amigo de Dostoievsky, del círculo de los *Petrachevtsy.*

Petersburgo, 7 de febrero de 1875.

Querida amiga Anita: Estoy terriblemene ocupado durante todo el tiempo y no dispongo de un minuto. Ayer me impusieron una cantidad enorme de correcciones, pero en todo el día no pude ocuparme de ellas. Después de haberte escrito ayer fuí a casa de Putsykovitch, en donde no encontré carta tuya. Al regresar al hotel recibí una comunicación del comisario del barrio para que pasase por su oficina el 7 (es decir, hoy), a las nueve de la mañana, a fin de dar algunas explicaciones respecto al pasaporte. Previendo que no me sería posible ir a las nueve de la mañana, fuí inmediatamente al comisariado, en donde no encontré a nadie. Me dijeron que volviese por la noche. Estuve a punto de retrasarme para la queda. Simonov me pide continuamente que le deje auscultarme, pero para eso es preciso ir a su casa media hora antes y preveo que hoy llegaré tarde.

Después de la queda fuí a cenar al hotel. Ese hotel Znamenskaia es horriblemente viejo y los precios son exorbitantes. Apenas me había instalado para comer, llegó Putsykovitch, que me trajo tu carta (N. B. Por lo tanto, no recibe tus cartas hasta la noche). Estuve con él toda la comida; me hace la impresión de un hombre correcto. Luego fuí al comisariado. Allí me hicieron esperar dos horas. Por fin, vino el funcionario que se ocupa de los pasaportes: "Le habíamos dado un billete provisional, y, según la ley, hace mucho tiempo que usted debería haberlo canjeado por un pasaporte". Es verdad, pero yo comencé a discutir. El adjunto del comisario (condecorado) me arguyó: "Nosotros no le daremos un pasaporte, y se acabó. Nosotros debemos observar la ley — ¿Pero qué debo hacer? — Dénos el pasaporte. — ¿Pero de dónde lo sacaré ahora? — Eso no nos incumbe..." Y así todo lo demás. ¡Qué tontería! Y todo eso para demostrar su poderío ante un "escritor". Yo le dije finalmente: "En Peterburgo hay veinte mil personas sin pasaporte y ustedes retienen a un hombre conocido de todos, como si fuese un vagabundo. — Ya sabemos que es usted un hombre conocido en toda Rusia, pero nosotros debemos observar la ley. Pero no debe usted molestarse: mañana o pasado mañana, en lugar de su pasaporte, le libraremos un certificado, ¿no le es completamente igual? — Entonces, ¿por qué diablos no me han dicho ustedes eso antes y hemos discutido tanto?"

Después de esto fuí al baño. Al regresar, después de haber tomado té, me puse a corregir las pruebas y trabajé hasta las cinco de la mañana. Finalmente, me fuí a acostar. De pronto oigo en la habitación vecina, hasta entonces vacía, gritos de mujeres y una voz de hombre y esto durante tres horas. Es un comerciante que acaba de llegar con dos mujeres y yo no pude dormir. Por último, me dormí y me desperté a la una; por lo tanto no he dormido más que cuatro horas. Siento los nervios irritados e incluso calofríos. Ahora no me queda más que tomar el té, escribirte, vestirme, ir a la redacción a buscar tu carta, y luego ir a casa de Simonov donde permaneceré dos horas y media. Pero, ¿lo conseguiré?

Hasta la vista, Anita. Te abrazo, lo mismo que a los niños. Por lo tanto hoy no haré tampoco nada; en cambio he acabado de corregir las pruebas, y esta noche tal vez podré dormir. No puedo leer la novela de Tolstoi más que a ratos perdidos. Novela bastante aburrida y nada extraordinaria. ¿Qué es lo que admiran? No lo comprendo.

Hasta la vista, Anita querida. Os abrazo, a ti y a los niños.

Tuyo.

F. Dostoievsky

El historiador Kostomarov está enfermo de tifus: Vsevolod Krestovsky (1) también. Simonov dice que actualmente el tifus es contagioso como la peste y que pocas veces se manifiesta así. Pero no te inquietes por mí, Anita querida. Creo firmemente que Dios nos proteje. Y yo, yo te amo.

Petersburgo, 9 de febrero de 1875.

Mi querida Anita: Ayer por la tarde recibí tus dos cartas al mismo tiempo, probablemente tu primera carta permaneció un día de más en la oficina de Staraia-Roussa: di en Correos que no hagan eso, pues yo me atormento inútilmente. La noticia del techo que se ha caído me inquieta mucho: 1.º eso hubiera podido matar a los niños; 2.º te aseguro que ella no esperará hasta mayo, sino

(1) Autor de una novela muy conocida: *Los bajos fondos de Petersburgo.*

hasta abril, cuando la amenaza de nuestra partida no la asuste, cuando vea que puede encontrar inquilinos para el verano. Y no dejará de encontrarlos puesto que su habitación renovada, cerca del mismo parque, puede darle para el verano 200 rublos, por lo menos. Escríbeme diariamente, Anita, sin falta. Sin noticias de ti ni de los niños no puedo permanecer en este ambiente.

Ayer, acababa de terminar la carta para ti y la había cerrado, cuando se abrió la puerta y entró Nekrassov. Vino a "expresarme su entusiasmo después de haber leído el final de la primera parte" (que no había leído antes, pues no lee el número más que en las últimas pruebas, antes de la orden de tirar). "He leído toda la noche, tan interesado estaba y, a mi edad — con mi salud — no puedo permitirme eso... ¡qué cosa más lozana! (le gusta sobre todo la última escena con Lisa). En nuestra época no se ve lozania semejante en ningún escritor. Así en Tolstoi; lo que he eleído de su última novela no es más que la repetición de lo que ya leí otras veces, pero las otras veces estaba mejor" (es Nekrassov quien habla). Considera una obra maestra la escena del suicidio y el relato. E imagínate que los dos primeros capítulos también le gustan. Lo más flojo, dijo, es el capítulo VIII (en donde él está escondido en casa de Tatiana Paulovna). Hay allí muchos acontecimientos puramente exteriores". Pues bien, cuando yo releí las pruebas, lo que me gustó menos es ese último capítulo e hice muchos cortes. En general Nekrassov está muy contento. "He venido para hablarle de su colaboración ulterior. Por el amor de Dios no se apresure, no lo estropee, ahora que ha comenzado tan bien". Entonces yo lo expuse mi plan: es decir, no publicar nada en el mes de marzo, dar la segunda parte en abril y mayo, dejar pasar junio, y, en julio y agosto, dar la tercera parte, etc. Lo ha aceptado todo, complacido: "Sobre todo procure no estropearlo". "En lo que se refiere al dinero, dijo, le corresponde en total, 900 rublos, aproximadamente. Ha recibido usted 200, le quedan, pues, 700 rublos. Si se añaden 500, ¿será suficiente?" Yo le dije: "Querido, añada mil". Ha aceptado inmediatamente. "Le digo esto únicamente porque, en verano, antes de su salida para el extranjero, tendrá usted más necesidad." En una palabra, veo que en suma, cuentan mucho conmigo en la *Otietchestvennya Zapiski* y que Nekrassov desea mantener relaciones completamente amistosas. Ha permanecido en casa una hora y media (de modo que he llegado algo tarde a casa de

Simonov. Durante todo el día de ayer estuve como enfermo, pues tenía los nervios completamente descompuestos por el insomnio. Pienso recibir el dinero mañana o pasado mañana; entonces, Anita, enviaré lo que nos puede quedar según nuestros cálculos, es decir, cerca de 1.000 rublos. En espera, pide prestado al cura, porque no solamente no tengo tiempo de enviar los 75 que te había prometido, sino que no puedo, porque el dinero se marcha de un modo terrible. Ayer por la noche fuí a casa de Kornilov y le entregué 45 rublos, mi décima entrega al Comité Eslavo y al Comité de Amigos de la Instrucción Religiosa y 25 rublos de *El Desconocido* (una apuesta). Kornilov me recibió muy amablemente, con deferencia: me hizo muchas preguntas, se paseó conmigo, me recomendó en todas partes, me presentó, entre otros, a su hermano mayor. Había unas veinte personas (Maikov no fué). Strakhov estaba; me pidió que fuese a su casa el lunes por la noche. Anita querida, a causa de la falta de dinero, no puedo ir a ninguna parte para tratar de mis asuntos: pero lo peor es la Clínica de Simonov. Es preciso ir allí a tal hora (de tres a cinco) que todo mi tiempo queda malbaratado. Sin duda me sería necesario levantarme más pronto (a las nueve) y acostarme más pronto: pero las últimas noches me han atormentado, no he dormido más que cuatro horas durante el día y hasta menos. Creía resarcirme esta noche y me acosté ayer a las dos, pero tenía los nervios tan excitados que hasta después de un hora y media no me pude dormir. Me despertaba a cada momento por la noche y a pesar de haberme levantado después de las diez no he llegado a dormir siete horas. A partir de mañana, lunes, es necesario que me dedique a mis asuntos. He olvidado completamente algunas de tus instrucciones: por ejemplo, si hay que dar dinero a Poliakov o no; si es que sí ¿cuánto? Por otra parte, me parece que conseguiré hacerlo todo, no te inquietes. Soy yo quien me preocupo de vosotros.

Hasta la vista, ángel mío. Te amo y siento, además, una gran necesidad de ti. Abrazo a los niños y los bendigo. Pienso marcharme de aquí el 15, seguramente, o tal vez antes.

Te abrazo, querida mía; que sigas bien e infórmame de todos los pequeños detalles. Tu marido que te abraza.

F. Dostoivsky.

1876

Berlín, miércoles 7/9 de julio de 1876.

Querida amiga Anita: Hoy a las 6 y media de la mañana he llegado a Berlín y me he alojado en el British Hotel Unter den Linden. ¿Y tú, dónde estás ahora? ¿Todavía, probablemente, en Nevgorod? He estado muy inquieto por ti, Anita, durante todo el viaje. Principalmente en estos últimos días no has dormido nada, trabajando y agitándote por nosotros cuatro; y ahora, de nuevo, ese cambio. Mientras no haya recibido carta tuya (¿y cuándo será eso?) no dejaré de atormentarme y todo este tiempo estará para mí envenenado, lo sé por experiencia, a pesar de las distracciones del viaje y de las ocupaciones.

En lo que a mí se refiere he llegado bastante bien, sin grandes aventuras, y durante los dos días en el vagón he tenido incluso tiempo de dormir. Sin embargo, en los vagones rusos y alemanes no había mucho sitio, todo estaba lleno, pero las gentes eran soportables. Unicamente al llegar a Eidkunnen un judío se agarró a mí: había subido en Vilna. Es un rico judío que tiene dos hijos en Petersburgo, uno médico, el otro abogado. No cesaba de escupir en el vagón y derramaba lagos enteros. Con esos atractivos se sentó delante de mí y comenzó a exponerme una larga historia: que iba a Carlsbad a curarse las almorranas, qué clase de almorranas tiene, etc.

Por cortesía tuve que escuchar todo eso: no había posibilidad alguna de huir y me abrumó durante cuatro horas.

En Eidkunnen cambié cien rublos, me dieron sin regatear 265 marcos y moneda pequeña, cuando en Petersburgo daban apenas 262. Lamenté que el resto del dinero estuviese guardado y no poderlo cambiar allí mismo. Luego el tren corrió a todo vapor. Mis compañeros, todos alemanes amables y corteses, comerciantes, no hablaron más que de dinero y de intereses. No sé por quién me tomaron, pues todos me cumplimentaban y me hablaban con mucha deferencia. Fueron ellos los que me proporcionaron la posibilidad

de dormir, avanzando los cojines de los asientos, etc. Uno de ellos era un joven alemán de Petersburgo: contó a los otros que su padre, en Petersburgo, se dedica al comercio, que frecuenta la alta sociedad y que fué a una cacería de osos: explicó cómo el oso se alzaba sobre las patas traseras y aullaba, la manera cómo disparó e hirió al oso, cómo el animal herido huyó y se puso a correr por la vía del ferrocarril, al lado del tren que iba a Moscou y no cayó muerto hasta el octavo kilómetro. Ese Khlestakov (1) alemán tenía el aspecto de un muchacho muy serio y hablaba de negocios, al parecer, con mucha competencia, pues los demás alemanes (uno sobre todo) hombres muy serios, me hicieron el efecto de ser muy entendidos en negocios.

Pero en el vagón ruso y en el alemán no se hablaba más que de negocios, de intereses, de precios de mercancías, de la vida alegre con las damas de las camelias, de las juergas con los oficiales, y nada más. Ninguna cultura, ningún interés superior. Nada. No puedo comprender quién puede ahora leer y por qué el *Diario de un Escritor* tiene todavía algunos miles de lectores. Y, a pesar de todo, esos alemanes son gentes delicadas y corteses, y, como no nos ofenden, no podemos injuriarles. En Bromberg, a la una de la noche, el conductor anunció ocho minutos de parada, pero, en el rápido, si se dicen ocho minutos, significa tres. Corrí a un cierto sitio que se hallaba próximo, pero, apenas había terminado, cuando, de pronto, oigo el segundo toque de campana. Volví corriendo: estaba terriblemente lejos y he ahí que oigo al conductor que cierra las portezuelas. Corrí todo lo que pude, llegué hasta el tren, pero no podía encontrar mi vagón; en la obscuridad no podía verse el número 163. El conductor, que se había ido ya más lejos, silbó. Era el momento de partir. De pronto, de una ventanilla abierta, dos vagones más lejos del lugar en que me hallaba, oí ¡Pst *Hier, hier!* ¡Ah!, pensé, los nuestros me han visto y me llaman. Corrí, miré. Un alemán había sacado la cabeza fuera de la ventanilla, pero no le reconocí. Sin embargo, le grité: *Ist das hier?* El me contestó: *Was hier?* ¡El diablo! Quiero correr más lejos y el me llama: *Horen sie, horen sie, was suchen sie? A der Teufel mein wagon! (ist das) ist das hier? O, nein, das ist nitch hier...* Pues bien, entonces, imbécil, ¿por qué me llamas? Y, de pronto,

(1) Protagonista de la comedia de Gogol, *El Revisor.*

el tren comienza a moverse y reconozco, al lado, mi vagón. Apreté el paso, los nuestros me ayudaron y conseguí subir. Si no hubiese sido por eso hubiera perdido el tren. Es la segunda vez que esto me ocurre en esta línea. ¿Te acuerdas de que una vez en Dresde preguntamos a un alemán dónde estaba *Gemalde Gabrie?* Luego un alemán, de aspecto muy respetable, comenzó a marearse y vomitó hasta Berlín; naturalmente, por la ventanilla. Todos nos apiadamos y cada uno de nosotros seis le dábamos consejos: uno le decía que bebiese toda la cerveza que le fuese posible y, a la primera estación, bajó y bebió, pero eso no le alivió absolutamente nada. Yo le aconsejé el coñac: "Coñac, ya lo había pensado", y se precipitó a la estación siguiente y bebió. Finalmente, se llegó hasta aconsejarle que comiese un bartolillo (se vendían en todas las estaciones, desde Eidkunnen). En fin, el Khlestakov alemán le aconsejó que bebiese champán, pero ya nos acercábamos a Berlín y el enfermo dijo que, inmediatamente, en el hotel, pediría champán. Por la noche comenzó a llover y nos apeamos en ese abrumador Berlín, bajo una lluvia torrencial que dura todavía. Sin embargo, tengo que ir a Correos puesto que no sé cómo franquear esta carta. Esta noche, a las diez, salgo para Ems. Anita querida, abraza a nuestros encantadores hijos, sobre todo a Lechenka. La compadezco de un modo especial, no sé por qué. ¡Cómo lamento no poderme pasear por Berlín, y verme obligado a permanecer en el hotel! Comprendo que hubiera sido conveniente comprar una manta de viaje, las noches son frías. No te olvides de escribir a la dirección de Prokhorovna y lo que habéis decidido respecto al sobretodo. Perdóname, querida mía, por toda la inquietud que te he causado. Lamento esos 500 rublos para la estancia en Ems. Una sola cosa me consuela, es que esos 500 rublos me proporcionarán 6.000 si tengo salud. ¡Ah, cuántos deseos tengo de abrazarte! Abraza a Lili y a Fedia: a Lili particularmente y a Fedia también. Háblales de mí, sobre todo a Fedia. ¡Cómo me voy a aburrir! Que Dios permita que descanses y te restablezcas, ángel mío. Te abrazo toda, muchas veces, tantas como la víspera de mi partida. No me olvides. Tuyo y de todos vosotros.

F. Dostoievsky.

Ems, 21 de julio/2 de agosto de 1876.

Mi pequeña Anita querida: Recibí ayer tu carta del 15 de julio. Primeramente y ante todo abraza a Fedia y felicítalo por el día de su santo. Si no escribí antes, sin embargo, me acordé aquí del día de su fiesta y le felicité con el pensamiento. En segundo lugar, escribe a mamá y dale las gracias de mi parte por sus líneas y sus felicitaciones. Anita querida, si mamá se ha marchado y no tienes todavía niñera, me imagino lo penoso que te ha de ser hallarte sola con los niños y con nuestros malos criados. Tendría que ser posible cambiarlos todos; si no es así nos convertiremos en sus esclavos y te atormentarán. Todo eso, puedes creerlo, Anita, me inquieta mucho. Estoy muy contento de que hayas tenido la idea de hacer decir la misa, está bien. Me contraría, sobre todo, recibir tan pocas cartas tuyas: una cada tres días, algunas veces cada cuatro. Es penoso recibir tan pocas noticias tuyas. ¿No te sería posible, querida mía, escribir cada dos días? Aunque no haya nada nuevo en tu carta, al menos veré escritura de tu mano. Dime "Estamos bien" y estaré más tranquilo. No exijo largas cartas, no escribas más que una página (con la correspondencia frecuente no puede ser de otro modo), pero escribe más a menudo. Así estaré más tranquilo. Yo, ángel mío, me doy cuenta de que estoy cada vez más unido a todos vosotros; ya no puedo soportar estar separado de vosotros, como antes. Tú puedes aprovecharte de esto para hacerme tu esclavo, en lo sucesivo, todavía más que hasta hoy. Hazlo, Anita. Cuanto más me sienta tu esclavo más feliz seré. No deseo nada más.

En la noche del 18 al 19 tuve una pesadilla espantosa: vi que te había perdido. ¡Si supieses, Anita, cómo sufrí! Recordaba toda tu vida conmigo y me reprochaba el no haberte recompensado mejor, y, créelo, la pesadilla duró todo el día, incluso una vez despierto, tan viva era. Todo el día 19 pensé en ti, estaba angustiado y, si te hubiese podido ver, aunque no hubiese sido más que por diez minutos, hubiera sido, me parece, infinitamente feliz. No dejes de escribirme si te ocurrió algo del 18 al 19. A la noche siguiente, es decir, por la mañana a las cinco, cuando me hube despertado y levantado, sentí un dolor de cabeza tan violento que no pude sostenerme en pie y caí. Esto duró tres minutos. Luego el tormento de la cabeza, aunque en un grado menor, duró todo

el día. Fuí a la fuente, luego a misa, pero no me aliviaba. Cuando me puse a leer, las letras me aparecían casi borradas, pero, sin embargo, podía leerlas. Por la tarde fuí a ver a Arth. (Mi opinión acerca de él ha cambiado un poco. Es bastante simpático como hombre y, cuando realmente hay necesidad, examina con atención y sus conocimientos médicos no pueden negarse: tiene incluso una gran reputación). Le pedí que me examinase y me dijese si estaba amenazado de sufrir un ataque. Me examinó muy atentamente, por su procedimiento: me apretó la cabeza, me auscultó, me hizo cerrar los ojos y abrirlos bruscamente y me dijo, de un modo categórico, que no hay el menor peligro: que, no solamente no he de temer la apoplejía sino que, en mí, la afluencia de sangre no es hacia la cabeza, y que sólo me lo parece: que todo proviene de mi enfermedad, de los pulmones; que, a causa de la acción de las aguas, mi estómago se halla un poco paralizado, y que, en mi caso, el estómago está completamente sometido a los pulmones enfermos, pero que todo eso es temporal y desaparecerá, continuando las tomas de agua de Krenken. Además, las aguas, esta vez, obran más intensamente sobre mí que antes, pero todo eso corresponde a la marcha de la enfermedad y estos vahidos desaparecerán por sí mismos dentro de dos o tres días. Además, me ha ordenado píldoras de Seidlitz para los nervios y el estómago, a tomar por la noche, sin cenar: "Duerma bien y todo pasará". Lo he hecho, he tomado las píldoras, he dormido admirablemente y hoy, 21, me siento como siempre. A mi pregunta de si mi enfermedad se ha desarrollado de tal modo que ya no me queda mucho tiempo de vida, me ha dicho que, no solamente viviré todavía ocho años, sino incluso quince, y ha añadido: "Sin duda, si el clima no es malo, si no se enfría usted, si no abusa de sus fuerzas y, en general, si es usted prudente".

Te escribo todo esto, ángel mío, con todos estos detalles, a fin de que no te inquietes por mí (lo que veo por tu carta). Todo está, por lo tanto, como antes. La enfermedad no pasará, pero obrará muy lentamente. Sin duda que, tomando ciertas precauciones, todo se irá mejorando.

Ayer por la mañana encontré aquí, en la fuente, a M. Elisseiev (el que firma la sección "En el interior" en el *Otietchestvennya Zapiski*). Está aquí con su mujer, sometido a tratamiento. Fué él quien se acercó el primero. Por otra parte no tengo intención de

trabar amistad con ellos: el viejo "Négateur" no cree en nada, discute siempre y, sobre todo, mira con altivez. Es un seminarista descontento. Su mujer, probablemente hija de pope, pertenece a la categoría de las mujeres "avancées", escépticas. Ha querido aquí, a causa de la llegada del cura, convencerle para que dijese una misa solemne por el éxito de los ejércitos montenegrinos (se ha recibido un telegrama sobre la batalla y la victoria de los montenegrinos), y me rogó interviniese cerca de Tatchalov, el cura. El no ha ido a la iglesia. Hablé a Tatchalov, quien, cuerdamente, declinó esta proposición, pretextando que la noticia de la victoria no ha sido suficientemente confirmada (es la verdad). Pero yo he convencido a Tatchalov para que invite a los rusos a firmar un llamamiento a favor de los eslavos. Lo ha hecho. Vino a mi casa para escribir el papel (el llamamiento) que ha firmado y él mismo se ha suscrito con quince marcos. He firmado a continuación después de él y he dado también quince marcos. Luego se ha ido a casa de Elisseiev. No sé si éste firmará, pues los seminaristas aman los manifiestos, pero no las suscripciones. Luego, por mediación del guardián de la iglesia, el papel será presentado a todos los rusos. ¿Resultará algo? No se puede saber. Hoy no he visto a los Elisseiev en la fuente. Tal vez se ha enfadado porque ayer hablé mal de los seminaristas, y su mujer se molestó mucho conmigo. Ella discutía sobre la existencia de Dios y yo le dije, entre otras cosas, que no hace más que repetir las ideas de su marido. Esto la molestó mucho. ¡Imagínate el carácter y el aplomo de esos seminaristas! Los dos han venido para cuidarse, por consejo del doctor Bielogolovy, de Petersburgo. Aquí no han consultado a ningún médico y afirman, con desprecio, que no es necesario y se han puesto a beber Krenken sin medida alguna. "Cuanta más bebamos mejor irá", dicen; no tienen ni la más vaga idea de lo que es un régimen.

Querida mía, todavía no me he puesto a trabajar, y yo te juro, Anita, que, en parte, tú tienes la culpa. Pienso todo el día en ti, sueño contigo, espero tus cartas y no puedo trabajar. ¿Se puede trabajar con la angustia que experimenté el día 19? Pero, por el amor de Dios, escríbeme lo que os pasa, no me ocultes las cosas desagradables, de otro modo me atormentaré y lo exageraré todo. ¿Tienes, al fin, una niñera? ¡Ah, ángel mío, qué penoso me es vivir aquí sin vosotros! Por otra parte, hago todo lo que es pre-

ciso: bebo el agua, me paseo. Unicamente no puedo acostumbrarme a la cocina; aquí sirven unas porquerías innumerables.

Es una lástima, querida mía, que no me hayas enviado la carta de ese provinciano que me injuria. Me hace mucha falta para el *Diario*. Habrá una sección: "Contestación a las cartas recibidas". Por eso, si te es posible, envíamela por el próximo correo, sin ahorrar los sellos ni *abreviar tu carta*. Escríbeme también, muy explícitamente, sobre mi abrigo: ¿dónde lo encontraré en Petersburgo?

Bueno, hasta la vista, ángel mío. Te beso hasta el último átomo, sobre todo los piececitos. Eres mi amante y mi soberana. Yo soy inferior a ti, pero te adoro y no daría a nadie mi mujercita, aunque no me la merezca. Abraza a los niños, a Fedia, a Lili, sobre todo a Alexis. Los bendigo. Tuyo de corazón.

F. Dostoievsky.

Ems, 24 de julio/5 de agosto de 1876, sábado.

Mi mujercita querida, Anita, te beso locamente por tu carta angélica del 18. Anita mia, alegría mía, ¿de dónde has sacado que tú eres "cualquiera"? Tú eres una mujer extraordinaria, y, además, la mejor de todas las mujeres. Tú misma no sospechas tus cualidades. No solamente llevas toda la casa y mis asuntos, sino que, a todos nosotros, caprichosos y abrumadores, comenzando por mí y acabando por Alexis, nos guías. Pero, en mis asuntos, tú te ocupas de detalles demasiado pequeños, no duermes por la noche ocupada por la venta de mis libros y en dirigir "las oficinas" de la redacción del *Diario*. A pesar de eso, en espera, economizamos kopecks, ¿pero, tendremos jamás rublos? Mas, a tu lado todo eso es una bagatela. Si te hiciesen reina y te diesen un reino entero para gobernar, te juro que lo harías mejor que nadie, tanta inteligencia tienes, tan buen sentido, tanto corazón y orden. Me preguntas cómo es posible que pueda amar a una mujer tan vieja y fea como tú. En eso ya mientes. Para mí tú eres un encanto, no tienes semejante, y todo hombre que tenga corazón y gusto debe decírtelo si te examina bien. Por esa razón, algunas veces, estoy celoso. Tú misma no te das cuenta de lo maravilloso que son tús

ojos, tu sonrisa y, a veces, tu animación en la conversación. El mal está en que sales poco; si no fuese así tú misma te verías sorprendida por tus éxitos. Para mí, así está bien. Sin embargo, Anita, reina mía, lo habría sacrificado todo, incluso mis accesos de celos, si quisieses salir y distraerte. ¡Qué feliz sería a la idea de que te diviertes! Y, si estuviese celoso, me vengaría amándote. Te diré la verdad, Anita: cuando tú te compones un poco para salir, no puedes imaginar cómo, de pronto, te vuelves mucho más joven y admirablemente bella. Algunas veces, incluso me ha producido extrañeza. La desgracia está en que siempre te quedas en casa, para trabajar. No, Anita, te lo repito, este invierno debes hacerte muchos vestidos y salir conmigo, o sin mí, eso me es igual. Tú debes divertirte para complacerme. Debes trabajar menos: es preciso, cueste lo que cueste, que nos arreglemos de otra manera respecto al *Diario;* lo que haremos, poco a poco, pero lo más rápidamente posible. En fin, ¿cómo puedes extrañarte de que te ame tanto como marido y como hombre? ¿Pero quién me mima como tú, quién se ha fundido conmigo en cuerpo y alma? Todos nuestros secretos sobre este punto son comunes. ¿Y, después de esto, no he de adorar yo cada átomo tuyo y besarte toda como lo hago? Tú misma no puedes comprender qué ángel-mujer eres. Pero yo te lo probaré todo cuando vuelva. Yo soy un hombre apasionado, ¿pero no crees tú que, incluso un hombre apasionado, puede amar hasta tal punto a una mujer, como yo te he demostrado millares de veces? Verdad es que todas esas pruebas antiguas no son nada, y, ahora, al regresar, me parece que te comeré (nadie debe leer esta carta y tú no la enseñarás a nadie).

Ahora hablemos de asuntos. Tu madre se ha marchado, por lo tanto tú estás sola y no escribes una sola palabra de la niñera, lo cual me indica que todavía no debes haberla tomado. ¿Podrás estar tranquila así? No dejaré de estar inquieto hasta que sepa algo acerca de la niñera. Me alegro de que tomes baños. Estaría muy satisfecho de ver al gentil Alexis. Escríbeme también sobre Fedia y Lili. ¡Ah, Anita!, ¿qué hacer para ganar algo? Me escribes tu frase habitual, que somos gentes extravagantes; han pasado diez años y nos amamos cada vez más. Pero viviremos todavía veinte años y te aseguro que incluso entonces exclamarás: "Somos gentes extravagantes: hemos vivido veinte años juntos y nos amamos cada vez más." En lo que se refiere a mí, res-

pondo de ello. Pero no respondo de vivir aún diez años. Sin embargo, mi salud es buena, pero no sé si la cura dará resultado. Estoy incomparablemente mucho más fuerte, por lo que a los nervios se refiere. Al pasearme puedo andar el doble que antes sin fatigarme. Me parece que el tratamiento dará muy buen resultado. He encontrado aquí a un cierto barón Gau, general de artillería en Petersburgo; nos habíamos visto en casa de Simonov. Me ha contado que Frerach, de Berlín, le dijo que tenía una enfermedad incurable. Pero el año pasado fué a ver a la señora Wienderfrau, en Munich (probablemente has oído hablar de ella. Cura todas las enfermedades por procedimientos secretos. Van a verla de todas las partes del mundo, y los médicos alemanes no se atreven a decir una sola palabra contra ella, porque cura casos completamente desesperados), que consiguió aliviarle mucho, de manera que ahora se siente muy bien. Además, aquí bebe el agua de Krenken. Mira, sería oportuno ir a Munich el verano próximo, contigo (por la anemia) tanto más cuanto que esa señora cobra poco dinero. El tratamiento que ella impone no dura más que diez días, de manera que, en caso de fracaso, se puede ir después a Krenken. Esto para el caso en que esté seguro de que los 500 rublos del viaje pueden proporcionar 5.000. En todo caso, aquí, me parece ahora que mi salud y mi cura van lo mejor posible. Pero he aquí la terrible desgracia, Anita: ¡El *Diario*, el *Diario*! Acabo de comenzar a escribir, pero me doy cuenta de que me hallo increíblemente atrasado. No me quedan más que doce días para escribir, ¡pero qué días! Créelo, no hay tiempo para nada. Me levanto a las seis, me visto y, a las siete, tomo el agua. Regreso a las nueve. Desayuno, y descanso hasta las diez (pues he andado todo el tiempo). Después de las diez, durante una media hora, me preparo y luego escribo hasta las doce. De las doce a la una paseo de nuevo: lo tengo prescrito. A la una, comida. Después de la comida no es posible ponerse en seguida a trabajar y, preferentemente, reservo estos momentos para la correspondencia. (Por eso, Anita, no te enfadarás si ahora comienzo a escribirte cartas cortas.) A las cuatro, de nuevo a las aguas: a las seis a casa, y hay que copiar los borradores. Pero a las siete es preciso, de nuevo, dar un largo paseo. A las ocho el té; luego, a las diez, a acostarse. De manera que, en realidad, para la composición no tengo más que dos horas y para copiar poco más de una hora y

media. ¡Es espantoso, espantoso! ¿Qué es lo que puedo escribir? No me pasa lo mismo cuando estoy en nuestra casa, por la noche. Y el *Diario* me parece tan miserable, tan banal; y, sin embargo, sería necesario hacerlo particularmente interesante, si no es cosa concluída. En una palabra, Anita, me siento lleno de angustia. Además, sufro por vosotros, ¿os ha ocurrido algo? De ese temor, está visto, no me puedo desembarazar. Creo, Anita, que me marcharé de aquí el 7 de agosto. He calculado que podré disponer de nueve días en Staraia-Roussa para trabajar y escribir. Así todo iría bien. Anita, me pongo a tus pies, te beso y te adoro. Ruego por ti y para ti. Te beso toda, toda. Abrazo a los niños. Diles que papá volverá pronto. ¡Ah, queridos míos, que Dios os guarde! ¡Ah, Anita, que Dios te envíe la salud! Escribes que no tienes libros, pero, amiga mía, ahí tienes la biblioteca y te puedes abonar, no regatees la calderilla.

Todo tuyo. Tu marido que te adora y está siempre enamorado de ti.

F. Dostoievsky.

P. S.—Beso los cinco deditos de tu pie. Abraza a los niños.

Ems, 26 de julio/7 de agosto de 1876, martes.

Anita, tesoro mío: Me apresuro a contestar a tu carta del 21 (literalmente me apresuro, pues no puedo disponer de un minuto, a causa del Diario). Es en vano, ángel mío, que insistas todavía sobre mis celos. Aunque eso me haya atormentado, sin embargo, ahora todo me parece bien y siempre he tenido y tendré siempre confianza en mi Anita. Pero, sobre eso, ya volveremos a tratar después, y hablaremos con tranquilidad. Anita, he decidido marcharme de aquí el 7 de agosto, sin falta, es decir, el sábado de la semana próxima, puesto que el viernes habré hecho justamente cuatro semanas de tratamiento. Orth dice que no hay que prolongarlo más. Ahora lo que no sé es si la cura me habrá sido provechosa. Temo que no sea muy eficaz, aunque me halle mejor de salud: los nervios se han calmado e incluso las fuerzas físicas son mayores. Tengo que andar el doble que antes para sentirme

fatigado. En cambio, aquí, desde la llegada, experimento más opresión, pero, al mismo tiempo, siento que mi respiración es mucho más amplia, es decir, que tengo menos ahogo. ¿Qué pasará al terminar la cura? Hago gárgaras y tengo miedo de enfriarme. Mañana iré a ver a Orth. Los Elisseiev encuentran que me he restablecido bastante y se mostraron sorprendidos cuando les dije que tengo cincuenta y cuatro años: me calculaban un poco más de cuarenta. (Esas gentes son muy extravagantes. Ella es una nihilista muy estrambótica aunque moderna.) De todos modos me marcharé el día 7; por esto, querido ángel mío, contéstame a esta carta y luego escribe el 2 de agosto, sin falta (es decir, escribe el 1.º para que la carta pueda ser expedida el 2), la recibiré el 6, es decir, la víspera de mi marcha. Y, después de esta carta, la que expedirás el día 2, ya no escribas más: yo continuaré escribiéndote hasta el final, incluso la víspera, para que puedas enviarme a Andrés al desembarcadero del buque. Pero la contrariedad está en que, aunque haya decidido partir el 7, no sé si llegaré a Roussa el 12, pues tal vez me retrase un día y no llegue hasta el 13. Por otra parte, te volveré a escribir la víspera de mi partida y, si es necesario, desde Berlín, porque la carta de Berlín, en todo caso, llegará a Roussa antes que yo.

Me escribes sobre los niños, pero de nuevo no dices nada de la niñera ¡eso quiere decir que continúas sin esa maldita niñera y que tú no puedes descansar; No puedo comprender cómo los niños pueden arreglárselas ahora sin niñera, tú no puedes ocuparte de ellos continuamente y ellos no pueden estar continuamente a tu lado. Abrázalos estrechamente. Angel mío, me mato trabajando, me falta tiempo, adelanto muy poco y lo que hago es malo, Imagínate que hoy no he podido escribir y no he tenido tampoco tiempo de poner en limpio una sola línea. Hace días que debería tomar un baño y tampoco he tenido tiempo. Vsevolov Soloviov ha contestado a mi carta y me ha enviado su artículo del *Russki Mir*, en el número de julio, sobre el *Diario de un Escritor*. El artículo es largo y está lleno de las más entusiastas alabanzas. Me dice que han sido publicados extractos de este artículo en el *Novoie Vremia* acompañados de muchos elogios. Escribe que el número de junio del *Diario* ha producido una intensa impresión, que está seguro de ello. Tú, ángel mío, me escribes que no me preocupe y que tú lo copiarás todo cuando regrese. Pero,

querida mía, ¿cómo va a ser posible que, en seguida que llegue, te someta a semejante trabajo? Ello me resulta demasiado penoso y me entristece demasiado. Por otra parte, aunque lentamente, consigo ir avanzando. Cuento que a mi regreso tendré todavía nueve o diez días para trabajar y que conseguiré hacer algo. ¡Si al menos consiguiese publicar dos pliegos y medio y que no fuesen del todo malos!

Hasta la vista, querida mía, mi mujer, mi amada. Angel mío, no te enfades por mis palabras. Te veo en sueños. Te abrazo como un loco. Abraza a los niños. Tuyo hasta el último suspiro.

Tu marido.

F. Dostoievsky.

Y tú, tú eres mi soberana.

P. S. — ¿Pero me amas? ¿De verdad?

P. S. — No te inquietes de que me atormente a causa del trabajo. No me atormenta, al contrario, he decidido que por la noche, de ocho a diez, no trabajaré absolutamente nada, a fin de tener la cabeza más despejada y, por lo tanto, he disminuido así las horas de trabajo. De todos modos el trabajo tiene de bueno que abrevia enormemente el tiempo; si no fuese así, sería muy fastidioso, muy fastidioso. Beso tu piececito y su planta. Y tú, ¿no me ves nunca en sueños?

1877

Petersburgo, 7 de julio de 1877, jueves.

Querida amiga Anita: Te escribo esta carta a medianoche, de manera que no saldrá hasta el viernes, mañana, 8 de julio. Esta mañana (es decir, el jueves), a las seis, mientras dormía, he sufrido un ataque que me ha agotado como nunca. Estoy cansado, sin fuerzas, los nervios estropeados y las tinieblas en el alma. Sin embargo, tengo una gran cantidad de cosas por hacer. Las ocupaciones aumentan continuamente. Me han nombrado un censor, Lebediev; sin embargo, no sé cuando podré publicar. Es dudoso que el censor pueda leerlo todo mañana (viernes) y, sin embargo, será preciso revisar las terceras pruebas y luego tirar. Además, Alexandrov se ha puesto enfermo hoy y no ha venido a la imprenta. ¿Y si estuviera seriamente enfermo y no viniera mañana ni pasado mañana? Entonces todo estaría perdido, porque nadie en la imprenta, a excepción de él, puede calcular y definir el número de líneas y yo, con todas mis supresiones y correcciones en las pruebas, ya no sé si tengo bastante texto o si he rebasado los tres pliegos. Si hay de más, entonces ya no se podrá hacer nada, pues será imposible suprimir, ya que, a medida que se va recibiendo de la censura, se va imprimiendo. Por otra parte, si Alexandrov se pone bien, ¿cuándo podrá aparecer? Esta es la cuestión. El sábado 9, sin duda: el 10 es domingo y no sé si podría aparecer el 10. Sin embargo, es preciso publicar el anuncio sobre la aparición del *Diario*. (*N. B.* — No tengo la forma del anuncio, será preciso componerlo de nuevo.)

Ayer fuí a casa de los Snitkin y vi a María Nicolaievna. Todos los Snitkin (es decir, Mikhail Nicolaievitch), se hallan todavía en su casa, pero se van al campo a principios de la semana próxima. Me han hecho muchas preguntas acerca de ti. Pero María Nicolaievna me recibió con altanería y sequedad. Estaba muy enfadada porque tú le escribiste un día que pasase por casa el 5. "Y fuí, vi el samovar sobre la mesa, pero nadie

en casa. Confieso que esto me molestó mucho." ¿De qué pudo haberse molestado? Cuando le escribiste que fuese el día 5 le dijiste, al mismo tiempo, que yo llegaría el 30 de junio y el 5 apenas acababa de llegar. En la carta que me ha dejado, me ruega que te pregunte cuándo debe "aparecer ante mí". A mí (aunque no le preguntase nada), me declaró que te enviaba por correo explicaciones, pero que a mí no tiene por qué explicarme nada. "Ana Grigorievna me dejó algunos paquetes de cartas y cuentas, los puse en alguna parte, en el alféizar de una ventana, pero ahora he olvidado eso y no me acuerdo de nada." Imagínate lo agradable que me resultaba oír eso. En general habla con altivez y comprende que es necesaria. Supongo que me dirá groserías y me hará perder la paciencia. Habitualmente, ahora, me hallo en un estado enfermizo y todo eso, unido a la espera de la aparición del *Diario,* me produce una mala impresión. Sin embargo, procuraré por mi parte evitar esa porquería y no ensuciarme y ser paciente.

Ayer por la noche recibí una carta de Pobiedonodtzev. Escribe al azar, a la antigua dirección, inquieto por mí y no sabiendo dónde estoy. "El *Diario* no aparece, ¿le ha pasado a usted algo?" Él se halla en Orianenbaum y vive en el palacio imperial. Le escribiré, pero no iré a verle, no tengo tiempo. Ya he tirado sobre las cucarachas los dos botes de polvos que se compraron. Han sido ya barridos muchos cadáveres, pero las otras hormiguean todavía, sobre todo en la cocina y la leñera. Allí están los nidos principales. Mañana haré meter la leña en el hangar. El portero no me dijo que ya le habías pagado el mes, del 13 de junio al 13 de julio, de manera que le pagué hasta el 13 de agosto y además cuatro rublos por adelantado. Te ruego encarecidamente que busques en mi despacho, sobre la mesa (o sobre la mesa del salón, o en mi cuarto, el artículo del *Severny Viestnik* referente a mi folletín sobre la Kornilov, artículo dirigido contra mí. Puesto que no recibimos el *Severny Viestnik* te será fácil encontrarlo; no hay más que un solo número. Búscalo y apártalo cuidadosamente; Dios quiera que no se haya perdido. Por eso te escribo. Si no se encuentra, no tendré tema de actualidad para el próximo número.

En una palabra, pasado mañana, cuando tenga un momento libre, te volveré a escribir. Ahora la cabeza me da vueltas. Estoy muy cansado y no puedo hilar los pensamientos. Precisamente María Nicolaievna me dijo que Ovsiennikov le devolvió 280 ejem-

plares del mes de abril. ¿Qué te parece? Por lo tanto no ha vendido más que doscientos ejemplares. Y tal vez no quiera ahora tomar ningún número doble de junio, a excepción de los que cambiará por los doscientos ochenta del mes de abril. María Nicolaievna me ha entregado 74 rublos, pero no la cuenta detallada. Me ha dicho que te escribirá. De esos 74 rublos, 42 han sido enviados por un comerciante de provincias que escribe no le envíen más que cuarenta ejemplares en vez de sesenta. En una palabra, la venta del *Diario* disminuye sensiblemente.

¿Qué hacen los niños? Escribe. Les abrazo a todos y los bendigo. Anita, cúidalos bien, háblales de su padre. Hoy, a las seis y media, al despertarme después de la crisis, he ido a tu cuarto y, de pronto, Prokhorovna me ha dicho, en el salón: "—La señora no está aquí. — ¿Dónde está? — En el campo. — ¿Cómo es posible? Debía estar aquí. ¿Cuándo se ha marchado?" Y no podía creer lo que me decía Prokhorovna, asegurándome que yo mismo había llegado anteayer. ¡Qué despertar más penoso!

Hasta la vista, Anita. Te abrazo. Os abrazo a todos.

Tuyo,

F. Dostoievsky.

P. S. — Alexandrov se ha puesto enfermo y su ayudante me ha informado de que nos será imposible aparecer antes del día 12, es decir, el martes. ¡El diablo sabe lo que pasa en este mundo! El tiempo, desde ayer, ha cambiado repentinamente; ahora hace frío y hay niebla.

Petersburgo, 11 de julio de 1877, lunes.

Querida amiga Anita: Te abrazo ardientemente, lo mismo que a los niños. Mi corazón sufre por ellos. Me aburro horriblemente aquí, sin vosotros. Hoy ha aparecido el número del *Diario*. Estaba ya listo la noche del sábado y hubiera podido aparecer el domingo. Pero el domingo no se trabaja. No había más que tres mil ejemplares listos y además era domingo; entonces lo aplacé hasta el lunes: Todo eso ha salido bastante mal. En primer lugar no conseguí publicar el anuncio en el *Novoie Vremia*. Es verdad

que ya era suficiente, puesto que todo el mundo en Petersburgo parecía esperar la publicación del número. El público se informaba sin cesar en casa de los libreros y cada día venían a casa a llamar muchas personas, preguntando cuándo aparecería. La hija del doctor vino ayer por la noche. Pero ayer y esta mañana no se han podido coser más de quinientos ejemplares y a las tres se han llevado esos quinientos. No hay que decir que los abonados de la ciudad han sido servidos esta mañana y los veintidós paquetes para la ciudad han sido entregados esta mañana en Correos, en paquetes de cinco, cuatro, dos ejemplares. Se consiguió coser la mayor parte de los números de los paquetes y fueron expedidos antes de las tres: en la oficina de Correos fueron puestos los sellos y, finalmente, el empleado se negó a aceptarlos. "¡Es demasiado tarde y hay muchos paquetes!" Nos los hemos tenido que llevar. Fué allí el hijo del encuadernador: Este dice que María Nicolaievna no expidió más que quinientos ejemplares con faja, que no quiso esperar la expedición de los paquetes y que se marchó de la oficina de Correos pensando que el hijo del encuadernador haría él solo la expedición: ella ignora todavía que no los aceptaron. El hijo del encuadernador afirma que no eran todavía las cuatro y que se aceptaban paquetes de otras personas. Esta noche la hija del encuadernador ha pegado todas las fajas y la *nounou* y su hija han preparado y atado los paquetes. No queda, para mañana a María Nicolaievna, más que comprobar todas las fajas, lo que hace muy lentamente. Esta mañana, por ejemplo, copiaba las direcciones que había que cambiar: para eso ha estado mucho rato y hubiera podido hacerlo en mucho menos tiempo. En fin, ha perdido mucho tiempo para hacer los paquetes de papel azul: los ha pegado todos, pero no como debe hacerse, de manera que todo se tendrá que volver a hacer mañana. Creo, sin embargo, que mañana 12, lo enviaremos todo y mucho antes de las tres. María Nicolaievna ha trabajado con mucho celo, pero es una gran remolona. Mas no nos hemos peleado, conduciéndonos amistosamente. Por cierto que no me dijiste una palabra, ni me has escrito nada en tus instrucciones, acerca de las fajas que se hallaban en el armario de roble. Las encontré por casualidad: había algunos centenares. Nicolás vino tarde, por tener que hacer un recado para Iazykov; nos ayudó un poco.

Nos han tomado números para la venta al detall, pero no

como antes. Ovsiannikov ha entregado doscientos noventa números del mes de abril a María Nicolaievna. Vino a casa y tomó exactamente ciento cuarenta y cinco números del mes de junio, ni un kopeck más. "Ahora no tengo dinero". No le he propuesto que tomase en comisión. He dado cien ejemplares a Oglobin; doscientos a Kuzmin; cincuenta a Glazunov; Popov no ha tomado en total más que cuarenta ejemplares; el Almacén de los extranjeros, doscientos; la librería de Newcky, cincuenta; Kieribardji, veinticinco; la librería rusa, veinticinco (y diez suscripciones); Mamontov, setenta y ocho ejemplares; Konopynin, treinta; Semelnikov, dieciséis (y dos suscripciones). Además, han sido entregados: a Tcherkessov, diez ejemplares; a Soloviov, de Moscou, por Issakov, treinta ejemplares. Issakov ha tomado treinta y tres (y ochenta y siete suscripciones); Egorov, diez ejemplares al contado y diez en comisión. Finalmente, ha venido un comisionista de libros al detall, género Ovsiannikov, un tal Dmitriev (¿le conoces?) Ha pedido doscientos ejemplares al contado, pero al enterarse de que Ovsiannikov no había tomado más que ciento cuarenta ejemplares, ha cambiado de opinión y no ha tomado más que ciento cincuenta ejemplares al contado. En total, al contado he vendido hoy por valor de 110 ó 115 rublos (no he hecho todavía la cuenta exacta). Tal vez recogeré algo más estos días, pero no mucho.

Por la noche fuí al pasaje, a casa de Kuzmin. Continúa enfermo y no sale de casa. Su mujer le substituye. Le he preguntado intencionadamente si el *Diario* marcha bien y si los compradores no se muestran reacios a pagar 50 kopecks. Me ha contestado que se vende exactamente lo mismo que antes, que eso no ha causado disminución. Algunos desconocidos han venido a comprar el número a casa, únicamente para informarse sobre el estado de mi salud.

Querida mía, estoy horriblemente fatigado. Hoy es el quinto día después de la crisis y tengo las tinieblas en el alma, siento fatiga y el espíritu está distraído. Me he levantado hoy a las ocho de la mañana. Seguramente mañana también me despertarán temprano. No puedo quejarme de nadie, todos trabajan y me ayudan, pero las cosas, sin embargo, marchan lentamente. Tal vez mañana, a pesar de eso, lo terminaré todo. Voy a acostarme en seguida porque estoy muy cansado. Hoy he comido a las ocho.

Pienso en vosotros y me inquieto siempre horriblemente. Me parece que os ha ocurrido alguna desgracia. Sin cesar ruego a Dios por vosotros. Escríbeme sobre Alexis: cómo le habéis llevado y luego las impresiones de Lili y Fedia en Kiev. Procuraré salir de aquí lo más pronto posible. Pienso y sueño contigo sin cesar, créelo. Beso tus piececitos, de rodillas ante ti. Por la noche, mi espíritu se halla, a causa de la crisis, en un estado extraño. Pienso: "¡ Verla aunque no sea más que una vez antes de morir!" Te lo ruego, Anita, no te inquietes por mí. Descansa si puedes y toma baños. Aquí, durante tres días no se ha visto el sol: nubes de plomo, viento y a las cuatro de la tarde ocho grados bajo cero.

Por cucarachas que mate no consigo que desaparezcan todas. He gastado ya 4 rublos en polvos de todas clases, pero continúan corriendo. Gastaré incluso hasta 10 rublos: echaré polvos en todas las habitaciones, pero desespero de poderlas destruir todas.

No he ido a ningún sitio ni he visto a nadie. Putzykovitch vino, pero no le hablé de dinero. Ayer, Mestcherki estuvo en casa. Estará, tal vez, cinco días en Petersburgo. De Moscou marchará a Reval y luego a la Turquía Asiática. Estoy muy satisfecho de Prokhorovna, trabaja mucho, limpia, repasa, quita el polvo, hace los paquetes. Sin ella, estaría perdido.

Abrazo y beso cada uno de los deditos de tu piececito. Sueño contigo y te pongo sobre mi corazón, mi buena, mi encantadora Anita, amiga mía. Hasta la vista. Bendigo a los niños. Dios haga que no les ocurra nada. Hasta la vista. Procuraré arrancarme de aquí lo más pronto posible. Os abrazo a todos sin fin.

F. Dostoievsky.

Domingo, 17 de julio de 1877, a las cuatro de la tarde.

Querida mía, un millón de veces querida Anita, beso tus piececitos. Acabo de recibir tu carta del jueves 14, pero ya había enviado el telegrama a las diez. ¡Qué hacer, querida mía, esta es mi suerte! Ya te escribí ayer. A excepción de tu carta de Kiev, no había recibido otra carta tuya hasta hoy. La del sábado se ha perdido. Podía pensar que se había perdido una carta y no pre-

ocuparme demasiado, pero hacía ya nueve días que no recibía carta y, durante este tiempo, hubiera podido recibir una avisándome: según lo que convinimos debías escribir cada tres días. Si no escribiste el sábado debías, por lo tanto, escribir el martes. Pongamos incluso el miércoles, puesto que ese día se hace un envío de casa de Ivan Grigorievitch a Mirapolie. Teniendo en cuenta lo del miércoles no envié mi telegrama hasta ayer, habiendo calculado que la carta del miércoles llegaría aquí el sábado o el domingo por la mañana. Pero ayer sábado no llegó nada y me acordaré toda la vida de la noche que pasé ayer. Lo que me atormentaba más era que tus dos cartas no podían haberse perdido. Por lo tanto, os había ocurrido algo a ti o a los niños. Anita, estos tres últimos días han sido atroces para mí; sobre todo las noches, pues no podía dormir: reflexionaba, hacía suposiciones, iba y venía por la habitación. Pensaba en los niños, en ti: mi corazón latía (durante estos tres días he tenido palpitaciones como nunca). En fin, llegaba el día y yo sollozaba, iba y venía por el cuarto y lloraba, con todo el cuerpo tembloroso. No puedo comprender lo que me pasaba; eso no me había ocurrido nunca. Procuraba que la vieja no me oyese, y la vieja a cada momento de la noche gritaba, lo que acababa de completar el cuadro. Finalmente aparecía el sol, el calor (aquí hace un calor insoportable) me echaba sobre la cama a las cinco de la mañana, dormía únicamente cuatro horas y tenía todo ese tiempo pesadillas espantosas. Pero basta de descripciones. Te digo todo esto, a fin de que no te enfades demasiado a causa del telegrama: ya no podía aguantar más. El telegrama ha costado seis rublos. Todo ha sido debido a que tú has enviado las cartas dirigidas al portero Vasili Ivanovitch. Sin hablar ya de cuanto me molesta recibir las cartas por conducto de Vasili Ivanovitch, y el tener que ir una docena de veces para informarme y suplicarle que no extravíe mis cartas, no comprendo por qué no puedes enviármelas directamente a mi nombre, al cual, el año pasado, llegaron cerca de cuatrocientas cartas No lo comprendo, y, en cuanto a tu carta, estoy seguro de que se ha perdido en casa del portero. Pero basta. Me doy prisa, tengo miedo de retrasarme. Me marcho hoy. Iré en seguida a Dorovoie y lo más pronto posible hacia vosotros, pues deseo locamente abrazar a los niños y principalmente a ti, cruel y fría Anita, mala mujer. Si me amases ardientemente no hubieras espe-

rado a escribirme hasta el jueves: me habrías escrito que me ves en sueños. Por lo tanto, tú no me ves en sueños o ves a otro. Cruel Anita, te beso toda, toda, hasta el más pequeño rincón, y rogaré ante ti como ante una divinidad. ¡Maldito viaje a Dorovoie! ¡Cuánto desearía no ir! Pero es imposible. Si renuncio a tal impresión entonces, ¿cómo escribir? Pero basta, ya hablaremos de todo eso. Gracias, a pesar de todo. En el momento en que leas esto ,sabe que cubro tu cuerpo de millones de besos apasionados y que ruego ante ti, como ante un icono. Abraza por mí a los niños, sin fin. Ayer era el cumpleaños de Fedia. ¡Qué día más triste para mí! ¡Señor Dios, no había visto nunca nada tan triste!

¿De qué cuadernos rosa y verde me hablas? No los he encontrado en ninguna parte. He recogido, según tus órdenes, todo lo que había en la mesa, y te lo llevaré.

Tu marido eterno e inseparable,

Fedor Dostoievsky.

Amame, Anita. Abrazos sin fin a los niños.

En el margen de la primera página. — Nicolás ha venido y me ha aconsejado que eche la carta en el buzón de Moscou. En efecto, bien calculado, llegará más pronto. Lo haré, pues, así.

En el margen de la tercera página. — Si llueve continuamente o si simplemente el tiempo es malo, no iré a Dorovoie.

1878

Moscou, 20 de junio de 1878, martes por la noche.

Buenos días, mi querida Anita. ¿Cómo va tu salud?, esto es lo principal. ¿Están bien Fedia y Lili? Vela por ellos, por el amor de Cristo. Ahora no te escribiré más que las cosas principales, sin grandes detalles, que ya te contaré luego cuando nos veamos. Durante el viaje me he sentido horriblemente cansado, de manera que, todavía ahora, no puedo más; además de eso, me enfrié de tal modo en el vagón, a causa de las corrientes de aire, que no recuerdo haber tenido nunca un resfriado semejante. Llegamos a Moscou a medianoche. Tomé un coche para el hotel Victoria, calle Strastnovi. Por el camino, pregunté al cochero: "¿Es un buen hotel?" "No, señor, no muy bueno." Esta contestación categórica me sorprendió: "¿Por qué no es bueno? "Un caballero no se hospeda jamás allí." "¿Por qué?" "Porque no hay más que apariencia. Allá nunca va nadie, a menos de ser muy ignorante. Las habitaciones son como baños y en cuanto llega la noche los hombres llevan allí a las mujeres de la calle Strastnovi y ocupan los cuartos por una hora. Todo el mundo lo sabe y hay muchos escándalos." Le pregunté cuál era el mejor hotel. Me habló muy bien del hotel Europa, delante del Pequeño Teatro, no lejos de la calle Strastnovi. Le dije que me llevase al hotel de Europa. En efecto, allí se hospedan familias: se ve que son gentes honorables. Me han dado una habitación por 2 rublos 50 kopecks — un poco caro — en el tercer piso, pero me resultaba pesado subir al cuarto piso y la tomé. No he dormido en toda la noche, atormentado por una tos sofocante. Me he levantado a las diez de la mañana, la tos me había pasado. (Ahora, por la noche, vuelve a comenzar.) A la una fuí a ver a Katkov y le encontré en la redacción. Vive en el campo y no viene más que de cuando en cuando. Katkov me recibió cordialmente, aunque con cierta prudencia. Habíamos comenzado a hablar de diferentes cosas, cuando, de pronto, estalló una violenta tempestad. Entonces pensé: si quiero hablar de mi

que te reproche su brevedad; podrías haber sido un poco más extensa. Abraza a Luba y Fedia.

Hoy he ido a ver a Katkov y no sé qué escribirte: sería preciso contar muchas cosas, pues es muy largo y no se puede escribir todo en una carta. En una palabra, está muy contento, concede un adelanto, 300 rublos el pliego, etc. Sin embargo, no se ha decidido todavía si mi novela será publicada por el *Russki Viestnik*, ni si todavía se publicará éste. Se decidirá en octubre y he prometido venir entonces a Moscou. En cuanto al dinero, no solamente Katkov me lo da, sino que incluso me ha rogado tome por adelantado: 2.000 rublos ahora y 2.000 en octubre o a fines de septiembre. En una palabra, te lo contaré todo de viva voz. No he rehusado el dinero y tú no tendrás necesidad de ir a Petersburgo. He visitado a todos los libreros. Te lo contaré todo a la vuelta: no he recibido de Presnov más que 7 rublos y de Vasiliev, 50 rublos: antes de mi partida me enviará la cuenta completa. De eso también hablaremos cuando nos veamos. He ido a casa de Aksakov y allí he encontrado a Putsykovitch. Todo esto es muy interesante y te lo contaré de viva voz. Mañana por la mañana me marcho con Soloviov a Optina-Pustyn. El martes estaré, probablemente, en Moscou. Me ha visitado un admirador, Porokhovtchikov, el mismo que anteayer estaba en casa del emperador, en Livadia, un millonario de Moscou (1). La señora Novikov (Kireev) (2) desea también mucho verme. No sé cuando podré ir a su casa. Tendré mucho que contarte cuando regrese, ahora tengo prisa.

Resultado: Estoy como nunca, en inmejorables relaciones con Katkov. Me ha rogado que te salude. Hoy hemos estado charlando más de dos horas. Tengo un encargo para ti: en el Liceo hay alumnos que benefician de las bolsas llamadas de Lomonosov: son huérfanos de familias muy pobres que el Liceo mantiene gratuitamente y a los cuales da instrucción superior. Uno de los alumnos, Alexandrov, tiene escrófulas, mal en una pierna, etc. Tiene quince años. Los médicos han decidido que debia abandonar el Liceo. Katkov, por bondad, le toma a su cargo, sin excluir el enviarle a

(1) Porokhovtchikov, rico comerciante de Moscou, propietario del periódico *El Minuto*.

(2) Esposa de Novikov, nacido en Kiev (1840-1921), escritor eslavófilo que publicó numerosos artículos sobre las relaciones anglo-rusas, que firmaba con las iniciales O. K.

Staraia-Roussa. Pero no sabe cómo ni a dónde enviarle. Por eso ha enviado a Rokel un escrito oficial, de parte del Liceo, en el que se dice: "El alumno Alexandrov es enviado bajo nuestra protección, etc.; alojadle lo más cómodamente posible, cuidadle y enviadnos la cuenta." Pero Katkov me ruega, y a ti particularmente, que te preocupes de este asunto, es decir (soy yo quien habla) que mandes a buscar a Rokel o vayas a su casa y le hables del alumno Alexandrov, diciéndole que tome en consideración la comunicación enviada por el Liceo. Pero como en el papel se habla, no solamente de cuidar, sino también de alimentar y alojar a Alexandrov, pregunta a Rokel qué consejo puede dar para el alojamiento del muchacho. Katkov ha preguntado, además, si podría encontrarse una pensión en casa de algún cura que le vigilase, etc., y durante ese tiempo seguiría el tratamiento. Hay que tener en cuenta que el alumno no es un aristócrata, sino que pertenece a la clase más pobre. Katkov añade que no estaría mal que Rokel presentase cuentas muy modestas puesto que nadie puede pagar por ese muchacho y que sólo Katkov paga por él. A mi llegada, hablaré a la señora de Rokel en este sentido.

Pues bien, por ahora, esto es todo, Anita. El martes o miércoles estaré de regreso en Moscou, y tendré muchas cosas que hacer. Tengo los nervios mal. Tengo prisa por volver a Staraia-Roussa en donde te lo contaré todo. Y ahora, hasta la vista. Te abrazo. Con frecuencia te veo en sueños. Abraza a los niños. Está contenta. He rezado a la Iverskaia.

Tuyo,

F. Dostoievsky.

Abraza a los niños. He visto a Helena Paulovna diez minutos: vive en el campo, en Sokolniki, y viene, de cuando en cuando, a Moscou. Me ha entregado el reloj de oro de Olga Kirilovna: te lo traeré. Abrazo a los niños. Beso sus pies y sus manos aunque usted no lo merezca, dada la brevedad de las cartas de usted.

Todo tuyo,

F. Dostoievsky.

Moscou, 29 de junio de 1878, jueves por la tarde.

Mi querida pequeña Anita: Acabo de llegar de Optina-Pustyn. He aquí cómo fué todo: V. Soloviov y yo salimos el viernes 23 de junio. Sabíamos únicamente que era preciso tomar la línea Moscou-Kursk, hasta la estación de Sergueievo, es decir, cinco estaciones después de Tula, a unas 300 verstas de Moscou. Nos habían dicho que, desde allí, había 35 verstas en coche hasta Optina-Pustyn (1). Antes de llegar a Sergueievo, nos enteramos de que no eran 35 verstas en coche, sino 60 (además, nadie lo sabe de un modo preciso, de manera que es imposible informarse previamente). Finalmente, al llegar a Sergueievo, nos enteramos de que eran 120 verstas en lugar de 60 y no por una buena carretera de postas, sino por estrechos caminos, es decir, con una sola troika y que era preciso detenerse muchas veces para dar el pienso a los caballos. Sin embargo, decidimos partir y fuimos hasta Kozelsk, esto es, hasta Optina-Pustyn, en dos días; dormimos en las aldeas y nos vimos zarandeados en un horrible coche. En Optina-Pustyn pasamos dos días: luego regresamos con los mismos caballos y, de nuevo, dos días de viaje. Así, contando el día de la salida, hemos viajado, en total, siete días. Por eso he estado tanto tiempo sin escribirte. No resultaba muy cómodo escribir desde Optina-Pustyn porque era preciso enviar un expreso a Kozelsk, etc. En Moscou me hospedé de nuevo en el hotel de Europa y fuí inmediatamente a casa de Helena Paulovna a buscar las cartas. Ciertamente no la encontré en Sokolniki, pero se había convenido que el portero recibiría las cartas y las guardaría. Así, recibí tus tres cartas, por las que te doy muchas gracias y te abrazo. Pero, mientras no se tiene el dinero en el bolsillo, no hay motivo de alegrarse. Allá, en casa de Katkov, habrán tenido tiempo, durante una semana, de reflexionar. Si recibo el dinero, llevaré una parte conmigo, es decir, pediré a Varia que me lo cosa en la chaqueta, y te enviaré lo demás por correo. Pero, según mis cálculos, no podré solventar pronto todos mis asuntos, por eso no saldré para Staraia-Roussa hasta el domingo, probablemente a las ocho y media de la mañana, y llegaré a casa el lunes 3 de julio, a la una

(1) En el convento de Optina-Pustyn, Dostoievsky celebró tres entrevistas con el padre Ambrosio. Estas entrevistas las utilizó Dostoievsky en *Los Poseídos*.

de la tarde. Si no cobro el dinero, llegaré antes. En general, aquí, mi querida amiga, ocurren bastantes cosas incomprensibles, pero dejo todos los detalles para contártelos de viva voz. Te doy muchos abrazos y abrazo a los niños. Recibirás esta carta, probablemente, el domingo, aunque iré inmediatamente (jueves) a echarla al buzón, aunque sea ya de noche.

Os abrazo a todos una vez y otra. Abraza a Vania. Saluda a Ana Nicolaievna. A ti te beso la manita y todo lo demás.

Tuyo,

F. Dostoievsky.

Tal vez no encuentre a Katkov en la redacción y haya olvidado el dar órdenes. Por eso es posible que no cobre mañana (si cobro) sino pasado mañana, etc. No te extrañe, pues, si llego más tarde de lo que te he prometido. Estoy cansadísimo. No he sufrido ningún ataque, pero temo sufrirlo: es el momento.

Moscou, 9 de noviembre de 1878.

Mi pequeña Anita querida: Ayer, después de haberte enviado mi carta, a las cuatro de la tarde, fuí a ver al librero Soloviov. Le encontré en su casa, había preparado las cuentas y el dinero. Me dijo algo muy claro respecto a la cuenta, pero le he rogado te escriba todo eso. Me entregó 109 rublos 90 kopecks. Solamente a *Crimen y Castigo* corresponden 87 rublos. En cuanto a *Los Poseídos* tiene todavía cerca de doscientos ejemplares antiguos, de modo que "habría devuelto con gusto un centenar". En cuanto a *La Casa de los Muertos* tiene todavía trescientos ejemplares de los que recibió de Bazunov. Ha estado muy amable y, según su costumbre, procuraba estar muy fino y se armaba un lío. Entre otras cosas, me dijo: "¿Ha ido usted a felicitar a Mikhail Nikiforovitch? — "No" — le contesté. Entonces insistió: "¿Por qué no va? Hay una reunión, se obsequia, etc. Debería usted ir." Pensé que, en efecto, podría ir a felicitarle y fuí. Había un desfile continuo. Esta vez me introdujeron directamente cerca de la señora de la casa, Sofía Petrovna. Me recibió con una amabilidad particular, e incluso no me dejó ir a la habitación de Katkov, ro-

gándome que estuviese con ella. Había en su gabinete muchos amigos, sus hijas, etc., una o dos señoras solamente y aun eran parientas. Los demás visitantes eran hombres, viejecitos, parientes: el príncipe Shakhovkoi, padre, por ejemplo, y otros. Permanecí un cuarto de hora y durante todo este tiempo ella estuvo hablando conmigo, aunque tenía jaqueca. Luego pasé al gabinete de Katkov. Había allí dos rígidos viejos de Moscou y de pronto llegó el general gobernador príncipe Dolgorukov en persona, galoneado con cuatro estrellas y con la cruz de San Andrés, de diamantes. Después de haber saludado a Katkov con dignidad, con toda su categoría (un poco cómicamente) tendió la mano a todas las personas presentes y a mi el primero. Katkov se apresuró a presentarme y Dolgorukov se dignó pronunciar: "¡Cómo, una celebridad semejante! ¡Hum, hum!" Lo mismo que hace cuarenta años, en los buenos tiempos antiguos. Luego la conversación se hizo general y Katkov estuvo muy bien: comenzó contando la compra de una finca cerca de Moscou y, a cada momento, de Dolgorukov se dirigía a mí, aunque me hallaba un poco detrás de Katkov, cerca de la ventana. Después de un breve rato me despedí y me marché. Katkov me acompadó hasta la puerta. No volví a la habitación de Sofía Petrovna y salí por otra puerta, pasando por el comedor, en donde vi que la mesa estaba puesta para veinte convidado a lo más, tal vez dieciocho. Pero como la familia de Katkov cuenta por lo menos con doce personas, deduje de ello que no había un gran banquete de ceremonia y que únicamente los parientes más cercanos habían sido invitados. Luego, eran ya las cinco, me fuí a casa de Lubimov. No estaba: me recibió su mujer; conserva el aspecto todavía joven, a pesar de que tiene ya una hija mayor. Me retuvo, reprochándome que no hubiese ido ayer como había prometido, y me dijo que me había esperado toda la velada. Luego llegó Lubimov. Es un hombre muy amable. Hablamos de la novela. Katkov quería leerla a todo trance y Lubimov le suplicó que se la entregase, pero no quiso consentir y la conservó en su poder. Contó a Lubimov el plan de la novela y todo lo que yo le había dicho en nuestra entrevista. Se ve que le interesa mucho. Lubimov me ha prometido, a demanda mía, que aceleraría la lectura. "Le importunaré", me dijo. Después insistió para que me quedase a comer, lo que hubiera. No sé si comen siempre así, o si ese día era fiesta en su casa; estaban

también convidados dos señoras y el profesor Arkhipov (1). Sirvieron entremeses y cinco platos, entre ellos un estusión a la moscovita. Si comen así cada día, no viven mal. La comida fué muy animada. Lubimov confirmó que no había comida de gala en casa de Katkov. La comida y la conversación estuvieron muy animadas. Luego, a las siete, fuí a casa de Helena Pavlovna, pero no la encontré. Me enteré, por sus hijos, de que María Ivanovna se halla en Moscou y quiero ir a verla hoy; me he informado hoy de su dirección por Varia, que ha venido a verme al hotel. Estas son, por ahora, todas mis aventuras de aquí. Mañana, quizás, te escribiré otra vez. Ahora son las dos y no he recibido todavía carta tuya. Iré tal vez hoy o mañana a casa de Rassokhin. Por la noche me quedo en el cuarto y leo las informaciones judiciales. Tengo intención de ir mañana al Pequeño Teatro.

Estoy inquieto por vosotros. ¿Cómo estás, querida, y qué hacen los niños? Hubiera deseado recibir más pronto carta vuestra. No sé si podré marcharme de aquí el martes, sin duda no podré. Pero no creo verme retenido más allá del domingo. Os abrazo a todos, a ti particularmente y a los niños también.

De nuevo te he visto en sueños. Hasta la vista, ángel mío.

Tuyo.

F. Dostoievsky.

Lubimov me ha prometido enviarme las pruebas a Petersburgo, como lo hacen con Markevitch (2).

Muchos abrazos.

P. S. Todos los libreros están encantados con la nueva revista *Las Invenciones de Lili* y creen que tendrá un gran éxito (3). Comunica esto a los dos autores y a los editores. Los abrazo estrechamente.

(1) Profesor de química de la facultad de Moscou.
(2) Markevitch, novelista muy conocido.
(3) Revista para niños proyectada por Dostoievsky, en la que debían incluirse extractos de sus obras al alcance de los niños. Este proyecto no llegó a realizarse.

1880

Moscou, 23-24 de mayo de 1880.

Mi querida amiga Anita:

No puedes imaginarte la tristeza que me produjo el enterarme, durante el viaje, de la noticia de la muerte de la Emperatriz (1). Paz a su alma. Ruega por ella. Me enteré de esta noticia en el tren, inmediatamente después de haber salido de Novgorod, por unos viajeros. Se me ocurrió la idea de que las fiestas serían tal vez aplazadas y tuve la intención de volver atrás en Tchudovo. Pero, ante la carencia de noticias, me abstuve y continué mi viaje. Pensé que, aunque no haya fiestas, tal vez se inaugure, a pesar de todo, el monumento, limitándose a los discursos y a las sesiones literarias. Hasta el 23, después de haber rebasado Tver, no leí, en un número del *Moskovskia Viedomosti* que compré, la noticia de que el Emperador ha ordenado que se aplace hasta más adelante la inauguración del monumento. Así llegué a Moscou sin ningún objetivo y pienso marcharme el martes, 28, a las nueve de la mañana. Hasta entonces aprovecharé al menos la ocasión de hallarme en Moscou para recoger informes, ver a Lubimov, hablar de cosas importantes, ver también a Katkov, visitar a los libreros, etc. ¡Con tal que consiga hacer tantas cosas! Finalmente, me enteraré también de todas las intrigas del mundo literario Me separé de Ana Nicolaievna en Tchudovo, abrazándonos estrechamente. Me prometió volver lo más pronto posible. Hacía mucho calor y literalmente no pude cerrar los ojos. Fatigado, roto, llegué a las diez a Moscou — hora de Moscou —. En la estación me esperaban solemnemente. Habían ido Iuriev Lavrov, toda la redacción y los colaboradores de la *Russkaia Mysl*, Nicolás Aksakov (2), Barsov (3) y unas diez personas más. Se hicieron las presenta-

(1) María Alexandrovna, mujer de Alejandro II, fallecida el 22 de mayo de 1880.

(2) Secretario de la Sociedad de Amigos de la Literatura Rusa.

(3) Miembro importante de la misma Sociedad.

ciones y me rogaron que fuese, en seguida, a casa de Lavrov en donde se había preparado una cena. Pero estaba tan cansado, iba tan sucio, mi ropa blanca estaba tan poco limpia, que rehusé. Mañana a las dos iré a ver a Iuriev. Lavrov me dijo que el mejor y más cómodo hotel de Moscou es el Loskutnaia (calle Tverskaia, cerca de la plaza en donde está la capilla de la Santa Madre Iverskaia) y en seguida fué a buscar un coche, diciendo que era un coche ordinario, pero me pareció que era de lujo; tal vez su propio coche. Al llegar al hotel, el cochero no quiso aceptar dinero; le di a la fuerza 70 kopecks. En el Loskutnaia todo estaba ocupado. Encontraron para mí una habitación bastante bien amueblada — 3 rublos —, pero las ventanas miran a un patio, de modo que durante el día debe ser bastante obscura. Preveo que mi artículo no será publicado en mucho tiempo, pues resultaría inoportuno publicarle ahora. Así, el viaje, durante un cierto timpo, no podrá ser reembolsado. Ahora es ya la una de la tarde. Todo es triste sin vosotros tres — tú y los queridos niños.

Os abrazo, a ti estrechamente, la primera, luego a Lili y a Fedia. Abrázalos por mí estrechamente y diles que los amo entrañablemente. Es probable que no pueda recibir nada de los libreros, pues en dos días no tendrán tiempo de hacer las cuentas.

Hasta la vista. No sé si recibiré cartas tuyas. Escribe a la dirección de Helena Pavlovna. Creo, sin embargo, que no debes contestar a esta carta, pues tu contestación no llegaría antes del 29 y ese día estaré ya en Roussa. Me satisfaría mucho que tuvieses la idea de escribir tú misma a Helena Pavlovna. Si ocurre (Dios no lo quiera) alguna desgracia, telegrafíame al hotel Loskutnaia, calle Tverkai, cuarto número 32.

Una vez más os abrazo estrechamente a los tres.

Tu

F. Dostoievsky.

Moscou, domingo, 25 de mayo de 1880.

Querida amiga Anita: Ayer por la mañana recibí la visita solemne de Lavrov, de Nicolás Aksakov y de un catedrático de la

Universidad, Zverev (1), que vinieron a saludarme. La misma mañana tuve que devolver la visita a los tres. Esto me hizo perder bastante tiempo y me obligó a tomar un coche. Luego fuí a casa de Iuriev. Me enteré de que se propone pedir que la inauguración del monumento tenga lugar en octubre y no en junio o julio, como las autoridades, según creo, tienen intención. Pero en este caso, la inauguración quedaría escamoteada, pues no habría nadie aquí. No pude obtener nada preciso de Iuriev: es un hombre desordenado. Repetilov (2) de un nuevo género, con la astucia (las intrigas, sin embargo, no podían negarse). Por ejemplo, cuando le hablé de mi artículo Iuriev me dijo: "Yo no le encargué a usted el artículo" (es decir, que no lo pidió para su revista), cuando recuerdo que, precisamente, en una de sus cartas, me lo pedía. Es que Repetilov es astuto, no quiere el artículo inmediatamente, ni pagarle ahora. "Pero, en otoño, usted no se lo dará a nadie: somos los primeros en pedírselo y, de aquí a entonces, usted lo revisará." (Como si supiese que ahora no está del todo terminado.) Naturalmente, cesé inmediatamente de hablar del artículo, e hice vagas promesas para el otoño. Esto me ha desagradado mucho. Luego fuí a casa de la señora Novikov, en donde me recibieron muy amablemente. Después las visitas y, finalmente, a casa de Katkov. No encontré allí ni a Katkov ni a Lubimov, fuí a visitar los libreros. Dos han cambiado de domicilio. Todos me han prometido darme algo el lunes, pero no sé si lo harán. Sin embargo, volveré a pasar el lunes y procuraré tener las nuevas direcciones. Fuí luego a casa de I. S. Aksakov. Se halla todavía en la ciudad, pero no le encontré en su casa: estaba en el banco. Regresé al hotel, comí y, a las siete, fuí a ver a Katkov. Le encontré con Lubimov. Me recibieron muy amablemente, y hablé con Lubimov de *Los Hermanos Karamazov*. Insisten mucho para tener la novela en el mes de junio. (Al regresar tendré que trabajar de firme.) Hablé incidentalmente de mi artículo. Katkov me rogó vivamente que se lo diese, pero para el otoño. Furioso contra Iuriev, casi se lo prometí; de manera que, si ahora la *Russkaia Mysl* quiere tener mi artículo, pediré un precio exorbitante; si no, se lo daré a Katkov. (De aquí a entonces puedo alargar el artículo.)

(1) Profesor de Enciclopedia y de Historia de la Filosofía del Derecho.
(2) Personaje de la comedia de Griboiedov: *Las desgracia de tener demasiado talento.*

Después de ver a Katkov (en su casa derribé una taza de té y me mojé todo), fuí a casa de Varia (1). La encontré allí, y a pesar de que eran las diez de la noche, fuimos juntos a casa de Helena Pavlovna. Varia acaba de recibir una carta de Andrés (2) (referente a los papeles que conciernen al origen de nuestra familia) para entregármela. Recogí la carta. Helena Pavlovna ha cambiado de piso y ya no alquila habitaciones. Fuimos a su nuevo domicilio y encontramos allí a María y Nina Ivanov (3) (con las cuales Helena Pavlovna se ha reconciliado) y a Khmyrov (4). Los Ivanov se marchan dentro de tres días a Dorovoie. Khmyrov también, pues su mujer se encuentra allí, en casa de Vera Mikhailovna. Estuvimos una hora. Al llegar al hotel encontré una carta que había sido llevada personalmente por Nicolás Aksakov y Lavrov. Me invitaban a comer el día 25 (es decir, hoy), y vendrán a buscarme a las cinco. Son los colaboradores de la *Russkaia Mysl* los que han organizado esta comida. Pero también habrá invitados. Creo que seremos de quince a treinta, según lo que dijo Iuriev cuando me hallaba en su casa. Me parece que esta comida ha sido organizada para mí, es decir, en mi honor, y tendrá lugar en algún restaurante. (Todos esos jóvenes literatos de Moscou desean ardientemente conocerme). Ahora son las dos dadas, dentro de dos horas vendrán a buscarme. No sé si tengo que ir de levita o de frac.

Eso es todo. No he pedido dinero a Katkov, pero he dicho a Lubimov que tal vez tendré necesidad de un adelanto, durante el verano. Lubimov me ha contestado que, a mi primera demanda, enviará el dinero a la dirección que le indique. Mañana tengo que visitar a los libreros, ver a Helena Pavlovna, que me entregará tal vez carta tuya, ir a casa de María que me rogó mucho fuese a verla, etc. Pasado mañana, martes 27, saldré para Roussa: pero no sé todavía en qué tren: si por la mañana o por la tarde. Temo no poder despachar todos mis asuntos. Iuriev dice continuamente que tiene necesidad de "hablar conmigo, de hablar, etc." En general, me fastidió y mis nervios están desquiciados. Creo que ya no te escribiré más, a menos que pase algo extraordinario.

(1) Hermana de Dostoievsky.
(2) El hermano pequeño de Dostoievsky.
(3) Sobrinas de Dostoievsky.
(4) Profesor de matemáticas, esposo de una de las sobrinas de Dostoievsky.

Hasta la vista, querida mía, te abrazo estrechamente lo mismo que a los niños. Abraza mucho a Lili y Fedia. Os amo.

F. Dostoievsky.

P. S. — 25 de mayo, a las dos de la tarde.

Querida Anita, he abierto el sobre que había cerrado ayer para añadir este *post-scriptum*. Esta mañana ha venido I. S. Aksakov a pedirme, con insistencia, que me quede para la inauguración, que, según se cree, tendrá lugar el 5. Dice que no puedo marcharme, que no tengo derecho, que tengo una gran influencia en Moscou y principalmente entre los estudiantes y la juventud, que mi marcha perjudicaría al triunfo de nuestras ideas, que oyó ayer, durante la comida, la exposición de mi discurso y que está profundamente convencido de que debo hablar, etc., etc. Por otra parte, me ha declarado que, en mi calidad de delegado de la Sociedad Eslava, no puedo marcharme, pues todos los delegados, ante los rumores de una inauguración próxima, se han quedado. Acababa apenas de marcharse cuando llegó Iuriev (hoy he de comer en su casa): Iuriev me ha repetido lo mismo. Dolgorukov (1) se ha marchado hoy, 25, a Petersburgo y ha prometido que, por telegrama, comunicará el día exacto de la inauguración. Se espera ese telegrama lo más tarde el miércoles 28, aunque tal vez se reciba mañana. He decidido esperar ese telegrama y si, en efecto, la inauguración se fija entre el 1.º y el 5 de junio, me quedaré. Si es más adelante saldré para Roussa el 28 ó 29. Se lo he dicho así a Iuriev. No he conseguido todavía saber donde se encuentra Zolotarev (2). Iuriev me ha prometido que se enterará hoy y que vendrá a decírmelo. Aunque sea delegado de la Sociedad Eslava, encargaría a Zolotarev de representarme en las fiestas. (Por cierto que las coronas para el monumento las hemos de pagar nosotros y cada una cuesta 50 rublos.) Luego Iuriev ha comenzado a insistir para que el artículo aparezca en la *Russkaia Mysl*. Entonces se lo he contado todo, es decir, que casi se lo tenía prometido a Katkov. Esto le ha causado mucha contrarie-

(1) Gobernado general de Moscou.

(2) Uno de los miembros más antiguos de la Sociedad Eslava, segundo delegado de esta Sociedad en las fiestas de inauguración del Monumento a Puchkin.

dad, se ha excusado por no haberse hecho comprender, diciendo que se trataba de una mala inteligencia, y cuando le he dado a entender que pediría dinero por mi trabajo, ha exclamado que Lavrov estaba dispuesto a pagarme todo lo que pidiese, esto es, incluso 400 ó 500 rublos. He manifestado a Iuriev que casi habia prometido el artículo a Katkov, que proyectaba precisamente pedir un plazo para los *Kamarazov* y, en su lugar, publicar el articulo sobre Puchkin. Ahora, si doy el artículo a la *Russkaia Mysl*, parecerá que pido a Katkov un plazo, precisamente para poder trabajar para su enemigo Iuriev. (¡Ya ves en qué situación me hallo! Iuriev es quien tiene la culpa.) Katkov se enfadará. Es verdad, por ejemplo, que Katkov no dará 400 rublos (ni 300; no los da más que por los *Karamazov*, pero por un articulo no los dará) de manera que los 150 rublos que pagaría de más Iuriev me reembolsarían de mis gastos aqui para esperar la inauguración del monumento. En una palabra, historias y dificultades en masa. ¿Cómo y cuándo se arreglará esto? Lo ignoro, pero estoy decidido, en espera, a quedarme hasta el 28. Si la inauguración del monumento no tiene lugar el 5, regresaré a Roussa el 29 ó el 30, y procuraré colocar el artículo en alguna parte. Y tú escribeme, al menos algo, en seguida. Te lo pido de nuevo. ¿No he de recibir una sola línea tuya? No dejes de escribir a las direcciones que te he dado en la carta que recibirás con esta postdata. Si quieres, telegrafía. Iuriev me ha contado que una multitud de personas han ido hoy a su casa para insultarle porque no las habia informado de la comida de ayer. Incluso cuatro estudiantes han ido a pedir cubierto. Han venido también Sukhomlinov (1) que está aquí; Gatzuk (2), Viskvatov (3) y otros. Voy en seguida a ver a los libreros. Hasta la vista. Os abrazo a todos una vez más.

Tu

F. Dostoievsky.

Iuriev tenía ya un artículo de I. Aksakov sobre Puchkin: por eso probablemente, anteayer, hablaba con astucia. Pero habiendo oído lo que yo dije ayer, en la comida, sobre Puchkin, consideró

(1) Miembro de la Academia de Ciencias.
(2) Editor del periódico *Gatzuk* y del Almanaque del mismo nombre.
(3) Profesor de Literatura Rusa de la Universidad de Derpt.

que mi artículo es necesario. Turguenev también escribe un artículo sobre Puchkin (1).

Moscou, 25-26 de mayo de 1880.

Querida amiga Anita: he aquí todavía una carta para ti (te escribo a las dos de la madrugada). Te llegará, tal vez, después de mi partida (pues, a pesar de todo, tengo la intención de marcharme el martes, 28). Mas, te escribo para el caso en que las circunstancias me obligasen a permanecer aquí todavía algún tiempo más. Pero procedamos por orden.

Hoy 25, a las cinco, vinieron Lavrov y Nicolás Aksakov a buscarme y, en un coche particular, me llevaron al Ermitage. Iban de levita y yo también, aunque la comida había sido precisamente organizada en mi honor. En el Ermitage nos esperaban los literatos; había también profesores y sabios, en total unas veintidós personas. Iuriev nos declaró inmediatamente, en un *speech* solemne, que muchos hubieran deseado asistir a la comida y que, si se hubiese dispuesto de un día más, hubiera habido centenares de comensales; pero que habían organizado esa comida a toda prisa y temían que los demás, cuando se enterasen que había tenido lugar el banquete, censurasen el que no se les hubiese invitado. Asistían cuatro profesores de la Universidad, un director del Liceo, Polivanov (amigo de la familia Puchkin), I. S. Aksakov, Nicolás Aksakov, Nicolás Rubinstein (2), etc., etc. La comida fué muy lujosa; servida en un salón aparte (lo que ha debido costar bastante dinero) y con un tal refinamiento que, después de la comida, al mismo tiempo que el café y los licores, sirvieron doscientos excelentes cigarros, muy caros. Sí, las cosas se organizan aquí de un modo diferente que en Petersburgo. Salmones, esturiones de un *archin* y medio, estorninos, una sopa de tortuga, gelinotas, espárragos extraordinarios, fresas, helados, vinos generosos y champán a todo pasto. Se pronunciaron en mi honor seis discursos, algunos muy largos; Iuriev, los dos Aksakov, tres pro-

(1) Discurso pronunciado por Turguenev, el 7 de junio de 1880, y publicado en el *Viestnik Evropy*.
(2) Fundador y director del Conservatorio de Moscou.

fesores y Nicolás Rubinstein hicieron uso de la palabra. Durante la comida se recibieron dos telegramas: uno de un profesor de los más estimados, obligado inesperadamente a salir de Moscou. Se habló de mi "gran" importancia como artista, como "espíritu universal", como publicista y como ruso. Luego hubo un número incalculable de *toast* y todos se pusieron de pie y bebieron conmigo. Te contaré de viva voz los detalles. Todos estaban poseídos de gran entusiasmo. Contesté a todos con un discurso acertado que produjo un gran efecto y resumí mi discurso sobre Puchkin. La impresión fué muy fuerte.

Ahora una cosa insoportable y muy molesta. Una delegación de Amigos de las Letras Rusas ha ido hoy a casa del príncipe Dolgorukov, quien ha declarado que la inauguración del monumento tendrá lugar entre el 1.° y el 5 de mayo, pero sin decir la fecha exacta. Y he aquí que todos están entusiasmados: los literatos y algunas comisiones no se marcharán: no habrá ni música, ni representaciones teatrales, pero habrá, sin embargo, sesiones en la Sociedad de Amigos de las Letras Rusas, discursos y banquetes. Cuando declaré que me marcharía el 27 ha habido un grito general de protesta: "¡No le dejaremos marchar!" Poliakov (que es miembro de la comisión del monumento), Iuriev y Aksakov han declarado en alta voz que todo Moscou había tomado billetes para las sesiones de la Sociedad de Amigos y que todos los que compraban billetes preguntaban al tomarlos si Dostoievsky pronunciaría un discurso (y han enviado numerosos recados para informarse). Y como no se les ha podido contestar en qué sesión sería, si en la primera o en la segunda, todos tomaban billetes para las dos sesiones. "Todo Moscou quedará entristecido e indignado si se marcha usted" me dicen de todas partes. Yo he contestado que debía escribir los *Karamazov*. Muy seriamente han propuesto enviar una comisión a Katkov para rogarle que me conceda un plazo. Yo he dicho entonces que vosotros, tú y los niños, estaríais inquietos si me quedaba aquí demasiado tiempo, e, inmediatamente, decidieron, no solamente enviarte un telegrama, sino (y en modo alguno en broma) enviar una comisión a tu casa, a Staraia-Roussa, para rogarte me autorices a quedarme. Yo dije entonces que mañana, es decir, el lunes, daría una contestación definitiva. Y ahora estoy muy confuso e inquieto: por una parte el aumento de mi influencia, no solamente en Petersburgo, sino en Moscou,

lo que tiene una gran importancia: por otra parte nuestra separación, la imposibilidad de escribir los *Karamazov,* los gastos, etc. En fin, ahora mi discurso sobre Puchkin será ciertamente publicado pero, ¿dónde? El sábado casi se lo prometí a Katkov, pero entonces los "Amigos" y Iuriev estarán descontentos. Y si se lo doy a éste, entonces Katkov se enfadará. En espera, pienso marcharme el 27, el 28 o el 29, cuando, por Dolgorukov, se sepa, finalmente, la fecha exacta de la inauguración. Quizás será preciso esperar hasta que se reciba esta contestación. Además Dolgorukov no habla más que por lo que dice su jefe, pero no ha recibido todavía la orden exacta de Petersburgo (parece que él mismo tiene la intención de ir a Petersburgo a pasar algunos días). Así, supongamos que yo permanezco aquí hasta el 5 de junio y que, de pronto, llega la orden de fijar la ceremonia para el 10 ó el 15. ¿Entonces deberé también esperar? Mañana diré a Iuriev que me marcho el 27. No me quedaré más que si se fija la fecha, y en consideración a circunstancias tan importantes. En todo caso ahora estoy muy inquieto. Después de la comida fuí a casa de Helena Pavlovna y no encontré nada tuyo de Staraia-Roussa. ¿No recibiré tampoco nada mañana? Con Helena Pavlovna fuí a casa de María y le conté que había comido con Rubinstein. Estaba entusiasmada. De todos modos, en seguida que recibas mi carta contéstame sin falta. Si me marcho, Helena Pavlovna reexpedirá tu carta a Roussa, sin abrirla. Por eso te ruego, con insistencia, que contestes sin tardanza. La dirección exacta de Helena Pavlovna: "Ostojenka, parroquia de la iglesia de la Resurrección, casa de la señora Dmitrevski; para F. M. Dostoievsky". Si quieres telegrafiar, envía tu telegrama a Helena Pavlovna o a mí directamente; hotel Loskutnaia, calle Tverskaia. Lo recibiré, seguramente (pero la carta vale más que la dirijas a Helena Pavlovna). He sido elegido miembro de la Sociedad de Amigos de las Letras Rusas, hace ya un año, pero el ex secretario de la Sociedad, Bessonov, por negligencia, no me había informado. Me han presentado excusas.

Te abrazo estrechamente, querida mía. Abrazo a los niños. Por la noche tengo sueños extraños y significativos.

Todo tuyo.

F. Dostoievsky.

P. S. — Pienso, de todos modos, insistir y marcharme el 27. Es verdad que, en este caso, no habrá que publicar el discurso, que ya no tendría sentido de un discurso, sino que se convertiría en un artículo y entonces sería preciso modificarlo.

Moscou, 27 de mayo de 1880, a las tres de la tarde.

Mi querida amiga Anita: Todavía más noticias. Cuando llegué, Iuriev y Lavrov me condujeron al hotel Loskutnaia, donde me dieron la habitación 32, a 3 rublos por día. Al día siguiente por la mañana, el director del hotel (un joven que tiene el aspecto distinguido) vino a verme y, muy amablemente, me propuso que me instalase en una habitación de delante, en el número 33. El 33 era incomparablemente mejor que el 32; acepté inmediatamente y me trasladé. Lo que me extrañaba era que una habitación tan bella fuese del mismo precio que la otra, es decir, 3 rublos por día, pues el director no me había dicho nada referente al precio de esta nueva habitación y sólo me había rogado, simplemente, que me trasladase a ella; por lo tanto yo había deducido que era igualmente de 3 rublos. Ayer, 26, comí en casa de Iuriev e incidentalmente me dijo que en la Municipalidad mi dirección está consignada: hotel Loskutnaia, número 33. Muy extrañado, le pregunté cómo la Municipalidad sabía eso. "Pero es que usted se aloja a cuenta de la Municipalidad", me contestó Iuriev. Yo protesté, pero Iuriev me objetó firmemente que los hijos de Puchkin (1) y su sobrino Pavlistchev, que habitan en el mismo hotel que yo, viven a costa de la Municipalidad y que negarse a aceptar su hospitalidad sería hacer una ofensa, que esto provocaría un escándalo, pues la Municipalidad está orgullosa de contar entre sus invitados a hombres como yo, etc., etc. Entonces decidí no aceptar de la Municipalidad más que el alojamiento, pero no la alimentación. Cuando regresé al hotel el director se me presentó de nuevo y me preguntó si estaba satisfecho de todo, si tenía necesidad de algo, si tenía bastante tranquilidad, todo eso con la más

(1) Los hijos de Puchkin Alejandro y Grigori y sus hijas María Hartung y la condesa Natalia Meremberg, asistieron a las fiestas de la inauguración del monumento.

exquisita cortesía. Inmediatamente le pregunté si era verdad que yo vivía a cuenta de la Municipalidad. "Ciertamente. — ¿Y la pensión? — La pensión también es a cuenta de la Municipalidad. — ¡Pero yo no quiero eso! — En este caso, usted ofenderá, no solamente a la Municipalidad, sino a toda la ciudad de Moscou. La Municipalidad está orgullosa de tener tales huéspedes, etcétera, etc." ¿Qué debo hacer ahora, Anita? Imposible rehusar, ello provocaría escándalo y murmuraciones. "No ha querido aceptar la hospitalidad de la ciudad de Moscou, etc." se diría. Por la noche hablé de ello a Iuriev y a Lavrov, y todos se extrañan de mi susceptibilidad y dicen, abiertamente, que ofendería a todo Moscou, que se acordarían de ello, que se murmuraría. Por lo tanto, veo que me es preciso aceptar la hospitalidad completa. Pero, a cambio de ello, ¡cómo me cohibe esto! Ahora iré a propósito a comer a otro restaurante, para disminuir en lo más posible la nota que el hotel presentará a la Municipalidad. ¡Y yo que, por dos veces, descontento del café, me lo he hecho cambiar por otro más fuerte! Deben haber dicho en el restaurante: "¡Ya tiene exigencias; para lo que le cuesta!" Dos veces he pedido en la oficina sellos de correo: cuando luego presenten la nota a la Municipalidad, allí dirán: "¡Ya se ha aprovechado! ¡Incluso los sellos de correo los ha cargado a nuestra cuenta!" De manera que estoy cohibido, y evitaré eso pagando yo todos los gastos que pueda. Resultado: cualquiera que sea la duración de mi estancia en Moscou, no gastaré mucho.

N. B. — Ayer recibí dinero de Soloviov, de Kitchin y de Presnov (1). En total, 170 rublos. Ya repasarás las cuentas tú misma a mi regreso. No tengo todavía las cuentas del Almacén Central ni de Morosov.

Ayer, a las cuatro de la tarde, se supo por Dolgorukov, que la inauguración del monumento tendría lugar el día 4 de junio; que es el deseo formal de Petersburgo. El telegrama de Dolgorukov dando definitivamente la fecha exacta, no llegará hasta mañana: pero todos aquí están firmemente convencidos de que la inauguración tendrá lugar el día 4. Además, se han recibido sobre el mismo asunto cartas de Petersburgo. Una multitud de delegados

(1) Libreros de Moscou.

de diferentes ciudades e instituciones están esperando y no se marchan. Aquí reina una gran animación. A mí, decididamente, no me dejan marchar. En definitiva, me parece necesario quedarme: teniendo lugar la inauguración el día 4 estaré en Roussa el 8 ó el 9.

Esta mañana ha venido Grigorovitch. Iuriev también ha venido; dice que mi ausencia sería considerada por todo Moscou como incorrecta, que todos se extrañarían: que todo el mundo pregunta si yo asistiré y que mi partida daría lugar a murmuraciones: se diría que yo no he tenido el valor cívico de abandonar mis negocios ante un acontecimiento de tan gran alcance, pues en la consagración de la importancia de Puchkin ven todos el medio de obtener una nueva orientación de los espíritus y de las opiniones. Dos razones constituyen para mí un obstáculo y atormentan mi alma. La primera la *Russki Viestnik* y la obligación, contraída hace un mes, de dar los *Karamazov* para el mes de junio. Si regreso el 10 de junio, ¿qué podré escribir, en diez días? Y hace cuatro días Lubimov me manifestó que el aplazamiento para julio depende de Markevitch. Si da algo de su novela se podrá aplazar, si no, no. Y no se tendrá contestación de Markevitch antes del 10 de junio. Así, me hallo en la incertidumbre y la inquietud. Había pensado ponerme a trabajar aquí en los *Karamazov*, pero con ese barullo perpetuo, esas visitas, esas invitaciones, es casi imposible. La segunda causa de mi tormento está en que me aburro lejos de vosotros. No he recibido todavía una sola línea tuya y habíamos convenido que escribirías a la dirección de Helena Pavlovna. ¿Qué te pasa? ¡En el nombre de Dios, dímelo! ¿Por qué no escribes? ¿Estás bien? ¿Están bien los niños? Si me hubieses dicho algo sobre esta cuestión de si debo o no esperar la inauguración estaría tranquilo. Te enteraste por los periódicos de que la emperatriz había muerto, entonces ¿por qué no me has escrito previendo que debo encontrarme con dificultades? Cada día — ayer lloviendo — voy horriblemente lejos, a casa de Helena Pavlovna, para ver si hay cartas. El coche me cuesta un rublo, ida y vuelta. Escribe, escribe de todos modos. Me parece que me decidiré a quedarme. ¡Si al menos tuviese una fecha fija; pero, si se aplaza de nuevo! Ayer, atendiendo a una insistente invitación, fuí a la velada en casa de Lavrov. Lavrov es uno de mis admiradores apasionados que, desde hace algunos años, se alimenta de mis

obras. Es el editor y socio capitalista de la *Russkaia Mysl.* Pertenece a una familia de comerciantes, pero él no se ocupa del comercio: es muy rico. Sus dos hermanos son negociantes en trigo; se ha separado de ellos y vive de su capital. Tiene treinta y tres años. Es un hombre extraordinariamente simpático, cordialmente entusiasta del arte y de la poesía. En la velada había unas quince personas: sabios y literatos de aquí, y algunos también de Petersburgo. Mi aparición en su casa, ayer, provocó gran entusiasmo. No quería quedarme a cenar, pero, viendo que los entristecía a todos mortalmente, me quedé. La cena era copiosa como un banquete, muy bien preparada, con champán. Después de cenar, champán y cigarros de 75 rublos el ciento. (La comida de anteayer era por suscripción, muy modesta, 3 rublos por persona, pero con todos los requisitos: flores, potaje de tortuga, cigarros, salón reservado; todo eso lo había añadido Lavrov de su bolsillo). Regresé a casa a las cuatro de la madrugada. Hoy Grigorievitch ha contado que Turguenev, que ha regresado a casa de León Tolstoi, está enfermo, y que Tolstoi se ha vuelto casi loco y tal vez completamente loco (1). ¡Annenkov, qué encuentro! Debo volver a ver a Katkov y a Lubimov para tomar una decisión definitiva. Iuriev acaba de venir, a causa del artículo, que me suplica dé a la *Russkaia Mysl.* Zolotarev vendrá (se ha recibido la noticia). Unicamente de vosotros no tengo noticias. Anita, por el amor de Cristo, escribe a las direcciones que te he dado. ¿Has recibido todas mis cartas? Hasta ahora he escrito todos los días. Anita, ¿no me preguntas siempre si te amo? Y tú no me echas de menos lejos de ti y yo te añoro. ¿Qué hacen los niños? Que sepa al menos algo de ellos. Hace casi dos semanas que nos hemos separado.

Hasta la vista, querida mía, te abrazo estrechamente, lo mismo que a los niños. Te bendigo. Si ocurre algo de particular, te escribiré también mañana.

Todo tuyo.

F. Dostoievsky.

(1) León Tolstoi publicaba en este momento su *Crítica de la Teología dogmática* y su interés por las cuestiones religiosas y filosóficas hacía que fuese tratado de loco por Dostoievsky y algunos otros.

Moscou, 27-28 de mayo, a las dos de la tarde.

Mi querida amiga Anita: Por fin he tenido noticias tuyas, hoy, cinco líneas escritas con lápiz, del 24. No las he recibido hasta el 27 por la tarde. ¡Que lentamente llegan las cartas! Me he alegrado mucho, pero también entristecido, pues no hay más que cinco líneas y ello contando el "Querido Fedor Mikhailovitch". Pero Dios te bendiga. Espero recibir algo más otra vez. Ahora tú lo sabes ya todo por mis cartas. Me parece que me será preciso quedarme para la inauguración del monumento. Ayer tarde fui a casa de Katkov. Después de haberme escuchado (por los otros sabe ya que "todo Moscou" me espera) me ha dicho seriamente que yo no podía marcharme. Mañana se recibirá el telegrama de Dolgorukov, y quedará fijado el día de la inauguración. Todos hablan del día 4. Si la inauguración tiene lugar el 4, me marcharé probablemente el 8 (tal vez el 7): el 9 estaré en Roussa. He ido a casa de Katkov a fin de obtener el aplazamiento para los *Karamazov* hasta el mes de julio. Me ha escuchado muy amistosamente (en general se muestra conmigo más gentil y amable que nunca), pero referente al aplazamiento no ha dicho nada positivo. Todo depende de Markevitch. ¿Enviará la continuación de su novela? Conté a Katkov cómo conocí a una alta personalidad en casa de la condesa Mengden y luego en casa de C. C. Se ha mostrado agradablemente sorprendido y la expresión de su rostro ha cambiado. Esta vez no he vertido el té. En premio me ha regalado cigarros muy caros. Me acompañó hasta la antecámara y toda la redacción, que lo vió desde el otro cuarto, quedó sorprendida, pues Katkov no acompaña nunca a nadie. En general, creo que con la *Russki Viestnik* se arreglará el asunto. No he dicho nada del articulo sobre Puchkin. Tal vez lo olvidarán, de modo que podré darlo a Iuriev, quien seguramente pagará mejor. Sueño con tener un poco de tiempo hasta el 8 y trabajar en los *Karamazov.* Pero no sé si me será posible. Si en la sesión solemne mi discurso tiene éxito, seré mucho más conocido como escritor en Moscou (y por consiguiente en toda Rusia), es decir, desde el punto de vista de la gran reputación conquistada ya por Turguenev y Tolstoi. Goncharov, que no sale de Petersburgo, es conocido aquí, pero de lejos, y muy fríamente. ¿Pero cómo podré vivir sin ti ni los niños todo ese tiempo? Ya hace doce días que sueño con los

niños y me pongo muy triste. ¿Ha vuelto la abuela? ¿Cómo te encuentras, sola? ¿No tienes miedo, no te inquietas? Por el amor de Dios, escríbeme más a menudo, y si ocurre algo — Dios no lo quiera — telegrafía en seguida. Ahora dirígeme todas las cartas al hotel Loskutnaia, cuarto número 33, calle Tverskaia; pues ahora todas las tardes me veo precisado a ir a buscar tus cartas a casa de Helena Pavlovna. En primer lugar está muy lejos de mi alojamiento y luego pierdo tiempo, de modo que si quiero ocuparme de algo, de los *Karamazov,* no tendría tiempo; además ya fastidio a aquella gente. Hoy he ido a casa de ella, después de ver a Katkov. He recibido tu carta y he encontrado allí a los Ivanov. María ha tocado algo de Beethoven muy bien. Aquí llueve y hace sol, viento y se siente fresco. María se marcha pasado mañana a Dorovoie con Natalia, y Nina se queda aquí. Nina es salvaje y habla poco, no se puede sacar nada de ella. Todos viven con Helena Pavlovna.

Hasta la vista. Me parece que te lo he escrito todo. Si mañana hay algo, te escribiré de nuevo; si no, pasado mañana. Katkov ha confirmado lo que se dice de León Tolstoi: que se vuelve completamente loco. Iuriev me dice que debo ir a verle a Iasnaia Poliana. Para ir y volver se emplean menos de dos días. Pero no iré; sería, sin embargo, muy curioso. Hoy he comido en el Restaurante de Moscou, con el propósito de disminuar mi nota en el Loskutnaia. Pero creo que el hotel presentará tal vez la nota a la Municipalidad como si comiese allí cada día. En el Loskutnaia son excesivamente corteses. Ninguna de tus cartas se perderá y como ya no cambiaré de hotel, envíalas sencillamente al Loskutnaia.

Hasta la vista. Te abrazo, "querida Ana Grigorievna". Abraza a los niños más estrechamente, más ardientemente, y diles que es papá quien lo ha pedido.

Todo tuyo.

F. Dostoievsky.

Moscou, 28-29 de mayo, a las dos de la tarde.

Mi querida Anita: hoy hay noticias; se ha recibido el telegrama de Dolgorukov diciendo que el monumento será inaugu-

rado el 4. Es ya cosa cierta. Así podré marcharme el 9 ó tal vez el 7, y sin duda procuraré adelantarlo. Pero debo quedarme y he decidido quedarme. Lo principal es que no son solamente los Amigos de las Letras Rusas los que tienen necesidad de mí, sino todo nuestro partido, toda nuestra idea, por la que luchamos desde hace ya treinta años, pues el partido adverso (Turguenev, Kowalevsky y casi toda la Universidad) desea resueltamente disminuir la importancia de Puchkin como personificación de la nación rusa, negando la nacionalidad misma. Y, por nuestra parte, no tenemos para oponerles más que a I. S. Aksakov (Iuriev y los otros no cuentan). Pero Ivan Aksakov es viejo y Moscou está cansado de él. A mí Moscou no me ha oído ni me ha visto nunca y sólo se interesa ahora por mi. Mi voz hará gran peso y entonces nuestro partido triunfará. Toda mi vida he combatido para ello y no puedo, ahora, huir del campo de batalla. Y cuando Katkov mismo, que no es eslavófilo, dice "Usted no se puede marchar: usted no tiene derecho" es que realmente no me puedo marchar.

Esta mañana, a mediodía, cuando Iuriev vino a mi casa con ese telegrama yo dormía todavía: me vestí a medias en su presencia. En este momento me anunciaron, de pronto, que dos damas deseaban verme. No estaba vestido y rogué les preguntasen quiénes eran. El mozo volvió con unas líneas de una tal señora Ilina que deseaba pedirme autorización para elegir entre mis obras los párrafos que podían convenir a los niños y publicar un libro de lectura para su uso. ¿Qué te parece eso? Es una idea que hace mucho tiempo deberíamos haberla realizado tú y yo editando nosotros mismos un libro para los niños, que, seguramente, tendría éxito y daría 2.000 rublos de beneficio. Por lo tanto, ¿quiere ella que se le regalen 2.000 rublos? ¡Qué insolencia! Iuriev salió inmediatamente (puesto que es él quien, por ligereza, me la ha enviado) para explicarle que yo no quería dar esta autorización y que no podía recibirla. Se marchó: luego vino Varvara Mikhailovna. Apenas había tenido tiempo de entrar, cuando llegó Viskovatov. Al ver que estaba con amigos, Varvara se escapó en seguida. Iuriev volvió y me dijo que otra señora había venido, sin decir su nombre, para expresar su respeto infinito, su admiración y su agradecimiento por todo lo que yo le he procurado con mis obras, etcétera. Sin embargo, se ha ido sin que yo la haya visto. Comenzábamos a tomar el té, cuando, de pronto, entró Grigorievitch.

Todos han permanecido conmigo unas dos horas y cuando Iuriev y Viskovatov se marcharon, Grigorievitch, que no tenía en modo alguno ganas de irse, se quedó. Comenzó contándome historias que se remontan a treinta años, recordando los buenos tiempos pasados, etc. Naturalmente que la mitad de estas historias eran mentira, pero decía cosas curiosas. Luego, a las cuatro dadas, me declaró que no quería separarse de mí, e insistió para que fuésemos a comer juntos. De nuevo fuimos al Restaurante de Moscou, en donde permanecimos mucho tiempo a la mesa y él continuaba siempre hablando. De pronto, vimos a Averkiev y a su mujer. Se sentaron cerca de nosotros y la señora Ana declaró que vendría a visitarme. (¡Cómo si tuviese alguna necesidad de ella!) Cerca de nosotros comían los dos sobrinos de Puchkin: Pavlistchev y Puchkin y otra persona. Pavlistchev se acercó inmediatamente a nosotros y también me dijo que vendría a verme. En una palabra, aquí, como en Petersburgo, no me dejan tranquilo. Después de comer, Grigorievitch me rogó que fuese con él al parque, a respirar "el aire puro". Me excusé. Le dejé y volví a casa a pie: diez minutos después salí de nuevo para ir a casa de Helena Pavlovna a buscar la carta. Pero no estaba. Encontré a los Ivanov. María se marcha mañana. Me quedé hasta las once y volví al hotel para el té y para escribirte. Este es mi boletín.

Lo malo es que nuestras cartas están tres o cuatro días por el camino. Informada por mí de que regreso, dejarás sin duda de escribirme. Me esperarás el 28. Y Dios sabe cuándo recibirás mi carta de ayer y ésta de hoy, en la que te comunico mi nueva decisión. Tengo miedo de que te sorprendas y te inquietes. Pero no hay manera de obrar de otro modo. Lo malo es que estaré tal vez dos días sin recibir noticias tuyas y estoy espantosamente triste sin vosotros. Me aburro, a pesar de las invitaciones y de las comidas. ¡Ah, Anita, qué lástima que no hayas podido cambiar las cosas (sin duda era imposible) para acompañarme! Se dice que Maikov mismo ha cambiado de decisión y que vendrá. Habrá mucho barullo. Hay que ir a la Municipalidad (no sé todavía cuándo), a fin de recibir, como delegado, un billete de entrada para la ceremonia. Las ventanas de las casas que miran a la plaza se alquiln a 50 rublos la ventana. Se erigen en torno de la plaza tribunas para el público, que se alquilan también a precios enormes. Temo que llueva y tengo miedo de enfriarme. No ha-

blaré en el banquete, el día de la inauguración. Ni en la sesión de la Sociedad de Amigos de las Letras Rusas. No hablaré hasta el segundo día. Además, en lugar de una representación teatral, se habla de organizar una lectura por literatos conocidos (Turguenev, yo, Iuriev), de fragmentos de las obras de Puchkin. (Me piden lea la escena del monje cronista de *Boris Gudunov* y el monólogo del *Caballero Avaro.*) Además, Iuriev, yo y Viskovatov leeremos sendos poemas sobre la muerte de Puchkin: Iuriev el de Goubert, Viskovatov el de Lermontov y yo el de Tutchev. El tiempo pasa; no me dejan un minuto de tranquilidad. Hasta ahora no he ido a cobrar ni al Almacén Central ni a casa de Morosov. No he ido tampoco a casa de Tchaiev. Es preciso que vaya a ver a Varvara. Hubiera deseado conocer a los arzobispos, a Nicolás "el Japonés" (1) y al vicario Alexis, personajes muy interesantes. Duermo mal. No tengo pesadillas. Tengo miedo de constiparme el día de la inauguración y de toser durante la lectura. Espero tu carta con impaciencia febril. ¿Cómo están los niños? ¡Dios mío, cómo desearía verlos? ¿Te encuentras bien, alegre, estás enfadada? Todo esto me resulta muy penoso sin vosotros. Bueno, hasta la vista. Mañana no iré a casa de Helena Pavlovna. Me ha prometido que si recibe carta me la enviará. Os abrazo a todos estrechamente y bendigo a los niños.

Todo tuyo.

Dostoievsky.

Moscou, 7 de junio de 1880. Medianoche.

Mi querida paloma, mi querida Anita:

Te escribo a toda prisa. La inauguración tuvo lugar ayer. Fué indescriptible. No bastarían veinte pliegos y no puedo disponer de un minuto. Hace ya tres noches que no duermo más que cinco horas y esta noche lo mismo. Se celebró luego un banquete con discursos: después, lectura en la fiesta literaria de la noche, en la sala de la nobleza, con música. Leí la escena del monje Pimen. A pesar de lo absurdo de esta lección (pues Pimen no puede apostrofar a toda una sala) y de las malas condiciones acústicas del

(1) Obispo ruso que fué jefe de una misión ortodoxa enviada al Japón.

local, dicen que leí maravillosamente. Pero me han dicho también que se oía muy mal. Me recibieron admirablemente: durante mucho tiempo no pude comenzar la lectura, no cesaban de aclamar mi nombre, y, después de la lectura, fuí llamado tres veces. Pero Turguenev, que leyó muy mal, fué llamado todavía más veces. Entre bastidores (en un recinto obscuro), descubrí centenares de jóvenes que aullaban como poseídos de delirio cuando apareció Turguenev. Comprendí en seguida que se trataba de la *claque* colocada allí por Kowalevski. Y lo era. Esta mañana, en el momento de los discursos, Ivan Aksakov ha renunciado a pronunciar el suyo después del de Turguenev (en el que Turguenev rebajaba a Puchkin, negándole el título de poeta nacional) y me explicó que la *claque* estaba preparada desde hacía ya tiempo y había sido colocada por Kowalevski (todos son estudiantes imbuídos de occidentalismo) con la intención de hacer aparecer a Turguenev como jefe de su movimiento y arremeter contra nosotros, los que protestamos contra sus tendencias. Sin embargo, la acogida que se me tributó ayer fué excelente: es verdad que era únicamente el público sentado en las butacas el que aplaudía. Además de eso vinieron una multitud de señoras y señores para saludarme en el escenario. Durante el entreacto, me paseé por la sala y una multitud de gente, hombres de blancos cabellos, señoras, se acercaron a mí, diciéndome: "Usted es nuestro profeta. Nos hemos vuelto mejores después de haber leído los *Karamazov*. (En una palabra, me he convencido de que los *Karamazov* tienen una importancia considerable.)

Hoy, al salir de la sesión de la mañana, donde no he hablado, ha ocurrido lo mismo. En la escalera, en el vestíbulo, hombres y mujeres me detenían, etc. Ayer, durante la comida, unas señoras me trajeron flores. Me informé de los nombres de algunas: señora Tetiakov (1), señora Golokhvastov (2) y otras. Pasado mañana iré a devolver la visita a las señoras Tetiakov. Hoy tenía lugar el segundo banquete de los escritores. Había cerca de doscientas personas. La juventud me ha salido al encuentro en el vestíbulo, me ha rodeado, me ha servido, diciéndome palabras de entusiasmo. Y esto antes de la comida. Durante la comida se han pronunciado

(1) Esposa del fundador y propietario de la célebre galería de cuadros que lleva su nombre.

(2) Esposa de un escritor y hombre público muy conocido.

discursos y brindis. Yo no quería hablar, pero, al final de la comida, los asistentes se han puesto en pie y me han obligado a hacer uso de la palabra. No he pronunciado más que algunas palabras. Gritos de entusiasmo, literalmente aullidos. Luego, cuando pasamos a otra sala, me rodeó una multitud compacta. Se habló mucho y con ardor (durante el café y los cigarros), y cuando, a las nueve y media, me levanté para marcharme (cerca de las dos terceras partes de los invitados estaban todavía allí) me han lanzado ¡hurras!, a los cuales los que no tienen simpatía por mí han tenido que asociarse, contra su voluntad. Luego, toda esa multitud me ha seguido por la escalera, y todos, sin abrigos ni sombreros, han salido, detrás de mí, a la calle y me han acompañado hasta el coche. De pronto se pusieron a besarme las manos y, no una sola persona, sino docenas de ellas, y no solamente los jóvenes, sino también los ancianos de cabellos blancos. No; los admiradores de Turguenev no son más que la *claque;* los míos son verdaderos entusiastas. Maikov ha sido testigo de todo eso: probablemente ha quedado estupefacto. Algunos desconocidos se acercaron a mí y me murmuraron que se tramaba una maniobra contra mí y contra Aksakov para la sesión de mañana por la mañana. Mañana, 8, es mi día fatal. Por la mañana pronunciaré mi discurso, y por la noche leeré *El Oso* y *El Profeta.* Deseo, sobre todo, leer bien *El Profeta.*

Aquí hay un gran movimiento y mucha excitación. Ayer, en el banquete de la Municipalidad, Katkov se atrevió a pronunciar un gran discurso y produjo efecto, al menos sobre una parte del público. Kovalevski, en apariencia, se muestra muy amable conmigo, y, en un brindis, entre otros nombres, proclamó el mío. Turguenev también. Annenkov quiso acercarse a mí, pero yo le volví la espalda.

Ya ves, Anita, que te escribo y eso que mi discurso no está completamente corregido. El 9 será necesario hacer visitas y decidir definitivamente a quién dar el discurso. Todo dependerá del efecto que produzca. He estado aquí mucho tiempo, he gastado bastante dinero, pero, en desquite, los cimientos del porvenir han sido colocados. Me es preciso todavía corregir mi discurso, preparar la ropa blanca para mañana. Es mi debut principal. Tengo miedo de no poder dormir y también de una crisis. El Almacén Central no paga: no se puede hacer nada.

Hasta la vista, querida mía, te abrazo. Abraza a los niños. Me marcharé probablemente el 10 y llegaré el 11 por la noche. Prepárate. Os abrazo a todos muy estrechamente y os bendigo.

Eterna y fielmente tuyo,

F. Dostoievsky.

Moscou, 8 de junio de 1880, a las ocho de la noche.

Mi querida Anita, te he enviado hoy mi carta de ayer 7, pero no puedo abstenerme de enviarte algunas líneas más, a pesar de que estoy terriblemente cansado, moral y físicamente; de modo que tú recibirás esta carta probablemente al mismo tiempo que la anterior.

Esta mañana he pronunciado mi discurso en la reunión de los "Amigos". La sala estaba atestada. No, Anita, no, ¡no podrás jamás imaginarte ni representarte el efecto que ha producido! ¿Qué son mis éxitos de Petersburgo? Nada, cero, en comparación de éste. Cuando aparecí, la sala pareció hundirse bajo los aplausos y durante largo tiempo, largo tiempo, no me dejaron empezar a hablar. Yo saludaba, hacía gestos, rogando que me dejasen leer, pero era inútil (entusiasmo, delirio, todo esto a causa de los *Karamazov*). En fin, comencé la lectura. A cada página, algunas veces a cada período, sonaba un trueno de aplausos. Leía en voz alta, con fuego. Todo lo que he escrito sobre Tatiana fué acogido con entusiasmo. (Es la gran victoria de *nuestra* idea sobre los errores de veinticinco años.) Y cuando, al final, proclamé la *unión universal* de todos los hombres, aquello fué el delirio y no puedo darte una idea de los alaridos, de los gritos de entusiasmo que estallaron cuando hube terminado. Gentes que no se conocían lloraban, sollozaban, se abrazaban, *se juraban mutuamente ser mejores y desde aquel momento no odiarse, sino amarse.* El orden del día de la sesión quedó trastornado. Todos se precipitaron hacia mí, invadieron el estrado; grandes señoras, estudiantes, secretarios de Estado. Todos me abrazaban y besaban las manos. Todos los miembros de nuestra sociedad, que estaban en el estrado, me abrazaron y todos, literalmente, lloraban de entusiasmo. Las demostraciones se sucedieron durante media hora. Se agitaban los pa-

ñuelos. De pronto, dos ancianos desconocidos, me detuvieron: "Eramos enemigos desde hace veinte años, no nos hablábamos nunca y ahora nos hemos abrazado y reconciliado. Es usted quien nos ha reconciliado. Usted es nuestro Santo, usted es nuestro Profeta". "¡El Profeta, el Profeta!", gritaba la multitud. Turguenev, a quien había mencionado en mi discurso, se arrojó en mis brazos con los ojos llenos de lágrimas. Annenkov acudió para estrecharme la mano y abrazarme, y exclamó: "Usted es un genio". "Usted es más que un genio", me dijeron los dos. Ivan Aksakov, que había saltado al estrado, se dirigió al público y dijo que mi discurso no era un simple discurso, sino un acontecimiento histórico: "Las nubes envuelven el horizonte y he aquí que la palabra de Dostoievsky, como el sol que se eleva, lo dispersa todo, lo alumbra todo. Desde este momento aparece la fraternidad sin equívocos posibles". "¡Sí, sí!", gritaban. Y de nuevo me abrazaron, y de nuevo hubo lágrimas. La sesión tuvo que ser suspendida. Me precipité entre bastidores, pero el público hizo irrupción hasta allí, las mujeres principalmente. Me besaron las manos, me atormentaron. Acudieron los estudiantes. Uno de ellos, llorando, cayó ante mí, presa de una crisis nerviosa y perdió el conocimiento. ¡Es la victoria completa, la más completa! Iuriev, que presidía la sesión, declaró que la Sociedad de Amigos de las Letras Rusas, por unanimidad, me había elegido miembro honorífico. De nuevo gritos y alaridos. Después de una suspensión de una hora, se reanudó la sesión. Todos querían renunciar a sus discursos. Apareció Aksakov y declaró que no leería su discurso, diciendo: "la gran palabra de nuestro genio Dostoievsky ha dado la solución de todo". Sin embargo, le obligaron a leer. Durante este tiemuo se tramó un pequeño complot. Me sentía fatigado y quería marcharme, pero me retuvieron a la fuerza. Durante esta hora de interrupción habían ido a buscar una corona de laurel, inmensa, de dos *arshines* de diámetro, y, al final de la sesión, una multitud de damas (más de cien), subieron al estrado y me coronaron, ante toda la sala. "En nombre de la mujer rusa, de la que habéis hablado tan bien". Todos lloraban, era de nuevo el entusiasmo. El presidente del consejo municipal, Tretiakov, me dió las gracias en nombre de la ciudad de Moscou. Confieso, Anita, que valía la pena de quedarme. Es la garantía del porvenir, es la garantía de todo, incluso si muriese.

Al regresar a casa recibí tu carta, ¡pero te muestras tan dura porque estoy demasiado tiempo aquí! Dentro de una hora iré a leer a la segunda fiesta literaria. Leeré *El Profeta.* Mañana, visitas. Pasado mañana, 10, me marcho. El 11 llegaré, a menos que algo *muy importante* no me retenga aquí. Hay que publicar el discurso, ¿pero dónde? Se lo disputan. Es espantoso. Hasta la vista, querida mía, mi bien amada. Beso tus piececitos: abrazo a los niños y los bendigo. Abrazo al pequeño. Os bendigo a todos. Mi cabeza no marcha, los brazos y las piernas me tiemblan.

Hasta la vista. Hasta pronto.

Tuyo para siempre,

F. Dostoievsky.